

FOLKLORE PORTORRIQUEÑO



JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

---

ARCHIVO DE  
TRADICIONES POPULARES

II

FOLKLORE PORTORRIQUEÑO

CUENTOS Y ADIVINANZAS

RECOGIDOS DE LA TRADICIÓN ORAL

POR

RAFAEL RAMIREZ DE ARELLANO

MADRID  
1926



A  
MI ESPOSA  
LUCILE JOSEPHINE KIMERER  
QUE COMO MADRE AMANTE HA SABIDO, EN  
LA HORA DE LOS CUENTOS, REFERIR Y CON-  
TAR LAS AMABLES HISTORIETAS Y ALEGRES  
COSAS QUE AQUÍ HOY SE REPITEN.



## PRÓLOGO

En ningún país de América, como en Puerto Rico, está tan expuesto a desaparecer el conjunto de tradiciones literarias antiguas—adivinanzas, cantares, coplas, décimas, etc.—todo ese material que hoy conocemos con el nombre de *folklore*.

Española la isla hasta el 1898, pasó, a fines de dicho año, a formar parte de la confederación norte-americana. Con el arribo de la nueva bandera llegaron al país nuevas instituciones, nuevos ideales, nuevas costumbres, y sobre todo, llegó un nuevo idioma; idioma no relacionado con la antigua lengua de los conquistadores. Este idioma ha pasado a ser lengua oficial que sirve de instrumento docente en la mayor parte de los grados de la escuela elemental y en todos los de la secundaria. En inglés están los libros de texto y muchas de las canciones y rimas escolares.

A los antiguos cuentos legendarios siguen hoy otros del mismo carácter pero procedentes de regiones sajonas que van introduciendo nuevas ideas, nuevos mitos, y suplantando aquéllos que sirvieron para formar el ideal racial, por así decirlo, de las pasadas generaciones.

Lo que sucede con los cuentos ocurre también con los juegos y cánticos infantiles. Hoy se usan canciones que se aprenden en las escuelas modernas y juegos importados de regiones de costumbres muy distintas a las del pueblo portorriqueño.

Con la publicación de este libro no tratamos de oponernos, ni mucho menos, a que la riqueza espiritual se enriquezca con toda clase de nuevas influencias. Lo que sí deseamos es que se conserve en Puerto Rico todo aquello que es digno de conservarse de nuestra vida pasada, como se ha hecho en los Estados de la Unión Norte Americana cuyo orden no fué puramente inglés.

La colección que hoy publicamos es el resultado de veinte años de labor asidua. El material que ofrecemos procede de las diferentes escalas sociales, y de todos los pueblos y ciudades de la isla. Lo hemos recogido en los mejores hogares y en los más humildes *bohíos*; en las escuelas públicas y en la Universidad; en las tiendas y en los cafés; en

las calles y en los teatros; en las fiestas patronales y tradicionales; en los parques de recreo de nuestras escuelas y en las fiestas infantiles; en fin, en todo sitio en que tuvimos ocasión de observar la vida del pueblo portorriqueño.

Y como lo recogimos, lo damos; pues sólo nos anima el deseo de conservar lo que es un verdadero tesoro de nuestro país, herencia legítima de nuestros antepasados, padres de la sociedad actual de Puerto Rico.

Creando firmemente que la mejor preparación para el porvenir es el completo y exacto conocimiento del pasado, presentamos esta colección a nuestro pueblo para que en estas páginas vea su vida—los sentimientos, las costumbres, los dolores, las alegrías, la esperanza, la lucha, el éxito, el fracaso, el placer, los juegos, los cánticos—todas las actividades de los que se fueron dejando tras sí un pueblo ya formado, con historia digna y noble, con fe y con ideal.

Comprende mi colección folklórica portorriqueña las siguientes secciones:

1. Cuentos portorriqueños.
2. Adivinanzas populares.
3. Cancionero popular.
4. Costumbres.
5. Juegos infantiles.
6. Refranero.
7. Supersticiones.
8. Toponimia portorriqueña.
9. Leyendas y tradiciones.
10. Comentario general.

En el presente volumen sólo ha sido posible incluir la parte correspondiente a los dos primeros epígrafes.

A los niños de las escuelas de Puerto Rico, a nuestros alumnos en la Universidad, a los campesinos que con nosotros han compartido tantas y tantas horas contándonos cuentos, recitándonos romances, cantándonos coplas, décimas y aguinaldos; y sobre todo, a *Siña Ana*, santa mujer de tez negra pero de alma blanca, de cuyos labios aprendimos los primeros cuentos y rimas en nuestra infancia, a ella y a todos los otros, nuestro profundo agradecimiento; pues suya es la obra que hoy publicamos como recuerdo de una vida que se ha ido pero que muchos no olvidamos; la vida del PUERTO RICO de castillos y de iglesias, de conquistadores y de frailes, cuyas sombras aún pasean por almenas y claustros dándonos la impresión de antiguas luchas y de pasadas devociones; pues por algo dió Fernando el Católico a nuestra isla una bandera de cruz blanca en cuarteles rojos. La cruz de la espada conquistadora y la cruz de los padres de la iglesia; sobre ella el Santo

Cordero, símbolo de paz, de esa paz que reina en nuestros campos, en nuestros montes y en nuestras almas.

Y fué a la sombra de la humilde cruz sobre la puerta de un solitario bohío, a la caída de la tarde, después del rosario vespertino, cuando un viejo campesino nos decía:

—Pues, señor; había una vez y dos son tres que . . . .

R. R. de A

En Madrid, Invierno del 1925.



**RIMAS INFANTILES Y CUENTOS DE NUNCA ACABAR**



## 1.—LOS CUENTOS DEL GATO <sup>1</sup>

a. Este era un gato,  
que tenía los pies de trapo  
y la cabecita al revés.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez?

—

b. Este era un gato,  
que tenía los pies de trapo  
y la barriguita al revés.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez? <sup>2</sup>

—

c. Este era un gato,  
un gato sarapo,  
que tenía bombachos de trapo  
y la cabecita al revés.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez?

—

d. Este era un gato,  
que tenía los pies de trapo  
y la camisita al revés.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez?

—

e. Este era un gato,  
que tenía los pies de trapo

<sup>1</sup> Estas nueve versiones, llamadas rimas en Puerto Rico, son muy comunes en el folklore español. Las seis primeras son corrientes en todas las islas. Las tres últimas fueron recogidas en la Sierra de Guilarte, en Adjuntas. Ramón A. Laval en *Sus cuentos de nunca acabar* (Anales de la Universidad de Chile, tomo CXXV, 1909, pág. 957) publica un *Cuento del gatito montés* el cual es quizás parte del cuento original del que sólo nos quedan hoy las fórmulas de nunca acabar. Véanse también: R. Lehmann Nitsche, *Revista de Derecho*, (Buenos Aires, 1908), vol. XXX, págs. 297-306; y Laval, la misma revista, vol. XXXII, pág. 527.

<sup>2</sup> También en España. Véase: Rodríguez Marín, *Cantos populares españoles*, tomo I, pág. 47, rima 63; F. Llorca. *Lo que cantan los niños*, pág. 170.

y el c..... al revés.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez? <sup>1</sup>

—

f. Este era un gato,  
con los pies de trapo  
y el rabo de pez.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez? <sup>2</sup>

—

g. Pues, éste era un gato,  
que tenía los pies de trapo  
y los dientes de alfiler.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez? <sup>3</sup>

—

h. Pues señor, éste era un gato,  
que tenía los pies de trapo  
y el rabito de papel.  
¿Quieres que te lo diga otra vez?

—

i. Pues señor, éste era un gato,  
que tenía los pies de trapo  
y el c..... al revés.  
¿Quieres que te lo diga otra vez?

<sup>1</sup> También en Galicia. Véase: *Biblioteca de las tradiciones populares*, tomo IV pág. 159. En Asturias (Véase Llano, *Cuentos asturianos*, Madrid, 1925, página 11) dicen:

Una vez era un gatu,  
que tenía los pies de trapu  
y les madreñas de nuez,  
¿contarételu otra vez?

Y en Salamanca: (Véase *Poesía popular salmantina*, Salamanca, 1924, página 17.)

Dice que era un gato  
que tenía los pelos de trapo,  
y el c..... al revés;  
¿quieres que te lo diga otra vez?

<sup>2</sup> La versión de Nuevo Méjico dice: (Véase *Journal of American Folklore*, volumen XXVII, 1914, pág. 147.)

Est' er' un gato  
con los pies de trapo  
y los ojos al revés.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez?

<sup>3</sup> También en Cuba. Véase S. Córdova, *El Folklore del niño cubano en Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, La Habana, vol. XXXV, nos. 1-2, 1925, pág. 120.

## 2.—EL REY Y LAS HIJAS

a. Pues señor, éste era un rey  
que tenía tres hijas;  
las metió en una botija  
y las tapó con pez.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez? <sup>1</sup>

—

b. Pues señor, había un rey  
que tenía tres hijas;  
las vistió de colorao  
y las echó por un tejao.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez?

—

c. Pues señor, éste era un rey  
que tenía tres hijas;  
las vistió de colorao  
y las puso en el tejao.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez? <sup>2</sup>

—

d. Pues éste era un rey  
que tenía tres hijitas;  
las metió *entre* <sup>3</sup> botellitas  
y las tapó con pez.  
¿Quieres que te lo diga otra vez?

—

e. Pues señor, éste era un rey  
que tenía tres hijas;

<sup>1</sup> En Salamanca:

Este era un rey  
que tenía tres hijas;  
las metió en tres botijas;  
las tapó con pez;  
¿quieres que te lo diga otra vez?

(Morán Bardón, *ob. cit.*, pág. 17.)

En España:

Este era un rey,  
que tenía tres hijas;  
las metió en tres botijas  
y las tapó con pez.  
¿Quieres que te lo cuente otra vez?

(Llorca, *ob. cit.*, pág. 170 )

<sup>2</sup> Llorca, *ob. cit.*, pág. 169, trae la siguiente variante:

Este era un zapatero  
que tenía tres hijas;  
las vistió de colorao,

las puso en el tejao,  
y colorín colorao,  
ya mi cuento está acabao.

<sup>3</sup> *entre*: en tres.

las metió entre botijas  
 y las tapó con pez;  
 las pintó de colorao  
 y las tiró por el tejao.  
 ¡Y ya está el cuento acabao! <sup>1</sup>

### 3.—EL SOLDADO

Pues éste era un soldado  
 que siempre estaba parao;  
 vestido de colorao;  
 se quitó la gorra,  
 y se quedó pelao. <sup>2</sup>

### 4.—JUAN GANDULES

a Pues señor, éste es el cuento  
 de Juan Gandules,  
 que tenía calzones azules  
 y la chaqueta al revés.  
 ¿Quieres que te lo cuente otra vez?

—

b. Pues señor, éste es el cuento  
 de Juan Gandules,  
 que tenía los ojos azules  
 y la nariz al revés.  
 ¿Quieres que te lo cuente otra vez? <sup>3</sup>

<sup>1</sup> Rodríguez Marín, *Ob. cit.*, págs. 47-48, trae cinco rimas de este grupo de las cuales sólo una se refiere al rey; hay otra referente a un zapatero. Llano, *Ob. cit.*, página 11, da tres versiones en las que también figura el rey como en las de Puerto Rico.

<sup>2</sup> En España:

Este era un soldao.  
 se quitó la gorra y se quedó pelao.

Llorca, *Ob. cit.*, pág. 169.

<sup>3</sup> Morán Bardón, *Ob. cit.*, pág. 18, da una versión muy parecida a la primera de éstas sobre Juan Peranzules. *Gandul* en Puerto Rico es el nombre de un arbusto productor de unas vainitas peludas que contienen unos guisantitos muy alimenticios. El uso castellano de esta palabra está poco extendido.

## 5.—EL CUENTO DEL PASTOR

Una vez había un pastor que tenía una pata hinchada; si se hinchaba, deshinchaba y ahora falta lo mejor. .....	que tenía una pata hinchada; pero tan pronto se hinchaba como se le deshinchaba; y ahora viene lo mejor..... —¿Y qué es lo que viene? —Pues que había un pastor, que tenía, etc. <sup>1</sup>
—¿Y qué es lo mejor?	
—Que una vez había un pastor	

## 6.—LA BANASTA

- a. Éste es el cuento de la banasta,  
de la banasta que tenía dos asas;  
y las asas eran de la banasta,  
y..... para cuento basta.
- 
- b. Y éste es el cuento de la banastilla  
que era hija de la banasta,  
pero que no era tan sencilla  
como la madre banasta;  
y..... ya para cuento basta. <sup>2</sup>

## 7.—SATURNINO

Saturnino fué por vino. Rompió el vaso en el camino.	¡Pobre vaso! ¡Pobre vino! ¡Pobre c..... de Saturnino! <sup>3</sup>
---	---

<sup>1</sup> Llorca, *Ob. cit.*, pág. 169, y Morán Bardón, *Ob. cit.*, pág. 18, dan versiones españolas que probablemente han contribuido a formar la nuestra.

<sup>2</sup> En Salamanca:

Éste es el cuento de la banasta;  
para cuento ya basta.  
Morán Bardón, *Ob. cit.*, pág. 18.

Llorca, *Ob. cit.*, pág. 169, da la siguiente versión:

Érase una vez  
un cesto y una canasta;  
y para cuento, basta.

<sup>3</sup> Esta rima es una de las más comunes. Se encuentra en todas las regiones de la Isla. También la he oído en la Habana, Cuba, y en la Ciudad de Santo Domingo. Para versiones españolas, véanse: Llorca, *Ob. cit.*, pág. 169, y Rodríguez Marín, pág. 65, tomo I.

## 8.—EL GALLO PELAO

- ¿Quieres que te cuente el cuento del Gallo Pelao?  
 —Sí.  
 —Pues, pásate pa'l otro lao  
 —Ya estoy pasao.  
 —Yo no te digo que digas, ya estoy pasao, sino que si quieres que te cuente el cuento del Gallo Pelao.  
 —Sí.  
 —Pues, pásate pa'l otro lao.  
 —Pero si ya me he pasao.  
 —Yo no digo que digas, pero si ya me he pasao, sino que si quieres que te cuente el cuento del Gallo Pelao.  
 —Sí.  
 —Pues pásate pa'l otro lao.  
 Y así sucesivamente hasta que se cansa el niño. <sup>1</sup>

## 9.—EL VIAJE

Salí de San Juan un día  
 para ir a Mayagüez  
 y en el camino encontré  
 un letrero que decía:  
 —¿Qué decía?

—Salí de San Juan un día  
 Para ir a Mayagüez.  
 y en el camino encontré  
 un letrero que decía.....

Y mientras el niño continúa preguntando lo que decía el letrero se repite la rima. <sup>2</sup>

<sup>1</sup> Este cuento de origen español y procedente sin duda del *de la buena pipa* (Rod. Mar. *Ob. cit.*, tomo I. pág. 112) es uno de los más extendidos en la América española. Véase: Córdova, *Ob. cit.*, pág. 119; Pichardo, *Diccionario de voces cubanas*, Habana, 1875, artículo *gallo*; Laval, *Ob. cit.*, pág. 959. Lo he recogido personalmente en Santo Domingo y en Venezuela.

<sup>2</sup> Variantes:

En Cuba:  
 Viniendo yo de Jamáica un día,  
 por el camino de Santa Fé,  
 me encontré un papelito que decía...  
 (Córdova, *Ob. cit.*, pág. 120.)

En Chile:  
 Salí de Córdoba un día  
 y pasé por Santa Fé  
 y en el camino encontré  
 un letrero que decía...  
 (Laval, *Ob. cit.*, pág. 967.)

Según el señor Laval también se encuentra en Méjico.

## 10.—BARTOLO

Bartolo tenía una flauta  
con un agujero sólo,  
y su madre le decía:  
—Toca la flauta, Bar.....

.....tolo tenía una flauta  
con un agujero sólo,  
y su madre le decía:  
— Toca la flauta Bar..... <sup>1</sup>

## 11.—EL ESPAÑOL Y EL INGLÉS

- |  |   |
|--|---|
| <p>a. Un español y un inglés<br/>una noche se encontraron;<br/>el inglés se molestó.<br/>¿Cree usted que lo mató?<br/>¡No!... Oiga bien lo que pasó:<br/>Un español y un inglés<br/>una noche se encontraron;<br/>el inglés se molestó.<br/>¿Cree usted que lo mató?</p> | <p>¡No!... Oiga bien lo que pasó.</p> <p>b. Un español y un inglés<br/>una tarde tropezaron;<br/>el inglés se enfureció.<br/>¿Cree usted que le pegó?<br/>¡No!... Oiga bien lo que pasó:<br/>Un español y un inglés<br/>una tarde..... <sup>2</sup></p> |
|--|---|

## 12.—EL PADRE Y LOS HIJOS

Éste era un hombre que tenía dos hijos, uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito. Cuando el hombre se levantaba, se levantaba con sus dos hijos; uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito. Cuando el hombre se desayunaba, se desayunaba con sus dos hijos; uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito. Cuando el hombre almorzaba, almorzaba con sus dos hijos; uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito. Cuando el hombre comía, comía..... etc. <sup>3</sup>

(Pueden añadirse otras acciones: salir, venir, lavarse, etc.)

<sup>1</sup> Recogida por mí en Santo Domingo también. Para la versión chilena, véase Laval, *Ob. cit.*, pág. 967.

<sup>2</sup> Véase: Laval, *Ob. cit.*, pág. 969.

<sup>3</sup> También en Chile. Véase: Laval, *Ob. cit.*, pág. 961, versión titulada: *El rey que tenía dos hijos*.

## 13.—LOS PATOS

Había una vez un vendedor de patos que tenía miles y miles, miles de patos, y un día le dijeron que iba a haber una gran fiesta en el pueblo y que le comprarían todos los patos. Y como estaba *bruja*<sup>1</sup> y necesitaba dinero, cogió los miles y miles de patos que tenía y se fué para el pueblo a ver si le compraban los miles y miles de patos que tenía. En el camino se encontró con que tenía que pasar un río muy ancho y que los patos no podían ir todos juntos porque el puente era muy estrecho y no podían pasarlo más que de uno en fondo. Puso los miles y miles de patos que tenía, en fila, y como eran miles y miles y miles de patos, cubrieron muchos y muchos y muchos kilómetros de largo; y entonces hizo que pasara un pato por el puente estrecho; después pasó otro; después pasó otro.....

(Al hacer la pausa el cuentista, algún niño preguntará: —¿Y qué pasó? El cuentista responde:—Todavía están pasando los patos.)

## 14.—EL PAVERO

Por aquí pasó un pavero  
que llevaba al mercado  
muchísimos pavos;  
y llegaron a un puente  
y los pavos pasaron,  
y pasaron y pasaron,  
y pasaron y pasaron,  
y pasaron y..... y..... y..... y.....

(¿Y qué pasó entonces? —pregunta alguno de los niños; y el cuentista dice:

Por aquí pasó un pavero  
que llevaba al mercado  
muchísimos pavos,  
y llegaron a un puente  
y los pavos pasaron,  
y pasaron y pasaron, etc.

Hasta que los oyentes se cansan de oír la repetición.)<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *bruja*: sin dinero.

<sup>2</sup> Estos dos cuentos parecen derivados del de *Los pavos*, de Rodríguez Marín, *Ob. cit.*, pág. 112, nota 20. En Chile hay uno muy parecido al n.º 13, titulado *Los gansos*. Véase, Laval, *Ob. cit.*, pág. 965; Llorca, 170.

## 15.—LA VACA DEL REY

Éste era un rey que tenía una vaca. La vaca tenía una cabeza. La cabeza era de la vaca y la vaca era del rey. Y la cabeza de la vaca tenía dos *chifles*,<sup>1</sup> y los dos *chifles* eran de la cabeza de la vaca, y la cabeza era de la vaca y la vaca era del rey. Y la vaca tenía dos ojos, y los dos ojos eran de la vaca y la vaca era del rey. Y la vaca tenía una nariz, y la nariz era de la vaca y la vaca era del rey. Y la vaca tenía cuatro patas, y las patas eran de la vaca y la vaca era del rey. Y la vaca tenía un rabo, y el rabo era de la vaca y la vaca era del rey. Y la vaca tenía pezuñas en las patas, y las pezuñas eran de las patas de la vaca y las patas eran de la vaca y la vaca era del rey. Y la vaca tenía un becerro, y el becerro era de la vaca y la vaca era del rey. Y el becerro tenía una cabeza y la cabeza era del becerro y el becerro era de la vaca y la vaca era del rey. Y la cabeza del becerro tenía dos *chifles* y los dos *chifles* eran de la cabeza del becerro y la cabeza era del becerro y el becerro era de la vaca y la vaca era del rey. Y el becerro tenía dos ojos y los dos ojos eran del becerro y el becerro era de la vaca y la vaca era del rey. Y el becerro tenía una nariz y la nariz era del becerro y el becerro era de la vaca y la vaca era del rey. Y el becerro tenía cuatro patas y las patas eran del becerro y el becerro era de la vaca y la vaca era del rey. Y el becerro tenía un rabo y el rabo era del becerro y el becerro era de la vaca y la vaca era del rey. Y el becerro tenía pezuñas en las patas y las pezuñas eran de las patas del becerro y el becerro era de la vaca y la vaca era del rey.....

(Y el rey compró otra vaca, y el cuento se repite en la forma plural, y más tarde el rey añade otra vaca y como cada una de estas vacas tenía un becerro el cuento es eterno.)<sup>2</sup>

16.—EL REAL Y MEDIO<sup>3</sup>

Yo tenía real y medio.  
 Con el real y medio compré una polla,  
 y la polla me puso tres huevos.  
 Yo tengo la polla, yo tengo tres huevos  
 y siempre me quedo con el real y medio.

<sup>1</sup> *chifles*: cuernos.

<sup>2</sup> La única versión hispano-americana que conozco es la que con el mismo título tiene Laval en su *ob. cit.*, pág. 961.

<sup>3</sup> Véase Laval, *ob. cit.*, pág. 984 para una versión más larga.

Yo tenía un real y medio.  
 Con el real y medio compré una vaca,  
 y la vaca tenía un ternero.  
 Yo tengo la vaca y tengo el ternero  
 y tengo la polla y tengo tres huevos,  
 y siempre me quedo con el real y medio.

Yo tenía un real y medio.  
 Con el real y medio compré una chiva,  
 y la chiva tenía un chivito.  
 Yo tengo la chiva y tengo el chivito,  
 y tengo la vaca y tengo el ternero.  
 y tengo la polla y tengo tres huevos,  
 y siempre me quedo con el real y medio.

Yo tenía un real y medio.  
 Con el real y medio compré una mula  
 y la mula tenía un mulito.  
 Yo tengo la mula y tengo el mulito,  
 y tengo la chiva y tengo el chivito,  
 y tengo la vaca y tengo el ternero  
 y tengo la polla y tengo tres huevos,  
 y siempre me quedo con el real y medio.

Yo tenía un real y medio.  
 Con el real y medio compré una *vigüela*,<sup>1</sup>  
 y si la tocaba, tan pronto sonaba,  
 bailaba la mula, bailaba el mulito,  
 bailaba la chiva, bailaba el chivito,  
 bailaba la vaca, bailaba el ternero,  
 bailaba la polla, bailaban los huevos;  
 yo también bailaba con el real y medio.

Variante a la última estrofa:

Yo tenía real y medio.  
 Con el real y medio compré una *vigüela*,  
 y si la tocaba, tan pronto sonaba,  
 pateaba la mula, pateaba el mulito,  
 fajaba la chiva, fajaba el chivito,  
 mugía la vaca, mugía el ternero,  
 saltaba la polla, rodaban los huevos,  
 y yo me emborrachaba con el real y medio.

## 17. · LA CAMA

Una vieja tenía un niñoito  
 y lo criaba debajo de la cama;  
 y cuando la cama crujía,  
 lloraba el niñoito

y la vieja le decía:  
 —No llores, nenito.  
 ¡Mal haya la cama que vuelve a  
 [crujir!]

*vigüela*: nombre que se da a la guitarra hecha por los campesinos,

Una vieja tenía un perrito  
y lo criaba debajo de la cama;  
y cuando la cama cruja,  
ladraba el perrito,  
lloraba el niño,  
y la vieja le decía:  
—No ladres, perrito,  
no llores, nenito,  
¡Mal haya la cama que vuelve a  
[crujir!

Una vieja tenía un gatito  
y lo criaba debajo de la cama;  
y cuando la cama cruja  
maullaba el gatito,  
ladraba el perrito,  
lloraba el niño,  
y la vieja le decía:  
—No maullas, gatito,  
no ladres, perrito,  
no llores, nenito.  
¡Mal haya la cama que vuelve a  
[crujir!

Una vieja tenía un ratoncito  
y lo criaba debajo de la cama;  
y cuando la cama cruja  
chillaba el ratoncito,  
maullaba el gatito,  
ladraba el perrito,  
lloraba el niño,  
y la vieja le decía:  
—No chillas, ratoncito,  
no maullas, gatito,  
no ladres, perrito,  
no llores, nenito.  
¡Mal haya la cama que vuelve a  
[crujir!

Una vieja tenía un lechoncito  
y lo criaba debajo de la cama;  
y cuando la cama cruja

gruñía el lechoncito,  
chillaba el ratoncito,  
maullaba el gatito,  
ladraba el perrito,  
lloraba el niño,  
y la vieja le decía:  
—No gruñas, lechoncito,  
no chillas, ratoncito,  
no maullas, gatito,  
no ladres, perrito,  
no llores, niño,  
¡Mal haya la cama que vuelve a  
[crujir!

Una vieja tenía un viejito  
que dormía en la cama;  
y cuando la cama cruja  
rabiaba el viejito,  
que estaba loquito;  
gruñía el lechoncito,  
chillaba el ratoncito,  
maullaba el gatito,  
ladraba el perrito,  
lloraba el niño,  
y la vieja decía:  
—No rabies, viejito,  
no gruñas, lechoncito,  
no chillas, ratoncito,  
no maullas, gatito,  
no ladres, perrito,  
no llores, nenito.  
¡Mal haya la cama que vuelve a  
[crujir!

Se cayó la cama;  
se cayó el viejito;  
cogió al lechoncito,  
pilló al ratoncito,  
arañó el gatito,  
se escapó el perrito,  
se salvó el niño,  
y la vieja se puso a reír. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase Laval, *Ob. cit.*, pág. 981, para una versión mucho más extensa que la de Puerto Rico, titulada *La cuja*.



**HISTORIETAS ACUMULADAS**



## 18.- LA HORMIGUITA

Pues señor, ésta era la hormiguita que iba caminando en el invierno y como la nieve estaba tan fría le rompió una patita, y dijo:—Nieve, tú rompiste mi patita.

Y dijo la nieve:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y dijo la nieve:—El sol que me derrite.

Y dijo la hormiguita:—Sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y el sol dijo:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el sol dijo:—La nube que me tapa.

Y dijo la hormiguita:—Nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y la nube dijo:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y la nube dijo:—El viento que me sopla.

Y dijo la hormiguita:—Viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y el viento dijo:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el viento dijo:—La pared que me para.

Y dijo la hormiguita:—Pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y la pared dijo:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y la pared dijo:—El ratón que me agujera.

Y dijo la hormiguita:—Ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y el ratón dijo:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el ratón dijo:—El gato que me caza.

Y dijo la hormiguita:—Gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que quebró mi patita.

Y el gato dijo: —Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el gato dijo:—El perro que me muerde.

Y dijo la hormiguita: —Perro que muerde el gato, gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y dijo el perro:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el perro dijo: —El palo que me mata.

Y dijo la hormiguita: —Palo que mata el perro, perro que muerde el gato, gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y el palo dijo:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el palo dijo: —El fuego que me quema.

Y dijo la hormiguita: —Fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que muerde el gato, gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y el fuego dijo: —Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el fuego dijo: —El agua que me apaga.

Y dijo la hormiguita: —Agua que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que muerde el gato, gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y el agua dijo:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el agua dijo: —El buey que me toma.

Y dijo la hormiguita: —Buey que toma el agua, agua que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que muerde el gato, gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve; nieve que rompió mi patita.

Y el buey dijo:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el buey dijo: —El machete que me mata.

Y dijo la hormiguita:—Machete que mata el buey, buey que toma el agua, agua que apaga el fuego; fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que muerde el gato, gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y dijo el machete:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y el machete dijo:—El hombre que me hace.

Y dijo la hormiguita:—Hombre que hace el machete, machete que mata el buey, buey que toma el agua, agua que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que muerde el gato, gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y dijo el hombre: —Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—Preguntó la hormiguita. Y el hombre dijo: La muerte que me mata.

Y dijo la hormiguita: —Muerte que mata el hombre, hombre que hace el machete, machete que mata el buey, buey que toma el agua, agua que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que muerde el gato, gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y dijo la muerte:—Hay otro más fuerte que yo.

—¿Quién es?—preguntó la hormiguita. Y la muerte le dijo:—Dios que me manda.

Y dijo la hormiguita:—Dios que manda la muerte, muerte que mata el hombre, hombre que hace el machete, machete que mata el buey, buey que toma el agua, agua que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que muerde el gato, gato que caza el ratón, ratón que agujera la pared, pared que para el viento, viento que sopla la nube, nube que tapa el sol, sol que derrite la nieve, nieve que rompió mi patita.

Y Dios le dijo:—Vete a tu casa y estate tranquila.

Y la hormiguita se fué a su casa y al llegar allí se encontró que la patita estaba buena.

## 19.—LA HORMIGUITA

Pues señor, ésta era una hormiguita que lloraba y decía:—Más fuerte es la nieve que rompió mi patita.

Mas la nieve decía:—Más fuerte es el sol que a mí me derrite.

Y pedía la hormiguita:—Sol, derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas el sol decía:—Más fuerte es la nube que a mí me tapa.

Y pedía la hormiguita:—Nube, tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas la nube decía:—Más fuerte es el aire que a mí me deshace.

Y pedía la hormiguita:—Aire, deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas el aire decía:—Más fuerte es la pared que a mí me ataja.

Y pedía la hormiguita:—Pared, ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas la pared decía:—Más fuerte es el arriero que a mí me agujera.

Y pedía la hormiguita:—Arriero, agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas el arriero decía:—Más fuerte es el gato que a mí me come.

Y pedía la hormiguita:—Gato, come el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve quebró mi patita.

Mas el gato decía:—Más fuerte es el perro que a mí me mata.

Y pedía la hormiguita:—Perro, mata el gato, gato come el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas el perro decía:—Más fuerte es el palo que a mí me mata.

Y pedía la hormiguita:—Palo, mata el perro, perro mata el gato, gato come el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas el palo decía:—Más fuerte es el fuego que a mí me quema.

Y pedía la hormiguita:—Fuego, quema el palo, palo mata el perro, perro mata el gato, gato come el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas decía el fuego:—Más fuerte es el agua que a mí me apaga.

Y pedía la hormiguita:—Agua, apaga el fuego, fuego quema el palo, palo mata el perro, perro mata el gato, gato como el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas decía el agua:—Más fuerte que yo es el buey que a mí me toma.

Y pedía la hormiguita:—Buey, toma el agua, agua apaga el fuego, fuego quema el palo, palo mata el perro, perro mata el gato, gato come el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas decía el buey:—Más fuerte que yo es el cuchillo que a mí me mata.

Y pedía la hormiguita:—Cuchillo, mata el buey, buey toma el agua, agua apaga el fuego, fuego quema el palo, palo mata el perro, perro mata el gato, gato come el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas decía el cuchillo:—Más fuerte que yo es el hombre que a mí me hace.

Y pedía la hormiguita:—Hombre, haz el cuchillo, cuchillo mata el buey, buey toma el agua, agua apaga el fuego, fuego quema el palo,

palo mata el perro, perro mata el gato, gato come el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas decía el hombre: —Más fuerte que yo es la muerte que a mí me lleva.

Y pedía la hormiguita:—Muerte, lleva al hombre, hombre haz el cuchillo, cuchillo mata el buey, buey toma el agua, agua apaga el fuego, fuego quema el palo, palo mata el perro, perro mata el gato, gato come el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Mas decía la muerte: —Más fuerte que yo es Dios que a mí me manda.

Y pedía la hormiguita: —Dios, manda la muerte, muerte lleva al hombre, hombre haz el cuchillo, cuchillo mata el buey, buey toma el agua, agua apaga el fuego, fuego quema el palo, palo mata el perro, perro mata el gato, gato come el arriero, arriero agujera la pared, pared ataja el aire, aire deshace la nube, nube tapa el sol, sol derrite la nieve que la nieve rompió mi patita.

Y Dios le dijo a la hormiguita que se fuera para su casa. Cuando ella llegó a su casa se le había curado la patita.

## 20.—LA HORMIGUITA

Pues la hormiguita salió de su cueva y como era el invierno muy frío y había caído mucha nieve en la tierra se le *yeló* la patita. Y dijo la hormiguita: —Nieve, qué brava eres tú, que me *yelaste* la patita.

Pero entonces le dijo la nieve:—Más bravo es el sol que me derrite.

Y la hormiguita fué donde el sol y le dijo:—Sol, qué bravo eres tú que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el sol:—Más brava es la nube que me cubre.

Y la hormiguita fué donde la nube y le dijo:—Nube, qué brava eres tú que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo la nube: —Más bravo es el viento que me desbarata.

Y la hormiguita fué donde el viento y le dijo:—Viento, qué bravo eres tú que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el viento:—Más brava es la pared que me detiene.

Y la hormiguita fué donde la pared y le dijo:—Pared, qué brava eres tú que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo la pared:—Más bravo es el ratón que me agujera.

Y la hormiguita fué donde el ratón y le dijo:—Ratón, qué bravo eres tú que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el ratón:—Más fuerte es el gato que me come.

Y la hormiguita fué donde el gato y le dijo:—Gato, qué bravo eres tú que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el gato:—Más bravo es el perro que me mata.

Y la hormiguita fué donde el perro y le dijo:—Perro, qué bravo eres tú que mata al gato, gato que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el perro:—Más bravo que yo es el palo que me mata.

Y la hormiguita fué donde el palo y le dijo:—Palo, qué bravo eres tú que mata al perro, perro que mata el gato, gato que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el palo:—Más bravo que yo es el fuego que me quema.

Y la hormiguita fué donde el fuego y le dijo:—Fuego, qué bravo eres tú que quema el palo, palo que mata el perro, perro que mata el gato, gato que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el fuego:—Más brava que yo es el agua que me apaga.

Y la hormiguita se fué donde el agua y le dijo:—Agua, qué brava eres tú que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que mata el gato, gato que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el agua:—Más bravo que yo es el buey que me bebe.

Y la hormiguita fué donde el buey y le dijo:—Buey, qué bravo eres tú que bebe el agua, agua que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que mata el gato, gato que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el buey:—Más bravo es el cuchillo que me mata.

Y la hormiguita fué donde el cuchillo y le dijo:—Cuchillo, qué bravo eres tú que mata el buey, buey que bebe el agua, agua que apaga el

fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que mata el gato, gato que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el cuchillo:—Más bravo que yo es el hombre que me hace.

Y la hormiguita fué donde el hombre y le dijo:—Hombre, que bravo eres tú que hace el cuchillo, cuchillo que mata el buey, buey que bebe el agua, agua que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que mata el gato, gato que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo el hombre:—Más brava que yo es la muerte que me mata.

Y la hormiguita fué donde la muerte y le dijo:—Muerte, qué brava eres tú que mata el hombre, hombre que hace el cuchillo, cuchillo que mata el buey, buey que bebe el agua, agua que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que mata el gato, gato que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Pero entonces le dijo la muerte:—Más bravo que yo es Dios que me manda.

Y la hormiguita fué donde Dios y le dijo:—Dios, qué bravo eres tú que manda la muerte, muerte que mata el hombre, hombre que hace el cuchillo, cuchillo que mata el buey, buey que bebe el agua, agua que apaga el fuego, fuego que quema el palo, palo que mata el perro, perro que mata el gato, gato que come el ratón, ratón que agujera la pared, pared que detiene el viento, viento que desbarata la nube, nube que cubre el sol, sol que derrite la nieve, nieve que *yeló* mi patita.

Y Dios se apiadó de la pobre hormiguita y le dijo que se fuera a su cuevita, y cuando la hormiguita llegó allí se encontró con su patita que se le había curado en el camino.

## 21.—LA HORMIGUITA

Pues señor, había una hormiguita que se le ocurrió salir de su cuevita a buscar alimentos para sus hijitos. Como era tiempo de invierno y los campos estaban cubiertos de nieve tan pronto empezó a caminar se le heló una patita y la pobre hormiguita se puso a llorar.

Entonces le dijo a la nieve:—Nieve, ¿por qué tú eres tan mala que me helaste la patita?

Y la nieve le dijo:—Más malo es el sol que me derrite a mí.

La hormiguita se fué donde el sol y le dijo:—Sol, ¿por qué tú eres tan malo que derrites la nieve y la nieve me hiela mi patita?

Y el sol le dijo:—Más mala es la nube que me tapa a mí.

La hormiguita se fué donde la nube y le dijo: Nube, ¿por qué tú eres tan mala que tapas el sol, el sol derrite la nieve y la nieve me hiela mi patita?

Y la nube le dijo:—Más malo es el aire que me empuja a mí.

La hormiguita se fué donde el aire y le dijo:—Aire, ¿por qué tú eres tan malo que empujas la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el aire le dijo:—Más mala es la pared que me aguanta a mí.

La hormiguita se fué donde la pared y le dijo:—Pared, ¿por qué tú eres tan mala que aguantas el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y la pared le dijo:—Más malo es el ratón que me agujera a mí.

La hormiguita se fué donde el ratón y le dijo:—Ratón, ¿por qué tú eres tan malo que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el ratón le dijo:—Más malo es el gato que me come a mí.

La hormiguita se fué donde el gato y le dijo:—Gato, ¿por qué tú eres tan malo que te comes el ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el gato le dijo:—Más malo es el perro que me muerde a mí.

La hormiguita se fué donde el perro y le dijo:—Perro, ¿por qué tú eres tan malo que muerdes el gato, el gato que come el ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el perro le dijo:—Más malo es el palo que me mata a mí.

La hormiguita se fué donde el palo y le dijo:—Palo, ¿por qué tú eres tan malo que matas al perro, el perro que muerde al gato, el gato que come al ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el palo le dijo:—Más malo es el fuego que me quema a mí.

La hormiguita se fué donde el fuego y le dijo:—Fuego, ¿por qué tú eres tan malo que quemas al palo, el palo que mata el perro, el perro que muerde al gato, el gato que come al ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el fuego le dijo:—Más mala es el agua que me apaga a mí.

La hormiguita se fué donde el agua y le dijo:—Agua, ¿por qué tú eres tan mala que apagas el fuego, el fuego que quema el palo, el palo

que mata al perro, el perro que muerde al gato, el gato que come al ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el agua le dijo:—Más malo es el buey que me toma <sup>1</sup> a mí.

La hormiguita se fué donde el buey y le dijo:—Buey, ¿por qué tú eres tan malo que tomas el agua, el agua que apaga el fuego, el fuego que quema el palo, el palo que mata al perro, el perro que muerde al gato, el gato que come al ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el buey le dijo:—Más malo es el cuchillo que me degüella a mí.

La hormiguita se fué donde el cuchillo y le dijo:—Cuchillo, ¿por qué tú eres tan malo que degüellas el buey, el buey que toma el agua, el agua que apaga el fuego, el fuego que quema el palo, el palo que mata el perro, el perro que muerde al gato, el gato que come el ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el cuchillo le dijo:—Más malo es el hombre que me hace a mí.

La hormiguita se fué donde el hombre y le dijo:—Hombre, ¿por qué tú eres tan malo que haces el cuchillo, el cuchillo que degüella el buey, el buey que toma el agua, el agua que apaga el fuego, el fuego que quema el palo, el palo que mata el perro, el perro que muerde al gato, el gato que come el ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y el hombre le dijo:—Más mala es la muerte que me lleva a mí.

La hormiga se fué donde la muerte y le dijo:—Muerte, ¿por qué tú eres tan mala que te llevas al hombre, el hombre que hace el cuchillo, el cuchillo que degüella el buey, el buey que toma el agua, el agua que apaga el fuego, el fuego que quema el palo, el palo que mata el perro, el perro que muerde al gato, el gato que come el ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

Y la muerte le dijo:—Pregúntaselo a Dios que es quien me manda.

La hormiguita se fué donde Dios y le dijo:—Dios, ¿por qué la muerte se lleva al hombre, el hombre que hace el cuchillo, el cuchillo que degüella al buey, el buey que toma el agua, el agua que apaga el fuego, el fuego que quema el palo, el palo que mata el perro, el perro que muerde al gato, el gato que come el ratón, el ratón que agujera la pared, la pared que aguanta el aire, el aire que empuja la nube, la nube que tapa el sol, el sol que derrite la nieve y la nieve que me hiela mi patita?

<sup>1</sup> toma: bebe.

Y entonces Dios le dijo a la hormiguita:—Hormiguita, vete para tu casa y no te apures.

Y la hormiguita se fué, y cuando llegó a su cueva se encontró con que la patita estaba buena. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Estas variantes del cuento de *La hormiguita* las he clasificado con el nombre de *Historietas acumuladas* porque en ellas se acumulan diferentes elementos que sirven para diferenciar esta clase de cuentos de los de nunca acabar. Este tipo de historieta es muy abundante en diferentes partes del mundo. Estas versiones portorriqueñas se diferencian de otras versiones españolas e hispano-americanas que conozco en el hecho de que todas tienen la referencia a Dios y en que éste ordena a la hormiguita regresar a la cueva y que al llegar allí la patita está curada. Véanse: Boas, *Journal of American Folklore*, vol. XXV, pág. 221 y discusión en las páginas 252-253; A. M. Espinosa, en la misma revista, vol. XXVII, páginas 222-227 y notas; Ramón A. Laval, *ob. cit.*, páginas 972-975. En el *Comentario general al folklore portorriqueño* trataré extensamente del desarrollo de las historietas acumuladas.

III

CUENTOS DE ADIVINANZAS



## 22. a. LA PRINCESA ADIVINADORA <sup>1</sup>

Había una vez y dos son tres, un rey que tenía una hija que era una gran adivinadora. Ella podía adivinar todas las adivinanzas que se le echaban. <sup>2</sup>

El rey su padre mandó echar un pregón que decía que el hombre que le echara una adivinanza a la princesa que ella no pudiera resolver, se casaría con ella y heredaría el reino. Como la princesa era bonita, y el reino era uno de los más importantes, vinieron al palacio muchos príncipes, condes, marqueses, profesores y sabios, pero todos perdieron la vida porque la princesa adivinó todas las adivinanzas que ellos le echaron.

Había en este reino una viuda que tenía un hijo tan estúpido y tan bobo que todo el mundo le conocía por el nombre de Juan Bobo. A éste se le metió en la cabeza ir al palacio y echarle una adivinanza a la princesa, pero su madre no quería que fuese porque sabía que lo iban a matar como a los otros que sabían más que él. Juan Bobo insistió y por fin la madre le dió el permiso. Mientras él preparaba su yegua para el viaje la madre hizo unas tortas de casabe <sup>3</sup> y las envenenó, pues prefería que su hijo muriese así mejor que en la horca.

Salió Juan Bobo, y después de andar largo rato se bajó de su yegua y se puso a dormir a la sombra de un mangó. <sup>4</sup> Mientras dormía, la yegua se comió las tortas de casabe que Juan había colocado al lado

<sup>1</sup> Las siete variantes que hemos recogido pertenecen a uno de los cuentos de adivinanzas más notables en la literatura mundial. En la versión *a* están unidos tres temas: el de la muerte de la Panda y los que de ella comieron; el del nonato, y el del cuerpo duro sobre el blando. En la versión *b* se encuentra la fusión de estos temas menos el último. La versión *c* añade el elemento del agua ni del cielo ni de la tierra. La versión *d* es la más breve en forma de cuento. Siguen a ésta tres versiones que recogí como adivinanzas pero que proceden de los cuentos anteriores. Véanse: Johannes Bolte und Georg Polivka *Anmerkungen zu den Kinder-u. Hausmärchen der Bruder Grimm*. (Leipzig, 1913) I, p. 188-202. Cp. Lehmann-Nitsche, *Adivinanzas rioplatenses*, (Buenos Aires, 1911) p. 277, y comentario, p. 444-459; Sylvio Romero, *Contos populares do Brazil* (Lisboa, 1882 p. 122; A. Coelho, *Contos populares portugueses* (Lisboa, 1879) p. 90; Braga, *Contos tradicionais do povo português*, (Lisboa, 1914) I, p. 135; Cosquin, *Contes populaires lorrains, La princesse et les trois frères*.

<sup>2</sup> *echar* una adivinanza: proponer una adivinanza.

<sup>3</sup> *casabe*: harina hecha de la raíz de layuca (*Jatropha manihot*.)

*mangó*: árbol y su fruto (*Mangifera indica*). En otras partes de América el árbol y el fruto son llamados *mango*.

suyo. Se murió la yegua y llegaron cuatro cuervos que picaron en el cuerpo de la yegua y se quedaron muertos. Despertó Juan, vió lo que había pasado y emprendió su marcha con los cuatro cuervos desplumados y colgados al cuello. Al atravesar un bosque siete ladrones le detuvieron y le quitaron los cuervos. Se los comieron y cayeron muertos. Juan cogió una de las escopetas y siguió su camino tratando de hallar algo de comer. Vió una ardilla y le disparó pero no la mató. En cambio había matado una coneja que estaba preñada. La desolló, y para asarla quemó varios periódicos que por allí encontró. Siguió su camino y llegó a un puente, y cuando lo cruzaba vió que un caballo muerto, con tres cuervos encima, iba flotando en la corriente del río. Y después de más andar llegó a las puertas del palacio y pidió permiso para echarle una adivinanza a la princesa. Cuando le vieron, todos se echaron a reír, y otros le cogieron pena pues sabían que el pobre iba a morir. Pero Juan Bobo, como si tal cosa, se dirigió a la princesa, muy serio, y le dijo:

—Salí de casa, salí en Panda.  
 Panda mató a cuatro.  
 Cuatro mataron a siete.  
 Disparé al que ví,  
 maté al que no ví.  
 Comí carne no nacida  
 y asada con palabras.  
 Pasó un blando sobre un duro  
 y un muerto iba cargando a tres.

La princesa pensó y pensó, pero no pudo adivinar. Ella tenía derecho a tres días para dar la solución, y trató de averiguarla las dos primeras noches mandando a dos de sus doncellas al cuarto de Juan Bobo. La tercera noche fué la princesa y Juan Bobo le dijo que si le daba su camisa de dormir y su sortija que le diría la solución al *amanezca*.<sup>1</sup>

La princesa le dió lo que él pedía y por la mañana temprano Juan Bobo le explicó la adivinanza.

La princesa entonces explicó la adivinanza delante de la corte y el rey sentenció a Juan a la horca. El pobre pidió permiso para hablar y dijo que la princesa le había adivinado porque le había explicado él mismo la solución. El rey pidió pruebas y Juan Bobo le presentó la camisa y la sortija de la princesa. Al ver esto, el rey ordenó el casamiento. Se casaron y fueron muy felices, pues Juan Bobo resultó ser más vivo que todos los príncipes que por la corte pasaron.

<sup>1</sup> *al amanezca*: al amanecer, al rayar el día.

## 23.—b. LA ADIVINANZA

Pues señor, había un rey que tenía una hija que sabía adivinar muy bien. Un día su padre mandó a sus soldados a avisar por todas partes que el hombre que le dijera a la princesa una adivinanza que ella no pudiera adivinar se casaría con su hija. La joven era muy guapa y muy elegante, y por eso vinieron al palacio muchísimos príncipes y condes y marqueses a proponerle adivinanzas. Todos le echaban una adivinanza pero la princesa era muy lista y las acertaba, y entonces el rey mandaba matar a cada uno de ellos.

Cerca del palacio de la princesa vivía un campesino con su madre, y el muchacho se empeñó en ir a echarle una adivinanza a la princesa. Una mañana se levantó y le dijo a su madre que le preparara una comida para llevar en las banastas, pues quería ir a echarle una adivinanza a la princesa. La madre del campesino sabía que ya eran muchos los príncipes y condes y marqueses que habían perdido la vida por *mor de*<sup>1</sup> la princesa, y no quería dejar ir a su hijo. Pero tanto insistió el muchacho que por fin la madre se decidió a dejarlo ir. Le preparó la comida y se la envenenó, pues ella prefería verlo morir envenenado mejor que en la horca que levantaban en el palacio.

El campesino cogió su burra Panda, su escopeta y se fué camino del palacio. Cuando iba atravesando el bosque vió una liebre y le tiró un tiro pero no la mató, y en cambio mató a otra a la que no había disparado. Y cuando cogió la liebre muerta vió que estaba preñada. Entonces se sentó para comer y sacó la comida que le había preparado la madre y la puso en el suelo. Cogió la liebre y empezó a desollarla y preparó y se comió el hijo que tenía dentro. Entonces el campesino se puso muy contento y dijo:

—Veremos a ver si la princesa me adivina a mí. Ya tengo parte de la adivinanza: Disparé al que ví y maté al que no ví. Comí de lo engendrado, ni nacido ni criado

Y vió entonces que la burra se había comido la comida que le hizo su madre y que se había quedado muerta; y al poco rato llegaron tres pájaros y picaron en el cuerpo de la burra Panda y se cayeron muertos. Al ver esto se puso todavía más contento diciendo que ya había encontrado la otra parte de su adivinanza:—Mi madre mató a Panda y Panda mató a tres.

Siguió andando, andando hasta que llegó al palacio. El rey le dió permiso para que echara su adivinanza a su hija, recordándole que si ella se la adivinaba él perdería la vida.

Así fué que él llegó donde la princesa y le dijo:

<sup>1</sup> *por mor de*: por culpa de.

—Disparé al que ví,  
maté al que no ví.  
Comí de lo engendrado,  
ni nacido ni criado.  
Mi madre mató a Panda.  
Panda mató a tres.  
Ahora dígame qué es.

Y la princesa pensó y pensó pero no pudo decir lo que era y entonces le dijo al hombre que ella tenía tres días para dar la contestación, y que él podría quedarse en el palacio hasta que llegara el tercer día.

Llegó la noche y el campesino se fué a acostarse cuando llegó una doncella y empezó a hablarle y a hacerle caricias para ver si le sacaba el cuento, pero el campesino durmió con ella toda la noche y no le dijo el cuento. Y cuando la princesa lo supo, llamó a otra doncella para que fuera a conversar con el campesino la segunda noche y le sacara el cuento. Pero la doncella fué y durmió pero no pudo averiguar la explicación. Entonces la princesa decidió ir ella misma a ver si en la última noche le sacaba al campesino la contestación. Y se fué a la habitación y habló con él, y mientras hablaban él le quitó un pedazo de camisa y le pidió su sortija y ella se la dió, y durmieron toda la noche y por la mañana el campesino le explicó.

La princesa salió del cuarto muy contenta y le dijo a su padre que ella podía adivinar. Llamaron al campesino y cuando ella le dió la explicación que él le había enseñado el rey mandó preparar la horca para matar al pobre hombre.

Cuando el muchacho vió que se le acercaba la hora de morir le pidió permiso al rey para hablar con él y le dijo:

—Señor, la primera noche que pasé en el palacio entró una paloma a dormir conmigo y con ella dormí. La segunda noche vino otra más hermosa y también durmió allí. Y la tercera llegó la más hermosa de todas, su hija, y también dormí con ella.

—¿Sabes lo que dices, hombre del campo? ¿Dónde están las pruebas?

Y el campesino sacó el pedazo de camisa de la princesa y le enseñó la sortija, y el rey se convenció y ordenó que se casaran.

Y colorín, colorao,  
el cuento se ha acabado.

#### 24.—c. LA PRINCESA DE LAS ADIVINANZAS

Había una vez una pobre anciana que vivía con un hijo bobo y con una yegua que había sido de su marido. No muy lejos vivía un rey adivinador que tenía una hija que podía adivinar todas las adivinanzas que se le echaban. El rey quería casar a su hija con el hombre que di-

jera una adivinanza que ella no pudiera resolver. El hijo de la anciana se enteró y decidió ir a echarle una adivinanza a la princesa. Su madre le dió la yegua Paula para que hiciera el viaje, pero temiendo que le mataran al hijo en el palacio, le dió unas tortas de casabe que estaban envenenadas.

Salió el muchacho y yendo por el camino sintió hambre y quiso comerse las tortas, pero como quería mucho a la yegua se las dió al animal. Paula se murió en el acto y entonces vinieron siete pájaros y picaron en la yegua y se murieron también. Entonces pasó por un puente, vió una paloma y le disparó, pero mató a una reina <sup>1</sup> que él no había visto. Al asar la reina para comérsela se tomó el agua que echaba.

Así que terminó su merienda se puso a recordar todo lo que le había pasado y se puso muy contento pues con todos los incidentes tenía una buena adivinanza para echarle a la princesa.

Llegó al palacio, y al ver a la princesa le dijo:

—Siete mataron a Paula.  
Paula mató a siete.  
Pasó un duro sobre un blando.  
Por matar a lo que ví  
maté a lo que no ví;  
bebí agua ni del cielo  
ni de la tierra.

La princesa no pudo resolver la adivinanza por más que pensó. Tampoco la pudo adivinar el rey y dijo que ella tenía que casarse con el bobo, pero éste le dijo que le diera dinero para ayudar a su madre y el rey así lo hizo.

#### 25. d. LA PRINCESA ADIVINADORA

Éste era un rey que tenía una hija adivinadora. La princesa era una joven muy bonita y su padre la había prometido en matrimonio al hombre que le pudiera echar una adivinanza que ella no pudiese explicar. Si la princesa adivinaba, mataban al que había puesto <sup>2</sup> la adivinanza. Resulta que con esto ya habían perdido la vida unos cuantos hombres, y los demás no se atrevían a ir a la corte por miedo a perder la suya.

En este país vivía también una mujer con un hijo *alelao*. <sup>3</sup> Se empeñó éste en ganarle a la princesa, y le dijo a su madre:

<sup>1</sup> *reina*: avecilla común en Puerto Rico; generalmente se le conoce por el diminutivo: *reinita*.

<sup>2</sup> *puesto*: propuesto. *Poner* y *echar* son los dos verbos más usados en este sentido.

<sup>3</sup> *alelao*: además de estúpido tiene también, en Puerto Rico, el significado de *astuto*.

—Mira, mamá; voy a echarle una *adivina* a la princesa.

—No seas loco, hijo. ¿Qué podrás tú echarle que no saque ella?

Tanto se empeñó el *alelao* que se fué de su casa llevando para el camino su escopeta cargada. Anduvo, anduvo, anduvo, cuando de pronto ve en la maleza un conejo. Le tira y lo mata. Va a recogerlo y se encuentra con que era hembra. La abre y saca los conejitos y sigue caminando. A corta distancia se encuentra con una ermita que tenía una lámpara alumbrando. Entonces ve un libro de misa muy grande y se le ocurre quemarlo a la luz de la lámpara para hacer fuego y asar los conejos, porque tenía mucha hambre. Así fué, y después que comió se fué muy contento hasta que llegó al palacio y pidió permiso para decirle una *adivina* a la princesa.

Los guardias se echaron a reír al ver al *alelao* que pretendía hacer lo que no pudieron los hombres leídos. Al enterarse la princesa dijo que dejaran pasar al infeliz. Entró éste, y al verse delante de la corte, le dijo a la princesa:

—Tiré a lo que ví  
y maté lo que no ví;  
entre palabras de Dios  
lo asé y me lo comí.

La princesa pensó y pensó, y terminó pidiendo tres días para explicar la adivinanza. Se lo dieron, y el *alelao* se quedó en palacio gozando la mar con las buenas comidas y bebidas. Llegó la hora de acostarse y sintió que se le metía en el cuarto una muchacha muy bonita. Ésta era una sirvienta de la princesa que la había mandado a ver si averiguaba lo que significaba la adivinanza. El *alelao* empezó por pedirle la camisa, y prometió explicarle la adivinanza por la mañana. Bien temprano le dió otra explicación. A la otra noche vino otra sirvienta y pasó igual; y por fin la última noche se presentó la misma princesa y el *alelao* la conoció por el escudo que estaba bordado en la camisa. Él le explicó la adivinanza, y ella se fué del cuarto muy temprano.

Después se reunió la corte y la princesa explicó el significado de la adivinanza. Entonces el rey le dijo al *alelao* que puesto que había perdido tenía que morir.

Cuando lo llevaban para la horca, el *alelao* pidió permiso para hablar y dijo:

—Cuando en palacio quedé  
tres palomitas cogí.  
Yo tres plumas les quité  
y ahora las enseñaré.

Y sacó de su pecho la camisa de la primera criada; después sacó la de la segunda, pero cuando iba a sacar la de la princesa, ésta dijo:

—Padre mío; perdónale, pues este hombre es muy listo y quiero realmente casarme con él.

Y entonces ella le dijo la verdad al rey, y se casaron.

## 26.—VARIANTES

- e. Cuatro mataron a Paula,                      ni de la tierra.  
 Paula mató a siele.    —  
 Pasó un duro sobre un blando.    f. Pan mató a Panda,  
 Le tiré a lo que ví,    y Panda mató a tres.  
 y maté a lo que no ví.    Un duro sobre de un muerto  
 Bebí agua ni del cielo    cargando a tres.

*Solución:* Con una libra de pan murió la yegua Panda, y cuando ésta cayó muerta mató a tres pájaros, y el duro y el blando son el río y el ancón <sup>1</sup> con tres pasajeros.

- g. Le tiré a quien ví.  
 y maté a quien no ví,  
 y comí de lo que no había nacido,  
 y bebí agua sin ser caída  
 ni manada de la tierra,  
 y ví un muerto cargando tres vivos.

*Solución:* Un hombre le tiró una piedra a una paloma matando a una reina, <sup>2</sup> y se comió un huevo que tenía la reina. Bebió el sudor de su yegua, y vió a un burro muerto en el río y sobre el burro tres cuervos que se lo comían.

27.—a. LA MATA DE ALBAHACA <sup>3</sup>

Pues señor, había una vez una madre que tenía dos hijas. Vivían en una casa que tenía un gran balcón con unas matitas de albahaca. La hija mayor siempre regaba las matitas, y un día cuando les estaba echando agua pasó por allí el hijo del rey y le dijo:

<sup>1</sup> *ancón:* especie de balsa para el servicio de ríos y puertos.

<sup>2</sup> *reina:* Véase nota 1, página 43.

<sup>3</sup> Este grupo pertenece también al de cuentos internacionales. Las únicas versiones españolas que conozco son las chilenas (*Cuentos de adivinanzas corrientes en Chile*, Santiago, 1912) p. 341-353 y Suplemento, 1914, p. 299-308, y las publicadas por el Sr. Espinosa (*Cuentos populares españoles*, Stanford University, 1923) tomo I, páginas 33-40. Todas estas versiones son muy parecidas a las mías y pertenecen al ciclo de *La hija astuta*. Véase: *Verzeichni sder Marchentypen mit Hilfe von Fachgenossen ausgearbeitet* von Antti Aarne (Helsinki, 1910) núm. 875. Cp. *La astuta hija de campesino* (Grimm, n.º 94.)

—Muchacha que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojitas tiene la mata?

La muchacha se entró en la casa y se lo contó a su hermana menor, y ésta le dijo que al día siguiente ella regaría las matitas.

Al otro día la hermana menor fué y se puso a regar las matitas y pasó por allí otra vez el hijo del rey y le preguntó:

—Muchacha que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y la hermana menor le contestó:

—Jovencito varillero,<sup>1</sup>  
usté que sabe de leer y de escribir,  
de sumar y de restar,  
multiplicar, dividir,  
que me conteste usté quiero,  
¿cuántas estrellas hay en el cielo  
y arenitas en la mar?

Y como el hijo del rey no podía contestar se marchó muy avergonzado sin decir ni ujúm! Pero cuando llegó a su palacio se puso a pensar en la manera de hacerle pagar a la joven. Y al otro día se enmascaró y pasa por el frente de la casa de las hermanas y les pregunta que si quieren comprar unos dulces muy buenos. Las muchachas les pidieron el precio de los dulces y él contestó que vendía los dulces por un beso. La hermana mayor se fué para dentro y la menor le dijo que ella no podía comprarlos así, pero después de un rato le dijo al vendedor que le diera los dulces y que ella le daría un beso. Y así fué, y el vendedor supuesto se fué lo más contento.

Al otro día pasó por la casa de las muchachas, y como la menor estaba regando la albahaca le dijo:

—Muchacha que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y la muchacha le contestó como lo había hecho antes:

—Jovencito varillero,  
usté que sabe de leer y de escribir,  
de sumar y de restar,  
multiplicar y dividir,  
que me conteste usté quiero,  
¿cuántas estrellas hay en el cielo  
y arenitas en el mar?

Y el hijo del rey le contestó entonces:

—Muy bien, niña bachillera,  
pero lo que yo quisiera saber

<sup>1</sup> *varillero*: persona que le echa de valiente, de gracioso, de peímetre.

es cómo le gustó el beso  
que al dulcero dió.

Y la muchacha avergonzada se metió en la casa.

Pasaron muchos días y el hijo del rey no se presentó por allí. Y las muchachas supieron que estaba enfermo y que los médicos decían que no se podía curar. Entonces la hermana menor se vistió de médico, fué al palacio y dijo que ella podía curar al hijo del rey. La llevaron al cuarto donde estaba el enfermo y pidió que la dejaran sola. Entonces ella atrancó la puerta, y se fué a la cama y le metió un nabo en el c... El hijo del rey gritaba pero ella siguió empujando el nabo hasta que lo dejó bien adentro.

La cosa fué que el hijo del rey se puso bueno a los pocos días, y tan pronto como pudo salir fué a pasearse por la casa de las dos hermanas. Allí encontró a la menor que estaba regando las matitas de albahaca, y al verla le dijo:

—Muchacha que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y ella le contestó:

—Jovencito varillero,  
usté que sabe de leer y de escribir,  
de sumar y de restar,  
multiplicar, dividir,  
que me conteste usté quiero,  
¿cuántas estrellas hay en el cielo  
y arenitas en la mar?

Y el hijo del rey le contestó:

—Muy bien, niña bachillera,  
pero lo que yo quisiera saber  
es cómo le gustó el beso  
que al dulcero dió.

Y él creía que ella se metería para dentro como hizo la otra vez, pero ella le contestó en esta forma:

—Y el nabo que entró en el culo,  
¿era blando o era duro?

Se conocieron entonces y se casaron y vivieron muy felices.

## 28.—b. LA ALBAHACA

Había una vez una viuda que tenía una hija muy hermosa que le gustaban mucho las flores y siempre se pasaba las horas en el jardín cuidando de ellas. Un día estaba la chica regando las flores y pasó por

allí el rey y quedó enamorado por la hermosura de la muchacha. Estaba ella regando en aquel momento una mata de albahaca, y el rey que quería entrar en conversación, le dijo:

—Muchachita que riegas la albahaca,  
¿Cuántas hojas tiene la mata?

La muchacha le miró y dijo inmediatamente:

—Usted caballero que sabe  
leer, escribir y contar,  
debe saber los granos  
de arena que tiene el mar.

El rey no esperaba tal respuesta y se marchó muy avergonzado, disponiéndose a vengarse. Un día supo que la madre de la muchacha había ido al pueblo vecino, y él aprovechó la ocasión para vengarse de la muchacha. Vistióse de quincallero <sup>1</sup> y se fué gritando su mercancía por toda la calle hasta que llegó a la casa de la viuda. La muchacha salió y le gustaron muchas de las cosas que el quincallero llevaba en la canasta, pero dijo que no podía comprar nada porque su madre no estaba allí y ella no tenía dinero para pagar lo que más le gustaba.

Preguntóle el rey qué era lo que más le gustaba, y la muchacha le dijo que una sortija que llevaba.

—Tómala, nena. Dame un beso y estamos en paz. Me gustas y por eso quiero complacerte.

La muchacha no quería darle el beso al principio, pero después pensó que nadie lo vería ni lo sabría y se lo dió.

Fué el rey a palacio, se cambió de ropa y volvió poco después a pasar por la casa de la viuda cuando la chica regaba la mata de albahaca.

—Muchachita que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojas tiene la mata?

Y ella le contesta:

—Usted caballero que sabe  
leer, escribir y contar,  
debe saber los granos  
de arena que tiene el mar.

Y a eso le respondió él:

—Y el beso del quincallero,  
¿estuvo malo o estuvo bueno?

Muy avergonzada, se metió dentro de la casa muy ligero, pensando vengarse por lo que había dicho el rey. Esperó algunos días y se presentó en el palacio ofreciendo sus servicios como criada. Ella se había disfrazado de negra, pero parece que el rey sospechaba y dijo que la

<sup>1</sup> *quincallero*: buhonero.

quería para su servicio personal. Mientras <sup>1</sup> la muchacha había hecho un arreglo para que le metieran en el balcón su burra, y la llevó al cuarto que le dieron que estaba al lado del cuarto del rey. Cuando llegó la noche y se acostaron al poco rato el rey abrió la puerta y llamó a la muchacha. Ésta empujó la burra hacia la puerta y cuando el rey la fué a besar, besó el rabo de la burra. Ella se fué para su casa a ver lo que pasaba. Al otro día pasó por allí el rey y repitió:

—Muchachita que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojas tiene la mata?

Y ella dice:

—Usté caballero que sabe  
leer, escribir y contar,  
debe saber los granos  
de arena que tiene el mar.

Y él añade:

—Y el beso del quincallero,  
¿estuvo malo o estuvo bueno?

Pero entonces dijo ella:

—Y el que a mi burra le dió,  
¿qué tal, señor, le gustó?

Y entonces él acabó de comprender que ella había sido la negra criada y le dijo:

—Tú eres muy sabia y muy lista, y por lo tanto me caso contigo. Y se casaron y vivieron muy felices.

## 29. — c. LA MATA DE ALBAHACA

Pues señor, había una vez un carpintero que tenía tres hijas muy bonitas. Ellos vivían en una casita que estaba cerca del palacio del rey, y que tenía un jardín con muchas flores y una mata de albahaca muy hermosa.

El pobre carpintero tenía que estar fuera de casa con gran frecuencia por motivos de su oficio; así es que las tres hijas se quedaban solas trabajando en su casita.

En esta ciudad había un rey que era lo más preguntón y siempre estaba preguntando y echándoles adivinanzas a todas las personas que estaban a su alrededor o a las que él veía.

<sup>1</sup> *Mientras: mientras tanto.*

Una mañana salió el rey a dar un paseo y pasó por delante de la casita y encontró a Carmen, la hija mayor del carpintero, regando la mata de albahaca. Al ver a la niña el rey le preguntó:

—Niña que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojitas tiene la mata?

La muchacha muy avergonzada se metió para dentro y no le contestó.

Al otro día volvió a pasar por allí el rey, pero esta vez estaba regando la mata la segunda hija, María, y el rey le hizo a ella la misma pregunta y la muchacha tampoco se la contestó.

Al siguiente día regaba la mata Pepita, la hija más chiquita. Esta era mucho más bonita y más simpática que sus dos hermanas y en cuanto el rey la vió le preguntó:

—Niña que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y Pepita le contestó seguido <sup>1</sup> en esta forma:

—Y dígame, buen caballero,  
¿cuántas estrellas tiene el cielo?

Como creía que ella no contestaría como sus hermanas, el rey se avergonzó mucho al no poder contestar a la muchacha y se retiró prometiendo vengarse de la chica.

A los pocos días el rey se disfrazó de dulcero y se fué a vender los dulces por los alrededores de la casita de las muchachas. Como éstas eran muy golosas, tan pronto oyeron la voz del dulcero corrieron a llamarlo. El dulcero entró en la casa de las niñas y dijo que sólo vendía sus dulces por besos. Las dos hermanas mayores se *indinaron* <sup>2</sup> y se metieron para dentro pero la más chiquita se quedó discutiendo con el dulcero y por fin decidió darle un beso por cada uno de los dulces que cogió de la batea.

El rey volvió a palacio, se cambió de traje y esperó hasta la hora de regar la mata de albahaca. Cuando llegó el momento pasó por la casita y le dijo a Pepita:

—Niña que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojitas tiene la mata?

y Pepita le contestó:

—Y dígame, buen caballero,  
¿cuántas estrellas tiene el cielo?

<sup>1</sup> *seguido*: en seguida.

<sup>2</sup> *indinaron*: indignaron.

<sup>3</sup> *batea*: especie de vasija plana o circular de madera con reborde a manera de lebrillo. Las grandes se emplean, generalmente, para el lavado de la ropa. Las pequeñas para la venta ambulante de dulces y confituras.

y el rey replicó:

—Ya que contestas ligero,  
¿cuántos besos le diste al dulcero?

y Pepita muy sentida y avergonzada corrió para la casita.

Pasaron varios días sin que el rey se presentara por el jardín, pero Pepita averiguó que estaba enfermo. Entonces ella decidió vengarse y se disfrazó de muerte y se fué para el palacio con una mula. Logró meterse en el cuarto del rey, y le dijo:

—Aquí he venido a llevarte. Tus días están contados.

El rey le pidió que le dejara vivir, que haría cualquiera cosa porque le dejara en este mundo algunos años más. Entonces Pepita le dijo que la única manera de salvarse era besando a su mula debajo del rabo, y como el rey quería vivir mucho, levantó el rabo y empezó a besar a la mula y le dió muchísimos besos. La Muerte le había dicho que viviría un año por cada beso.

Fuése Pepita con la mula, y el rey empezó a mejorar y se puso bueno del todo.

Tan pronto salió a la calle fué por el jardín y se encontró a Pepita regando la mata de albahaca, y le preguntó:

Niña que riegas la albahaca,  
¿cuántas hojitas tiene la mata?

y Pepita respondió:

—Y dígame, buen caballero,  
¿cuántas estrellas tiene el cielo?

y el rey replicó:

—Ya que contestas ligero,  
¿cuántos besos le diste al dulcero?

y Pepita añadió:

—Y dígame, si está seguro,  
¿cuántos besos dió a mi mula en el c...?

Y el rey comprendió que Pepita era una muchacha muy inteligente y que le convendría por esposa, pero quería vengarse de ella y mandó a buscar al carpintero y le dijo que quería casarse con su hija con la condición de que sino venía al palacio vestida y desnuda, ni en coche ni a caballo ni andando, que lo mataba a él y a ella.

El pobre carpintero llegó a su casa muy triste, pero cuando Pepita supo lo que pasaba mandó buscar una red de pescar y se vistió con ella, y le dijo a su papá que la amarrase a la cola de su mula, y así fué

al palacio. El rey entonces comprendió que ella era muy lista y que haría una gran reina, y se casó con ella. Y vivieron muy felices, y a mí me dieron arroz con perdices.

### 30.—PALITO DE HINOJO—PANDERO DE PIOJO <sup>1</sup>

Pues había un rey muy poderoso que tenía un gran palacio en el cual vivía con su hija. Un día él estaba peinándose y se encontró un piojo. Como era un hombre muy bromista quiso criar el piojo y verlo crecer, así fué que le mandó a hacer una cajita y lo puso en ella. Lo alimentaba todos los días y el piojo llegó a crecer tanto que ya no cabía en la cajita.

Entonces el rey mató el piojo, secó la piel y con ella hizo un pandero. El arito lo mandó a hacer de un palito de hinojo, y cuando todo estaba completo puso un *efto* <sup>2</sup> diciendo que el que adivinara los materiales de que estaba hecho el tamborcito se podía casar con la princesita.

Vino mucha gente a ver el tamborcito pero nadie podía dar con la solución. Por fin se presentó un pastor que tenía un ratoncito muy bien criado al cual había librado de un gato. Él se fué con el ratoncito al palacio. El animalito se metió en el cuarto donde guardaban el tamborcito y olió y olió hasta que se dió cuenta de los materiales de que estaba hecho. Entonces volvió donde el pastor y le dijo:

—Palito de hinojo.  
Pandero de piojo.

Cuando el pastor pidió el tamborcito para verlo, lo tomó en sus manos, lo miró, lo tocó, y por fin lo olió. Entonces dijo:

—Señores:  
Palito de hinojo.  
Pandero de piojo.

La princesita tuvo que casarse con el pastor, y fueron muy felices con el ratoncito que se quedó a vivir con ellos y les hacía muchos favores.

<sup>1</sup> De origen europeo. Véase: Antti Aarne, *Ob. cit.*, n.º 621. Cp. Espinosa, *Cuentos populares españoles*, tomo 8, p. 50-56; Llano, *Ob. cit.*, p. 224-228; Cabal, *Cuentos tradicionales asturianos* (Madrid, s. f.) pág. 15-19.

<sup>2</sup> puso un *efto*: publicó un edicto.





31.—a. LA HIJA DEL PRESO <sup>1</sup>

Había una vez un rey que era un gran adivinador y podía adivinar cuanta adivinanza le echasen.

En uno de los calabozos de las cárceles de la ciudad estaba preso un hombre que decía ser inocente del crimen por el cual le habían castigado. A este pobre hombre no le daban más alimento que un pedazo de pan y un jarro de agua una vez al día, y el infeliz se estaba muriendo.

Tenía el preso una hija viuda que estaba criando. Le habían dado permiso para que fuera a ver a su padre todos los días, y al notar que estaba perdiendo sus fuerzas decidió darle de mamar con objeto de fortalecerlo. El viejo se resistió al principio, pero viendo el ardiente deseo de la hija empezó a alimentarse con la leche de sus pechos calmando así en parte la gran debilidad que tenía.

En aquellos días el rey anunció que estaba dispuesto a adivinar todas las adivinanzas que se le echaran. Él concedería favores por las adivinanzas que no pudiera resolver. Se enteró la hija del preso y decidió ir al palacio a echarle al rey una adivinanza.

La pobre mujer llegó y pidió audiencia. Se la concedieron y le dijo al rey que ella tenía una adivinanza para que él se la adivinara. El rey le dijo que sí, que se la echara, y entonces ella dijo:

—De antaño fui hija,	marido de mi madre.
y de antaño fui madre;	Adiviname, buen rey,
crié al hijo ajeno,	o si no dame a mi padre.

El rey pensó y pensó, pero no pudo dar con la solución. Entonces le pidió a la mujer que le explicara. Ella le dijo cómo su padre había sido castigado injustamente, cómo sufría hambre y sed en la cárcel, y cómo ella, a través de las rejas, le había dado a mamar en sus pechos.

Y como el rey no adivinó el significado de la adivinanza concedió la libertad al padre que estaba preso.

## 31.—b. LA HIJA Y EL PADRE

Había una vez una mujer joven que estaba criando, y que diariamente se acercaba a una ventana de una cárcel en donde estaba un

<sup>1</sup> Las siete versiones recogidas por mí en Puerto Rico pertenecen a un tema que ha sido tratado por autores clásicos y del que se encuentran numerosas variantes en diferentes países europeos y americanos. En Pompeya hay, según Lehmann-Nitsche (*Ob. cit.*) p. 441, una pintura cuyo asunto es el mismo del cuento. La fotografía que publicamos es la de un grupo existente en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional de Madrid. Las variantes *d*, *e*, *f*, *g*, me fueron dictadas como simples adivinanzas.

hombre preso. Venía mañana y tarde hasta que un día el guarda se lo dijo al rey y éste la mandó coger y que la trajeran a su presencia. Así lo hicieron, y cuando el rey le preguntó por qué iba todos los días a la cárcel, contestó:

—Yo fui hija  
y ahora soy madre.

La criatura que yo crío  
es marido de mi madre.

Ni el rey ni ninguno de sus amigos podía entender aquellas palabras, y él le pidió a la mujer que las explicara. Ella entonces dijo que les daría la explicación si perdonaban al preso. Dijeron que sí, y ella lo explicó de esta manera:

—Yo doy de mamar a mi padre porque no me permiten enviarle nada de casa. Como mama la leche de mis pechos resulta ser mi hijo habiendo sido el marido de mi madre.

Al oír estas palabras, el rey dijo que se alegraba de haber prometido el perdón, pues el sacrificio de tal hija se merecía la libertad del padre preso.

Y le pusieron en libertad y fueron felices.

### 31.—c. EL PRESO Y SU HIJA

Todos los años el rey perdonaba al preso que le echara una adivinanza que él no pudiese adivinar. Un día se le presentó una mujer y le dice:

—Antaño fui niña  
y ahora soy madre.

Y es mi hijo  
el marido de mi madre.

El rey no pudo explicar la adivinanza y ella entonces le dijo:

—Mi padre está preso y voy diariamente a alimentarlo con la leche de mis pechos por la reja de la ventana.

El rey puso en libertad al padre.

### 31.—VARIANTES

d. De antaño fui hija,  
de hija fui madre;  
crié hijo ajeno,  
marido de madre.

y de antaño fui madre;  
crié al hijo ajeno,  
marido de mi madre;  
adivina buen rey  
o si no suelta a mi padre.

--

e. De antaño fui hija,

—

- f. Primero fuí hija  
y después fuí madre;  
adivíname, señor rey,  
y si no me da libre a mi padre.
- g. En un tiempo fuí hija  
y ahora soy madre;  
adivíname, mi buen rey,  
o sáqueme a mi padre.

32. a. Tenga, buen rey,  
este trago de vino  
que una paloma blanca  
llevó a su nido.  
Vengo en un caballito
- que no fué nacido,  
traigo a su madre  
en el puño metido.  
Adivíneme, buen rey,  
o si no, suelte a mi padre.

*Solución:* Este era un joven que tenía preso a su padre. Fué a ver al rey, que era muy aficionado a las adivinanzas, y el rey le dijo que si le echaba una adivinanza que él no pudiera sacar, le pondría en libertad a su padre. El joven se fué y vió una paloma blanca con un ramo de uvas que se metió en el nido. Le quitó el racimo y sacó un trago de vino. Entonces se montó en un potro que había sacado del vientre de la yegua, y las bridas estaban hechas del cuero de la yegua. El rey no pudo adivinar y soltó al padre.

- 32.—b. Tenga, usted, señora, <sup>1</sup>  
este vaso de vino.  
Yo vengo montado
- en quien no fué nacido,  
y su madre la traigo  
en el puño metido.

*Solución:* Un joven sacó un vaso de vino de un racimo de uvas. Con él se fué donde la reina a echarle una adivinanza. Iba montado en un caballo que había sido sacado del vientre de la yegua antes de nacer, y llevaba como riendas tiras del cuero de la yegua madre.

- 32.—c. Ando en quien no fué nacido,  
ni esperanza de nacer;  
su madre traigo en los brazos.  
Adivina lo que puede ser.

<sup>1</sup> Los números a y 32 b son versiones completas de un mismo cuento. Siguen a éstas tres fragmentos del mismo. Para un análisis completo de este cuento, véase Lehmann-Nitsche, *Ob. cit.*, p. 439-441. Las versiones argentinas recogidas por él, dicen:

Toma, buen rey,  
este vaso de vino  
que un ave blanca  
lo trajo a su nido;

vengo en un caballito  
que no ha sido nacido,  
debajo mis pies  
traigo a su madre;  
adivine, buen rey,  
o suelte a mi padre,

696 a.

Su Majestad, tome  
esta copa de vino  
que un ave de plumas  
llevó a su nido;

vengo montado  
en que no fué nacido  
y tengo por rienda  
a la pobre madre;  
si usted no adivina, buen rey,  
me entrega a mi padre.

696 b.

*Solución:* Andaba un individuo en un caballo que cuando potrillo fué sacado del vientre de la yegua antes de nacer. La yegua había proporcionado las bridas para el mismo caballo.

32. - d. Vengo en el que no ha nacido,  
ni esperanza de nacer.  
Su madre traigo en los brazos.  
Adivina lo que puede ser.

32.—e. Vengo en el que no ha nacido,  
de riendas traigo a la madre.  
Que me adivines te pido  
lo que esto puede ser.<sup>1</sup>

—  
33. Un árbol alto y frondoso,  
que de la tierra nació;  
una mujer con su aguja  
al suelo lo derribó.

*Solución:* Esta era una vez una mujer muy trabajadora que vivía solita en un miserable bohío. Al lado del bohío había un árbol de flamboyán muy grande y ella tenía miedo que algún día con algún temporal el árbol se cayese encima del bohío y lo desbaratase y la matase a ella. Como no tenía nada con qué pagar a los peones les dijo que si le tumbaban el árbol, que ella les cosía toda su ropa, y así lo conviniere.

34. Sembré una mata de alicantrones,  
en ella me entraron los ladrones.  
Ladrón fuí yo que en ella entré;  
alcé la olla, la rosa miré.  
¡Mal me haga si yo la toqué!

*Solución:* Este era un joven que llevaba relaciones con una señorita y se fué de su pueblo para ganar dinero con qué casarse con ella. Cuando él regresó ya otro había deshonrado a la muchacha y ella había tenido un niño. El fué a su casa, y viéndola a ella con el niño, lo comprendió todo y se marchó.

35. Una vez que iba yo por un camino me encontré una joven que estaba en un balcón y tenía una rosa en las manos. Y le pregunté su nombre y me dijo que se lo adivinara. Y abajo había una tina y tiró la

<sup>1</sup> Cp. con las versiones siguientes:

Yo no he nacido en el mundo  
ni mi caballo tampoco.  
Traigo mi madre de guantes,  
adivinen que es bien poco.  
(Lehmann-Nitsche, *Ob. cit.*,  
N.º 696 c)

Vengo en el que no ha nacido,  
de riendas traigo a la madre.  
Adivínamela, buen rey,  
y si no, dadme a mi padre.  
(*Cuentos de adivinanzas*,  
Santiago, 1912, 4 E, p. 365)

rosa y ella me dijo que se lo adivinara; y como la rosa cayó en la tina, yo en seguida adiviné el nombre de la joven Florentina. <sup>1</sup>

36.—a. Ayer se mató la liebre,  
hoy a la olla se echó,  
aquél que mató la liebre  
hace diez años que murió.

*Solución:* Hacía diez años que habían ahorcado a un hombre y su esqueleto estaba colgando del árbol donde lo ahorcaron. Un día pasó por debajo del árbol una liebre y uno de los huesos del esqueleto se cayó y mató a la liebre.

36.—b. Ayer se murió la liebre,  
hoy en la olla se echó.  
Aquél que mató a la lie-  
[bre  
hace cien años murió.

36.—c. Ayer se mató la liebre,  
ayer a la olla se echó,  
y hoy se cumplen siete  
[años  
que el que la mató murió.

36.—d. Antier se mató la liebre  
y ayer tarde se comió;  
diez años tenía de muerto

el que a la liebre mató.  
36.—e. Ayer se mató la liebre,  
y ayer mismo se guisó;  
y el que la mató  
hace siete años  
que murió.

36.—f. Ayer se mató la liebre,  
y ayer mismo se comió;  
y hoy se cumplen los  
[diez años  
que el que la mató mu-  
[rió.<sup>2</sup>

37 —a. Que me miras, te comprendo,  
de lo que me pides tengo;  
cuando no tenía, te daba  
y hoy que tengo, no te doy;  
busca a quien no tenga que te dé,  
que cuando yo no tenga te daré.

<sup>1</sup> Variante argentina:

Crece una flor en maceta  
cuyo nombre importa nada  
mas si se trasplanta en tina;  
decidme, ¿cómo se llama?  
(Lehmann-Nitsche, *Ob. cit.*, n.º 882)

Detrás de una esquina  
hay una tina  
llena de flores;  
si eres discreta  
aclerta mi nombre.

(Demófilo, 449).

<sup>2</sup> El tema es bien conocido. En Chile, como en Puerto Rico, figura la liebre en la adivinanza. En la Argentina, la culebra. En la versión chilena, sin embargo, hay error, pues el esqueleto mata a una gallina al caer. Véase: *Cuentos de adivinanzas*, páginas 373-374. Lehmann-Nitsche, *Ob. cit.*, p. 276, n.º 698.

*Solución:* El amor.<sup>1</sup>

37.—b. Que me miras, te comprendo;  
de lo que me pides, no tengo.  
Antes cuando tenía, te daba.  
Busca a otro que tenga,  
que cuando yo tenga te dare.

*Solución:* Un señor hablando con su perro que le pedía carne.

38.—Cuando tengo agua, bebo vino,  
y cuando no tengo agua, bebo agua.

Molinero

39.—Dos pies se sentó en tres pies,  
a comerse un pie;  
vino cuatro pies y le quitó el pie;  
volvió dos pies y cogió el pie  
y se sentó en tres pies  
a comerse el pie.

*Solución:* Un hombre se sentó en un taburete de tres pies a comerse una pata de res; entonces se le acercó un perro y le quitó la pata de res. El hombre se va detrás del perro y se la quita y entonces vuelve y se sienta en el taburete a comérsela.

40.—Estaba Pin-pin de cuatro pies comiéndose a Pin-pin de un pie, cuando llegó Pin-pin de dos pies y espantó a Pin-pin de cuatro pies.

*Solución:* Una vaca estaba en un cercado comiéndose el maíz y llegó el peón y la espantó.

41.—Para que Pin-pin de cuatro pies no se coma a Pin-pin de un pie, Pin-pin de dos pies está velando a Pin-pin de cuatro pies.

<sup>1</sup> Lehmann-Nitsche da dos versiones argentinas. La primera, 701 a., es muy parecida a la portorriqueña y tiene como solución el amor. Cita en el comentario (*Ob. cit.*, página 444) una adivinanza alemana con la siguiente solución: la mujer casada lo dice a un soltero, refiriéndose a su esposo y su mano: «Creo que la solución *amor* ha pasado a substituir una más detallada, que con el tiempo se ha olvidado. Las siguientes versiones dadas por Demófilo son simples fragmentos de esta misma adivinanza y tienen soluciones falsas

Quando yo no tenía te daba  
y ahora que no tengo te doy,  
busca a otro que no tenga que te dé,  
que cuando yo no tenga yo te daré.  
(650. El molino y el molinero).

Que me miras, bien te entiendo,  
ahora que tengo no puedo darte,  
busca uno que no tenga que te dé  
que cuando yo no tenga, yo te daré.  
(1014. El vado).

<sup>2</sup> Muy parecida a la chilena (*Cuentos de adivinanzas*, p. 373, n. 11 A) cuya solución es *Perro, amo, carne*.

<sup>3</sup> También en Chile (*Cuentos de adivinanzas*, p. 373, n.º 10). Adivinanza bastante extendida. Hay varias versiones en Europa y en América. Véase Lehmann-Nitsche, *Ob. cit.*, p. 442, sobre todo el largo cuento siciliano tomado de Pitre.

*Solución:* Un hombre está velando para que la vaca no se coma el maíz.

42.—Debajo de péndere-péndere,  
estaba dúrmilis-dúrmilis;  
si no fuera por péndere-péndere  
matan a dúrmilis-dúrmilis.

*Solución:* Un peón se quedó dormido debajo de una palma de coco, y cuando un ladrón iba a matarlo se cayó un coco que despertó al peón y pudo salvarse de la muerte.

43.—Pínguili-pínguili está colgado,  
Mángara-mángara está parado;  
si Pínguili-pínguili se cayera,  
Mángara-mángara lo comiera.

*Solución:* Pínguili-pínguili era un pedazo de carne que estaba colgando de un gancho en la cocina de una casa, y Mángara-mángara era un gato que esperaba que se cayera para comérsela.

44.—Debajo de un come, come,  
estaba un dorme, dorme;  
cayó el come, come,  
y despertó el dorme, dorme;  
se levantó el dorme, dorme,  
y se comió al come, come.

*Solución:* Debajo de una palma de cocos estaba un hombre dormido. Se cayó un coco y lo despertó y entonces él se comió el coco.

45.—Móngalo, Móngalo está colgando,  
Míngolo, Míngolo lo está velando,  
si Móngalo, Móngalo se cayera,  
Míngolo, Míngolo se lo comiera.

*Solución:* La misma que la anterior; también la mata de guineos, y un hombre.

46.—Jínguili Jínguili está colgando,  
Jóngolo, Jóngolo está velando;  
si Jínguili Jínguili se cayera  
Jóngolo Jóngolo se lo comiera.

*Solución:* Jínguili (también Jinjili) es la palma de coco y su racimo; Jóngolo, el puerco.

47.—Póngolo, Póngolo  
está goteando,  
Píngolo, Píngolo  
está aparando. <sup>2</sup>

<sup>1</sup> guineo: plátano.

<sup>2</sup> aparando: esperando.

**Solución:** La palma de yagua y el puerco.

39-47. Esta forma de adivinanza es muy común. Casi puede considerarse como adivinanza internacional, pues de ellas se encuentran versiones en muchos países. La marcada con el número 39 corresponde a la ribagorzana que Demófilo da en la p. 389, y que es como sigue: «Dos-peus comeba un peu encima de Tres-peus, viene Cuatro-peus y le furta el peu; se levanta el Dos-peus, coge el Tres-peus, lo hi tira a Cuatro-peus y le rompe un peu»; en la cual *Cuatro-peus* es el gato. En la Argentina (Lehmann-Nitsche número 576): «Estaba dos-patas sentado en tres-patas comiendo una pata, y vino cuatro-patas y le quitó una-pata. Entonces dos-patas agarró a tres-patas, le firó a cuatro-patas, le pegó en la pata y le quitó la pata», cuya solución es la misma de Puerto Rico. Véanse las notas que este mismo autor da en la p. 431 acerca de las diferentes variantes europeoas. Para la versión chilena, véase *Cuentos de adivinanzas*, p. 379.

Nuestras versiones 40 a 47 tienen también sus correspondientes. Los números 40 y 41 son casi las mismas adivinanzas chilenas 22 B, C y D (*Ob. cit.*, páginas 379-380), mientras que en la Argentina dicen:

Tingo milingo de cuatro pies parado,  
va a comer a fingo milingo de un pie parado  
y fingo milingo de dos pies parado  
corre a fingo milingo de cuatro pies parado  
para que no le coma a fingo milingo de un pie parado.  
Leh.-Nif. 575 a.

Tingui mingui está parado sobre un pie,  
viene fingui mingui parado sobre cuatro pies  
a comer a fingui miringui parado sobre un pie;  
se levanta fingui miringui parado sobre un pie  
a correrlo a fingui miringui parado sobre cuatro pies  
para que no le coma a fingui miringui parado sobre un pie.  
Leh.-Nif. 575 b.

## N.º 42. Variante chilena:

Debajo de péndere-péndere  
estaba dúrmere-dúrmere;  
sí no es por péndere-péndere  
matan a dúrmere-dúrmere.

Estaba Dúndere-dúndere  
debajo de Péndere-péndere;  
sí no es por Péndere-péndere  
matan a Dúndere-dúndere.

Laval, *Del Latín en el Folk. chileno*,  
(*Rev. de folk. chil.* 1, p. 17.).

Sol.: La pera y un asesino.  
*Cuentos de adivinanzas*, p. 381.

## Variante argentina:

Leh.-Nif. n.º 577.

Debajo de un périlli périlli  
estaba un dúrmilli dúrmilli,  
vino un córilli córilli  
a picar al dúrmilli dúrmilli,

y cayó un périlli périlli  
y despertó al dúrmilli dúrmilli  
y comió el dúrmilli dúrmilli al périlli périlli  
y mató al córilli córilli.

Sol.: Peral, hombre dormido y víbora.

Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, p. 259: «Si péndole, péndole, no cayera, dúrmilli, dúrmilli, se muriera.» Sol.: Pera, hombre dormido y víbora.

Demófilo, p. 341: «debajo d' un pínquele-pínquele, estando un dúrmele-dúrmele, iba un fúnquele-fúnquele, derelto a dúrmele-dúrmele; cae entonces pínquele-pínquele e, esperto dúrmele-dúrmele, matou a fúnquele-fúnquele.» Sol.: Pino, hombre dormido y culebra. Véase pues, que esta clase de cuentos de adivinanzas es muy antigua y tradicional.

Para los números 43, 45, 46 y 47 véanse las numerosas variantes argentinas números 572 a-573 b, y las notas, p. 430-431 de Lehmann-Nitsche.



50.—b. De dos madres soy nacido,  
de un solo padre engendrado;  
por ser Dios tan poderoso,  
en una fuente bañado.

*Solución:* Como la anterior, pero aquí el hombre lavó el huevo al sacárselo a la culebra en una quebrada.

50.—c. De tres madres fuí nacido,                    antes de nacer, comido,  
de un solo padre engendrado;                    y en una fuente bañado.

50.—d. De dos vientres fuí nacido,                    antes de nacer, comido,  
de un solo padre engendrado;                    y en una fuente bañado.

51. Mientras más cerca, más lejos;  
mientras más lejos, más cerca.

*Solución:* Cuando se empieza a cercar un terreno, mientras más cerca se monta, más lejos se está del principio, y mientras más lejos se está más cerca se necesita. También se dan como soluciones la *cerca* o la *distancia*.

52. Mientras más lejos, más cerca,  
mientras más cerca, más lejos.<sup>2</sup>

53.—Una mujer sin pecado,                    murió diciendo Jesús,  
ni hubo pecado jamás,                    sin conseguirse salvar.

*Solución:* Había un jíbaro que tenía una cotorra que lo llamaba a él por su nombre, Jesús. Un día, estando sola, llegó un gato y al cogerla, ella llamó a su amo, pero murió sin que la salvara.

54.—¿Cómo puede ser que un hombre humano  
debajo del poder de Dios  
se case con hija y madre  
siendo doncellas las dos?

<sup>1</sup> Idéntica al núm. 938 de Rodríguez Marín, *Ob. cit.* Esta indica la relación de las otras versiones de Puerto Rico, así como su origen.

<sup>2</sup> Los versos aquí están cambiados, pero es la misma adivinanza anterior. Ambas variantes pertenecen sin duda a un cuento adivinanza mucho más largo. El señor J. O. Atria recogió en Chile (*Ob. cit.*, p. 374, núm. 13 A) al siguiente:

Mi padre, cuando viajaba,	y cuando a casa volvía
mientras más lejos más cerca	más cerca le parecía.
en sus jornadas hallaba;	

*Sol.:* Un viajero que andando seguía una cerca de mucha longitud.

Y la variante 13 B, recogida por el Sr. E. Flores es exactamente la que publicamos con el núm. 51, aunque la solución chilena es: *distancia*. También la 593 del Sr. Rodríguez Marín. En Nuevo Méjico, el Sr. Espinosa encontró dos variantes:

Entre más lejos, más cerca.	Entre más cerca más lejos;
Pasa, bobo al otro lado.	y entre más lejos más cerca.

Núm. 27 a, b. (*Journal of Amer. Folk.* vol. XXVIII, p. 324).

*Solución:* El hombre es el cura, el *padre* de la iglesia y la iglesia es nuestra madre.

55.—a. Tenga, senora, este ramo      Es su hijo, es su nieto,  
de las manos de este niño.      hermano de su marido.

*Solución:* Una señora tuvo un hijo y lo abandonó. Pasaron muchos años y el hijo volvió, y como era tan guapo, la madre se enamoró de él y se casó con él. Tuvieron después un hijo y éste le dijo eso un día porque le habían hecho su historia.

55.—b. Tenga, señorita, esta      Es su hijo, es su nieto  
[rosa,      y hermano de su marido.  
que se la da este niño.

*Solución:* Como la anterior.

56.—a. En una ciudad en tres meses,  
parió una mujer seis veces;  
cada cual parió seis niños,  
toditos de nueve meses.

*Solución:* Era una mujer llamada Cada Cual que vivía en una ciudad que tenía por nombre Tres Meses.

56.—b. En una ciudad, tres meses,  
parió una mujer tres veces;  
cada cual parió tres niños,  
toditos de nueve meses.

56.—c. En una ciudad, en seis meses,  
dió a luz una mujer seis veces;  
todos bien nacidos,  
toditos de a nueve meses.

*Solución:* La ciudad se llama Seis Meses. <sup>1</sup>

57.—Domingo de Ramos      en Viernes Santo  
y la Cruz      en San Juan.  
cayeron juntos

*Solución:* Había un hombre llamado Domingo de Ramos que paseando en Viernes Santo por las calles de San Juan (capital de Puerto Rico) se cayó con una amiga llamada Cruz.

58.—Debajo de Cucamé,  
serpiente en Curacó,  
y para llegar a Madrid  
chirri chacó.

*Solución:* Un rey había dicho que casaría a su hija con el que le echara una adivinanza que no pudiera resolver. Un peón salió de su

<sup>1</sup> Véase la segunda parte de esta obra, para otro grupo de adivinanzas muy parecidas a éstas y muy corrientes en distintos países.

casa y se dirigió a Madrid a probar su suerte. Pasó por un puente y oyó un becerro que dijo, «mee». El peón formó la primera parte de su adivinanza; más tarde vió un barril con una serpiente dentro, formó la segunda parte. Al llegar a la ciudad vió un puesto donde freían y le dió olor a chicharrones, y formó la última parte de la adivinanza. El rey no la adivinó y le dió permiso para casarse con su hija. <sup>1</sup>

59.—a. Allá vienen vuestros padres  
maridos de vuestras madres,  
padres de vuestros hijos  
y vuestros maridos mismos.

*Solución:* Habían una vez dos padres que se quedaron viudos con una hija cada uno. Después de algún tiempo cada uno de ellos se casó con la hija del otro. Un día que andaban los hombres paseando se iban a encontrar con sus esposas que también andaban por la calle. Uno que las vió acercarse sacó la adivinanza.

59.—b. Allí vienen nuestros padres  
en busca de nuestras madres,  
a ver a nuestros hijos;  
y son vuestros maridos mismos.

59.—c. Allá vienen nuestros padres,  
padres de nuestros hijos,  
maridos de nuestras madres  
y nuestros maridos mismos. <sup>2</sup>

<sup>1</sup> En Chile (*Cuentos de adivinanzas*, p. 365-367) hay dos variantes, 5 A y 5 B mucho más largas que la de Puerto Rico.

<sup>2</sup> En 59 b. hablan los hijos; en 59 c. hablan las esposas. Cp. Rodríguez Marín, núm. 929:

Allá vienen nuestros padres,  
maridos de nuestras madres

y padres de nuestros hijos  
y nuestros propios maridos.

IV

CUENTOS DE ENCANTAMIENTO



## 60.—LAS TRES HERMANAS

Pues señor, estas eran tres hermanas que vivían en una casa fuera de la ciudad, pero en el camino que iba al palacio del rey. Una noche estaban ellas hablando en el balcón de la casa cuando el rey pasaba por allí y les oyó decir lo siguiente:

—Me gustaría casarme con el cocinero del rey, si él me quisiera porque así comería bien toda mi vida;—dijo la mayor.

—Pues a mí—dijo la segunda—me gustaría casarme con el panadero del rey, porque así comería el mejor pan.

—Pues yo, si el rey se casara conmigo—dijo la menor—le daría tres hijos; dos varones con el sol en la frente y una niña con la luna.

Resultó que como el rey oyó todo lo que dijeron preparó una fiesta e invitó a las tres hermanas y se arreglaron las tres bodas. Las dos hermanas mayores estaban muy disgustadas con la menor porque ésta se había casado con el rey y ellas con dos de los empleados más bajos del palacio.

En esto se declara una guerra y el rey tenía que irse a pelear, pero le daba mucha pena porque su mujer estaba ya esperando salir de su trance. Él se tuvo que ir y dejó encargadas a las dos hermanas para que cuidaran a su esposa mientras él estaba peleando y les dijo que le avisaran tan pronto como naciera el nene.

Llegó el día del nacimiento y la reina tuvo un niño preciosísimo, con un sol en la frente que brillaba mucho. Las dos hermanas decidieron vengarse y lo cambiaron por un perro, y le mandaron a decir al rey que la reina había dado a luz un perro. Y cogieron al nene y lo metieron en un cajón y lo echaron al mar.

Más tarde vino el rey al palacio y dijo que si su esposa no cumplía su ofrecimiento con el segundo hijo que la mataría. Pasó el tiempo necesario y ella dió a luz una niña con la luna en la frente, pero las hermanas que hacían de parteras la cambiaron por una gatita, y a la nena la echaron también al mar.

El rey quiso matar a la reina, pero su consejero le dijo que esperara al tercer hijo a ver si la reina cumplía o no. Así fué; al año la reina se puso mala y dió a luz a un niño tan hermoso como el primero con un sol en la frente. Las hermanas lo cogieron y también lo echaron al mar, y le presentaron al rey otro perrito. Entonces el rey decidió matar a la reina por haber ofrecido una cosa que no había podido cum-

plir. El consejero le dijo que en vez de matarla la metiera en un cuarto presa y la dejara morir de hambre. Así fué. La encerraron en un calabozo y no le daban de comer para que se muriera pronto, pero una sirvienta que ella tenía le llevaba de comer y de beber todos los días.

Pues señor, los tres niños que echaron al mar fueron sacados por un pescador que se los encontró a los tres y los llevó a su casa y se los dió a su mujer para que los cuidara. Como tenían el sol y la luna en la frente les pusieron un pañuelo para tapárselo de modo que no los pudieran conocer y se los llevaran, pues ellos los querían mucho. Los tres hermanos jugaban con los hijos del pescador y su mujer, pero un día tuvieron una pelea y le dijeron que ellos no eran sus hermanos, que su papá los había sacado de la mar.

Entonces los hermanos y la hermana se fueron de la casa del pescador, y llegaron a un bosque y se sentaron a comer la merienda y se les apareció una viejita que les pidió pan. Ellos se lo dieron y cuando se iba les dijo que cada vez que tuvieran alguna necesidad la llamaran diciendo:--Ayúdanos viejita.

Siguieron ellos andando y de pronto se vieron delante de la puerta del palacio del rey. Las ías los conocieron e inmediatamente pensaron en matarlos. Vino entonces una vieja bruja que las había ayudado antes y se puso a hablar con el mayor de los hermanos y lo convirtió en león. Entonces la niña llamó a la viejita y ella le dió al otro hermano una lanza para que matara al león. Él así lo hizo y el otro volvió a ser un joven como era antes. Entonces la viejita les dió una naranja para que la tiraran, y salió una casita muy bonita, pero tan pronto lo supo la vieja bruja vino y les dijo a los hermanos que debían buscar el papagayo que habla y la fuente del agua de la vida.

Salió el hermano mayor a buscar el papagayo y después de mucho andar se encontró un viejo que le preguntó a dónde iba. El muchacho le contestó que andaba buscando el papagayo que habla y la fuente del agua de la vida. El viejito le dijo dónde estaban las dos cosas, pero que era un sitio muy peligroso, pues lo llamarían y si él miraba para atrás se quedaría allí encantado. El muchacho le dió las gracias y se fué hasta que llegó al sitio y vió un camino que tenía muchas piedras a lado y lado y en un extremo había un árbol muy bonito y una fuente que tenía un agua que brillaba mucho y olía muy bien. Él se puso muy contento, y empezó a andar por entre aquellas piedras y empezaron a llamarlo y a preguntarle que a dónde iba, y él se olvidó y miró para atrás y se quedó encantado en piedra.

Y los otros hermanos al ver que no volvía se pusieron muy tristes hasta que el otro dijo que iría a buscarlo. Se fué y se encontró con el viejo y le pasó lo mismo y se quedó también encantado. Entonces la hermana salió a buscarlos y el viejito le dijo que no mirara para atrás y ella llegó al camino donde estaban las piedras y siguió adelante y se acercó al árbol y cogió el papagayo y entonces llenó un cacharro de agua de la fuente y se volvió para casa. Pero cuando empezó a andar oyó que el papagayo le dijo:

—Echa agua sobre esas piedras.

Y ella empezó a echar gotas sobre las piedras y empezaron a salir príncipes y condes y hombres que habían ido en busca del papagayo y del agua, y salieron sus hermanos. Y ellos se fueron a su casita y pusieron al papagayo en un árbol y echaron el agua en un hoyo y salió de seguida <sup>1</sup> una gran fuente.

A los pocos días el rey salió a cazar y no había ido muy lejos cuando empezó a sentir el olor de la fuente que estaba al lado de la casita de los hermanos. Se fué hasta allá y se encontró con los hermanos y habló con ellos y les dijo que fueran a comer con él al otro día.

Al otro día ellos se fueron con el papagayo para el palacio del rey. El papagayo les dijo que no comieran nada a menos que él les dijera que estaba bien la comida, pues las tías los querían envenenar.

Cuando llegó la hora de la comida el rey vió que no comían nada y les preguntó:

—¿Y por qué no comen ustedes?

Y entonces habló el papagayo y dijo:

—Porque como ellos son tus hijos sus tías los quieren envenenar.

—¿Y cómo pueden probar que son mis hijos?

Y los niños se quitaron los pañuelos y aparecieron los dos con el sol y la niña con la luna. Entonces el papagayo dijo lo que había pasado y el rey mandó apresar a las dos hermanas y a la vieja que las había ayudado. Entonces sacaron del cuarto a la madre y como los hijos le dieron a beber del agua de la vida ella se puso bien muy pronto.

Todos vivieron muy felices, y a la criada que había dado de comer a la reina la dejaron en el palacio. Y a las malas las quemaron por todas las maldades que habían hecho con la hermana y los hijos.

## 61.—EL PÁJARO QUE HABLA

Pues señor, este era un rey que se había casado con una mujer muy hermosa y muy elegante pero que no era noble. Las otras mujeres de la corte y los hombres de palacio estaban muy disgustados por este casamiento y esperaban que se les presentase una oportunidad y vengarse de la mujer que había llegado a ser reina sin razón, según ellos.

Sucedió que el rey tuvo que irse a una guerra y cuando él andaba por allá la reina dió a luz dos niños, un varón y una hembrita; pero las mujeres que estaban en el cuarto de la reina cogieron a los dos niños y los metieron en una caja y los echaron al río. Entonces le escribieron al rey diciéndole que su esposa había dado a luz un perrito y una gatita.

<sup>1</sup> en seguida.

Cuando el rey supo esta noticia mandó un recado al palacio diciendo que emparedaran a la reina y mataran los animales. Así lo hicieron los enemigos de la reina y se quedaron muy satisfechos y contentos pensando en que el rey escogería ahora una de las damas de la corte por esposa.

Resulta que la señora de compañía de la reina la quería mucho y le dió mucha pena saber que la iban a emparedar. Cuando los albañiles la estaban encerrando, ella consiguió que dejaran varios ladrillos sueltos de modo que quedase en la pared un agujero para respirar y también para darle algunos alimentos. Y desde el día en que emparedaron a la reina aquella buena mujer le llevaba alimentos y iba a consolarla todos los días.

Un pescador muy pobre que vivía en las orillas del río se encontró con la caja en que estaban los dos gemelos y se la llevó para su casa. Al abrirla se halló a los dos hermanitos, y le dió tanta pena, que llamó a su mujer y le dijo que debían criarlos. Ellos tenían ya varios hijos y vivían con gran dificultad, pero como eran cristianos y caritativos decidieron quedarse con las dos criaturas y criarlas junto con las otras.

Cuando los niños eran mayorcitos, los verdaderos hijos del pescador les tenían mucha envidia porque como los huerfanitos eran tan buenos y cariñosos, los padres no los castigaban nunca como a sus propios hijos. Así fué que un día tuvieron una pelea el hijo mayor del pescador y el niño que había venido en la caja, y aquél aprovechó la oportunidad para decirle:

—Tú no eres nada más que un orgulloso sin tener motivos para ser así, pues nadie sabe quiénes son tus padres. Tú y tu hermana vinieron flotando en el río dentro de una caja.

Esto causó tanta tristeza a los dos hermanitos que resolvieron marcharse a ver si encontraban a sus padres. Arreglaron unos lios con sus ropas y echaron a andar por el bosque sin saber a dónde iban a parar.

Después de mucho andar llegaron a una cabaña que estaba vacía. Entraron en ella y limpiaron la casita. Pusieron todos los muebles en orden y se fueron a la cocina a encender la candela para ver si preparaban algo para comer.

En esto se presentó una anciana y se quedó muy admirada de ver lo que los dos niños habían hecho y buscando se los encontró en la cocina y les dió las gracias por el favor que le habían hecho limpiándole y arreglándole la casa. Comieron todos juntos, y después la anciana les preguntó que quiénes eran y a dónde iban. Los hermanitos le dijeron todo lo que sabían, y la anciana les prometió ayudarles.

—Hay un pájaro que se llama el Pájaro que Habla que puede decir la verdad en el caso de ustedes. Pero es muy difícil cogerlo porque está en un patio de un castillo donde hay muchos pájaros que engañan a los que allí van buscando al otro.

—Pero si ese pájaro puede decir la verdad y ayudarnos a descubrir a nuestros padres yo quiero ir en busca de él.

—Pues si eres tan valiente, toma esta bola. Al salir de aquí échala a rodar y síguela hasta donde se pare. Cuando llegues al castillo saca agua de una fuente clara que está allí y échala sobre unos leones que vigilan la jaula donde están los pájaros. Como los leones quedarán encantados, entra en la jaula y no hagas caso de ninguno de los pájaros que te hable diciendo que ellos son los que debes coger. En un rincón encontrarás un pájaro pequeño y muy blanco. Ese es; tómalo y sal de la jaula, y al salir del patio del castillo echa una gota de agua en las piedras que encuentres en el camino.

Marchóse el joven lleno de entusiasmo, tiró la bola y fué siguiéndola hasta llegar a las puertas de un castillo que estaba al otro lado de las montañas. Al entrar vió dos leones que estaban echados al frente de una gran jaula que tenía muchísimos pájaros. El muchacho fué a la fuente, tomó un cacharro de agua y la echó sobre los leones y éstos se acostaron y quedaron dormidos. Entonces él entró en la jaula y todos los pájaros empezaron a picotearle y tirarle del pelo, pero él no les hizo caso y siguió buscando hasta que encontró un pajarito blanco en una esquina de la jaula. Lo tomó, se lo metió en el pecho y salió de la jaula, volviendo a la fuente en donde llenó su cacharro. Al salir empezó a dejar caer gotas del agua encima de las piedras que estaban en el camino y empezaron a levantarse personas que habían sido encantadas cuando fueron en busca del pájaro.

Todas estas personas regresaron a sus casas y se regó<sup>1</sup> la noticia de que alguien tenía en su poder al Pájaro que Habla. El niño volvió a la casa de la anciana y allí encontró a su hermana. Estaban muy contentos porque el rey había sabido que el pájaro estaba fuera de su jaula, y él quería que la persona que lo tuviera en su poder lo llevase a palacio.

Por fin se decidieron los hermanos a ir a palacio con el pájaro. El rey los recibió y los invitó a comer. Las damas que estaban allí habían sido las que cambiaron a los niños por los animales. Ellas reconocieron a los gemelos y querían envenenarlos, pero el pájaro les dijo que no comieran nada hasta que él mismo lo tragara. Como casi todo lo que les ponían en el plato no era ni probado por el pájaro, los hermanos no comieron. Esto llamó la atención del rey y les preguntó que por qué no comían.

—Porque esas mujeres que están aquí quieren envenenarlos porque ellos son tus hijos. Cuando nacieron te dijeron que tu mujer había tenido un perrito y una gatita. A tus hijos los metieron en una caja y los echaron al río y se salvaron porque los recogió un pescador.

Cuando el rey oyó estas palabras preguntó a los niños por el pescador y ellos le dijeron dónde podían encontrarle. Fueron a buscarlo y el hombre vino y confirmó las palabras del pájaro. El rey mandó inmediatamente a abrir el cuarto dónde había encerrado a su mujer y

<sup>1</sup> se regó: se esparció.

se encontró con que ésta estaba muy bien gracias a los cuidados de su señora de compañía.

Las mujeres malas fueron castigadas, y la señora de compañía premiada por el rey por el gran servicio que había hecho salvando a su inocente mujer. El pescador y su mujer también recibieron una buena recompensa.

Los reyes y sus hijos fueron desde entonces muy felices y muy queridos por todos los habitantes. Hicieron muchas obras de caridad y repartieron muchos dones y a mí no me dieron nada.

## 62. -LAS TRES HERMANAS Y EL REY

Eran tres hermanas huérfanas, y ellas se encontraban sufriendo. Un día estaba lloviendo, y iba el rey que tenía dos peones en el palacio y un hijo. El rey iba en una carroza y como estaba lloviendo se entró debajo de la casa donde vivían las tres hermanas huérfanas. Ellas estaban charlando, y dijo la mayor:

—Ay, si el cocinero del rey se casara conmigo, lo quería.

El rey lo apuntó en su libreta.

Dice la del medio:

—Si el carbonero del rey se casara conmigo, también lo quería.

Dijo la menor:

—Si el hijo del rey se casara conmigo, la fortuna que Dios nos debía dar era tener tres hijos, dos varones y una mujer. La mujer tendría la luna marcada en la frente, y los dos varones el sol en la frente también.

Se fué el rey después de apuntar esto. Trajo al hijo, al cocinero y al carbonero a la casa de las tres huérfanas.

Al llegar a la casa llamó a la mayor y le dijo:

—Tú tal día ofreciste que con tal que el cocinero se casara contigo lo querías.

Ella se asustó porque no se acordaba y dijo:

—¿Cuándo yo he dicho eso?

Y él le marcó: <sup>1</sup>—Pues lo dijiste tal día; así es que te tienes que casar con él.

Después le dijo a la del medio que se tenía que casar con el carbonero. Ella también se asombró porque tampoco se acordaba.

Después llamó a la menor y le dijo: —Tú ofrecistes casarte con mi hijo con tal que él te quisiera, y que tu fortuna sería tener dos varones con el sol en la frente y una mujer con la luna en la frente.

Ella se fué a caer muerta y le preguntó:

—¡Ay! ¿Quién se lo dijo?

<sup>1</sup> *le marcó*: le señaló la anotación que él había hecho.

Y él le dijo: --Yo mismo lo of un día. Así es que si te casas con mi hijo, tiene que ser así.

En seguida prepararon el casamiento de los tres y con la condición que si no salía la promesa que ella había hecho, la matarían.

Pero llegó a que como al año de haberse casado tuvo un chiquito y le salió lo mismo que ella había ofrecido.

Pasa que las dos hermanas fueron a asistirle, y como vieron que salió lo que ella había dicho, no esperaron que el rey viera el niño. Lo cogieron y lo echaron en un canasto. Luego lo tiraron al río y cogieron un gatito y cuando vino el rey le presentaron ese gato y le dijeron que eso era lo que su señora había tenido. El rey no lo creyó y dijo:

—¿Cómo mi señora va a ponerse en precio <sup>1</sup> de animales? —y dejó pasar aquella. Dijo:—Si las tres veces es lo mismo, la mataré.

Las dos hermanas se quedaron muy contentas, y al pasar como dos años la hermana pequeña tuvo una niña y le salió la luna en la frente. Fueron las dos hermanas a asistirle, y cuando vieron que salió lo ofrecido cogieron y la echaron al río también y le pusieron una perrita en vez. <sup>2</sup>

—Esperaremos a otro; —dijo el rey; y si no sale, entonces la encerraremos y no le daremos ni qué comer ni qué beber hasta que muera de sufrimiento.

El tercer hijo nació con el sol en la frente, pero las malas hermanas lo echaron al río y lo cambiaron por un cabrito.

El rey dijo:—Ella no tuvo palabra de lo que había ofrecido. Y la encerró en una jaula.

Pasa que en el río vivía un matrimonio que nunca había tenido hijos. El marido era pescador y pescando se encontró los chiquitos, los recogió y crió.

Una mujer bruja llegó en casa <sup>3</sup> del rey y dijo:—¿Por qué es que tienen a esa señora en ese *malteliso*? <sup>4</sup>

Y el rey le dijo:

—Porque ella ofreció tener tres hijos y no lo cumplió.

La vieja dijo:—Pues si ustedes me dan mil pesos le digo que su señora lo cumplió:

El rey se fué a caer muerto y dijo:

—¿Cómo si lo cumplió todo lo que tuvo fueron animales?

Y ella dijo: —Porque las malas son sus hermanas, que los niños los cambiaban por animales para que usted desconfiara. Así es que sus hermanas son las que deben estar en el *malteliso* ese.

El rey le dijo que le daba el dinero con tal de saber dónde estaban

<sup>1</sup> *en precio*: en el lugar.

<sup>2</sup> *en vez*: en su lugar.

<sup>3</sup> *en casa*; a casa: los campesinos emplean *en* por *a* muy frecuentemente.

<sup>4</sup> *malteliso*: martirio.

ellos. Ya la señora estaba que parecía un esqueleto en ver <sup>1</sup> que ya casi estaba sentenciada para <sup>2</sup> muerte.

En eso se va la bruja y llevó al rey en casa del pescador donde estaban sus tres nietos. Siempre los tenían como con un capote tapándose la luna y el sol *pa* que no los conocieran. Dijo la bruja:

—Usted al llegar saluda sin demostrar quien es y le dice al señor que usted anda en busca de una señorita con una luna en la frente y que le daría todo el tesoro con tal de casarse con ella.

Así lo hizo, y el señor le presentó la hija y le quitó el capote. Y le dijo al rey:

—Esta niña tiene la luna en la frente, pero es imposible que se case porque tiene dos hermanos y ninguno puede apartarse. Entonces el rey dijo:

—¿Y los hermanos esos? Después que ella me quisiera me casaría y me los llevaría a ellos también.

El señor hizo la historia de cómo había encontrado los niños. El rey le pagó muchísimo y se los llevó para su palacio.

Sacaron la pobre madre de su cárcel y metieron en vez a las hermanas. <sup>4</sup>

### 65.—EL PRÍNCIPE NEGRO

Pues señor, había una vez un pobre campesino que tenía una hija muy guapa. El pobre campesino vivía de la leña que cortaba y recogía en el bosque la cual él cambiaba por alimentos y ropas. Un día estaba cortando un árbol cuando de pronto se le apareció un negro que le dijo:

—Me has herido al querer cortar el árbol y por lo tanto voy a martarte.

—Perdóneme, señor, que yo no sabía que estuviera usted ahí. Yo no cortaba el árbol por maldad sino para hacer leña y venderla para llevarle de comer a mi hija.

—Pues si me das a tu hija en casamiento te dejo vivir y te dare mu-

<sup>1</sup> *en ver*: al ver; comprendiendo.

<sup>2</sup> *para*: a.

<sup>3</sup> *en vez*: en su lugar.

<sup>4</sup> Estos cuentos pertenecen a un grupo muy extendido cuyo tema es muy antiguo. Hay uno muy parecido en *Las mil y una noches*. La sustitución de niños por animales se encuentra también en la Edad Media, en la *Historia del Caballero del Cisne*, *Storia della Regina Stella*, en *Dolopathos*, y en las tradiciones de los *Lohengrin* (Grimm, *Veillées allemandes*, t. II, p. 342-378). En algunos países el tema ha sido desarrollado en verso: *Los encantamientos de la grande fada María* (*Romanceiro do Archipelago da Madeira*, p. 391). Existen muchas versiones en Italia, Alemania y en los pueblos europeos. En la tradición española conocemos: *El pájaro de la verdad*, (F. Caballero, *Cuentos y oraciones*, p. 41. t. XII de *Obras Comp.*); J. Meréndez Pidal, en *Poesía popular*, Madrid, 1885, p. 342; J. L. Ramírez, *El agua amarilla*, (*Folklore andaluz*, n.º 8, p. 305); *El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua amarilla*, (*Cuentos Asturianos* por A. de Llano, Madrid, 1925, p. 32). El cuento también existe en Portugal. Véase: T. Braga, *Rei Escuta y as cunhadas do rei* (*Contos tradicionais*, t. I, p. 86 y 87) y las notas en el mismo volumen, p. 272-274.

cho dinero. Entonces el viejo vió que de las raíces del árbol salían unas cuantas monedas de oro.

Llevó las monedas a su hija y le contó lo que había pasado. La hija que quería mucho a su padre le dijo que se casaría con gusto con aquel negro con el fin de salvarle a él la vida.

Volvió el campesino al bosque y pronto se le apareció el negro diciéndole que tomara más dinero para los gastos de la boda. Ésta tenía que celebrarse a oscuras pues nadie debía tratar de ver al novio. También advirtió al padre de la muchacha que le dijera a su hija que no debía tratar nunca de verle pues le haría mucho mal.

A los pocos días se celebraron las bodas a oscuras. Todas las noches llegaba una persona a la casa, marchaba a su habitación y antes de salir el sol ya se había marchado. La hija del campesino vivía muy contenta.

Un día vino a visitarla una vecina y le dijo que debía por todos medios tratar de ver a su marido, pues probablemente se había casado con el diablo. Le dió una cerilla a la niña y le dijo que cuando su marido se acostase y estuviera dormido que encendiera la cerilla y le viera la cara. La muchacha no quería hacerlo, pero llevada por la curiosidad a media noche encendió la cerilla y se encontró con que su marido era un hermoso príncipe. Estaba ella contemplándolo cuando de pronto le cayó una gota de cera en la cara al marido y se despertó.

—Has faltado a la palabra que diste. Soy un príncipe encantado que estaba ya para salir del encantamiento, pero tu curiosidad ha venido a encantarme de nuevo, y ahora tendrás que gastar zapatos de hierro para encontrarme.

Y diciendo esto se desapareció.

A la mañana siguiente la muchacha se compró los zapatos de hierro y se puso a andar en busca del Príncipe Negro, su esposo. Pasó por muchas ciudades, recorrió muchísimos países, y por fin se acercó al fin del mundo y llegó a la casa del viento Norte. La madre del viento Norte le escondió y cuando llegó su hijo le explicó que allí había una joven que quería saber dónde estaba el Príncipe Negro. El viento Norte prometió llevarla a su hermano el viento Sur, y a la mañana siguiente cuando se iba a despedir de la madre de él, ésta le regaló un huso de oro como recuerdo de su estancia en la casa.

Llegaron poco después a la casa del viento del Sur y la tía de éste le escondió también hasta que llegara su sobrino. Cuando se presentó, su tía le dijo que allí había una señorita diciendo que quería saber dónde estaba el palacio del Príncipe Negro, su marido. El viento Sur prometió llevarla donde su *compae*<sup>1</sup> el viento Este, pues él no sabía nada de ese palacio.

A la mañana siguiente se despidió de la anciana y ésta le dió un peine de oro como recuerdo. Cogióla el viento Sur y la transportó a los dominios del viento Este su *compae*. Llegó la pobre chica a la ca-

<sup>1</sup> *compae*: compadre.

sa del viento Este, pero tampoco allí le pudieron dar razón del sitio del castillo de su esposo. El viento Este la llevó donde el viento Oeste, y al despedirse la tía del viento le regaló una poncherita de oro como recuerdo de su visita.

Al llegar a la casa del viento Oeste tuvo que esperar algún rato, pero por fin llegó y le dijo a la infeliz esposa que llegaba muy a tiempo, pues su marido estaba encerrado en el castillo de una bruja que esperaba que él se casara con su hija.

—Toma esta campanillita de oro. Siéntate a la puerta del castillo, y cuando la hija de la bruja te pida la campanillita dile que se la das si te deja ver al príncipe que está durmiendo.

Entonces el viento del Oeste llevó a la niña delante del castillo de la bruja. Cuando ella se vió a la puerta del castillo empezó a tocar la campanillita y muy pronto se acercó la hija de la bruja.

—Véndeme esa campanillita.

—No se vende;—dijo la muchacha.

—Pídeme cualquier cosa y te la concederé por esa campanillita.

—Si dices verdad, déjame ir al cuarto del príncipe que está durmiendo.

La hija de la bruja habló con su madre y pronto volvió diciéndole que aquella noche podía entrar en el cuarto del príncipe.

Cuando llegó la hora de la cena le dieron al príncipe un *nacótico* para que no se despertara cuando viniera la muchacha. Ésta entró en el cuarto cuando le avisaron y llamó al príncipe pero estaba tan dormido que no la oía, aunque le parecía que alguien le hablaba.

Al día siguiente la muchacha volvió a entrar a cambio del huso, pero tampoco pudo despertar al príncipe. El tercer día ella se desprendió del peine, pero tampoco tuvo éxito en su visita al cuarto del príncipe. Mientras tanto, éste se había dado cuenta de que algo raro tenía el vino que le daban que le producía un sueño tan pesado inmediatamente y la cuarta noche, al cenar, se echó el vino dentro de la camisa en lugar de beberse. La muchacha consiguió entrar a cambio de la poncherita de oro que era lo último que le quedaba, así es que iba lo más triste. Al entrar en el cuarto se dirigió inmediatamente a la cama en que estaba acostado su marido y le dijo:

—Hace mucho tiempo que ando por el mundo buscándote. Ya he gastado los zapatos de hierro. He logrado entrar aquí todas estas noches porque tenía algunos objetos de los cuales me he separado para poder conseguir entrada a este castillo. Quieren casarte con otra, Príncipe Negro, ¡esposo mío! ¿Y qué sería de mí entonces?

Abrazóse a su esposo al decir estas palabras y despertó el príncipe y reconoció a su esposa. Inmediatamente quedó roto el encanto. La bruja y su hija fueron cogidas y quemadas.

El príncipe y su mujer vivieron muy felices, y se acabó mi cuento con ají y pimienta. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase la versión chilena «El Príncipe Jalma» (*Bib. de trad. pop. esp.*, t. I. p. 126).

## 64.—EL PRÍNCIPE ENCANTADO

Esta era una vez y dos son tres que había un pobre hombre que tenía tres hijas muy bonitas. Él no tenía dinero y trabajaba muchísimo para llevar los alimentos a sus hijas. Un día estaba recogiendo leña en el bosque cuando de pronto se le apareció un león. El pobre anciano no sabía qué hacer. Cayó de rodillas delante de la fiera implorándole que no le matara pues entonces sus hijas se quedarían en la miseria.

El león dió varias vueltas alrededor del hombre y por fin le dijo:

Cuando llegues a tu casa me traerás aquello que salga a recibirte; pero ten entendido que si me engañas, siempre morirás a mis manos.

El pobre hombre se fué para su casa muy contento por haber salvado su vida, cuando de pronto sale a recibirlo la más chiquita de sus hijas que era también la más bonita y la más cariñosa.

El pobre anciano al ver a su hijita y recordar la promesa que había hecho al león del bosque, rompió a llorar como un niño. Cuando sus hijas notaron que su padre lloraba le preguntaron lo que había ocurrido y él les explicó. Las dos hijas mayores se pusieron furiosas pues decían que su padre no debió nunca haber aceptado la condición exigida por el león, pero Margarita que era la más joven dijo que por salvar a su padre, ella estaba dispuesta a cualquier sacrificio.

Cuando llegó la tarde, el pobre anciano salió de su casa con Margarita, y al llegar al bosque encontraron al león que estaba allí esperándolos. Cuando el león vió a la muchacha, se levantó, escarbó con las garras en el suelo, y le dijo al anciano que allí encontraría dinero para ayudarlo siempre que lo necesitara. Entonces cogió a Margarita por la mano y desapareció por la boca de una cueva que el anciano no había visto antes.

El pobre hombre lloró largo rato por la pérdida de su hijita, pero acordándose de lo que le había dicho el león empezó a buscar en el agujero y encontró un montón de oro. Lo sacó del agujero y se marchó a su casa a darle la noticia a sus dos hijas.

Mientras tanto, Margarita y el león habían llegado a un palacio en donde el león le dijo que tenía que pasar el resto de su vida y que no le faltaría nada de lo que ella quisiera.

Un día Margarita amaneció muy triste porque había pasado toda la noche pensando en sus hermanas y en su padre. Por la mañana tan pronto como vino el león a verla, notó que ella estaba muy triste. Le preguntó lo que le pasaba y ella le dijo que deseaba ver a su padre y a sus hermanas. El león le dijo que si quería ir, que en la cuadra del palacio encontraría un caballo, pero que tenía que volver tan pronto como oyera el relincho del caballo.

Marchóse la joven a visitar a su familia, y al tercer día oyó relin-

char el caballo y se despidió de todos prometiendo volver en otra ocasión.

Llegó a su palacio y encontró al león que la aguardaba muy contento por haberle obedecido. Poco tiempo después volvió a pedirle permiso para visitar a su familia y el león se lo concedió. Al llegar a su casa se encontró con que su padre estaba muerto y lo iban a enterrar. La pobre Margarita se desmayó y la tuvieron que llevar a una cama en donde tardó algún tiempo en volver en sí. El caballo relinchó cuando ella estaba sin conocimiento y viendo que ella no venía se marchó solo.

Después del entierro la pobre Margarita quiso volverse al palacio y se encontró con que el caballo se había marchado. Empezó ella a caminar por la misma senda que había andado con su padre y llegó al sitio en que estaba la cueva, pero no podía entrar por ninguna parte. Entonces sentóse en el suelo y empezó a llorar. Por fin oyó una voz que le decía:

—¡Margarita! Ya estaba para desencantarme, pero como no volviste a tiempo quedaré encantado a menos que me busques por el mundo y gastes un par de zapatos de hierro.

Margarita volvió al pueblo, compró unos zapatos de hierro, se despidió de sus hermanas y empezó a andar por el mundo buscando a su león.

Pasaron algunos años andando, andando y por fin llegó a una cabaña donde vivía la madre del sol. Cuando vio llegar a la pobre Margarita le preguntó qué hacía por aquellos sitios, y ella le contó su triste historia. Muy pronto empezó a sentirse mucho calor y llegó el sol. Al entrar notó que había allí una visita y preguntó a su madre el significado de la presencia de aquella señorita. La madre le dijo que era una pobre chica que iba en busca de su marido que estaba encantado. El sol dijo que quizás su hermana la luna sabría el sitio donde él estaba. Por la mañana salió de allí y después de mucho andar llegó a la cabaña de la luna y se puso a hablar con una anciana que estaba sentada a la puerta cuando ella llegó.

—Señora, podría usted decirme si ésta es la casa de la luna? Me envía su hermano el sol a ver si ella puede decirme donde está mi marido, que se encuentra encantado en forma de león.

En aquel momento empezó a sentirse un frío terrible, y poco después llegó la luna y su madre le explicó lo que quería la señorita. Entonces la luna le dijo que al otro lado del monte encontraría un castillo en el cual había un príncipe que estaba encantado hacía mucho tiempo.

A la mañana siguiente Margarita se despidió de la luna y de su madre y empezó a caminar hacia el monte. Por fin llegó a la cumbre y divisó más abajo las puertas de un antiguo palacio. Ya los zapatos estaban casi gastados, y cuando Margarita llegó a la puerta principal viendo que no podía entrar porque todo estaba cerrado, llamó a su león diciéndole:

—León mío, ya los zapatos están gastados. He corrido mucho mun-

do buscándote. He llegado a este palacio pero no tengo fuerzas para abrir las puertas. Adiós, León mío.

Quitóse entonces los zapatos y los arrojó lejos de sí y en aquel momento se abrió la puerta del palacio y apareció ante ella un elegante príncipe que le dijo:

—Has gastado los zapatos de hierro como te dije y ha terminado mi encantamiento. Ahora podemos regresar al lado de tus hermanas y ser felices.

Margarita se puso muy contenta. Pocos días después llegaron a la ciudad y encontraron a sus hermanas las cuales creían que Margarita había muerto. <sup>1</sup>

#### 65.—LA PALOMITA

Pues señor, esta era una vez que habían tres hermanos, dos varones y una mujer, que vivían muy contentos en una casita que tenían en el campo. La muchacha era muy bonita. Un día pasó por allí un rey que estaba cazando y se enamoró de ella y le dijo que se fuera con él al palacio para casarse. La muchacha le dijo que sí y se fueron, pero antes de llegar a la ciudad, el rey le dijo a ella que se esperara hasta que él volviera con buenos trajes, porque los que tenía la muchacha eran viejos y muy ordinarios. La muchacha tenía miedo de quedarse sola, pero el rey le aseguró que vendría con un coche muy pronto. Entonces la muchacha se trepó a un árbol que estaba allí al lado de una quebrada.

Cuando la muchacha se trepó al árbol vió que su cara se retrataba en las aguas de la quebrada, y cuando se estaba mirando y pensando en lo dichosa que iba a ser, se presentó una negra que traía una botijuela para llenarla de agua. Cuando la negra se agachó para llenar la vasija, vió la cara de la muchacha en el agua de la quebrada, y creyendo que era la suya, al verse tan bonita, dijo:

—Yo, tan bonita y cargando una botijuela! ¡Que se rompa!

Y entonces tiró la botijuela, y cuando se había *rompío* se fué para su casa.

Al día siguiente volvió la negra con otra botijuela y hizo lo mismo; rompió la botijuela porque vió otra vez la cara bonita de la muchacha.

A todo esto, el rey no se presentaba a buscar a su novia, y la pobre muchacha estaba muy disgustada creyendo que él se había olvidado de ella.

Y al otro día vuelve a aparecer allí la negra con otra botijuela. Y se puso muy furiosa y empezó a echar maldiciones porque la hacían car-

<sup>1</sup> Este cuento se parece a la primera parte del n.º 1 de los *Cuentos asturianos* del Sr. Llano. Soy de opinión de que la segunda parte se ha olvidado en Puerto Rico y se ha conservado algo de la forma final del cuento anterior a éste.

gar agua cuando ella era tan bonita como una princesa. Y la muchacha se empezó a reír a *carcajá*, y la negra lo vió. Y como sabía que la muchacha se burlaba de ella, quiso castigarla.

La negra entonces se echó a reír también, pero estaba disimulando, pues lo que quería era hacerle una *maldá* a la muchacha.

—¿Qué es lo que tú haces ahí, mi nena?

—Pues estoy esperando al rey que viene a buscarme para casarse conmigo.

Pues señor, esta negra era una bruja, y viendo que la muchacha estaba con todo el pelo revuelto, le dijo que se bajara para peinarla, para que estuviera *peiná* cuando viniese el rey.

La muchacha se bajó creyendo que la negra decía la *verdá*. La bruja empezó a peinarla y de pronto le metió un alfiler en la cabeza y la muchacha se convirtió en paloma y echó a volar de seguido.<sup>1</sup>

Al poco rato pasaron por allí los hermanos de la muchacha y la bruja los encantó y se volvieron piedras.

Entonces ella se trepó al árbol. Al poco rato llegó el rey con coche y la ropa. La llamó, y la negra bajó del árbol, pero el rey se disgustó mucho al verla tan negra. Ella entonces le dijo que se había puesto tan negra porque él la había dejado allí al sol, agua y sereno por tres días, y que él sólo tenía la culpa de que ella estuviera tan negra.

Se fueron todos para la ciudad, y a los pocos días se apareció en el jardín una palomita blanca dando vueltas por todos los árboles hasta que se paró en uno donde estaba trabajando el jardinero del rey.

—Jardinero ¿cómo lo pasa el rey con la mora?—preguntó la paloma.

—Sufre y llora.

Y con la misma<sup>2</sup> echó a volar. Y al otro día pasó igual, y entonces el jardinero se lo dijo al rey, y éste le dijo que pusiese una trampa para coger la paloma y que se la llevara.

El jardinero preparó una trampita, y cuando la paloma volvió al otro día, después de hacerle la misma pregunta quiso volar y se quedó *atrampá*<sup>3</sup> y el jardinero la cogió y se la llevó a su amo.

El rey se entusiasmó tanto con la palomita que se la llevó al comedor cuando llegó la hora del almuerzo, y ella comía en su plato, pero se ensuciaba en el plato de la negra, y ésta quería matarla. Entonces el rey se la quitó de las manos, y al pasarla la mano por la cabeza sintió como la cabecita de un alfiler. Y así era. Y él se lo arrancó. Al sacárselo, se convirtió en la muchacha bonita con quien él se había querido casar. La muchacha le contó todo lo que había pasado, y la negra tuvo que desencantar a los hermanos; y cuando éstos se volvieron hombres otra vez, mataron la negra, y el rey y la muchacha se casaron y fueron muy felices.

Y se acabó mi cuento con ají y pimiento.

<sup>1</sup> *de seguido*: en seguida.

<sup>2</sup> *y con la misma*: e inmediatamente.

<sup>3</sup> *atrampá*: prisionera.

## 66.—LAS DOS BRUJAS

Había una vez una mujer hechicera que vivía con su hija la cual era también hechicera. Vivían ellas en una casa cerca de un bosque y a corta distancia de otra casa en la que vivían tres hermanas que habían quedado huérfanas. Estas tres chicas eran muy hermosas y muy buenas, y la hechicera y su hija no podían tener tranquilidad pensando que ellas pudieran estorbarles en alguno de sus planes.

Resulta que el rey iba de caza por aquel bosque y ya más de una vez se había puesto a hablar con la más joven de las tres hermanas. La hechicera y su hija buscaron los medios de vengarse al ver que el rey nunca le había dicho a ellas una palabra. Así fué que una mañana la vieja hechicera pasó por la cocina de la casa de las hermanas. La hija bruja empezó a conversar con la joven y entonces su madre echó unos polvos en la sopa.

Marcháronse las dos brujas, y al poco rato llegaron las hermanas mayores y fueron a la cocina y se sirvieron una escudilla de sopa. Tan pronto la probaron quedaron convertidas en bueyes. La hermana más joven se puso muy triste, pero les hablaba y prometió llevarlos al bosque diariamente para que pudieran alimentarse bien.

En esos días volvió a pasar por allí el rey, y vió a la joven cuidando los bueyes. Él estaba tan enamorado de la muchacha que quería casarse con ella. Cuando se lo dijo, ella aceptó con la condición de que le permitiera llevar al palacio sus dos bueyes. El rey dijo que sí, y todos se fueron al palacio donde se celebraron las bodas con gran animación.

Cuando las brujas se enteraron de que la hermana más pequeña se había casado con el rey, decidieron vengarse. Esperaron un año hasta que la reina dió a luz un niño muy hermoso. Entonces las brujas se prepararon y fueron a visitar a la reina. Estando en la habitación la bruja le clavó dos alfileres en la cabeza y la reina se convirtió en paloma inmediatamente. Entonces la bruja cogió a su hija y le dijo lo que tenía que hacer cuando viniese el rey.

Poco más tarde llegó el rey y se quedó sorprendido al ver una cara tan fea en la cama. Entonces le dice:

—¿Cómo es que te encuentro tan descompuesta?

—Esto se debe a los dolores del parto, pero pronto estaré muy bien y tan hermosa como antes.

Y el rey empezó a notar que los bueyes estaban tristes y que no querían comer. Y él también se puso muy triste porque no podía comprender por qué su mujer había cambiado tanto en tan pocos días.

Un día el jardinero del palacio oyó una voz que decía:

—Jardinero, ¿cómo está el niño con su ama nueva?

—Callado de noche y llorando de día.

Pero estas preguntas se hicieron dos o tres veces, y entonces el

jardinero notó que era la paloma la que hablaba. Fué y se lo dijo al rey, y éste ordenó que hiciera una trampa para coger la paloma sin hacerle daño. Así lo hizo el jardinero. La cogió y se la llevó al rey el cual empezó a acariciarla y a pasarle la mano por todo el cuerpo. En esto notó que tenía dos bultitos en la cabeza, y separando las plumas vió que eran las cabecitas de dos alfileres.

—¿Quién habrá sido tan cruel?

Y con mucho cuidado sacó los dos alfileres y se sorprendió muchísimo al ver que la paloma se convertía en su mujer. Ésta le contó entonces todo lo que las brujas habían hecho. El rey las llamó y les obligó a desencantar a las dos hermanas que habían sido convertidas en bueyes. Cuando hicieron esto el rey ordenó que se quemasen las dos brujas. Así se hizo, y después de esto el rey, la reina, las cuñadas del rey y el nene fueron muy felices. Y yo fui y vine con un palmo de narices.

#### 67.—LAS TRES NARANJAS

Ésta era una vez que había un príncipe que era un gran cazador. Un día andaba por los bosques cazando cuando de pronto vió debajo de un árbol tres naranjas que parecían de oro. Las tres eran tan redondas y tan brillantes, que el príncipe se acercó a cogerlas.

Las tomó y empezó a examinarlas, y como tenía un poco de sed sacó su cuchilla para mondar una de ellas. Al partirla se le apareció una joven muy hermosa, que sonriéndose, le dijo:

—Tengo sed; dame agua.

Como el príncipe no tenía agua la joven se desapareció, y el príncipe siguió su camino con la esperanza de encontrar algún río o arroyo para tomar un trago de agua, pues la sed le apretaba y no le dejaba caminar con tranquilidad. Al poco rato sintió el deseo de cortar otra naranja, y al hacerlo, se le apareció otra joven aun más hermosa que la primera. Lo miró muy sonreída y le dijo:

—Señor príncipe, déme un poco de agua.

Como él no tenía aun para él mismo, la joven se desapareció como la primera. El príncipe siguió su camino y resolvió no abrir la otra naranja hasta que llegara a un sitio donde había agua. Por fin, después de mucho andar, encontró un arroyo que bajaba de la sierra, y el príncipe se bajó a beber. Al doblarse se le cayó la otra naranja. La cogió, sacó su cuchilla para partirla y cuando la dividió en dos *cantos* salió de dentro la mujer más bonita que él había visto en su vida: era la Hermosura del Mundo.

—Dame agua.

El príncipe le dió agua y ella se puso muy contenta pues se había terminado así el encanto en que había vivido hasta entonces. El prínci-

pe le habló de casamiento y ella le dijo que estaba dispuesta a casarse con él.

Empezaron a andar en dirección del palacio, y cuando ya se estaban acercando, él le dijo a ella que se quedara allí mientras él iba al palacio a buscar buenos trajes y un coche para que entrara en la población como era debido.

Marchóse el príncipe y la muchacha se quedó entre las ramas de un árbol que había allí al pie de una quebrada. Al poco rato de estar allí, llegó una negra a buscar agua. Al inclinarse vió la cara de la mujer del príncipe reflejada en el agua, y creyendo que era la suya dijo:

—¿Yo tan guapa y cargando agua? ¡Pues no! —Y con la misma tiró la cántara que llevaba y se rompió en pedazos.

Entonces la muchacha se echó a reír, y la negra levantando la cabeza, la vió y le dijo:

—¡Ay, nena! ¿Qué tú haces ahí?—Y pensando en la venganza le dijo:

—¿Quieres hablar conmigo un ratito?

—Gracias; estoy esperando al príncipe para irme al palacio a casarme con él.

Entonces la negra contestó:

—Pues bájate para peinarte porque el viento te ha revuelto el pelo.

La muchacha bajó y la negra empezó a peinarla, pero de pronto le *esperó*<sup>1</sup> un alfiler en el cráneo y la muchacha se convirtió en paloma y se fué volando.

La negra se subió al palo y esperó la llegada del príncipe. Después llegó éste y se extrañó mucho de encontrarla tan negra, pero ella le dijo:

—Como tardastes tanto, el sol me ha quemado la piel.

El príncipe tenía que cumplir su palabra. La metió en el coche cuando ella se vistió y se fueron al palacio a celebrar las bodas. El príncipe estaba siempre muy triste, pues no podía olvidar la cara de la muchacha ni comprender el cambio que había dado.

Un día el hortelano estaba arreglando unas matas en el jardín y oyó una paloma que le dijo:

—¡Hortelano del rey!

—¡Señora!

—¿Qué hace el príncipe con la mora?

—Ella se ríe y él llora.

Esto se repitió varias veces hasta que el hortelano se lo dijo al príncipe. Mandó éste a poner una trampa y le cogieron la paloma. Cuando él empezó a mirarla y a pasarle la mano por las plumas, notó que tenía un alfiler en la cabeza. Lo sacó, y la paloma se convirtió en la muchacha que él había dejado junto a la quebrada.

*esperó*: clavó, metió

Ella le hizo la historia de lo que le había pasado. El príncipe mandó quemar la bruja negra, y desde entonces vivieron muy felices. Y se acabó mi cuento con ají y pimienta.

## 68.—LAS NARANJAS

Era una vez y dos son tres que había un padre que tenía tres hijos. El mayor se llamaba Juan, el segundo Guillermo y el más pequeño Pedro.

Un día el mayor quiso ir a correr la costa y le dijo al padre:

—Papá, yo quiero ir a correr la costa.

Y el padre le contestó:

—Hijo, ¿cómo tú te vas a correr la costa y me vas a dejar solo sabiendo que soy ciego, y tú eres el mayor, y mis otros dos hijos no van a hacer los trabajos que tú haces? Bueno, pues vete.

Y le dijo:—¿Qué quieres, bendición o dinero?

Y le dijo al padre:—Padre, ¿qué voy yo a hacer con bendición. Déme dinero.

Entonces le cargó dos mulas de dinero y se las dió. Al pasar una quebrada se encontró una viejita que le dijo:

—Hijo, dame una peseta.

Y él le contestó:—Mae <sup>1</sup> vieja, yo no llevo dinero, lo que llevo son piedras.

La vieja le contestó:—¡Ay, hijo! Pues piedras serán.

Él sigue, anda, anda y anda; al llegar a una tienda, porque llevaba mucha hambre, fué a buscar dinero para comprar qué comer y se encontró las banastas llenas de piedras. Entró a botar las piedras y se puso a llorar. Pues entonces siguió andando y llegó a casa de una viejita que era bruja. Al él llegar dió los buenos días, y la viejita le dijo:

—Ay, hijo, entra que te haré buena comida.

—¡Ay, mae vieja! Estoy muerto de hambre.

—Hijo, pues ya mismo comerás.

Y entonces la vieja le dió comida y él se puso a comer. En lo que él estaba comiendo ella cogió una botellita con aceite y una pluma y los pasó por una piedra, y sin el muchacho darse cuenta, quedó encantado.

El hijo segundo le dijo al padre:

—Ay, papá, yo me voy a buscar a mi hermano.

Y el padre le contestó:

—Ay, hijo, ¿cómo tú te vas a ir y me vas a dejar con mi hijo menor que es más chiquito y no sabe todo lo que tú sabes?

—No le hace, padre; yo volveré con mi hermano mayor.

<sup>1</sup> *mae*: madre.

—Bueno, pues vete. Hijo, ¿qué quieres, bendición o dinero?

—Padre, déme dinero. ¿Qué voy yo a hacer con bendición?

Al pasar por la misma quebrada que pasó el mayor se le apareció la misma vieja y le dijo:

—Ay, hijo; dame una peseta.

—Ay, mae vieja. Yo no llevo dinero; yo lo que llevo son piedras.

—Pues piedras se te volverán.

Siguió andando y al llegar a una tienda, cuando fué a comprar algo de comer, lo que encontró en las banastas fueron piedras. Él botó las piedras y se puso a llorar.

Siguió andando, y al llegar a la casa de la vieja bruja le dijo:

—Ay, hijo; entra, que te daré buenas comidas.

Y él le dijo:—Ay mae vieja, que vengo muerto de hambre.

—Ay, hijo, pues ya comerás.

Después él se puso a comer, y la viejita cogió el aceite y la pluma, y sin él darse cuenta, quedó encantado; pues él se encontró allí con su hermano, pero no pudo hacer nada.

Al otro día el más chiquito quiso irse también detrás de los dos hermanos mayores. El padre le contestó:

—Hijo, ¿qué vas a hacer tú que eres chiquito y no puedes andar tanto?

—Padre, yo vengo mañana con mis dos hermanos.

—Bueno, pues vete. Hijo, ¿qué quieres, bendición o dinero?

—Padre, écheme la bendición; ¿qué voy yo a hacer con dinero?

Le echó la bendición y le cargó dos mulas de dinero. El muchacho siguió andando. Al pasar por la quebrada se encontró una viejita que le dijo:

—Hijo, dame una peseta.

—Ay, mae vieja. Yo le daré dos monedas; ¿qué usted va a hacer con una peseta?

—¡Ay, hijo! Yo no quiero nada más que una peseta.

La viejita le dió una varita de virtud para que sacara a los dos hermanos. El muchacho siguió andando y llegó a la casa de la vieja bruja que le dijo:

—Ay, hijo; entra, que te daré buenas comidas.

—Ay, no, mae vieja. Gracias. Yo almorcé ya.

—Hijo, pues ¿qué deseas?

—Nada, mae vieja.

Cuando ya era de noche le preparó una buena cama y le dijo:

—Hijo, ven a dormir;—pero él le dió las gracias.

Cuando la vieja se quedó dormida él fué a la piedra y le dió tres cantazos con la varita de virtud, y salieron sus dos hermanos y toda la gente que había allí. Entonces cogieron el camino, y al pasar por un bosque se encontraron una viejita que les dió tres naranjas, una a cada uno:

Habían tres caminos, y les dijo:—Coja cada uno un camino.

El más chiquito, como más tunante, les dijo a sus hermanos:

—¿Cuáles ustedes quieren coger?—Y los dos hermanos querían coger el camino del chiquito. La viejita les dijo que hasta que no encontraran agua, no partieran las naranjas, y el mayor la quería partir sin encontrar agua. El más chiquito le decía:

—Hermano, no la partas.

El muchacho la partió, y al partirla salió una princesa. La princesa pidió agua. No había agua y la princesa se murió. Pues siguieron andando y el hermano segundo quiso partirla también y le sucedió lo mismo que a su hermano mayor. Siguieron andando, andando, andando. Cuando llegaron a un aljibe, el chiquito partió su naranja y salió una lindísima princesa y le pidió agua. Pues él no encontraba en qué darle y se quitó el sombrero y le dió agua en él. Pues él no encontraba qué hacerse ni dónde llevarla, pues los dos hermanos mayores lo cogieron y lo tiraron por un barranco para que se matara. La princesa se tiró detrás de él y lo salvó. Pues entonces Pedro cogió y trepó la princesa en un árbol muy grande.

Al aljibe venía a coger agua una negra, y al ver la sombra de la princesa en el agua decía: —¡Yo, tan bella y tan blanca, buscando cántaros de agua! Rompo el cántaro y no busco agua.

Pues tanto decía así que la princesa se rió y ella miró para arriba y cuando vió la princesa le dijo:

—¡Ay! ¿Quieres que suba allá arriba para matarte una mentira?

—No, yo no tengo mentiras.

—Pues ¿subo a cogerte un piojito?

—No, ¿para qué? Si yo no tengo piojitos.

Tanto estuvo la negra hasta que subió y se puso a andarle en la cabeza y le enterró un alfiler brujo por la corona, y la princesa se volió paloma y se fué volando.

Pues cuando vino Pedro a buscarla encontró la negra aquella en el árbol y le dijo:

—¡Ay! ¡Lo que me ha hecho esta negra!

—¡Ay, Pedro! ¡Pero si tantos días al sol y los mosquitos me han puesto así!

Entonces Pedro se trepó y tiró la negra abajo, y cayó en el aljibe y se ahogó la negra.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Estas cuatro versiones pertenecen a un cuento muy tradicional. El tema es de tipo internacional, pues se halla en las colecciones de muchos países europeos y americanos. Hay una versión india, *The Bel-Princes* (M. Stokes, *Indian Fairy Tales*, número 21.) Cp. *La Negra y la tórtola*, (*Bib. trad. pop. esp.*, t. I, p. 109); *La palomita, Periquito y Mariquita* y *Las tres naranjas de un salto*, (*Bib. trad. pop. esp.*, t. X, página 25-47), y Llano, *Ob. cit.*, *Las tres naranjas del amor*, p. 22-26.

Nuestro número 66 es muy parecido a una versión portuguesa titulada *Bola Bola* (Braga, *Contos tradicionais*, t. I, p. 82). El n.º 67 tiene parte de otro cuento. Así también el 68 que no termina como los anteriores. Para estudio comparativo, véase: Stanislaw Prato, *Quatro Novelline popolari livornesi*, p. 46-91.

## 69. —LAS TRES CHINAS

Era una vez y dos son tres, que había una madre que tenía un hijo a quien quería casar, pero al muchacho no le gustaban ninguna de las muchachas que había en el pueblo. Tanto insistía la madre en que se casara que un día él se fué a ver una bruja para preguntarle si ella sabía dónde podía encontrar la mujer más bonita del mundo. Entonces la bruja le dijo:

—Yo sé dónde está la mujer que seguro te gustará, pero tienes que hacer todo lo que yo te diga si quieres conseguirla. Primero tomarás esa *verea* y echarás a andar *palante*, preguntando siempre por el Castillo de las Tres Chinas. Cuando lo encuentres, te meterás en el jardín y cogerás tres chinas<sup>1</sup> que hay allí en un palo<sup>2</sup> que no tiene más ninguna. Para cogerlas tendrás que saltar, pues si te subes al palo no podrás salir de allí más nunca. Después vienes donde mí con las chinas y entonces te diré el camino para la casa de esa mujer hermosa que tú andas buscando.

El muchacho se fué anda que te anda hasta que llegó a un castillo y pidió permiso para quedarse allí aquella noche. Este castillo era la casa del Sol, y cuando el muchacho pidió permiso se lo dió una muchacha que era la hija del Sol. Cuando el Sol llegó a dormir preguntó que quién estaba allí, pues él olía carne humana, y la hija le dijo que era un pobre muchacho que iba para el Castillo de las Tres Chinas, pero que no sabía qué camino llevar. El Sol le dijo a su hija que él tampoco sabía dónde estaba ese castillo, pero que quizás su hermana la Luna lo sabría.

Entonces el muchacho se echó a andar y a andar y a andar hasta que llegó y se tropezó con otro castillo en donde también había una muchacha que era la hija de la Luna. Poco después llegó la Luna y cuando la muchacha le preguntó por el castillo, le dijo que quizás su hermano el Viento lo sabría porque él se mete por todas partes.

A la mañana siguiente el muchacho empezó anda que te anda, anda que te anda; y llegó a otro castillo y pidió posada. Salió una joven que era la hija del Viento. Ella le preguntó qué quería, y él le explicó por qué andaba viajando tanto por el mundo. Ella le prometió preguntárselo a su padre, y al poco rato se oyó un ruido muy grande que parecía un montón de leones que gritaban todos al mismo tiempo.

—¿Quién está aquí? Si no me lo dices te mato —dijo el Viento a su hija.

—Papá, —dijo la hija— es un muchacho que viene buscando el Castillo de las Tres Chinas, y ha llegado hasta aquí porque lo mandó mi tía la Luna a ver si tú se lo podías decir.

<sup>1</sup> *chinas*: naranjas chinas.

<sup>2</sup> *palo*: mata, árbol.

—Si quiere encontrar ese palacio tiene que atravesar el monte que está al frente, y al otro lado lo encontrará.

A la amanezca <sup>1</sup> el muchacho se salió de la casa del Viento y empezó a subir por las *jaldas* <sup>2</sup> del monte hasta que llegó a la cumbre, y después baja que te baja, baja que te baja, hasta que llegó y se encontró de seguido <sup>3</sup> con un castillo muy grande y muy bonito. En este castillo todo parecía estar dormido pues no había ruido, ni pasos ni señales de vida ninguna.

Y entonces notó que había un jardín con muchos árboles, pero que también estaba allí el palo con las tres chinas que le había dicho la bruja. Se acordó de lo que le dijo la vieja, y brincó con toda su fuerza y empuñó de un golpe la rama que tenía las tres frutas. *Esmandó* <sup>4</sup> a correr por temor de que le echaran mano y después de correr mucho rato le dió hambre y quiso comer, pero como no tenía nada que comer, y por allí no había una *pulpería* <sup>5</sup> ni nada, fué y partió una de las chinas. Cuando partió la china salió una muchacha *no más* <sup>6</sup> bonita que le dijo:

—Quiero que me des pan.

—Pues ¿cómo te lo voy a dar si yo no tengo para mí?

—Entonces me vuelvo a ser china y me voy para mi palo.

Y se le escapó de delante y no supo cómo se fué.

Después de esto no se atrevía a cortar otra china, y siguió caminando, y después de mucho caminar llegó a un bohío donde vivían unos campesinos y les pidió de caridad le dieran algo que comer. Los campesinos se compadecieron de él y le dieron un *cacho* grande de pan para que se lo comiera, y él se fué muy agradecido. Pero le volvieron a entrar ganas de comerse una china, y sin pensar fué y la mondó y se le apareció en delante <sup>7</sup> una mujer mejor hembra que la primera que se le fué con la otra china. Esta mujer también le pidió pan y como él entonces tenía pan le dió un pedazo, pero ella quería también agua, y él no la tenía y entonces ella dijo:

—Entonces me vuelvo a ser china y me voy para mi palo.

Cuando ella se desapareció él echó a andar y después de algún tiempo, al voltear <sup>8</sup> un cerro, se encontró con un río y se sentó a la orilla para comerse el resto del pan y tomar de aquella agua fresca. Al sentarse, se le salió la china del bolso, y al cogerla la mondó. Y ¡Ave

<sup>1</sup> a la amanezca: al amanecer.

<sup>2</sup> *jaldas*: halda o falda; parte inferior de un monte.

<sup>3</sup> *de seguido*: en seguida.

<sup>4</sup> *esmandó*: empezó.

<sup>5</sup> *pulpería*: tienda donde se venden comestibles y artículos de droguería; antiguamente despachaban también licores.

<sup>6</sup> *no más*: lo más. La sustitución de este *lo* por *no* es muy corriente en el habla del pueblo.

<sup>7</sup> *en delante*: en frente.

<sup>8</sup> *voltear*: rodear.

María! Entonces sí que se le presentó una mujer tan guapa como la misma Virgen. Y ella le pidió pan y le pidió agua, y él le dió el pan que le quedaba y agua del río. Cuando acabaron de comer, ella le dijo que si él quería se iba con él, pues la había desencantado. El muchacho la abrazó y le dijo que sí, y se la llevó a su madre que se puso no más contenta al ver aquella muchacha tan guapa, y de seguida mandaron buscar al cura y se casaron y fueron no más felices.

Y se acabó mi cuento con ají y pimiento, y como me lo contaron yo te lo cuento. <sup>1</sup>

## 70.—EL GUSANO

Érase que se era una niña muy desobediente llamada Juanita. Ella jugaba un día en la yerba, y sacando algunas hojitas se halló un gusano que le dijo así:

—Juanita, te prometo darte mucho dinero si me cuidas para que no me dé frío.

Al oír hablar de dinero, Juanita cogió al gusanito y se lo llevó a su casa. Allí lo metió en una cajita. El gusano llenó la caja de dinero, y al verlo Juanita, lo metió en otra más grande, y así sucesivamente hasta que se creyó rica para siempre. Entonces sacó al gusano de la caja y lo echó al pasto. El gusano se moría de frío y se quejaba amargamente de la injusticia de la niña.

Juanita tenía una amiga, Luisa, que era todo lo contrario de ella. Luisa jugaba también en la yerba, y otro día se encontró el gusano que le dijo lo mismo que a Juanita. Luisa le dijo:

—No quiero dinero. Lo que quiero es cuidarte.

Se llevó el gusano y lo cuidaba muy bien. Pero el gusano llenó la casa de dinero. Luisa, que era una niña muy caritativa, repartió el dinero entre los pobres. El gusano, viendo lo buena que era Luisa, un día le dijo:

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella quedó sorprendida, pero el gusano no le dejó tiempo para pensar. Le contó que él era un príncipe encantado por una bruja muy mala que le tenía odio a su padre y quiso vengarse de él. Sólo podía salir del encantamiento si encontraba una muchacha que se quisiera casar con él, pero él queriéndola. No bien le dijo ella que sí, se transformó el gusano en un apuesto príncipe del que Luisa quedó locamente enamorada.

El príncipe se llevó a Luisa a su pueblo donde iba a celebrar sus bodas.

<sup>1</sup> Cp. «Las tres naranjas de un salto» y «La Hermosura del mundo», *Bib. tradiciones pop. esp.*, tomo X, p. 39 y 124 respectivamente.

Por el camino encontraron una muchacha toda sucia y llorando. Le preguntaron qué le había pasado y ella les contó que unos bandidos le habían robado todo su dinero y que no tenía con qué ir a su pueblo. El príncipe que la había reconocido (era Juanita) y viendo que había recibido su castigo tuvo piedad de ella y le dió dinero. Juanita juró ser buena y caritativa, pues veía que salía mejor hacer el bien que ser egoísta y quererlo todo para sí. Vió el ejemplo de Luisa y se entusiasmó.

Luisa y el príncipe llegaron al pueblo y allí fueron recibidos con grandes muestras de reconocimiento. Más tarde se casaron, reinando siempre en paz. Luisa siguió siendo buena y caritativa y bondadosa y a sus hijos siempre dió el ejemplo de lo bueno.

## 71. LA CULEBRITA

Pues señor, había una vez un padre que tenía dos hijos y una hija llamada María que era una joven muy buena y muy hermosa. Un día siendo niña, se encontró en el jardín de su casa con una culebrita. La cogió y la puso en una cajita y le daba de comer todos los días. La culebrita fué creciendo y llegó a convertirse en un gran culebrón hasta el extremo que todas las personas de la casa tenían miedo de entrar en el cuarto de María. Tantas fueron las quejas que dieron al padre, que éste llamó a dos de sus peones y les dijo que se llevaran al culebrón al monte y lo mataran.

Cuando María supo que iban a matar al culebrón que ella había criado se puso muy triste y empezó a llorar con tanta pena que los dos peones le ofrecieron soltar al culebrón en vez de matarlo. Lo tomaron y se lo llevaron al bosque y allí lo soltaron.

Poco después de salir el culebrón de la casa, María sufrió un cambio muy grande: al reirse echaba preciosas perlas por la boca, al peinarse los cabellos que se quedaban en el peine se convertían en hilos de oro, y el agua en que se lavaba se cambiaba en una hoja de plata. Esto causaba la admiración de todo el mundo y llegó a oídos del rey, el cual mandó un parte al padre diciéndole que quería hablar con él.

Salieron los dos hermanos a visitar al rey y se sorprendieron mucho al ver que él quería saber si lo que se decía de María era verdad. El rey les dió muchos regalos y los mandó a su casa para que fueran a buscar a la hermana con la cual él quería casarse.

Llegaron a su casa y el padre mandó buscar a su hermana para que acompañara a María al palacio del rey. Hicieron todos los preparativos y salieron para el palacio, María, su tía y la hija de ésta que era una muchacha muy orgullosa y parejera.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *parejera*: fresca, irrespetuosa.

En el camino, la madre se acercó a su hija y le dijo:

—No es posible que permitamos que mi sobrina se case con el rey. Tú eres la que debes casarte con él, y por lo tanto debemos matar a María.

La muchacha no se atrevía a quitarle la vida a su prima, pero dijo que sería mejor sacarle los ojos y dejarla abandonada en el bosque. Y así fue que cuando llegó la noche, cuando María estaba durmiendo, entre la tía y la prima le sacaron los ojos y la dejaron sola en el bosque.

A la mañana siguiente siguieron su camino y se llevaron los ojos de María en un calabazo que arrancaron de un árbol.

La pobre María no sabía dónde estaba y no se atrevía a moverse del sitio donde sus parientas la habían dejado. En esto se presentó un labrador que al verla tan bonita se compadeció de ella y se la llevó a su casa. Allí la mujer del labrador la recogió aunque ellos eran muy pobres y se puso a cuidarla. María les dijo que no se apuraran que ella haría algo por ayudarles.

—Señora, deme un poco de agua para lavarme.

Le trajeron una ponchera y se lavó la cara y las manos. Entonces le dijo a la señora que no botara <sup>1</sup> aquella agua sino que la guardara hasta el otro día.

Se sorprendió la mujer del labrador, pero como le había dado tanta pena la pobrecita María, puso a un lado la ponchera para ver lo que la joven haría al día siguiente.

María pidió la ponchera al levantarse por la mañana y la señora se encontró una hoja de plata que se había formado dentro de la ponchera. Pero más sorprendidos quedaron cuando María se peinó y les dijo que guardaran los cabellos que se habían enganchado en el peine. Se convirtieron en oro y entonces María le dijo al viejo labrador que podía vender la plata y los hilos de oro para que no pasaran tantos trabajos para vivir.

Estaban muy contentos el labrador y su mujer y cuidaban mucho a la pobre María que no acababa de comprender lo que le había pasado.

A todo esto su tía y su prima habían llegado al palacio y fueron muy bien recibidas. Poco después se casó el rey con la prima creyendo que ella era María.

Después que pasaron los primeros días de la boda el rey le dijo a la doncella de su mujer que le guardara el agua en que la reina se lavara las manos. Al día siguiente cuando fué a verla se encontró con una ponchera llena de agua y por más que buscó no encontró ninguna plata. Hizo entonces que guardaran los pelos de la reina, pero éstos tampoco se cambiaron en oro, y por fin hizo que la reina se riera y no le salió ni una perla de la boca.

Estaba muy furioso y disgustado y mandó un grupo de soldados a

<sup>1</sup> botar: tirar.

buscar a los hermanos y al padre de María, y dió instrucciones para que los encerraran en las cuevas del castillo por haberle engañado.

El rey siguió viviendo con su mujer y después de algún tiempo ésta iba a tener un hijo y se antojaba de todo lo que veía. Como el rey ya la había perdonado le daba todo lo que pedía.

Entonces el culebrón que los peones habían soltado en el bosque vino a ayudar a su amiga que le había criado. Estaba María en la casa de los labradores cuando la vieja vió que se acercaba un culebrón grandísimo y feísimo. Se acercó a María la vieja y le dijo:

—Vente, hija mía, que ahí viene un culebrón muy grande que nos va a matar.

María empezó a reirse y le salían perlas de la boca y después de un ratito le dijo a su protectora:

—No se apure, buena mujer. Ese culebrón es mi amigo y viene sin duda a traerme buenas noticias.

Acercóse el culebrón y dijo a María:

—La reina va a tener un hijo. Manda a tu amigo a vender un ramillete de flores por los alrededores del palacio, pero dile que si se lo quieren comprar que cobre ojos por él.

Se fué el culebrón y María le dijo a su protectora que recogiese las perlas y que mandase a su marido a venderlas a la ciudad y que le comprara un ramillete de flores para vendérselas a la reina.

Así lo hizo el labrador, y poco después de estar gritando<sup>1</sup> las flores cerca del palacio, llegó una doncella a preguntarle el precio del ramillete. El labrador le dijo que sólo lo vendería por un par de ojos. La sirvienta fué a decírselo a la reina y ésta mandó que le sacaran los ojos a un gato y que se los dieran al hombre.

El pobre labrador se fué con los ojos que le dieron en el palacio, pero al llegar a su casa se encontró con que María y su mujer estaban oyendo al culebrón el cual decía:

—Los ojos que traiga tu protector no sirven para nada pues se los han sacado a un gato. Dile que vuelva con un canastillo de frutas y que pida también un par de ojos.

Como la otra vez el viejo vendió el canastillo de frutas por un par de ojos, pero al entregárselos a María el culebrón habló y dijo:

—Éstos tampoco nos sirven porque no son ojos de persona; son de perro. Dile que lleve un canastillo con ropitas de nene y que pida otro par de ojos.

Se fué el anciano y llegó al palacio. La reina que se había entusiasmado con las flores y con las frutas, se entusiasmó mucho más con el canastillo de ropitas y quería comprarlo de todas maneras. El anciano insistía en que esta vez tenían que darle ojos humanos y la madre de la reina se acordó de que tenía el calabazo con los ojos que habían arrancado a María. Creyendo que ésta se había muerto fué y lo cogió y se lo dió a cambio del canastillo con las ropitas de nene.

<sup>1</sup> *gritando*: pregonando.

El labrador iba muy contento pensando que esta vez llevaba los ojos que quería el culebrón, y al llegar a su casa y entregar el calabazo oyó que el culebrón decía:

—Ahora sí que vienen los tuyos, Marfa. Y entonces le pasó la lengua a Marfa por los dos agujeros de los ojos y le colocó los ojos que el anciano había traído.

Al otro día vino el culebrón y le dijo a Marfa que fuera a palacio y pidiera colocación en la cocina. Así lo hizo la joven y empezó a trabajar hasta que un día el rey se entusiasmó mucho con un dulce que le trajeron y dijo que quería ver a la persona que lo había hecho. Se fué a la cocina y le presentaron a Marfa. La joven empezó a reírse y las perlas caían de su boca. Entonces el rey le dijo que se peinara y recogió los cabellos que se quedaron en el peine; la mandó que se lavara las manos y se llevó la ponchera con el agua.

Por la mañana se encontró con que el agua era plata y los cabellos hilos de oro. Se convenció entonces de que aquélla era Marfa y le preguntó qué le había pasado y ella le contó todo lo que sabía.

El rey mandó apresar a la madre y a su hija por falsas y malas, y puso en libertad a los hermanos de Marfa y a su padre. <sup>1</sup>

## 72.—LOS NIÑOS ABANDONADOS

Érase que se era un matrimonio que tenía unos cuantos hijos, pero que no tenía bastante dinero para poder alimentarlos. Sufrían muchísimo pensando en que todos iban a morir de hambre y no sabían qué hacer para remediar su situación. Después de pensarlo mucho, una noche, después que los hijos se habían retirado y se habían acostado, el padre le dijo a su mujer que lo mejor era llevarlos al bosque al día siguiente y dejarlos allí a ver si por casualidad alguna persona los encontraba y se compadecía de ellos.

Después de una gran discusión con su mujer ésta aceptó la proposición del marido y convinieron en que él los llevaría al bosque al día siguiente y allí los abandonaría a su suerte.

El más pequeño de los hijos no se durmió tan ligero como sus hermanos, y al oír la conversación que tenían sus padres, se levantó y se fué al patio y empezó a llenarse los bolsillos de chinitas. Así que recogió una gran cantidad de chinitas se volvió a su cama y se acostó a dormir lo más tranquilo,

A la mañana siguiente se levantaron, y el padre les dijo que quería que fueran con él a buscar leña para venderla en la ciudad. Se fueron

<sup>1</sup> Véase para comparación, *Bib. trad. pop. esp.* t. I, p. 137; *Contos populares do Brasil*, n.º XXIX, «A reinha que sahíu do mar»; Braga, *Contos tradicionais*, t. I, página 51, «Cabellos de ouro». El tema de la pérdida de los ojos, el de la venta de algún objeto a cambio de ellos, y su colocación por la culebra, se encuentra también en «La niña y la culebrina», *Cuentos asturianos de Llano*, p. 45.

todos andando, andando, pero el hermanito más pequeño iba detrás echando sus chinitas de trecho en trecho. Después que llegaron a un sitio muy espeso en el bosque, el padre aprovechó un momento en que los muchachos jugaban y se fué y los dejó solos.

Cuando los muchachos se encontraron sin su papá empezaron a llorar menos el más pequeño que les dijo que él los llevaría otra vez a casa. Empezaron a andar y el hermanito se guiaba por las chinitas que había echado en el camino por la mañana.

Mientras, el pobre hombre había llegado a su casa con mucha pena y encontró a su mujer que estaba también muy triste por la pérdida de los hijos. Llegó la hora de comer, y aunque la comida no era bastante para ellos dos, la pobre madre pensaba en los muchachitos y en los peligros que tendrían en el bosque.

—¡Cuánto daría por tenerlos aquí con nosotros!—decía.

En este momento tocaron a la puerta y la madre y el padre se alegraron mucho al ver llegar a todos sus hijos. Al día siguiente, el padre vendió la leña que había recogido el día anterior y pudieron comprar alimentos para varios días. Pero pronto se encontraron en la misma situación y el padre volvió a decirle a su mujer que lo mejor era llevar los niños al bosque y dejarlos allí otra vez.

El pequeño oyó la conversación otra vez, pero no tuvo tiempo de recoger chinitas, y se conformó con llenarse los bolsillos con unos granos de maíz. Al día siguiente, cuando marchaban para el bosque, él iba dejando caer los granos de maíz hasta el sitio donde pararon en el bosque.

Como la otra vez, el padre se desapareció y los chicos empezaron a llorar, pero el pequeño les dijo a sus hermanos que él los llevaría a casa. Empezaron a caminar, y el pequeño se encontró con que los granos de maíz habían desaparecido. Los pájaros del bosque se los habían comido, y el pobrecito no pudo dar con el camino de su casa.

Siguieron andando, andando, andando hasta que tarde en la noche vieron una lucecita en la distancia y se dirigieron allí con intención de pedir permiso para pasar la noche.

Esta casa era la casa de un cuco<sup>1</sup> que se comía a todos los niños que venían por allí, y el cuco era muy malo y no lo podían castigar porque tenía unas botas que le permitían andar siete leguas de un paso.

Los hermanitos llegaron a la casa y pidieron licencia para pasar la noche. Salió una vieja a abrirles y les dijo que aquella casa era la del cuco y que él se los comería. Entonces el más chiquito le dijo a la vieja que les diera algo para comer pues tenían mucha hambre.

Estaban los muchachos comiendo cuando se oyó un ruido y la vieja los llevó a una habitación y los puso en una cama y les dijo que se

<sup>1</sup> *cuco*: coco, ogro.

estuvieran quietos, pues el cuco había llegado. Cuando entraron en el cuarto, el más pequeño vió otra cama con otros niños durmiendo.

—¿Y éstos quiénes son?

—Ésos son los hijos del cuco.

Se fué la vieja y el pequeño se acercó a la cama donde entaban los hijos del cuco y les quitó la gorra que tenían puesta y se las dió a sus hermanos y se acostaron.

Entró el cuco y le dijo a la vieja:

—¡A carne fresca me huele aquí! Si no me la das te mato.

La vieja le dijo que eran unos niños que se habían perdido en el bosque y que habían venido a pedir comida y permiso para pasar la noche.

El cuco entonces fué al cuarto y miró a las dos camas. Tocó la cabeza de los niños perdidos y los dejó, pero se acercó a la cama de sus hijos y los mató a todos y se acostó a dormir.

Entonces el hermanito llamó a los otros y se escaparon. Empezaron a andar tan ligero como podían y les cogió el nuevo día a gran distancia de la casa del cuco, pero éste vió la equivocación que había cometido y se puso las botas de siete leguas y salió en busca de los otros muchachos. Los muchachos se había metido en una cueva y el cuco pasó por allí y ellos salieron detrás. Después de haber andado mucho, vieron al cuco que estaba acostado a la sombra de unos árboles completamente dormido.

El hermanito pequeño se acercó al cuco y le quitó las botas, y se salvó en unión de sus hermanos, volviendo muy pronto a casa de sus padres. Estos se alegraron muchísimo de ver a sus hijos otra vez.

Y colorín colorao  
cuento acabao. <sup>1</sup>

### 73.—LAS ENCANTADAS

Había una vez un matrimonio que tenía tres hijas muy hermosas. Vivían ellos muy contentos pensando en el porvenir de sus hijas y las trataban con muchísimo cariño cuidándolas mucho. La madre las quería tanto como a su vida y siempre las acompañaba a todas partes.

Cerca de la casa donde vivían había una laguna que tenía muchas flores en las orillas. La gente decía que aquella laguna estaba encantada. Tanto se había hablado de la laguna que las chicas quisieron averiguar lo que había en ella.

Un día salió la madre y dejó a las hijas en la casa diciéndoles que no fueran a ninguna parte; pero apenas se había marchado cuando las

<sup>1</sup> De este conocido cuento de *Pulgarcito*, hay una versión portuguesa muy parecida titulada *As crianças abandonadas*, Braga, *Ob. cit.*, t. I, p. 125. Véase la nota que acompaña a dicho cuento.

hijas dijeron que debían ir a ver la laguna. Llegaron allí y se quedaron entusiasmadas con las flores que había en los alrededores. La mayor se bajó a coger un clavel, la segunda para coger una rosa y la más pequeña para coger un jazmín. Tan pronto como tocaron las matas, las tres muchachas se desaparecieron.

Un pastor que estaba por allí vio las niñas desaparecer y corrió a darle noticia a la madre. Cuando ésta llegó y se enteró de lo que había ocurrido empezó a llorar y estuvo para morirse. Trataba el marido de consolarla pero la madre no se perdonaba por haber abandonado a sus hijas.

Al año siguiente les nació un hijo, pero la madre siempre estaba pensando en sus tres hijas. Pasaron los años y el niño se hizo un hombre, y no podía comprender la causa de la tristeza de su madre. Por fin un día se presentó ante ella y le suplicó le dijera por qué lloraba todo el tiempo. La madre entonces lo llevó a la orilla de la laguna y le contó cómo sus hijas le habían desobedecido y se habían desaparecido al pie de aquella laguna que estaba encantada.

El joven entonces le pidió que le dejara irse en busca de sus hermanas. Consintieron los padres y le prepararon para que saliera en su aventura.

Anduvo, anduvo y anduvo hasta que llegó a una casa en donde sintió un gran alboroto. Creía que la gente que estaba dentro eran ladrones que peleaban, y se acercó a la ventana a ver lo que pasaba. Vió sentados alrededor de una mesa a tres hombres que discutían la herencia que les había dejado un tío. Uno de ellos decía:

—Como soy el mayor debo quedarme con las tres cosas. Cuando yo muera te las dejaré a tí, y cuando tú mueras se las dejarás a tu hermano menor.

Los otros dos no querían aceptar la proposición del hermano mayor. Entonces el joven que había estado escuchando tocó a la puerta y le invitaron a entrar. Preguntó lo que pasaba y le dijeron que su tío había muerto y había dejado unas botas que llevaban a cualquier sitio o país, una llave que abría todas las puertas, y un sombrero que hacía invisible al que se lo ponía. El muchacho pensó que estas cosas le ayudarían a encontrar a sus hermanas y les propuso a los tres hombres lo siguiente:

—Me parece que lo mejor es dejar a la suerte la herencia de su tío. Si ustedes quieren yo tiraré esta manzana al campo y ustedes correrán a buscarla. El que la coja tendrá derecho a quedarse con las tres cosas.

Aceptaron los tres hermanos y se levantaron para salir. El joven tomó entonces una manzana y la tiró a gran distancia y los hermanos salieron corriendo detrás de ella. Tan pronto se fueron, el muchacho tomó las botas, se las puso, cogió el sombrero y la llave y dijo:

—Botas, llevadme al sitio donde está mi hermana mayor.

De pronto se encontró en un palacio y pudo entrar en él con la llave que había quitado a los tres hermanos. Anduvo por varios salones

y por fin llegó a uno en donde estaba una joven que se asustó mucho al verle. Contó él su historia y ella le dijo que sí, que era una de sus hermanas.

Poco después llegó su marido y se alegró mucho de conocer al cuñado y le dijo que tenía que continuar encantado hasta que desapareciera un hombre que era inmortal.

Cuando el joven se dispuso a salir en busca de la segunda hermana, su cuñado le dió una pluma y le dijo que en caso de dificultad llamara al rey de los pájaros y que éste le ayudaría.

Salió del palacio y empezó a andar y andar y llegó al palacio donde vivía su segunda hermana casada con el rey de los peces. Éste también se alegró mucho de conocerle y le dió una escama para que le llamase en caso de necesidad. También le dijo que no podía salir de su encantamiento hasta que muriese el hombre que decía ser inmortal.

Pidió entonces a sus botas que le llevaran al sitio donde estaba su hermana más pequeña y se encontró de pronto en una tumba oscura como boca de lobo. Allí encontró a su hermana, la cual le dijo que era prisionera de un hombre muy horrible que quería casarse con ella y que la hacía sufrir mucho.

—No tengo esperanza de ver la luz del sol otra vez, pues como yo me resisto a casarme con él, me ha dicho que me quedará aquí hasta mi muerte, pues nadie puede salvarme porque él es inmortal y rey de los encantamientos.

Cuando el hermano oyó decir esto le explicó quién era él y que deseaba salvarla, así como a las otras dos hermanas. Entonces le dijo que cuando volviera el hombre que la tenía allí encerrada que le dijese que se casaría con él siempre y cuando que le dijera por qué era que él decía que no moriría nunca.

La hermana le dijo que se fuera, pero él entonces le dijo que tenía un sombrero que lo hacía invisible y que quería oír lo que le contestara su guardián.

Poco después se oyó un ruido y el muchacho se puso el sombrero y se colocó junto a su hermana para oír la conversación. Llegó entonces un hombre que era un verdadero monstruo y le preguntó:

—¿No te has resuelto todavía a casarte conmigo? Recuerda que no podrás salir de aquí nunca, porque yo soy el rey de los encantamientos y no dejaré que nadie se acerque a ti.

—Me casaré—dijo ella siempre que me digas por qué eres inmortal.

—Sólo pueden matarme rompiendo en mi cabeza el huevo que tiene un pato negro que está en una caja de hierro en el fondo del mar. Como nadie puede sacar esa caja nadie podrá matarme. Y ahora tendrás que casarte conmigo porque ya te he descubierto mi secreto.

—Te prometo que dentro de tres días me casaré contigo.

Fué el monstruo y levantó una gran piedra y desapareció.

Entonces el hermano se despidió de ella y le dijo, a las botas que lo

llevaran a la orilla del mar. Cuando llegó allí llamó al rey de los peces y le dijo que necesitaba una caja que estaba en el fondo del mar. Después de gran rato llegaron los peces más grandes con la caja. El muchacho cogió la llave y le mandó que abriese la caja. Se abrió la caja y el pato salió volando y se desapareció.

Acordóse entonces el muchacho de la pluma del otro cuñado y frtándola lo llamó. Se apareció el rey de los pájaros y él le contó lo que había ocurrido. El rey de los pájaros dió sus órdenes y así que averiguó el sitio donde estaba el pato, el muchacho se puso las botas y ellas lo llevaron al sitio donde el pato estaba echado sobre el huevo. Llegó el muchacho y cogió el huevo y con la misma mandó a las botas que lo llevaran a la caverna donde estaba la hermana más pequeña. Entró en la caverna con el sombrero puesto y se acercó al monstruo que estaba comiendo y le rompió el huevo en la cabeza. Cayó el monstruo al suelo muerto e inmediatamente se abrió la caverna y los dos hermanos se encontraron fuera. Empezaron a caminar hacia su casa y se encontraron a las otras dos hermanas que venían con sus maridos que habían salido del encantamiento con la muerte del monstruo que había encerrado a la hermana más pequeña.

Llegaron a su casa y fueron recibidos con gran alegría por sus padres, los cuales ya creían que también el chico había sido encantado como sus hermanas.

Como los maridos eran dos príncipes, todos se fueron a vivir a un castillo muy hermoso, y yo fuí y vine y no me dieron nada. <sup>1</sup>

#### 74.—EL CONDE DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD Y EL CONDE DE VANIDAD Y ORGULLO

Había una vez un hombre que era el pescador de una ciudad. Éste vivía cerca de un palacio donde moraba el Conde Vanidad y Orgullo, y un niñoito hijo del pescador acostumbraba pasar por un agujero que tenía la pared de la verja del jardín del Conde. El niñoito se ocupaba de jugar con una niñaíta hija de dicho Conde. Una tarde el Conde desde la galería de su casa contemplaba a los dos niños que jugaban, y pensando que en el porvenir estos niños fueran a amarse de manera tal que le pudiera causar a él un disgusto, le vino la idea de desaparecer al niñoito hijo del pescador. Entonces, con ese fin, fué a presidio, y encontrándose allí con un hombre que estaba atado con gruesas cadenas, y una gota de agua que le caía en la cabeza, sorprendido, le preguntó:

—¿Cuál ha sido su delito para castigo tan enorme?

<sup>1</sup> Cp. «Punchklin» en *Old Deccan Days* de Miss Frere; «Cravo, Rosa e Jasmin», p. 20, *Contos tradicionais* por Braga; «O Bicho Manjaleo», *Rev. Brasileira*, t. VI, p. 120; Bruyere, *Contes populaires de la Grande Bretagne*, p. 81 y 119.

Éste le contestó:

—Señor, yo era un pirata del mar; me cogieron las autoridades y como consecuencia sufro aquí por los pocos días de vida que me quedan, este castigo tan enorme.

Entonces el Conde se fué a palacio, trabajó con el rey el indulto de aquel infeliz y cuando en libertad estuvo dicho hombre, fué invitado por el Conde a ir a su casa, y después de estar allí le dijo:

—En honor al favor que te he prestado quiero que me prestes otro el cual es lo siguiente: Aquí hay un niño hijo de un pescador que vive cerca y se ocupa todos los días de meterse por un hueco que tiene la pared de mi jardín a jugar con mi niña. Yo deseo que este niño desaparezca para evitar en lo futuro un fatal desenlace.

Y entonces el otro obedeció a su petición y salió inmediatamente detrás <sup>1</sup> de las tablas para un ataúd; y cuando hacía el ataúd en el jardín expresado, el niño se presentó y de una manera cariñosa él lo llamó y el niño fué hasta él de una manera cariñosa también, diciéndole:

—Papá, ¿qué quiere?

Y fué de tal naturaleza para ese hombre la expresión cariñosa de aquel niño que trasversó <sup>2</sup> la idea criminal que para él tenía, diciendo para su fuero interno:—No lo mataré. Cogiendo al niño lo metió en el ataúd, colocó en su boca un algodón, hizo sobre la tapa de aquel ataúd tres barrenos para que él respirara. Tomó el puñal homicida y desgargantó un gato hermoso que en el jardín había, hizo un hoyo y lo enterró. Más después <sup>3</sup> subió al palacio y, penetrando en la habitación del Conde enseñándole el puñal ensangrentado, le dijo que ya estaba realizado el hecho. Entonces bajó, tomó el ataúd que contenía el niño, marchando con él. Cuando hubo andado larga distancia lo sacó del ataúd y se acercó a un establecimiento donde compró varias latas de conservas y varias yardas de tela azul, blanca y roja, y un cuadro de la Virgen del Carmen. Marchó su camino <sup>4</sup> y llegando a una playa desierta, en una cueva se internó y alfombrándola con dichas telas, como especie de un altar, colocó a la cabecera el cuadro, puso alrededor del niño las latas de conservas abiertas, y dejándole dormido se arrodilló frente al cuadro de la Virgen manifestándole:—Virgen del Carmen, ahí tienes a ese niño. Si pide de beber, dale de beber, y si pide pan, dale. Tú eres su madre. Y salió llorando.

Marchó nuevamente a su campaña marítima, y el niño allí quedó.

Y sucedió que una vez el Conde de Fe, Esperanza y Caridad convidó a su esposa a dar un paseo, y una mañana el capitán del buque enfocando sus anteojos a las playas desiertas, llamó la atención al Conde de que había visto las huellas de una persona. Entonces arri-

<sup>1</sup> *detrás*: en busca.

<sup>2</sup> *trasversó*: cambió.

<sup>3</sup> *más después*: más tarde.

<sup>4</sup> *marchó su camino*: continuó su marcha.

baron sobre aquel sitio y siguiendo las huellas, llegaron a la cueva en que el niño estaba. Le recogieron junto con todo lo que allí había como un recuerdo para lo porvenir.

No habiendo este matrimonio hijos, le adoptaron como su hijo, le instruyeron, y cuando <sup>1</sup> llegó el día en que por su enfermedad el Conde tuvo que hacer su testamento, muriendo más luego. Expresando en dicho testamento: para mi esposa tanto y para mi hijo adoptivo tanto y mi corona. Y antes de morir el Conde, el joven, revisando el testamento vió ese dicho de hijo adoptivo y le preguntó a su padre:

—¿No soy yo su propio hijo? ¿No he nacido de sus entrañas?

Contestándole su madrastra: <sup>2</sup> No; lo que hay es lo siguiente. Y narrándole la historia de su paseo le llevó el baúl que contenía todos los recuerdos de la cueva en que él se encontraba, contestándole el joven:

—Tengo que irme por el mundo en solicitud de mis padres.

Así lo hizo llevando como equipaje dos baúles que les cruzaban gruesas correas. Empezó su viaje. Una noche en alta mar surgió la tempestad y fué al naufragio la embarcación, y tomando los dos baúles por las gruesas correas como si hubieran sido dos salvavidas, se sostuvo a flote, y otra embarcación que venía le auxilió. Siguió entonces su viaje, y una mañana el dueño de dicha embarcación le dijo a dicho joven que lo que más había sentido en su vida era el haber tenido su libertad por un Conde, mas luego exigiéndole por este favor la desaparición de un niño hijo del pescador de aquella ciudad, habiéndole dejado en una playa desierta enterrado en una cueva. Entonces el joven, que llevaba en su baúl todos estos recuerdos llevó a su amigo y exhibiéndole todo aquello le manifestó que él era el niño de quien hablaba. Le suplicó a su amigo que le diera noticias de sus padres, y el capitán le dijo:—Tu padre murió como consecuencia de tu desaparición, y tu madre anciana está pidiendo limosna en la ciudad.

Llegando hasta dicha ciudad, fué a parar a la casa del Conde de Vanidad y Orgullo, y al otro día salió vestido de paisano por la ciudad, llegando hasta una fonda donde comían todos los limosneros de aquella capital. Preguntándole a un anciano que si él era nacido allí y conocía al Conde de Vanidad y Orgullo. Diciéndole el hombre que sí, y que por cierto era un hombre malo, porque había mandado darle muerte a un niño hijo de su compadre porque se iba a jugar con una niña que él tenía. Como consecuencia, su compadre se murió a los veinte días y su comadre estaba pidiendo limosna y que con él vivía, hallándose enferma. El joven entonces le invitó a ir con él hasta la choza de la anciana. Seguido <sup>3</sup> de allí la sacó, le puso un hotel sin decirle soy tu hijo. Luego vino a donde ella diciéndole:

<sup>1</sup> cuando: más tarde.

<sup>2</sup> sic.

<sup>3</sup> seguido: en seguida.

—Quiero merecer de tí un favor. Es que me voy a casar con la hija del Conde de Vanidad y Orgullo y quiero que seas mi madrina.

Negóse ella por el crimen que con su hijo se había cometido, accediendo por fin. Invitando después al pirata autor que a la cueva lo llevó para que fuera su padrino. Fueron anunciados los padrinos de su boda como el Conde tal y la Condesa tal, y el día que se efectuó este acto, sentado a la mesa le exigieron al joven por ser el novio, el primer brindis, y él dijo:

—Delego en el padrino de mis bodas para que él haga el brindis fundándose en la historia de mi vida. El padrino empezó a describir la historia de la vida del joven Conde. Y terminado esto, el joven Conde de Fe, Esperanza y Caridad tomó en sus manos una pistola y dijo:

—Los canallas deben de morir.

Y la disparó contra su suegro el Conde de Vanidad y Orgullo. Levántase su esposa, va a él y le dice:

—¡Ay! ¡Ese es mi padre!

Y él le responde:

—Tu padre o tu esposo, escoge.

—¡Mi esposo!—contestó la que había sido su compañera de infancia, y le tendió sus tiernos brazos y lo abrazó.

Su cariñosa madre entonces dijo:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo perdido!

—Sí, madre querida; aquí me tienes.

Cuando las cosas son hijas de la providencia no hay poder humano que las detenga; por eso ha sucedido este acto.

## 75.—LOS CISNES ENCANTADOS

Esta era una vez una anciana que vivía con una nieta joven, la cual hacía todos los mandados y recados, porque su abuelita ya no podía andar grandes distancias ni ver muy bien. La nieta llevaba las cestas con las frutas y los otros productos, que ella vendía para cuidar a su abuelita.

Un día pasaba ella por un castillo que tenía las puertas abiertas y atraída por la curiosidad entró y fué pasando de sala en sala. Así que lo vio todo quiso marcharse, pero se encontró con que todas las puertas estaban cerradas. Ella no se entristeció por esto. Por el contrario, empezó a trabajar. Limpió todos los muebles, arregló las camas, y aun hizo algunos platos en la cocina.

Entonces se oyó el ruido de gente que entraba y vio que llegaron siete cisnes y que se quedaron admirados de ver el orden y la limpieza de la casa. Entonces abrieron una puerta secreta, bajaron una escalera y llegaron a un baño en el que se metieron y se volvieron hombres.

La muchacha asustada corrió a esconderse, pero al poco rato les

oyó decir que siempre querrían mucho a la persona que les había arreglado la casa tan bonita. Esto lo dijeron varios días y entonces ella salió y los hombres se pusieron muy contentos y le dijeron que no tenía que temer, pues ellos siempre serían sus hermanos y defensores.

Al fin del año pasó por el castillo un príncipe que se quedó encantado al ver la belleza de la muchacha. Empezó a enamorarla y por fin le preguntó si quería casarse con él. Ella le pidió su opinión a los cisnes cuando volvieron aquella noche y ellos le dijeron que se casara con el príncipe, pero que no dejara que éste la tocara a menos que dijera primero: «Por los siete cisnes encantados». Ella prometió hacerlo así y cuando el príncipe pasó por allí otra vez ella le dijo que se casaría con él.

Se celebró la boda con gran alegría, pero cuando el príncipe fué a abrazar a su mujer, ésta empezó a dar gritos y a correr como si fuera una loca. El príncipe trató de consolarla y de demostrarle su cariño, pero tan pronto se le acercaba ella empezaba a gritar y a rabiar.

El príncipe se cansó y la mandó encerrar en una habitación con una sirvienta para que la cuidase. Y él trató de casarse nuevamente, pero siempre se acordaba de su hermosa mujer y se arrepentía de querer casarse otra vez. De vez en cuando visitaba a la princesa y le pedía que le amase por Dios, por la Virgen, por todo aquello que él pensaba que ella querría. Pero la princesa no modificaba su conducta.

Cansado ya el príncipe fué a su madre para pedirle consejo y ver lo que él podía hacer. Ella le dijo que quizás ella estaba triste porque no había vuelto a ver a los siete cisnes encantados y que si él le hablaba en nombre de ellos quizás le atendiera.

El príncipe entonces se fué a la habitación de la princesa y le dijo:

— Por los siete cisnes encantados, princesa mía, yo quiero que gobiernes conmigo.

Y entonces la princesa habló y le dijo:

— Sí, gobernaré contigo de ahora en adelante, porque me lo has pedido en nombre de los siete cisnes encantados. Ellos eran unos príncipes que no podían salir de su encantamiento hasta que tú me hablaras en nombre de ellos.

Y colorín colorao, cuento acabao.

## 76.— EL PREMIO DEL DIFUNTO

Había una vez un padre que tenía dos hijos. El mayor de ellos se había marchado de la casa a tierras lejanas y estando por allá murió su padre. El otro hijo se hizo dueño de todo el capital que había dejado su padre y creía que su hermano no volvería a presentarse más nunca.

Una mañana tocaron a la puerta del hermano menor, y cuando salió a abrirla se encontró con el hermano mayor que había regresado

de su largo viaje. Al preguntar por su padre le dijo que había muerto y que sólo había dejado para él una caja que estaba en el cuarto de la buhardilla. Subió a buscarla y cuando se la llevó a su cuarto, se encontró que en la tapa había un secreto en donde el padre había dejado guardada gran parte de su fortuna.

Se despidió de su hermano y se fué a otra ciudad y allí perdió gran parte de su dinero en malos negocios y un día en que no le quedaba mucho dinero, se le acercó una mujer y le pidió que le ayudara a pagar el entierro de su marido pues ella no tenía ni un centavo.

Como él tenía un gran corazón le dió todo lo que quedaba y echó a andar de nuevo buscando una colocación para ganarse la vida honradamente. Por fin consiguió colocarse en el palacio del rey y llegó a ocupar un puesto de gran importancia.

Sucedé que su hermano se había empobrecido y supo que él estaba en palacio, y empezó a pedirle que lo recomendara y que lo colocara en palacio. Como era tan bueno no tuvo mucha dificultad en conseguir del rey un empleo para su hermano.

Tan pronto éste llegó a palacio empezó a meterle chismes al rey y a decirle que su hermano sabía donde vivía una hermosísima joven que debía ser reina, pero como estaba enamorado de ella no había querido decirle nada a su majestad.

El rey mandó a buscarlo y le dijo:

—Tu hermano menor me ha dicho que tú sabes donde vive la princesa más hermosa del mundo, y quiero que vayas a buscarla o de lo contrario te mando quitar la vida.

Se fué el pobre muy triste y cuando llegó a las cuadras a coger un caballo, oyó que un caballo negro y flaco que estaba allí le dijo:

—No tomes ningún otro caballo. Llévame a mí y no te pesará.

Tan pronto salieron, el caballo empezó a correr de una manera muy veloz y llegaron a un palacio donde estaba una hermosa joven sentada al balcón. Al ver el caballo se levantó y poco después estaba cerca del caballero. Antes de acercarse ella, el caballo le dijo a su amo:

—Déjala que me monte y cuando yo empiece a brincar te montas tú también.

Así fué. La princesa le pidió permiso para montar aquel caballo y después que él se bajó se montó ella en el animal y éste empezó a dar coces y a brincar en el aire hasta que la princesa pidió ayuda.

Acercóse el caballero y tomando al caballo por la brida saltó sobre él e inmediatamente el animal dió la vuelta y emprendió el camino hacia el palacio y no paró hasta llegar a las escaleras del mismo.

El rey se puso muy contento cuando vió a la princesa, pero ésta no quería casarse con él porque era viejo. Entonces el rey le dijo al joven que tenía que traerle el agua que rejuvenece. Fué él donde el caballo, y éste le dijo:

—Móntate y pásame varias veces por delante de los balcones del rey. Cuando yo esté bien sudado bájate y úntate mi sudor.

Así lo hizo y se convirtió con el sudor del caballo en un joven mu-

cho más elegante y fino y la princesa se enamoró loca de él. El rey, al ver esto, se montó en el caballo, pero el animal empezó a brincar y una de las veces dió un brinco tan grande que se cayó el rey y se quedó muerto.

Entonces nombraron rey al joven que había traído la princesa y el hermano menor murió de rabia al ver que a pesar de sus esfuerzos no había logrado llegar a ser algo más como él quería.

Un día, cuando el nuevo rey fué a ver al caballo, éste le dijo:

—Soy aquel pobre hombre cuyo entierro pagaste desprendiéndote del poco dinero que te quedaba. Por eso vine a la tierra a ayudarte cuando tu mal hermano quiso hacerte mal. Si siempre haces bien no tendrás motivo para sufrir y vivirás muy contento y muy feliz en compañía de tu mujer la hermosa princesa.

Y como el nuevo rey y su mujer eran personas de un gran corazón vivieron muy felices por muchísimos años.

## 77.—EL CUENTO DE LOS HIGOS

Una vez y dos son tres había un matrimonio que tenía dos hijos y una hija. La hija era lo más caritativa y buena con todo el mundo. Ella le daba limosnas de ropa y comida a los pobres.

Cierta vez que la mamá, que era lo más avara y cruel, salió a hacer una visita, dejó a la hija cuidando una mata de higos que la vieja adoraba, y le dijo:

—Como le des un higo a alguien o los dejes robar, te voy a enterrar viva.

La muchacha le tenía bastante respeto a su mamá y le obedecía mucho. Se fué la señora y en eso llegó un viejito a pedir limosna. La muchacha, que era tan buena, le dijo:—Perdone, que no está mamá en casa.

Y el viejito vió la mata de higos y le preguntó si podía coger uno. La muchacha le dijo que no, y le dijo:

—Espérese, que le voy a buscar un pedazo de pan y un poco de agua.

Al irse la muchacha para arriba, el viejito no pudo resistir la tentación y arrancó un higo a la mata, y se lo comió. Al llegar, la muchacha le dió el pan y el agua, y el viejito completó su almuerzo.

Llegó la mamá y se fué a contar los higos, pues ella los contaba para ver si faltaba alguno cuando salía. Con gran asombro vió que faltaba uno y se puso rabiosa. No le quiso decir nada a la muchacha, y poco después empezó a hacer un hoyo en el jardín. Dejó caer una sortija al hoyo y llamó a la niña a que se tirara al hoyo y recoger la sortija. La muchacha se tiró y entonces la vieja empezó a tirarle terrones de tierra y la tapó en un momento.

Cuando vino el padre y los hermanos por la tarde a comer, des-

pués del trabajo, el viejo preguntó por la muchacha y la mamá le dijo que la había mandado a pasarse unos días al campo con su hermana que había venido aquel día. El padre quedó satisfecho, y comieron, y se bañaron y se acostaron a dormir.

Pasaron días y días, y el padre al venir una tarde a comer, mandó al hijo mayor a que le buscara un ají de una mata que había nacido en donde estaba la niña enterrada.

Al ir el hijo mayor a arrancar un ají oyó que la mata cantaba:

—Hermano, por ser mi hermano,  
no me arranques los cabellos;  
que mi madre me ha enterrado  
por un higo que ha faltado.

El muchacho se fué corriendo donde el padre, y le dijo:

—¡Padre, si la mata canta!

—¡Qué! ¿Estás creyendo en brujas? ¿Cómo va una mata a cantar?  
Y mandó al más pequeño.

Al ir a arrancar un ají, la mata empezó a cantar de nuevo:

—Hermanito de mi vida,  
no me arranques mis cabellos;  
que mi madre me ha enterrado  
por un higo que ha faltado.

El niño fué sorprendido adonde el padre y le dijo:

—Es verdad, papá. La mata canta de un higo que ha faltado, y que mi madre la ha enterrado...

—¡Cállate! Yo voy a ir.

Al ir el padre, la mata empezó:

—Padrecito de mi vida,  
no me arranques los cabellos;  
que mi madre me ha enterrado  
por un higo que ha faltado.

El padre, para ver si había sido su esposa, la llamó, pero ella no quería venir, y la arrastró hasta el sitio donde estaba la mata de ajíes. Al arrancar la madre un ají, la mata empezó a cantar:

—Madre, por ser mi madre,  
no me arranques los cabellos;  
que tú misma me has enterrado  
por un higo que ha faltado.

El padre arrancó la mata y vió con gran asombro a su hija allí enterrada, y con la misma *zumbó* a la vieja en el hoyo y la enterró para siempre,

Y se acabó mi cuento con ají y pimienta, y mi compañero que me está oyendo, que me cuente otro. <sup>1</sup>

### 78. — LOS ZARCILLITOS DE PERLA

Hace muchos, pero muchos años que en la provincia de Cangrejos <sup>2</sup> vivía una señora viuda con su bella y hermosa hija Mercedes.

Una tarde Mercedes le pidió permiso a su madre para ir a las peñas a tomar un baño. Después de muchos ruegos consiguió el permiso. Se fué andando, andando, andando hasta llegar a las peñas. Dejó las ropas y las prendas en una parte de una peña muy grande que rodeaba los baños. Se le hizo algo tarde y apresurada salió del baño. Temiendo el regaño de su madre echó a correr olvidando uno de los zarcillitos en la peña. Su madre la obligó a volver por él.

Llegó a la peña, buscó, buscó y no encontró nada. Vió un negro muy grande por allí. Se dirigió desesperada hacia él para que le ayudase a buscarlo. Se fueron en busca del zarcillito de perla. El hombre feroz la tomó en sus brazos, la metió en un purrón <sup>3</sup> y la tapó cuidadosamente.

Se dirigió con su hermosa carga hacia la provincia con la idea de sacar algún provecho.

Cada vez que llegaba a la puerta de alguna casa el negro decía:

—Purrón, canta; canta, purrón, porque si no te meto la lanza.

La niña muerta de miedo cantaba:

— Por dos zarcillitos, madre,  
que en la peña los dejé,  
por ellos estoy penando  
y por ellos penaré.

Una tarde llegaron a la puerta de la casa de Mercedes. La madre reconoció la voz de su hija y mandó al hombre a la tienda de la esquina por café. Éste guiado por la ambición de una propina mayor se decide ir en busca del café.

La madre saca a su hija del purrón y lo llena de agua sucia. Llega el hombre y sigue su ruta con su hermosa carga.

El rey manda a llamarlo por la fama del purrón misterioso. Por tres veces el hombre le pide al purrón que cante, pero esto no podía ser. Por fin mete la lanza y salta toda el agua sucia. La cara del rey

<sup>1</sup> Cp. en Cabal, *Cuentos tradicionales asturianos*, «Los higos de la madrastra», «La flor del llo-va», «Las tres bolas de oro», p. 41-54 y las notas en la p. 237. Fernán Caballero, *Cuentos, adivinanzas*, etc. t. XII de las *Obras completas*, «El Lirio Azul» Braga, *Ob. cit.*, p. 60, «O figuinho da figueira».

<sup>2</sup> *Cangrejos*: hoy Santurce, en las afueras de San Juan.

<sup>3</sup> *purrón*: vasija de vidrio, lata, etc., pero no necesariamente en forma de porrón.

fué salpicada por ésta y en castigo manda a matarlo pues estaba furioso por la burla de que había sido objeto. <sup>1</sup>

### 79.—EL PESCADOR Y SUS HIJOS

Érase que se era un pescador que vivía con su mujer y que iba todos los días con su caña a pescar a la orilla del mar. Un día sacó un pez muy grande, y al quitarlo del anzuelo oyó que le dijo:

—Llévame a tu casa, y córtame en ocho pedazos. De ellos darás dos a tu mujer, dos a tu yegua, dos a tu perra, y los otros dos los plantarás en la hortaliza.

El pescador se fué para su casa y cumplió lo que había pedido el pez. A los meses debidos, la yegua tuvo dos potros, la mujer dos hijos, la perra dos perros, y en la hortaliza nacieron dos lanzas.

Los dos chicos eran exactamente iguales y también lo eran los potros y los perros y las lanzas. Era muy difícil distinguirlos. Cada uno de los niños tenía su potro, su perro y su lanza, y cuando cumplieron los veinte y un años le dijeron a su padre que deseaban marcharse a correr aventuras y que se buscarían la vida con la ayuda de Dios.

Salieron después de recibir la bendición del padre y se echaron a andar por esos mundos. Después de varios meses de viaje llegaron a la choza de una vieja la cual les dijo que si se separaban podrían siempre saber lo que le ocurría al otro, porque tan pronto uno de ellos estuviera en peligro correría sangre por la lanza del otro.

Cuando se marcharon de la casa de la vieja se separaron y cada uno tomó un camino distinto.

Uno de ellos llegó poco después a una ciudad en la cual había mucho sufrimiento, porque en los alrededores habitaba un dragón que se llevaba diariamente a una doncella. El día en que llegó el joven, le tocaba el turno a la princesa, y toda la población estaba muy triste y atemorizada porque ya quedaban muy pocas muchachas. Enteróse el joven de lo que pasaba y esperó a que sacasen a la princesa para conducirla a las afueras de la ciudad para que el dragón se la llevara. No

<sup>1</sup> Uno de los cuentos más populares. Fernán Caballero, t. XVII de las *Obras completas*, p. 97, lo trae con el título de «El Zurrón que cantaba». La canción de la niña en este caso es más larga que la de otras versiones que conozco. Cabal, *Ob. cit.*, p. 55, trae «El Zurrón maravilloso». En el *Vocabulario* de Correas antes citado (Madrid, 1906, p. 324) encontramos la explicación que el maestro da a la frase o dicho:—Canta, zurrón, canta; si no, darte he una puñada...; «el cuento que fingen es que un romero traía un gran zurrón y decía que le haría cantar por sacar mucho con la invención, y era que llevaba dentro un muchacho que cantaba, diciéndole esto.» Algunos folkloristas creen que este cuento pertenece al mismo ciclo de la leyenda cristiana de Santa Margarita comida por un dragón, y que está relacionado con el cuento de la Caperucita roja. Para interpretación y comparación más extensa véanse: Tylor, *Civilisation Primitive*, t. I, p. 390; Gubernatis, *Mythologie Zoologique*, t. I, p. 255; Cosquin, *Contes populaires de Lorraine*, vol. II, p. 205-214.

hicieron más que sacarla cuando nuestro caballero se acercó a la princesa y le dijo que él esperaba librarla del monstruo. Entonces le ordenó que se quedara atrás y que le permitiera a él ir en busca de la fiera.

Partió con su perro y su lanza en dirección de la fiera y al poco rato la vió venir echando candela por boca y ojos. Preparóse el joven y la atacó de repente dejándola ciega en poco rato y atravesándole la cabeza con su lanza. Ató el cuerpo muerto y herido del dragón a la cola de su caballo y se dirigió en busca de la princesa a la que encontró desmayada, pensando que el dragón había devorado al elegante joven que había prometido salvarla.

Tomó él la mano de la princesa y entraron en la ciudad y muy grande fué la alegría de todo el mundo al saber que por fin un caballero valiente había destruído para siempre a la horrorosa fiera que tantos daños había causado.

A los pocos días se celebraron las bodas del joven y de la princesa y hubo muchas fiestas en aquella ciudad.

Una tarde estaban los novios paseando en la azotea del palacio del rey, cuando de pronto el joven esposo vió a lo lejos un castillo y preguntó a su mujer:

—¿Puedes decirme qué castillo es ése que se ve a lo lejos?

—Esposo mío, ése es el castillo llamado de *Irás y no Volverás*.

Al día siguiente el joven se levantó bien temprano y echó a andar para el castillo de *Irás y no Volverás*. Después de andar todo un día llegó a la puerta del castillo, salió a recibirle una vieja que le dijo.

—Me da mucho miedo ese perro, caballero. Átelo con esta cuerda.

Y en cuanto el caballero tomó la cuerda en sus manos quedó encantado junto con su perro, su caballo y su lanza.

Al instante empezó a correr sangre por la lanza del otro hermano, y tan pronto como lo notó, preparó su caballo, tomó su lanza, llamó a su perro y empezó a andar en busca del hermano.

Llegó a la ciudad donde su hermano se había casado y como era tan parecido, todo el mundo se creyó que era el marido de la princesa. Todos se alegraron mucho al verle, pues creían ya que su ausencia se debía a algo que le había pasado por la muerte del dragón. La princesa le recibió llorando, pues ya lo daba por muerto, y entonces él comprendió que realmente algo grave le debía pasar a su hermano y se preparó para averiguar lo que ocurría.

Después del primer momento de saludos la princesa le dijo:

—¡Ay, querido esposo! Ya pensaba que se te había ocurrido visitar ese castillo y que te habías quedado encantado como todos los que han ido a visitarlo.

Aquella noche se marchó sin que nadie lo viera y se dirigió al castillo. Al llegar allí le salió la vieja y le dijo lo mismo que a su hermano, pero él, en vez de coger la cuerda, ató a la vieja a la cola de su caballo y empezó a castigarla con la lanza hasta que ella prometió devolverle a su hermano y desencantar a las otras personas. La vieja fué a un pozo y sacó una jarra de agua y empezó a echarla sobre las

pedras que había en el palacio y empezaron a salir todos los caballeros que se habían quedado allí encantados. Uno de los últimos fué el hermano que había matado al dragón.

Cuando salieron de su encanto todas aquellas personas, sus perros cogieron a la vieja y la mataron.

Los hermanos regresaron al palacio del rey. La princesa se alegró de saber que su marido tenía un hermano también valiente y hizo que se casara con otra princesa amiga suya. <sup>1</sup>

## 80.—LAS TRES HADAS

Esta era una vez y dos son tres que había una madre que tenía una hija muy bonita y muy religiosa y muy buena. La madre era una mujer muy enfermiza y tenía miedo de morir y dejar a su hija sola en este mundo. Todas las noches rogaba a Dios que le diese a su hija un buen novio que se casara con ella y la protegiera en su vida.

La muchacha era en verdad una niña muy virtuosa y muy trabajadora, pero no le gustaba estar haciendo señas a los jóvenes y por eso casi ningún hombre le decía nada.

Había en el pueblo un señor muy rico que quería casarse, pero que deseaba encontrar una mujer que fuera muy de su casa y que supiera trabajar mucho. Una noche, estando de visita en casa de la viuda, le dijo a ella que él deseaba casarse con una muchacha como su hija, y la madre le dijo que no le pesaría nunca. Entonces él le preguntó:

—¿Y ella, sabe hilar bien? Porque yo tengo mucho negocio de hilo y de seda.

—Ya lo creo que sí,—dijo la madre.—Ella puede hilar muy ligero y sabe hacer muchísimas cosas para la casa.

Entonces el señor dijo que si eso era verdad que se casaría con ella y que empezaran a prepararse para la boda.

Cuando se fué el señor para su casa, la hija salió de su cuarto y le dijo a su madre:

—¿Por qué usted ha hecho eso, madre? ¿No sabe usted que yo no sé hilar? ¿Qué va a decir de mí ese señor cuando nos casemos?

—No seas tonta, mi hija. Dios te ayudará. Ten calma y pídele a la virgen que te saque con bien de esta empresa. Yo lo he hecho por tu bien.

Cuando se fueron a dormir, la pobre muchacha empezó a llorar y llorar pensando en la terrible mentira que su madre había dicho y en

<sup>1</sup> Este cuento parece ser una mezcla de dos cuentos distintos. La primera parte tiene gran parecido con el n.º 14 de *Los cuentos asturianos*, de Llano, titulado «El Pescador y la Serena». La segunda me parece ser restos de un cuento que oí en mi infancia con el nombre de «El Castillo de irás y no volverás». Sin embargo, la versión portorriqueña es casi la misma andaluza (Fernán Caballero, t. XVII, *Obras completas* p. 15.)

lo que podía pasarle a ella por haber engañado a aquel señor. Estaba ya casi resuelta a esperar al día siguiente para ir a decirle la verdad al señor, cuando sintió ruido en su cuarto y vio que se le aparecieron tres hadas. Al principio la muchacha se asustó mucho, pero ellas se acercaron y le dijeron que no tuviera miedo que ellas venían a ayudarla y protegerla en su apuro. Sólo le exigieron que las convidara a la boda.

La muchacha les dijo que sí, que podían venir como parientas suyas, y entonces ellas se fueron y la muchacha se acostó a dormir con tranquilidad.

Pasaron los días y fueron preparando todas las cosas para celebrar la boda, y la muchacha le dijo a su novio que había invitado a unas parientas suyas que la querían mucho para que vinieran a la comida que se iba a celebrar después del casamiento.

Llegó por fin el día de la boda y cuando ésta terminó se fueron todos para la casa de la madre de la muchacha y se sentaron a la mesa. Había tres sillas vacías y el novio preguntó que para quién eran aquellas sillas. En ese momento tocaron a la puerta y entraron tres viejas horrosas y la muchacha las presentó como si fueran sus parientas.

Empezó la comida y todo el mundo estaba lo más contento y comiendo muchísimo. Así que se acabó la comida y se levantaron de la mesa, el marido se dirigió a las que él creía parientas suyas ahora y le dijo a la primera:

—Oiga parienta. ¿Quiere usted decirme por qué está usted tan jorobada y tuerta?

—¡Ay, mi hijo! De lo mucho que he bordado en esta vida.

Y el marido le dijo a su mujer:

—Desde ahora te prohíbo que bordes. Tengo bastante dinero para pagar ese trabajo y no quiero que te vayas a deformar como tu pobre parienta.

Entonces le preguntó a la otra:

—¿Y usted por qué tiene los brazos tan desiguales?

—Porque me he pasado toda la vida hilando.

—Tampoco hilarás en tu vida, amada mía.

Y por último le preguntó a la tercera de las parientas:

—¿Y qué le pasa a usted en los ojos, que están brotados para afuera?

—Pues que me he pasado la vida cose que te cose y mirando las puntadas.

—Pues yo no quiero que te pase a tí igual—dijo él dirigiéndose a su esposa,—también te prohíbo que cosas.

Y al día siguiente, el marido cogió todos los utensilios de costura y los echó fuera de la casa, pues no quería que su mujer que era tan bonita se le convirtiera en un horror como las parientas que conoció el día de la boda.

Y vivieron muy felices y la niña no tuvo nunca que apurarse por la mentira que había dicho su pobre madre. <sup>1</sup>

#### 81.—a. EL CRIADO FIEL

Érase que se era una vez un rey que ya estaba muy viejo<sup>1</sup> y que cayó enfermo gravemente. Cuando comprendió que le quedaban pocas horas de vida, llamó a su antiguo criado Juan, y le dijo:

—Juan, mi fiel criado, voy a morir muy pronto y quiero recomendarte a mi hijo que todavía es muy joven y no puede subir al trono. Acompáñalo, guíalo y protéjelo. Enséñale todas sus propiedades, pero no lo dejes entrar nunca en el cuarto azul donde está el retrato de la Hermosura del Mundo.

El viejo criado lo prometió así y poco después murió el rey confiando en que respetarían su último deseo.

Después de algunos días, el fiel criado empezó a cumplir con su nueva obligación y diariamente llevaba al joven rey a visitar algunas de las pertenencias de su padre. Después que vieron todos los castillos y casas que estaban en diferentes sitios del país, volvieron al palacio y el joven dijo que quería conocer todos los rincones del mismo. El viejo criado cogió las llaves de las diferentes habitaciones y empezó a visitarlas con el joven. Varias veces pasaron por una puerta que Juan no quería abrir, hasta que un día el joven rey insistió en que se la abriera y el fiel criado le dijo francamente que no podía abrirla porque así se lo había prometido a su antiguo amo. Insistió el joven, pero nada pudo hacer, pues el criado se resistió y no le complació.

Aquella noche el muchacho se fué al cuarto de su criado y como éste estaba dormido, cogió las llaves y salió corriendo para visitar el cuarto azul. No bien había salido, se despertó Juan y al ver que no estaban allí las llaves salió en dirección del cuarto y vio que el joven rey entraba en aquel momento. Corrió ligero y al llegar se encontró con que el joven estaba desmayado en la alfombra que cubría el piso.

Lleno de dolor, el anciano criado levantó al rey y lo llevó a su cuarto, y después de muchas horas el joven recobró el conocimiento y le dijo a Juan que quería saber quién era aquella joven tan hermosa.

—Esa es la Hermosura del Mundo.

—Pues tienes que acompañarme a buscarla, pues estoy enamorado de ella, y no me casaré con ninguna otra mujer.

—Eso es bien difícil, pues la Hermosura del Mundo sólo se casará con un hombre que esté dispuesto a pasar por muchos peligros y tenga mucho oro, pues el palacio de ella es de oro y sólo acepta regalos que sean de oro puro.

El rey entonces mandó a llamar a todos los plateros de su reino y

<sup>1</sup> Conocidísimo y muy extendido por Europa y América.

les dijo que le hicieran todos los objetos que pudieran de oro, pues iba a emprender un viaje y necesitaba llevar con él muchísimas cosas hechas de ese metal.

Empezaron a trabajar los hombres y después de varios meses se presentaron en palacio con una gran cantidad de objetos de oro. El rey mandó preparar una embarcación y salió acompañado de su fiel criado en busca de la Hermosura del Mundo.

Después de mucho navegar llegaron a una isla y Juan le dijo que aquel era el reino de la Hermosura del Mundo. Entonces el rey echó unos cuantos regalos en un cesto y se vistió de vendedor y se fué a tierra y empezó a gritar que vendía objetos de oro. Al poco rato salió una criada del palacio y le dijo que su ama deseaba ver las cosas que él vendía. El joven rey se puso muy contento y entró en el palacio con la criada. Al poco rato vino la misma Hermosura del Mundo y quiso comprarle todas las cosas. Entonces él le dijo que en el vapor tenía muchas más y que eran aún más bonitas que las que había traído.

La Hermosura del Mundo dijo que ella quería ir al vapor a ver los otros objetos y se fué con el rey. Tan pronto entraron en el buque, el príncipe se fué a su cuarto y le dijo a Juan que diera orden de salir inmediatamente. Entonces él se vistió con su ropa y se le presentó a la Hermosura del Mundo y empezó a enseñarle las cosas que no había llevado a tierra.

Mientras estaban hablando empezó el vapor a andar, y cuando la Hermosura se dió cuenta se puso muy enojada, pero él le dijo que era un rey y que ella podía casarse con él. La Hermosura del Mundo al fin consintió en ser su esposa y siguieron el viaje muy contentos.

A todo esto, Juan iba muy triste pensando lo que sucedería más tarde. No se perdonaba por haber faltado a la promesa que le hizo al anciano rey al morir. Y cuando pensaba en estas cosas vió que se pararon en uno de los palos del buque tres *rabijuncos*. Al verlos se asustó mucho, porque él sabía que eran pájaros de mal agüerc, y más se asustó cuando oyó que uno de ellos decía:

—¡Qué desgraciado será ese joven rey! Cuando llegue a tierra que-rrá montar el caballo negro que le traigan y desaparecerá por los aires, a menos que lo mate una persona antes de él montarse. Pero como esto no lo sabrá nadie, el rey desaparecerá.

—Y si salvara del caballo,—dijo otro *rabijunco*—morirá al ponerse la camisa que le ofrezcan al entrar en palacio, a menos que alguien la coja y la eche al fuego.

—Pero si saliera bien esta segunda vez, perderá a la Hermosura del Mundo si baila con ella, pues entonces ella se caerá y morirá, a menos que alguien le chupe en el dedo pulgar tres gotas de sangre;—dijo el otro *rabijunco*.

—¡Pobre rey! No hay quien lo salve, pues si alguien supiera esto y lo dice se convertirá en piedra y nunca podrá hablar.

Juan se volvía loco pensando en tantas desgracias que tenían que

pasar, pero al fin se decidió a salvar al hijo de su antiguo rey a quien había prometido velar por el joven.

Cuando llegaron a tierra vino la comitiva del palacio y dos soldados traían de la rienda a un hermoso caballo negro. Lo ofrecieron al joven rey, pero cuando éste iba a acercarse para montarlo, Juan sacó su pistola y lo mató. Toda la gente que había venido del palacio quería castigar a Juan, pero el rey no se lo permitió.

Se fueron entonces al palacio, y cuando llegaron a la sala principal vinieron unos sirvientes con la camisa en una bandeja y la ofrecieron al monarca. Juan les arrancó la bandeja y echó la camisa al fuego, mientras los demás decían que Juan se había vuelto loco.

Llegó por fin la noche de la boda y después del casamiento se fueron todos al salón de baile. El rey tomó a la Hermosura del Mundo en sus brazos y empezó a bailar con ella, pero apenas habían dado una vuelta cuando ella cayó desmayada al suelo. Juan se metió en el salón y levantándola la llevó a un sofá y empezó a chuparle el dedo pulgar que tenía las tres gotas de sangre.

Recobró el sentido la Hermosura, pero el joven rey se indignó mucho con esta acción, y a los pocos días el tribunal juzgó a Juan por falta de respeto a la reina y lo condenaron a muerte.

Llegó el día en que iban a ahorcarlo y Juan dijo lo que había oído a los *rabijuncos*. Tan pronto terminó se convirtió en estatua de piedra.

Los reyes casi se volvieron locos con el sufrimiento al ver que habían sido muy injustos con la persona que los había hecho felices y hubieran dado cualquier cosa por volver a la vida al fiel criado.

Al año, la reina dió a luz un hermoso niño, pero a pesar de la alegría que esto les dió a los reyes no dejaban de pensar en su fiel criado. El rey hablaba diariamente con la estatua y le pedía perdón por su acción, y la reina no olvidaba al pobre Juan en sus oraciones.

Una mañana cuando los reyes habían llevado al hijo delante de la estatua de Juan, éste habló y les dijo:

—Sólo hay un medio de darme vida, pero para eso tendréis que sufrir mucho. Si es verdad que queréis verme vivo y a vuestro lado, córtale la cabeza a tu hijo y frótame con su sangre.

Los reyes se miraron, y aunque era terrible matar al hijo que tanto querían, se decidieron por fin a darle la vida al hombre que había hecho tanto por ellos.

El pobre rey tomó una de sus espadas y cortó la cabeza del hijo y frotó la estatua del criado con la sangre que chorreaba. Tan pronto como lo hizo, la estatua tomó vida y Juan recobró su ser natural. Entonces se acercó a la reina, tomó al rey por la mano, y le dijo:

—Has demostrado tu cariño y tu fe en mí, y ahora les daré la alegría que creen haber perdido.

Y tomando la cabeza del niño y colocándola otra vez en el cuello, la frotó con la sangre y el niño vivió otra vez.

Y desde aquel día los reyes siempre confiaron ciegamente en lo que decía el fiel criado Juan.

## 81.—b. EL CRIADO FIEL

Había una vez un rey que tenía un hijo a quien quería mucho. El príncipe deseaba ver el mundo y correr aventuras, pero su padre no le daba permiso porque ya estaba muy anciano y quería tenerlo siempre en su compañía. Por más que rogaba el príncipe, más se oponía el anciano rey, hasta que un día el hijo decidió fugarse del palacio e irse a correr el mundo.

Una mañana salió bien temprano acompañado por su criado. Este criado era un joven que tenía poco más o menos la edad del príncipe y que siempre le había servido y lo quería como a un hermano.

Se fueron anda que te anda, anda que te anda hasta que al atravesar un bosque oyeron unos quejidos y vieron que en una cueva que había allí cerca estaba amarrada una hermosa joven. Se acercaron a ella y les suplicó que se la llevaran, pues era prisionera de un encantador.

El príncipe comprendió que ella era una princesa y resolvió llevársela con él. La subió a su caballo y continuaron su camino. Cuando llegó la noche decidieron descansar al pie de unos árboles para seguir su viaje al día siguiente.

Se acostaron los tres, pero el fiel criado no quiso dormirse con objeto de vigilar y estar alerta en caso de que pasara algo. Hacía buen rato que estaban durmiendo el príncipe y la princesa, cuando el criado vió que tres cuervos se paraban en una de las ramas de su árbol y oyó que decían:

— Cuando empiecen el viaje y la princesa vea naranjas pedirá una y si la come se desaparecerá.

Y el que esto oyera y no sepa callar  
en estatua de piedra se ha de quedar.

— Pero si no comiese la naranja, cuando llegue al río y pida agua, si la toma se desaparecerá.

Y el que esto oyera y no sepa callar  
en estatua de piedra se ha de quedar.

— Y si no bebe el agua, si llega al palacio y se casa con el príncipe, la matará el culebrón de siete cabezas la noche de novios.

Y el que esto oyera y no sepa callar  
en estatua de piedra se ha de quedar.

Y los tres cuervos se marcharon y el pobre criado empezó a pensar cómo podía salvar a su príncipe y a su compañera.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron los otros, el criado le dijo a su amo que debían volverse a palacio, pues seguramente su

padre le perdonaría por haberse fugado. El príncipe creyó que eso era lo mejor y se pusieron en marcha al palacio de su padre.

Al poco rato de estar andando vieron un árbol de naranjas y la princesa dijo que quería una. El fiel criado dijo que estaban picadas y que no servían. Siguieron caminando y llegaron al río y la princesa pidió que le dieran un vaso de agua. El fiel criado entonces dijo que como no tenían vaso era mejor esperar hasta que llegaran a palacio.

Llegaron por fin, y el anciano rey se puso muy contento al ver a su hijo. Dió las gracias al criado cuando se enteró que por consejo de éste había vuelto su hijo y dió su permiso para el casamiento del príncipe con la princesa encontrada en la cueva.

El pobre criado estaba muy apesadumbrado pensando en lo que había de pasar la noche de novios, y cuando se terminó la ceremonia, se marchó al cuarto que le habían destinado a los príncipes y se escondió allí con una espada muy afilada que había preparado para matar al culebrón de las siete cabezas.

Cuando los príncipes vinieron a dormir, el criado sintió que tan pronto se acostaron entraba el culebrón, y como él estaba ya en alerta, tan pronto lo vió le dió varios golpes con la espada y lo mató. Estaba muy contento por haber salvado a la princesa, y cuando iba a salir del cuarto, vió que ella tenía una gota de sangre en la cara. Se acercó a la cama y fué a limpiársela y al tocarla, ella se despertó y le dijo a su marido que el criado la había besado.

El príncipe se puso furioso al ver a su criado en el cuarto y al saber que había besado a su mujer. Así fué que al día siguiente los jueces condenaron al pobre servidor, y cuando lo llevaban para la horca él dijo:

—Salvé a la princesa cuando quiso comer las naranjas.

Y al decir esto se convirtieron en piedra las piernas.

Salvé a la princesa cuando quiso agua del río.

Y al decir esto se le convirtió en piedra el pecho y la espalda.

—Salvé a la princesa cuando el culebrón de las siete cabezas iba a matarla.

Y al decir esto se le convirtió en piedra la cabeza y quedó hecho una estatua.

Los príncipes se arrepintieron de su acción y hubieran dado su dinero y su palacio por volver a la vida al fiel criado. Pero ya era tarde.

Colocaron la estatua del criado en los jardines del palacio y todos los días iban a pedirle perdón.

Al cabo de tiempo, la princesa tuvo dos hijos guares<sup>1</sup> y el príncipe se puso muy contento; pero a pesar de su alegría no dejaba de pensar en la injusticia que había cometido con el criado. Los príncipes siguieron su costumbre de visitar la estatua todos los días, y cuando los

<sup>1</sup> *guares*: gemelos.

guares eran ya mayorcitos iban con sus padres a ver la estatua y a jugar en el jardín.

Una tarde oyeron los príncipes una voz que decía:

—Si quieren volverme a la vida corten la cabeza de los guares y báñenme con su sangre.

Los príncipes se llenaron de horror, pero después pensaron que a su criado debían su felicidad y que él se merecía ese sacrificio.

Tomó el príncipe su espada y cortó la cabeza a sus hijos y con su sangre bañó la estatua del criado. Tan pronto hizo esto la estatua bajó de su pedestal y abrazó al príncipe. Entonces le dijo:

—Tu sacrificio no ha sido en vano. Mira el pedestal.

Cuando el príncipe y la princesa levantaron la cabeza y miraron, vieron que sus dos hijos estaban allí muy contentos y vivos.

## 82.—EL REY CIEGO Y LAS TRES HIJAS

Pues ese rey tenía tres hijas, y un día llegó un sapo encantado y le dijo:

—Señor Rey, le doy vista si me deja casar con una de sus tres hijas.

Y él le dijo:

—Será horror dejar casar una hija del Rey con un sapo; pero sin embargo, las llamaré.

Y llamó a la mayor, y vino ella y le dijo:—¿Qué es, papá? Y él le respondió:—¿Qué tú harías por mi vista?

Y ella le dijo:

—Lo que usted diga, papá.

Entonces él le preguntó:—¿Te casarías con un sapo?

Y a ella hasta le dió un ataque, y le dijo:

—No, papá; ¿cómo una hija del Rey se va a casar con un sapo?

Y él afligido llamó a la segunda y le dijo:—¿Qué tú harías por darme vista?

Y ella le dijo:—Papá, yo daría mi vida.

Y dijo él:—¿Te casarías con un sapo?

Y ella respondió:—No, papá; ¿cómo va su hija a casarse con un sapo tan asqueroso?

Y él les dijo:—Ya veo que no es nada lo que ustedes me demuestran; y llamó a la menor. Cuando llegó la menor, dijo:

—Papá, ¿qué es?

Y él le preguntó:—Hija, ¿cómo quién tú me quieres?

Entonces ella contestó:

—Te quiero como la trucha al trucho y como la sal a la comida.

Él se atemorizó y le dijo:—Ay, hija, ¿cómo quien tú me quieres! Lárgate. Y la *Jargó* de su lado.

Ella se fué con llantos profundos y le dijo a Marfa, la cocinera:

—Tú no hagas la comida que hoy yo la voy a hacer.

Y se fué al patio y le cortó las raíces a las plantas y le hizo la comida sin sal.

Cuando puso la comida en la mesa, llamó al rey a ver las plantas y a comer. Cuando él *aprobó* la comida, dijo:

—Sin sal no se puede comer, y sin la trucha al trucho (*sic*).

Se presentó la hija en seguida y le dijo:

—Papá, para que usted vea que sin eso no se puede vivir, y para que vea que yo lo quiero.

Él en seguida le echó los brazos, la besó y la abrazó y le dijo:

—Hija, verdad es lo que tú dices.

Entonces ella le dijo:—Papá, dígame ahora lo que usted me iba a decir. Entonces él le dijo:—¿Te casarías, por mi vista, con un sapo?

Ella le respondió:—Es muy asqueroso, pero por tu vista lo haré.

Y en seguida llamaron al sapo y formaron el casamiento.

Cuando después que se casaron, por la noche cuando se quitó él la piel de sapo en la habitación donde él habitaba, las dos hermanas se llevaron la piel de sapo y se la quemaron. A las cuatro de la madrugada el sapo tenía que irse para su encantamiento, y se encontró sin su muda de sapo. Ya se estaba saliendo de su encantamiento, eran diez años y no le faltaban nada más que tres, tuvo que volver a sus mismos diez años por haberle quemado la piel de sapo; pero antes de irse le dijo a su señora:

—Si quieres sacarme del encantamiento tienes que estar diez años andando para poderme encontrar.

Y al otro día así mismo ella lo hizo, y se despidió de su padre; y el padre le dijo:

—Ay, hija, ya no te volveremos a ver más.

Ella replicó:

—Salgo a vivir o a morir en busca de mi querido esposo.

Y se fué anda, anda, anda y anda.

Ya hacían dos años que había andado, y llegó a casa de la madre del Sol y pidió posada; que si la podían dejar allí hasta el otro día, y le dijo la mamá del Sol:

—No, porque si mi hijo viene, te come.

Ella le respondió:

No le hace; enque <sup>1</sup> me coma; que yo salí para vivir o morir.

Entonces la madre del Sol le dijo:

—¿Quién es usted?

—Yo soy la señora del sapo encantado.

—Quédese usted; pero si mi hijo la come yo no *correspondo*.

Cuando llegó el Sol dice:—Fo, fo, a carne humana me *jiede* aquí; si no me la das te como a ti.

A las tres veces de decir así le contestó la mamá:

<sup>1</sup> *enque*: aunque.

Cállate, hijo, que es la señora del sapo encantado que me ha pedido posada.

Al otro día tenía ella que irse al amanecer y el Sol le regaló dos marchantitos <sup>1</sup> de oro, y le dijo:

—A nadie se los enseñes hasta que no llegues al mismo encantamiento.

Y la niña se fué anda, anda, anda, anda hasta que llegó a casa de la Luna.

En casa de la Luna le pasó lo mismo que en casa del Sol. La hija de la Luna se la quería comer, pero la Luna le dijo que era la senora del sapo encantado.

Por la mañana cuando ella se iba a ir, le dieron una peinilla de plata para que se peinara; y se fué anda, anda, anda, hasta que llegó a casa de la mamá del Diablo. Le pasó lo mismo que en las otras dos casas. El Diablo se la quería comer, pero la respetó. Cuando se fué a irse, le dió una copa de oro y tres pollos blancos, y le dijo:

—Toma, tú ahora has de llegar a casa de una bruja que es la que tiene encantado a tu marido. Tú escondes los marchantes, los tres pollos y la copa de oro; solamente te verá la peinilla y te la va a pedir. Tú se la das para que se entretenga peinándose, y al mismo tiempo que ella se esté peinando, tú llenas la copa de agua y en un sutarrano <sup>2</sup> donde está tu esposo encantado, bajas, se la das, y allí acabará el encantamiento, y en seguida se van, porque ella tiene un peón que está siempre averiguándole todas las cosas.

Hasta ese día duró el encantamiento del sapo, que era un príncipe. Así es que por su padre todas esas amarguras pasó su hija por darle vista. Y cuento acabao, colorín colorao.

<sup>1</sup> *marchantitos*: pelnetas.

<sup>2</sup> *sutarrano*: subterráneo, sótano.

v

**CUENTOS DE MADRASTRAS**



### 83.—LOS DOS HERMANITOS <sup>1</sup>

Señor, ésta era una vez y dos son tres, en la villa pobre de Sal-si-Puedes había un señor viudo con dos hijitos. Una señora de alguna edad que vivía cerca se dedicó a cuidar a los huerfanitos. Todo era cariño, mimo y alegría. Pasó el tiempo, y la señora consigue casarse con el viudo por consejo de los dos pobres niñitos.

Los primeros días la sopita era para los niñitos, pero según iban pasando los días la madrastra cambiaba de proceder con los niños. Deseaba que su esposo mandara a los niños por fresas al bosque. Éste se opone al principio temeroso de que algo malo le pasara a sus hijos. Por fin da su consentimiento.

Una mañana bien temprano salieron los niños en busca de las fresas, no sin antes el niño llenar sus bolsillos de maíz, el que iba tirando por todo el camino para poder regresar a su casa.

Estuvieron andando, andando, andando por mucho tiempo, cogieron las fresas y se deciden regresar a su casa, pero los patos se habían comido el maíz y les fué imposible encontrar el camino. Decidieron seguir andando y dieron con una casita hecha de caramelos. Se pusieron a comer de éstos. Una viejecita los vió y hizo que entraran.

Después de darles muchos, pero muchos caramelos, metió al niño en una jaula. Se llevaba la idea de engordar al niño, matarlo y comer de su carne.

El niño muy astuto cogió el rabo de un ratoncito muerto en la jaula. Un día el pobre niño perdió su rabito y tuvo que enseñar su dedito el cual estaba muy gordito. La bruja lo sacó de la jaula, mandó a la niña por leña para preparar una hoguera y sacrificar a su hermanito.

Manda la vieja al niño a bailar una rumba encima de unas tablas puestas encima de la hoguera. Éste se niega diciendo que no sabe bailar, pero que lo hará tan pronto ella le enseñe.

Se pone la bruja a bailar y cuando más entusiasmada está, la niña se acerca y la empuja hasta que cae en la hoguera y se quema.

Recogen los niños todo lo que les gusta en la casita y abandonan la vivienda de la bruja.

Siguen andando por mucho tiempo hasta que al fin llegaron a la casa de su padre, quien los recibe con mucha alegría.

Esta es la fecha que todavía están viviendo felices y se espera que sigan viviendo.

<sup>1</sup> Véase el n.º 72 de esta colección. Nuestro cuento es muy parecido al titulado «Dos hermanos» (*Bib. trad. pop. esp.* t. X, p. 271). Véase también «Os Meninos perdidos», (*Contos populares portugueses*, n.º XXVIII).

84. —BLANCA NIEVE<sup>1</sup>

Érase un matrimonio que nunca había tenido hijos. Compadecióse Dios de sus ruegos y concedióles una hijita. La niña, como donación especial de Dios, era la criatura más linda que había venido al mundo. Cuidábanla y educábanla como a una princesa. Cuando tenía trece años murió su madre, y su padre contrajo matrimonio con una mujer también muy linda. Esta mujer considerábase la más bella y hermosa del país, y como Blanca Nieve era aun más hermosa, tomóle odio y repugnancia. Tramó toda clase de artimañas para dañar su belleza, y si posible quitarle la vida.

Hizo que la cogieran presa y mandóla matar en un bosque muy lejano. Habían de traerle los ojos de la muchacha como prueba de que había muerto. Conmovidos los verdugos por la hermosura y dulzura de la joven, llevaron una perrita de ojos azules como los de ella, y sacándoselos, se los llevaron a la madrastra.

Blanca Nieve quedó en el bosque donde vivía en casa de unos enanitos quienes la trataban como a su hermanita. Cuidaban de ella con sumo cariño y le prohibieron que en ausencia de ellos le abriera a nadie la puerta, pues en aquellos contornos no se encontraban más que personas malas.

La madrastra en tanto crefábase la mujer más linda, y tomando su espejito mágico, preguntóle:

—¿Soy la mujer más bella del país?

—No, —contestó el espejo.

—¿Quién entonces?

—Blanca Nieve.

Furibunda tiró el espejo contra el suelo, se vistió de quincallero y se dirigió al bosque.

Blanca Nieve se olvidó del encargo de sus hermanitos, y al oír que llamaban a la puerta, la abrió. El quincallero ofrecióle muchas cosas, pero Blanca Nieve nada necesitaba. Quiso medirse entonces un corsé. La madrastra aprovechando la ocasión se lo puso y apretó tanto que la muchacha, ahogada, sin respiración, cayó al suelo como muerta.

Cuando vinieron los enanos, lloraron, gritaron al ver muerta a su pobre hermanita. Empezaron a desvestirla a ver si revivía, cuando así fué, la muchacha vivió. Llenos de alegría volvieron a prohibirle terminantemente que abriera la puerta a alguien. Así vivieron felices un tiempo, cuando un día estando sola Blanca Nieve, vino una joven a la casa vendiendo frutas lindísimas, tan frescas se veían que abrió y quiso que la vendedora entrara.

La vendedora, que no era otra que la madrastra, quien por el espe-

<sup>1</sup> Véase la nota del cuento que sigue.

jo había sabido que aun vivía su rival, ofreciéndole la mitad de una manzana. La muchacha sospechosa no quiso cogerla, pero viendo que ella misma comía la otra mitad, comió la suya también.

Al poco rato, cuando iba a tragar su primer bocado, cayó al suelo tesa<sup>1</sup> y fría. Había comido la parte envenenada de la manzana y la madrastra, creyendo que ahora realmente había muerto, se fué muy contenta.

Vinieron los enanitos. Azorados al ver así a su hermanita, le hicieron muchos remedios, la registraron toda, pero nada, estaba muerta.

Colocáronla entonces en una especie de urna en las afueras a la parte de atrás de la casita. Allí estaba Blanca Nieve como una virgen, y así en verdad la trataban los enanitos. Allí oraban antes y después del trabajo.

Solfa venir a cazar a dicho bosque un príncipe de un país cercano. Uno de sus criados negros dió con la urna, y lleno de respeto y devoción, hincóse frente a la que creía su virgencita. Llamó al príncipe que era buen cristiano también, descubrióse ante la imagen de la reina del cielo.

Esperó a que vinieran los dueños, y salió a comprarles la preciosa imagen. Los enanitos le contaron entonces la verdadera historia de la estatua, y el príncipe con más ahinco trataba de apoderarse de ella.

Consintieron al fin los enanos, y partió la comitiva. Cuatro negros cargaban cuidadosamente la caja donde iba Blanca Nieve. Uno de ellos, por más cuidado que tuvo, tropezó; se viró la caja, todo el peso vino hacia un lado y ¡oh gran sorpresa!, la imagen despertó, se levantó; estaba viva. Con el fuerte golpe se le había salido el pedazo de manzana que tenía en la garganta, y había vuelto a la vida.

Mientras la iracunda madrastra preguntaba una vez más a su espejito:

—¿Quién es la mujer más hermosa de este país?

Y el espejo contestó: Blanca Nieve es la más hermosa y la más feliz y la más rica. Está casada con un príncipe.

Ya que no pudo llevar a efecto sus criminales planes, enterróse ella un punal y murió jurando odio y venganza a la bella y encantadora princesa Blanca Nieve.

#### 85.—SOL DIVINO<sup>2</sup>

Había una vez un rey que tenía una hija, Sol Divino. Era preciosa y por eso la llamaban Sol Divino. La reina murió y el rey se volvió a

<sup>1</sup> *tesa*: tiesa, rígida.

<sup>2</sup> Este cuento y el anterior son variantes de un cuento semejante recogido por los hermanos Grimm (ed. Calleja, n.º 17); *Grimm's Fairy Tales* (Blackie and Son, London) p. 66. En Asturias hay una versión muy parecida titulada *La madrastra envidiosa*; (Llano, *Ob. cit.*, p. 91).

casar con una senora muy vanidosa. La madrastra cada vez que se iba a peinar la preguntaba a un espejo mágico que le había regalado una bruja:—Espejo mío; ¿habrá cara más linda que la mía? Y el espejo le respondía:—Sí, la de Sol Divino. Tanto se lo dijo el espejo que la madrastra cogió antipatía a Sol Divino.

Mandó llamar la bruja que le había regalado el espejo, y le dijo que si ponía fea a Sol Divino, le regalaba un palacio. La bruja fué donde la hija del rey y la hizo bañar mientras ella le echaba unos polvos al agua. Después del baño la princesa salió desfigurada.

La madrastra le puso la cabeza llena de mentiras al rey acerca de Sol Divino, y él la mandó matar. Los hombres que la llevaron al bosque para matarla, la compadecieron y la dejaron perdida. Ella se sostenía con frutas y yerbas. Anda que te anda llegó a un río muy grande. Oyó una voz que decía:—Bájate y lávate con mi agua. La princesa muy asustada quiso correr, pero dos veces más oyó la voz que le decía lo mismo, y turbada se bajó y se lavó. Como si fuera magia, la princesa volvió a quedar tan linda como antes. Luego echó a andar, a andar y a andar hasta que llegó la noche y se quedó dormida.

Mientras, una banda de bandidos la encuentran, y creyéndola una virgen se la llevan a su jefe, un apuesto joven. Tan pronto como la vio, se volvió loco por ella y se portaba bien con ella.

A todo esto, la madrastra volvía todos los días a preguntar al espejo, pero un día el espejo le dijo:—Sí, hay otra más bonita, Sol Divino. Mandó llamar la bruja y le dijo que si no mataba a la princesa, le mandaba cortar la cabeza.

La bruja fué donde estaba Sol Divino mientras los bandidos estaban lejos. Al verla, Sol Divino quedó inmóvil, y la bruja empezó a hacerle caricias. La espulgó y le espetó un alfiler en la cabeza. La princesa quedó tendida en el suelo. Cuando vinieron los bandidos se pusieron muy tristes, sobre todo el jefe, que estaba muy enamorado de ella. Le hicieron una caja especialísima y la arrojaron a un brazo de mar. La caja fué flotando hasta que llegó a la playa. De allí la divisaron unos pescadores que creían que era un tesoro. La sacaron, y después de ver su contenido divulgaron la voz del suceso y que la caja tenía un nombre: Sol Divino.

Al saberlo, el rey mandó buscar la caja y fué grande su desconuelo al ver a su hija. Tenía remordimientos. Todo el día se pasó acariciando su cabeza, pero una de las veces halló el alfiler y lo sacó. Inmediatamente la princesa se reanimó y contó a su padre lo que le había pasado. El rey, que ya había tenido noticias de la aversión que la madrastra tenía a su hija, quiso castigarla. La montó en una mula furiosa y luego con un pedazo de dinamita, la hizo pedazos.

La princesa, sin embargo, cada día iba poniéndose más triste. Amaba al jefe de los bandidos. El rey no quería disgustar a su hija; mandó buscar al jefe, y se celebraron las bodas en medio del regocijo popular. Y fueron muy felices, y a mí me dieron un par de perdices.

## 86.—CENISOSA

Una vez y dos son tres que había un señor que vivía enfrente de una señora que tenía una hija muy fea y muy mala. El viejito tenía una hijita, que se llamaba Mariña, que era muy, muy buena. La señora era lo más buena con Mariña, y le decía que si su papá se casaba con ella que le daría sopitas de miel todos los días.

La niñita le decía al viejo:

—Cásate, papáito, con la señora del frente, pues ella me da sopitas de miel, y es lo más buena conmigo.

Y el papá le decía:

—No, porque al principio te las dará de miel, y después de hiel.

Tanto estuvo, que el papá se casó. Y entonces a los primeros días, Mariña dormía en el primer cuarto, y entonces la vieja dijo que esa muchacha no la había dejado dormir el otro día. La puso en el segundo, y entonces el tercer día la puso en el tercer cuarto. Y entonces también dijo que tampoco la dejaba dormir, y la puso en el comedor, en el suelo. Al otro día dijo:

—Tampoco esa muchacha en el suelo puede estar quieta.

Hasta que la puso en la cocina, y le puso el nombre de Cenisosa. Y la muchacha tenía que hacer todos los trabajos; ir a buscar agua y hacer la comida.

Y Cenisosa tenía una cabrita. Y un día la vieja dijo que tenía ganas de comer cabra. Y entonces Cenisosa le dijo a la Cabrita que la vieja la iba a matar. La cabrita le dijo:

—No te apures. Deja que me maten, y que te den el mondonguito:

Mataron la cabrita, y a Cenisosa le dieron el mondonguito. Y Cenisosa estaba en el río lavando el mondonguito, y una tripita se le fue por una cuevita. Y ella se metió a buscar la tripita. Y entonces encontró una casa bien sucia, sucia, y Cenisosa la lavó, y la limpió, y también bañó a los nenes y bañó a la perrita, y también hizo comida y le dió a los nenes, y dejó comida para el que viniera. Y vinieron tres hadas de la casa, y al ver todo tan limpio y recogido, dijo la primera.

—Si yo supiera quien fuera, que le saliera al momento una estrella de oro en la frente que alumbrara todo.

Y la segunda dijo:

—Si yo supiera quien fuera le desearía que botara perlas y diamantes por la boca, y que cuando se peine le salgan perlas y diamantes.

Y la otra dijo:

—Si yo supiera quien fuera, le regalaría una varita de virtud que todo lo que ella quisiera se lo concediera.

Y la perrita salió:

—¡Jau, jau, jau! Detrás de la puerta está. Y entonces salió ella, y

le apareció la estrella de oro en la frente. Fué a hablar y le salieron perlas y diamantes por la boca.

Cenisosa entonces se fué para su casa. Y al llegar a su casa la vieja le dijo que a dónde había encontrado todas esas cosas. Entonces Cenisosa le dijo que estaba lavando una tripita del mondonguito de su cabrita, y la tripita se le fué por una cuevita, y entonces ella se fué detrás de la tripita y había una casa bien limpia y la ensució y le pegó a los nenes, botó la comida, rompió los platos, y le pegó a la perrita, y se escondió detrás de una puerta hasta que vino la gente.

Y la vieja le dijo:—Véte, cómprate una cabra para que mi hija vaya a lavar las tripitas y haga lo mismo que tú

Trajeron la cabrita, y la mataron y le dieron las tripitas a la hija de la vieja. Y la hija de la vieja zumbó<sup>1</sup> la tripita por la misma cueva, y se metió a buscar la tripita y encontró la casa, y hizo lo que le dijo Cenisosa. Y se escondió detrás de la puerta. Al llegar las tres hadas y encontrar la casa tan y tan sucia, la primera dijo:

—Si yo supiera quien fuera le pondría la mano en la frente para que le saliese un chifle<sup>2</sup> muy largo.

Y la segunda dijo:

—Si yo supiera quien fuera le desearía que cuando hable le saliera porquería por la boca, y cuando se peinara que le salieran chinches, piojos y pulgas.

Y la otra dijo:

—Si yo supiera quien fuera le regalaría una vara que cada vez que pidiera algo la vara le diera a ella misma.

Y la perrita empezó:

—¡Jau, jau, jau! Detrás de la puerta está.

Salió la mala muchacha, y todo lo que las hadas le desearon le salió. ¡Se veía horrorosa!

Al llegar a su casa la vieja, al verla tan fea, le dijo:

—No hables, que ensucias la casa. Sabrá Dios lo que tú habrás hecho, para que te pongan así.

Y la muchacha quería hablar, pero le empezaron a salir culebras y porquerías por la boca, que la vieja no la dejaba hablar.

Y se acabó mi cuento con ají y pimienta, y como me lo contaron, te lo cuento.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> *zumbó*: echó.

<sup>2</sup> *chifle*: asta.

<sup>3</sup> Cp. «María la Cenicienta» (*Dib. trad. pop. esp.* t. I, p. 114); «O Sapatinho de se-tim» (Braga, *Ob. cit.*, t. I, p. 45); «Cinderella», Perrault's *Fairy Tales* (Dent' Edition, London) p. 40, o Perrault *Contes de la Mère l'Oye* (Ed. Glomeau, Paris) p. 67; «Mother Holle» (*Grimm's Fairy Tales*, Blackie and Son, London) p. 155. Para estudio com-parativo de otras variantes, véase: Gubernatis, *Storie delle Novelline popolari*, p. 9-34.

## 87.—LA MALDAD DE UNA MADRASTRA

Una vez había un campesino que tenía tres hijas. Él era viudo y volvió a casarse por segunda vez. Su señora era muy mala y no quería bien a las hijas de su marido.

Un día éste salió con las dos hijas mayores, dejando la más pequeña en la casa para que acompañara a su esposa.

Ellos tenían una tiendita. Ese día la madrastra la dejó cuidando la tienda, y le dijo que si le cogían algún higo, la iba a castigar. Ella estaba sola, cuando llegó un viejito y le pidió un vaso de agua. Ella le pidió que le cuidara los higos en lo que ella venía. El viejo le robó tres higos y se fué. Cuando vino la madrastra y vio que faltaban tres higos, fué al corral, hizo un hoyo muy hondo, y en él enterró viva a la niña.

Cuando vino el padre y le preguntó por su hija, ella le contestó que estaba paseando. Pero resulta que de los cabellos de la niña nació una mata de ají.

Al día siguiente, a la hora de la comida, el padre le dijo a una de las niñas que fueran y le arrancaran un ají de la mata para la comida. La niña fué, y al arrancar el ají, oyó una voz que cantaba:

— Hermanita de mi vida,  
no me arranques los cabellos,  
que mi madre me ha enterrado  
por tres higos que han faltado.

La niña se asustó mucho y se lo dijo a su padre. El padre vino y arrancó un ají y oyó la misma canción. Arrancó la mata y apareció la niña que todavía estaba viva. Les contó todo lo que había pasado, y entonces el padre cogió a su esposa y la mató. La picó en muchos pedacitos y la guindó <sup>1</sup> en un cordón de la tienda. Al otro día vino la comadre y le trajo unos pasteles de regalo para él y la señora. Entonces recordó ella que no la había visto y le preguntó en dónde estaba.

—Mi mujer,—dijo el hombre—está en los pasteles que usted se comió, pues esa era la carne que yo le vendí a usted.

Con tal noticia la vieja vomitó muchísimo, pues no quería tener nada de su *comae* en la barriga. <sup>2</sup>

<sup>1</sup> *guindó*: colgó,

<sup>2</sup> Véase el número 77 de esta colección y la nota al mismo.



VI

CUENTOS DEL DIABLO



## 88.—LA OREJA DEL DIABLO

Pues, señor, había una vez un príncipe que quiso irse a correr fortuna y se despidió de su padre y empezó a viajar por el mundo en busca de aventuras.

Anda que te anda, anda que te anda, llegó a un bosque y se encontró con un hombre que arrancaba los árboles como si fuesen hojas de un almanaque. El príncipe se entusiasmó tanto con la fuerza de aquel hombre, que le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Arrancapinos.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Sí, pero tengo que llevar esta carga a mi madre.

Y con la misma, Arrancapinos levantó los árboles que había arrancado, se los echó al hombro y desapareció. Al cabo de un rato se presentó y le dijo al príncipe que estaba dispuesto a seguirle.

Empezaron a andar como si hubieran sido amigos toda su vida. Anda que te anda, llegaron a una llanura y en la distancia vieron muchísimos molinos que estaban *rotando* sin que soplara en aquel momento el viento. Entonces se fijaron que en un árbol que estaba a corta distancia de ellos había un hombre encaramado que estaba soplando con una de las ventanas de la nariz mientras tenía la otra cerrada con la mano.

Al verlo, el príncipe le preguntó:

—¿Quieres decirme lo que haces ahí arriba soplando?

—Pues poniendo en movimiento unos molinos que se ven allá abajo.

Al príncipe le gustó la manera de soplar que tenía aquel hombre y le invitó a unirse a su compañía. Aceptó el soplador y se fueron los tres juntos.

Más adelante se tropezaron con otro hombre que estaba echado en el suelo oyendo. Le preguntaron lo que hacía allí oyendo y dijo que estaba esperando oír cuándo salieran las tortugas de sus agujeros en la orilla del mar que estaba a doscientos kilómetros de allí.

El príncipe al oír aquello invitó a este hombre de oído tan fuerte a que le siguiera y levantándose del suelo se unió a la compañía que el príncipe había formado y se fué con ellos.

Continuaron su marcha, y después de mucho andar llegaron a un palacio deshabitado, y apenas entraron en el patio empezó el cielo a

oscurecerse y a formarse una tormenta, pero cuando el príncipe se dió cuenta le dijo al soplador que echara la tormenta para otra parte, y de dos soplidos se fueron las nubes y quedó el cielo descubierto.

Como el palacio no tenía puertas, Arrancapinos fué y cogió una piedra enorme y la colocó al lado de la muralla del palacio y todos se treparon por la piedra y entraron por fin en la sala. Allí encontraron buenas habitaciones, una mesa de comedor con manjares de varias clases, y ellos se sentaron y se pusieron a comer.

Cuando acabaron de comer se pusieron a andar por las habitaciones del palacio y por todos los pasillos que allí había. Por fin llegaron a un patio interior y se tropezaron con una serpiente enorme de siete cabezas que venía hacia ellos dispuesta a devorarlos. Arrancapinos, el soplador y el oidor dieron media vuelta y se metieron en las habitaciones, pero el príncipe sacó su espada y se fué encima de la serpiente y logró cortarle las siete cabezas, pero una de ellas saltó y se fué por un pozo que había en el patio. Asomóse el príncipe y vió que aquel pozo no tenía fin, pero como era tan amigo de aventuras decidió bajar a ver hasta dónde llegaba dicho pozo.

Él y sus compañeros empezaron a tejer sogas y sogas y a empaquetarlas, y cuando creyeron que tenían bastante decidieron bajar para ver lo que había allí dentro.

Amarraron a Arrancapinos y lo bajaron, y estuvo bajando mucho, mucho tiempo, pero sus compañeros sintieron que tiraba de la soga y lo sacaron y él dijo que no se podía resistir el frío allá abajo. Entonces echaron al soplador y éste estuvo bajando un montón de tiempo también pero sus compañeros sintieron el tirón de la soga y lo subieron. Él les dijo que en verdad el frío que hacía allí no lo podía resistir nadie. Bajó entonces el oidor, pero pasó lo mismo que había pasado con Arrancapinos y el soplador.

Ya el príncipe estaba cansado de todo esto y decidió bajar él por su cuenta a ver lo que pasaba en aquel pozo. Bajó, bajó, bajó, siguió bajando, y por fin llegó al fondo del pozo, y se encontró en una sala grandísima con muy buenos muebles y montada a todo lujo. Aquella era realmente la sala de un gran palacio.

Después que salió de su asombro, llamó a una de las puertas y salió una señorita muy guapa que estaba allí encantada por un dragón, que al poco rato se presentó y murió a manos del príncipe. Él tomó la soga, ató a la joven que había salvado, y sus compañeros la subieron.

Llamó después a otra puerta y salió otra joven aun más bella y elegante que la anterior, pero estaba guardada por una serpiente de siete cabezas. El príncipe se echó sobre ésta y cortándoles las cabezas libró a la señorita, que mandó para arriba por medio de la soga.

Llamó entonces a la última puerta y salió otra hermosa señorita que estaba allí encantada y prisionera del diablo. A los pocos momentos se presentó éste y el príncipe no tuvo más remedio que luchar con él. Ya se estaba cansando el príncipe cuando de pronto con un golpe de su espada, le corta una oreja al diablo. Empezó a gritar Satanás y

a pedir su oreja. El príncipe ató a la pobre señorita y la mandó donde sus compañeros y siguió luchando con el diablo. Entonces notó que la sogá no había vuelto a bajar, lo cual quería decir que sus compañeros se habían marchado cada uno con una de las muchachas y lo habían dejado a él solo en aquellas profundidades.

Siguió el diablo pidiendo su oreja, y cansado de ver que no valían las súplicas, le dijo al príncipe:

—Mira. Las princesas que has sacado no son nada al lado de la infanta de Nápoles. Si me das la oreja te llevaré donde ella y además te haré muy rico.

—Pruébamelo—dijo el príncipe.

—Saca la oreja y apriétala en tu mano derecha.

Así lo hizo el príncipe y volando, volando llegaron a un gran palacio y en el jardín estaba la infanta de que había hablado el diablo. El príncipe la pidió al rey, éste dió su consentimiento, se casaron y vivieron muy felices, y el pobre diablo recobró la oreja que había perdido.<sup>1</sup>

#### 89.—LA MALDICIÓN

Pues señor, era una vez una madre que estaba almidonando un día y tenía muchísimo trabajo. El hijo, en un momento de descuido de la madre, fué a la tina y metió en ella sus manos sucias dañando el almidón que su mamá necesitaba para la ropa que iba a planchar más tarde. Cuando la pobre mujer se dió cuenta de lo que había pasado se disgustó mucho, y encolerizada dijo:

—¡Ojalá y el diablo te lleve!

Poco después de haber dicho ella estas palabras se levantó un remolino, se oscureció el cielo como si fuera a llover; se asustó la madre y empezó a temblar de miedo. Todo esto fué cosa de unos minutos, pero el caso es que cuando la madre buscó a su hijo en aquellos alrededores se encontró con que la criatura había desaparecido.

Lloró amargamente; lo llamó repetidas veces, pero todo fué inútil. El diablo se había llevado al niño.

Un día paseando por el bosque, la madre encontró un montoncito de huesos. Volvió a su casa llevando los huesitos para darle sepultura. Y todas las noches, en la casa donde ella vivía se oye un aleteo de un pájaro enorme que grazna como pidiendo algo.

Dicen que es el hijo que viene especialmente en las noches de mucho viento, a pedir perdón a su madre.

<sup>1</sup> Véase Fernán Caballero, t. XVI, *Cuentos y poesías andaluces* (Madrid, 1924) página 95.



VII

CUENTOS HUMANOS



## 90.—LA JURGA

En tiempos muy remotos había un campesino propietario que quería explotar la labor de los pobres jíbaros. Tenía el campesino una mujer que, según los vecinos, era una bruja que por el día se convertía en perra y por la noche en un pájaro grande y feo al cual daban el nombre de «jurga». Cuando este pájaro se encaramaba en un árbol y cantaba, significaba que el jíbaro empleado en esa casa tenía que ser despedido y por tanto ninguna paga recibía.

En esa comarca había un padre con tres hijos, y al morir los dejó en la orfandad mayor que nadie puede imaginarse. El primero de ellos fué a colocarse con el hombre de quien hablamos antes. Al llegar y solicitar empleo, el propietario éste le dijo que sus empleados tenían que aceptar las condiciones que él les imponía. Deseoso el muchacho de trabajar le dijo que entraba por todo con tal de ganar dinero. Lleno de codicia el propietario le dijo:

Todo empleado mío tiene que levantarse temprano para ir a trabajar en las talas<sup>1</sup> y no puede regresar a casa hasta que la perra, la cual irá con él, no regrese a casa. Por almuerzo tendrá todo el pan que quiera, siempre y cuando pueda *misturarlo* con un huevo. No le puede dar coraje por nada que yo le diga. Si se enfada, tengo derecho a arrancarle una lista de cuero de la espalda, y si yo me enojo en el mismo derecho está él. Cuando la jurga cante será despedido sin paga alguna, pues esto demuestra que su trabajo no es satisfactorio.

El muchacho, creyendo vencer, aceptó todo lo referido.

Al día siguiente, antes de rayar la aurora, la perra se levantó y se fué para la tala. El muchacho, que no había podido dormir en toda la noche, al sentir la perra la siguió. El infeliz estuvo trabajando toda la mañana deseoso de que fuesen las once para descansar y almorzar. En vano esperó el joven, pues la perra no hacía mención de ir para la casa. A las tres de la tarde se levantó la perra y el infeliz cansado apenas podía caminar.

Al llegar le dieron por almuerzo un huevo con una cuarta de pan. Como estaba hambriento se echó el huevo a la boca de un bocado perdiendo así el derecho a comerse el pan, pues éste se lo quitaron.

Angustiado el joven por lo que le pasaba le dijo al hombre que él

<sup>1</sup> *tala*: huerta o huerto; campo de pequeña extensión sembrado de frutos menores.

no podía seguir así y que por tanto se iba para otra parte. Entonces entre los dos se establece el siguiente diálogo:

—¿A usted le da coraje por eso?

—No, no me da coraje; pero usted comprenderá que con un *guebo* no *puée* sostenerse ningún trabajador. En otras partes les dan piches,<sup>1</sup> batatas y bacalao, y algunas veces suruyos<sup>2</sup> de maíz con leche.

—Por lo que *puéo* apreciar veo que a usted no le ha gustado que mi perra viniera tarde, y de que no se le diera pan. La culpa la tiene usted por haberse comido todo el huevo *alante*. Como nuestro convenio fué que al que le diera coraje se le arrancase una lista de cuero, venga para arrancársela y así podrá usted dejar esta casa.

Y así lo hizo.

Enfurecido el hermano menor por lo que le había ocurrido a aquél, quiso solicitar trabajo en la misma parte para vengarlo; pero todo fué en vano pues corrió su misma suerte.

El más pequeño se empeñó en vengar a sus dos hermanos y para esto aguzó su ingenio. Los dos infortunados le suplicaban al hermanito que no fuera; pero éste no les escuchó.

Tan pronto llegó a la casa le explicaron las condiciones y él las aceptó en todas sus partes.

A la mañana siguiente antes de ponerse las estrellas se levantó la perra y el muchacho se fué tras ella. Empezó su tarea talando unas siembras de maíz ya próxima a florecer y tan pronto dió el reloj las diez comenzó a darle latigazos al animal y éste volaba para la casa. Cuando llegaron dijo el propietario:

—¡Oh, tan pronto aquí!

El muchacho le respondió:

—La perra quiso venirse y no tuve más remedio que seguirla. ¿A usted le da coraje por eso?

—A mí no; pero me extraña que vengan tan temprano. Aquí está su almuerzo.

El muchacho empezó a comer pan y a oler el huevo que le habían dado, y cuando hubo terminado la cuarta de pan dijo:

—Pan *pa'l guebo*.

Así repitió varias veces hasta que se encontró satisfecho. El propietario continuó:

—Nunca me figuré que se pudiera comer tanto pan con un solo huevo. Usted se ha comido la ración de una semana.

El muchacho respondió:—¿A usted le da coraje por eso?

El propietario contestó:—No, a mí no me da coraje. Coma usted todo el pan que quiera.

Por la noche la «jurga» cantó, y el muchacho cargó su escopeta y cazó al pájaro. Cuando el propietario sintió la detonación fué corrien-

<sup>1</sup> *piche*: mafafo, malango: especie de plátano.

<sup>2</sup> *suruyo*, también sorullo: masa de harina de maíz asada o frita en forma larga y cilíndrica.

do a ver lo que ocurría, y al ver a su mujer tendida debajo del árbol, le dijo al muchacho:

— ¡Usted me ha matado a mi mujer!

Yo no ha <sup>1</sup> matado a su mujer, que lo que yo *ha* matado es a la «jurga».

— ¡La «jurga» era mi mujer!

— *Nadien* lo mandó a usted a poner a su mujer de «jurga» para *estafal* el sudor de *nojotros* los trabajadores. ¿A usted le da coraje por eso?

— ¡Cómo no me va a dar coraje, si es mi mujer!

— Pues venga a quitarle la lista de cuero de la espalda.

— ¿Tras que me mata a la mujer me quiere quitar la lista?

Usted no tuvo compasión de mis dos hermanos, y puesto que ese fué el trato de *nojotros*, tiene que cumplirlo como ellos dos, y a mí darme lo que gané en el día.

Habiéndolo hecho se fué para su casa satisfecho de haber vengado a sus hermanos y de acabar con aquel hombre estafador y sin conciencia. <sup>2</sup>

## 91.—LOS TRES CONSEJOS

Pues señor, había una vez un matrimonio muy pobre que no tenían muchos medios para vivir, y el marido decidió irse a trabajar a otras tierras a ver si podía hacer dinero con que vivir mejor en unión de su familia. Cuando salió dejó la mujer embarazada aunque él no lo sabía.

Él se fué anda que te anda, anda que te anda hasta que llegó a una población donde consiguió trabajo y se puso a trabajar. Su amo era un hombre muy bueno que lo quería mucho y le iba guardando todas las pagas. Pasaron unos cuantos años y el hombre quiso volverse a su tierra a ver a su mujer y a vivir con ella. Así fué que se lo dijo al amo y empezó a prepararse para el viaje de regreso.

Cuando ya se iba, el amo le preguntó:

— ¿Qué tú quieres mejor, tu paga o tres consejos buenos que te han de servir mucho en la vida?

Mi amo, yo quisiera mejor mis chavos.

— Bueno, pero acuérdate que en el camino te lo pueden robar y quizás te maten también.

— Me se había olvidado eso; bueno, pues vengan los consejos.

— Bueno; pues mi primer consejo es que en el camino a casa te vayas siempre por la carretera y nunca por el atajo. El segundo, que no pares de noche en casa donde viva matrimonio de mujer joven con

<sup>1</sup> *ha*: he. Construcción muy corriente entre los campesinos.

<sup>2</sup> Cp. «Un amo extravagante (Llano, *Ob. cit.*, p. 124); Pedro di Urdemales (*Journal of Amer. Folk.*, vol. XXVII, p. 120-125).

marido viejo. Y el tercero, que nunca resuelvas nada por las *aparencias* aunque éstas parezcan ser muy verdad.

El hombre le dió las gracias al amo y se despidió de él, y entonces el amo le dijo:

—Toma esta torta, pero no te la comas hasta que llegues a tu casa y encuentres a tu mujer. Allí, en su compañía te sabrá mucho mejor.

Empezó a andar por el camino de su casa y al poco rato se encontró con tres hombres que iban viajando por allí y le preguntaron:

—Oiga paisano; ¿para dónde va usted?

—Pues voy a tal pueblo.

—Pues iremos juntos, porque para allá vamos nosotros también.

Y se fueron todos juntos cantando y contando cuentos hasta que llegaron a un sitio donde de la carretera salían dos atajos. Los tres hombres cogieron por el atajo porque decían que así se ahorran una hora de caminata, pero él siguió por el camino recto. Siguió andando y cuando llegó a un sitio donde el atajo empataba otra vez con la carretera se encontró con los tres hombres colgando de un tamarindo. Al verlos se acordó del consejo del amo y dijo:

—Eso me hubiera pasado a mí si no me acuerdo del consejo de mi amo. De ahora adelante <sup>1</sup> no me olvidaré de sus consejos.

Siguió su camino y cuando llegó la noche quiso conseguir cama en una posada, pero al entrar vió que el dueño era un hombre ya muy viejo y la mujer una bonita joven. Acordóse del segundo consejo que le había dado su amo y siguió caminando en lugar de acostarse en la posada. Al día siguiente pasó por el pueblo vecino y vió que salía la justicia y que iban para la posada porque allí se había cometido un crimen la noche anterior.

—Este segundo consejo vale todos los chavos que no me quiso dar mi amo. Si me quedo allí anoche, sabe Dios lo que sería de mí a estas horas.

Y empezó a andar y por fin llegó a su pueblo. Y esperó a que se pusiera el sol para ir a su casa. Y cuando llegó la tarde y empezó a oscurecerse él se fué derecho a su casita y la encontró muy bonita, pues tenía un jardín con muchas flores y adentro había mucha luz. Entonces tocó a la puerta y salió su mujer a abrirle y él pidió posada para pasar la noche. Y su mujer fué y volvió con un cura, y el cura le dijo que pasara. Y entraron todos y llegó la hora de comer, y el hombre creía que el cura era el amante de su mujer. Pensaba en matarlo, pero se acordó del tercer consejo de su amo y decidió esperar aunque las *aparencias* fueran malas.

Poco después vino ella con la comida y cuando estuvo en la mesa la comida, ella dijo:

—Bueno hijo, come bien porque mañana no puedes comer hasta que cantes tu primera misa.

Y dirigiéndose al viajero dijo:

<sup>1</sup> *alante*: en adelante.

—Este es mi hijo que mañana va a cantar su primera misa. Si su pobre padre estuviera aquí, ¡qué felices seríamos ahora!

—Pues aquí estoy—dijo él.

Y se levantó y abrazó a su mujer y a su hijo. Entonces contó todo lo que le había pasado y le dijo a su mujer que cortara la torta para postre. Cuando ella la partió empezaron a salir las monedas que el hombre había recibido por su paga y que el amo no le quiso dar cuando se fué.<sup>1</sup>

## 92. EL HOMBRE AVARICIOSO

Había una vez un campesino que tenía una casita en el campo y en el jardín tenía una mata de higos que daban unos higos hermosísimos. Una vez recogió unos higos muy bonitos y entre ellos un ramillete de tres que eran los mejores que se habían visto en el país. Se los enseñó a su mujer y decidieron que él debía llevárselos al rey.

Se preparó el viaje y salió de casa con un canastito en el que llevaba los tres hermosos higos que iba a regalarle al rey. Se fué muy contento por el camino hacia el palacio del rey, pero da un tropezón, se le cae el canastito y se le ensució un higo. Al verlo sucio el bueno del campesino se dijo:

—Pues éste no se le lleva al rey porque está sucio. Me lo comeré yo.

Se lo comió y siguió camino adelante, pero como ya estaba oscureciendo el hombre no veía muy bien el camino y vuelve a tropezar y se le vuelve a caer el canastito y se le vuelve a ensuciar otro higo. Como la primera vez, el campesino pensó que un higo sucio no era un buen regalo para el rey y se lo comió como había hecho con el primero anteriormente. Pasó la noche debajo de unos árboles a la orilla del camino y al amanecer del día siguiente siguió su marcha hacia el palacio del rey con el canastito y el higo.

Llegó por fin a las puertas del palacio y dijo que llevaba un regalo para el rey y que quería entregárselo personalmente. Tuvo que esperar mucho rato, pero por fin le dijeron que pasara a ver a su majestad.

Entró el campesino en el salón del rey y le dijo cómo él y su mujer habían querido regalarle aquel canastito con los tres mejores higos que habían cosechado; cómo se le había caído el canastito dos veces

<sup>1</sup> Como versiones recogidas y publicadas en estos últimos años, véanse: «El Buen Consejo» (Cabal, *Cuentos asturianos*, Madrid, ed. «Voluntad», p. 134); «Julia y Gonzalo» (Llano, *Ob. cit.*, p. 136); A. M. Espinosa, *Cuentos populares españoles*, (California, 1923) t. I, p. 120-127. Cp. Os tres conselhos», (Braga, *Ob. cit.*, t. I, p. 208). Hay también versiones antiguas. En el *Conde Lucanor*, cap. XIV; Timoneda, *Patrañuelo*, n.º XVII; *Libro de Patronio*, B. AA. EE. t. II., Madrid, 1860, p. 406.

por el camino y cómo él se había comido los dos higos que faltaban y cómo había llegado hasta el palacio para regalarle el último.

El rey vió que aquel campesino era un hombre sano y honrado y le dijo que se comiera el otro higo delante de él. Lo hizo así el campesino y el rey mandó que le dieran una bolsa con dinero y alguna ropa para él y su mujer.

Fué el hombre muy contento a su casa y la mujer se alegró mucho al saber que el rey lo había tratado tan bien, y los dos estaban muy alegres por el favor que les había hecho el rey.

Se supo por la aldea lo que había pasado con este matrimonio, y un hombre avariento que vivía allí se fué un día donde el campesino a preguntarle cómo el rey le había dado tanto dinero.

—Pues le llevé tres hermosos higos porque a él le gustan mucho.

Entonces el ambicioso que tenía muchos higos en su finca, va y llena una carreta de higos y emprende marcha hacia el palacio para regalarle al rey todos los higos que llevaba, creyendo que el rey le daría mucho más dinero a él que al campesino que sólo le había llevado tres higos.

Cuando llegó a palacio le dijo al guardia que tenía que ver al rey, pero le dijeron que éste estaba muy ocupado con los ministros y que tenía que esperarse hasta que acabara de hablar con ellos. Pero el ambicioso estaba tan desesperado por ver cuánto dinero le iba a dar el rey que le dijo al guardia que él no podía esperar y que no le viniera con esas historias que él sabía que el rey se alegraría mucho de verle pues le llevaba un regalo muy importante.

El guardia se opuso a que entrara y no dejaba pasar al hombre. Éste empezó a gritar de tal manera que lo oyó el rey desde su cuarto y se asomó al balcón a ver lo que pasaba. Cuando se enteró de lo que quería el hombre, el rey se dió cuenta de que era un ambicioso y se preparó para castigarlo por su ambición.

Bajó y le dió las gracias al hombre, y le dijo que le pagaría su acción muy bien. Y así diciendo llamó a dos de sus servidores y les dijo que amarraran al señor a un árbol del jardín y que le tiraran a la cara todos los higos que había traído en su carreta. Lo cogieron los servidores del rey y lo ataron en forma que no podía defenderse y empezaron a tirarle con los higos hasta que no quedó ni un higo dentro de la carreta. Después que acabaron con los higos lo desamarraron y sin lavarle ni nada lo echaron a la calle y le dijeron:

—Otra vez, señor avariento, acuérdesese de que la avaricia rompe el saco.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Francés Martínez y Martínez en *Coses de la meua terra* (Valencia, 1912) p. 156, trae un cuento muy parecido titulado «Tres figues y quatre corbos».

## 93. - a. MARÍA SABIDA

Pues señor, había una vez un hombre que tenía una hija. Él tenía que viajar todos los años por países muy distantes y tenía que dejar sola a su hija. En cierta ocasión tuvo que marcharse a un viaje muy largo y arregló todo lo necesario para dejar a la muchacha en compañía de otras once muchachas. Entre ellas había una que se conocía por el nombre de *María Sabida*, por ser muy lista.

Cuando el hombre se marchó a otras tierras, las muchachas se fueron de paseo un día y llegaron al bosque y vieron un castillo. Se fueron andando hasta él y entraron, y como estaba vacío decidieron quedarse allí. Empezaron a recorrer las habitaciones y por fin llegaron a la cocina.

Estaba allí un viejo cocinero el cual se alegró mucho de ver a las muchachas. María Sabida notó que en el fogón estaba un caldero con pedazos de pies y brazos de niños. Cogió ella el caldero y echó el contenido por la ventana. El viejo se puso furioso y les dijo que cuando vieran sus amos ellos la castigarían por lo que había hecho.

Cuando vinieron los amos, que eran unos ladrones célebres, el viejo les contó lo que había ocurrido. Subieron ellos a las habitaciones donde estaban las muchachas y les dijeron que no tuvieran miedo, que ellos se alegraban mucho de tenerlas allí. Llegó la noche y el capitán de los ladrones empezó a repartir entre las muchachas *higos de sueño*. Todas empezaron a comerse los higos, pero María Sabida hizo que se los comía y pronto vio como sus compañeras se habían quedado dormidas. Ella ayudó al capitán a llevarlas a sus camas y cuando las habían acostado a todas, María Sabida se echó también en una cama haciéndose la dormida.

Entonces el capitán encendió una vela y empezó a echarles una gota de cera a cada una en la cara. María Sabida aguantó el dolor y cuando el capitán salió fue ella a ver lo que él hacía. Se asomó el jefe de los ladrones al balcón y tocó un pito, pero María Sabida lo cogió por detrás y lo tiró abajo. Vinieron los otros ladrones y encontraron a su jefe herido.

Las muchachas se escaparon y se fueron a su casa. Poco después llegó el padre y le hizo a las muchachas muchos regalos. María Sabida dijo que ella quería casarse con el capitán de los ladrones. Lo mandaron a buscar y él dijo que sí, que se casaría con ella porque estaba muy enamorado.

Se casaron y se fueron para el castillo. Cuando llegaron allí el capitán le dijo que la iba a matar para vengarse de lo que ella le había hecho.

María Sabida mandó hacer una muñeca de dulce, llena de miel por dentro, y con la cabeza movable. La colocó sobre la cama y fue y le dijo

al capitán que se iba a acostar para dormir un rato antes de que él la matara.

Se metió debajo de la cama, acostó a la muñeca después de ponerle un cordón para moverle la cabeza y esperó la llegada del capitán. Al poco tiempo entró él y empezó a golpear a la muñeca creyéndose que era María Sabida. Entonces sacó una daga y se la clavó en el corazón, y salió un chorro de miel y le dió en la cara.

Al sentir la dulzura, el capitán dijo:

—¡Perdóname, María Sabida! ¡Qué sangre más dulce tienes! ¡Si yo lo hubiera sabido no te hubiera matado!

Y entonces María Sabida salió de debajo de la cama y lo abrazó. Él se puso tan contento que se echó a reír, y desde aquel momento los dos vivieron muy felices y dichosos. Y a mí me dieron un gran palmo de narices.

### 93.—b. MARÍA SABIDA

Había una vez un comerciante que tenía una hija a quien quería mucho. Tuvo él que salir de su casa para un viaje muy largo y mandó a buscar once muchachas para que la acompañaran mientras él estaba ausente. Una de ellas era muy lista y todos la conocían por el nombre de María Sabida.

Cuando se reunieron todas las muchachas el padre las llevó a un castillo que estaba a alguna distancia de la población y las dejó allí hasta que él volviera.

Una noche estaban las muchachas asomadas al balcón cuando de pronto vieron una luz que brillaba en la distancia. Quisieron saber lo que aquella luz significaba y se prepararon para ir al día siguiente a ver si allí había alguna casa.

Al otro día se fueron de paseo en la dirección de la luz que habían visto la noche anterior y llegaron efectivamente a una casa de ladrones. Estaba allí uno de los ladrones y les dijo que preparaba la comida para sus compañeros. Entonces María Sabida se fué a la cocina y tiró por la ventana toda la comida, y se salió con todas sus compañeras.

Cuando volvieron los ladrones, el guarda les contó lo que había pasado y el capitán dijo que él se quedaría al día siguiente por si acaso volvían las muchachas. Y así fué; volvieron las muchachas y el capitán entró en conversación con María Sabida y ella le invitó a que fuera al castillo a visitarla aquella noche.

Por la noche el capitán fué y María le echó por el balcón una sábana para él subirse, pero cuando iba por la mitad, ella la cortó y el capitán cayó al suelo y se estropeó muchísimo.

Supo María Sabida que el capitán estaba en cama. Se disfrazó de médico y se fué a la casa de los ladrones para curarle. La llevaron al

cuarto y después de verlo les dijo a los ladrones que tenía que hacerle una operación a su jefe y que no la molestasen si oían gritos, pues la operación iba a ser muy difícil. Cerró la puerta y le dió al capitán una terrible paliza. Entonces se marchó muy tranquilamente para el castillo.

En esto volvió el comerciante y todas las muchachas volvieron a sus casas. Pasó algún tiempo y el capitán que se había curado de sus heridas y de sus golpes llegó a la población y empezó a enamorar a María Sabida. Por fin la pidió para casarse con ella.

Se preparó todo para la boda. Asistieron sus amigas y después de la comida el capitán y su esposa se marcharon para la casa de aquél. Cuando iban por el camino, él dijo:

—Ahora me las vas a pagar todas juntas, María Sabida. Dentro de unos días te voy a matar.

María Sabida no dijo nada, pero al día siguiente mandó que le hicieran una muñeca de dulce. Cuando se la llevaron la puso en la cama y se metió debajo de ella a esperar al capitán. Cuando éste vino fué a la habitación, sacó su espada y dijo:

—Te quedan pocos momentos de vida. Todas las maldades que me has hecho me las tienes que pagar ahora por mala que has sido conmigo, María Sabida.

Y levantando la espada, la clavó en el corazón de la muñeca. Saltó un chorro de miel que le dió en los labios. Entonces dijo el capitán:

—¡Ay María Sabida! ¡María Sabida!

Tan dulce en la muerte y tan agria en la vida.

Y el capitán se iba a matar, pero en eso salió María de debajo de la cama y abrazándolo, le quitó la espada.

Desde entonces fueron muy felices. <sup>1</sup>

#### 94.—LA MUJER GOLOSA

Una vez había un matrimonio. El hombre estaba flaco, flaco. La mujer estaba muy gorda, muy gorda, pues era muy golosa aunque siempre decía que no tenía ganas de comer. Cuando el marido estaba en la casa ella nunca comía, pues decía que no tenía apetito. Empezó a desconfiar él de las palabras de su mujer y se puso a observarla.

<sup>1</sup> Cp. «Mariquilla la ministra» (*Bib. trad. pop. esp.*, t. 1, p. 149); «Rosa Verde» y «La Picotora» (*Cuentos pop. esp.* de Espinosa, t. 1, p. 85-87); «María Subtil» (Braga, *Ob. cit.*, t. 1, p. 75); «The Made Pranks and Merry Jestes of Robin Good Fellow» (Brueyre, *Contes populaires de la Grande Bretagne*, p. 235). Según Braga la referencia más antigua que hay de este cuento se halla en las *Cartas* de don Francisco Manoel de Meilo (Centuria V, carta 7.<sup>a</sup>) «Eu cuidio que virei a ser aquella

....Dona atrevida,  
doce na morte  
e agria na vida».

Una mañana le dijo a ella que tenía que ir al monte y que no vendría hasta la noche. Él salió de la casa pero prontito volvió y se escondió en un sitio donde podía ver todo lo que hacía su mujer. Tan pronto ella se creyó sola empezó a bostezar y a decir:

—¿Qué comeré ahora?

Estaba lloviendo en ese momento y ella no podía salir de la casa. Así fué que preparó un gran plato de migas y se lo comió. Cuando llegó la hora de almorzar se preparó una gran tortilla de huevos que tenía en un cajón. Y como a la hora de la merienda va y mata una gallina, la prepara y se la come. Y a todo esto el marido viéndolo todo.

Y a eso de las seis de la tarde, se prepara un plato de papas <sup>1</sup> guisadas y se lo come.

Entonces el marido aprovechó una ocasión y se salió y después de un rato llegó y tocó en la puerta. Al ver a su marido ella le dijo:

—¡Hombre! Con este día tan lluvioso, ¿cómo es que vienes tan seco?

Y él le contestó:

—Porque la lluvia en el monte era tan menudita como la miga que te comiste esta mañana, y me he pasado el día debajo de un árbol cuyas ramas eran tan anchas como la tortilla que te almorzaste, y si no me meto debajo de él me hubiera puesto más *mojao* que la gallina en salsa que te comiste y más *pesao* que las papas que te cenaste.

La mujer se convenció de que su marido la había visto y desde entonces no volvió a hablar de desgano. <sup>2</sup>

## 95.—LA TÍA MISERIA

Pues señor, esta era una vieja muy vieja que vivía en su bohío sin más compañía que un bonito peral que crecía a la puerta. Los muchachos la traían loca, pues cada vez que había peras en el peral se venían allí a molestar a la pobre vieja y a llevarle toda la fruta.

Una vez paróse a la puerta del bohío un peregrino y le pidió permiso a la vieja para pasar allí la noche. La Tía Miseria, como la llamaban los muchachos y los vecinos le dijo que entrara. El peregrino entró y durmió allí y por la mañana cuando se iba a marchar le dijo a la vieja que pidiera lo que quisiera que le sería concedido.

—Una sola cosa deseo.

—Pide lo que quieras.

—Deseo que todo el que se suba a mi peral no pueda bajarse hasta que yo lo permita.

—Tu deseo será cumplido.

<sup>1</sup> *papas*: patatas.

<sup>2</sup> Cp. «La mujer que comía poco» (Llano, *Ob. cit.*, p. 116); «La mujer que no comía con su marido», «El ama del cura», «La mujer golosa», y «La hija golosa». (*Cuentos pop. esp.* de Espinosa, p. 96-100).

Así fué que cuando el peral tenfa fruta los muchachos volvieron con la intención de llevarse todas las peras que pudieran, pero tan pronto se subieron al árbol notaron que estaban como pegados y que no podían bajarse de allí. Tanto rogaron a la Tía Miseria que al fin ésta consintió en soltarlos con la condición de que no volverfan a molestarla más nunca.

Pasó algún tiempo y otra tarde se presentó a la puerta del bohío otro caminante que al parecer estaba muy sofocado. Cuando la Tía Miseria lo vió le preguntó qué quería.

—Soy la Muerte y vengo a buscarte.

Y dijo la Tía Miseria:

—Está bien; pero antes de marcharme me gustaría llevarme unas peras. ¿Me quieres bajar unas pocas?

La Muerte subió y no pudo bajar porque la Tía Miseria no le dió permiso.

Pasaron muchos años y no había muertes. Y empezaron a protestar los médicos, los boticarios, los enterradores y los curas porque no podían hacer negocio en sus profesiones. Además, había muchos viejos que ya estaban cansados de la vida y querían irse para el otro mundo.

Cuando la Tía Miseria se enteró hizo un arreglo con la Muerte. Ésta dejaría libre a la Tía Miseria para bajar del árbol, y por eso es que mientras el mundo sea mundo la Tía Miseria siempre vivirá.<sup>1</sup>

#### 96.—EL CRIADO ASTUTO

Pues señor, había una vez un ganadero que tenía un buey muy hermoso que había recibido como regalo de uno de sus mejores amigos. El buey estaba vigilado y cuidado por el criado de más confianza del ganadero. A este criado lo envidiaban mucho, pues todas las atenciones del amo eran para él. Lo que pasaba era que el buen criado nunca le había dicho una mentira al amo.

Cuando venía a visitarlo, el amo le preguntaba:

—¿Cómo están las vacas?

—Unas gordas y otras flacas.

—¿Y el buey barroso?

—Está gordo y hermoso.

Uno de los amigos del ganadero no creía en que el criado dijese siempre la verdad y apostó con su amigo toda su hacienda a que le probaba que el criado mentía. Aceptó el ganadero la apuesta, y el otro empezó a tratar de hacer mentir al criado, pero por más que luchaba no lo conseguía. Por fin su hija le dijo que ella haría mentir al criado.

<sup>1</sup> Véase: «La tía miseria» (Llano, *Ob. cit.*, p. 129); «A tía miseria» (Braga, *Ob. cit.*, tomo I, p. 221).

Fué a la choza del criado y al entrar empezó a enamorar al pastor y cuando éste le pidió su amor, ella le dijo que se lo daba siempre que matara el buey barroso y le diera el corazón a ella. Al principio el criado no quería, pero eran tan bonitas las formas de la chica y tan suave su cabello y tan dulce su sonrisa, que él cayó en la red y le sacó el corazón al buey.

Al otro día se reunieron en la casa del ganadero el amigo y su hija porque era el día en que terminaba la apuesta. Mandó el amo de la casa a buscar al criado y éste se presentó algo triste.

—¿Cómo están las vacas?

—Unas gordas y otras flacas.

—¿Y el buey barroso?

El pastor miró a todos los que allí estaban y al cabo de un ratito dijo:

— Señor, unas piernas blancas  
y un cuerpo hermoso,  
me hicieron matar  
al buey barroso.

Aunque el amo quería mucho al animal se alegró mucho más al ver que su criado decía la verdad siempre aun con peligro de perder su empleo. El padre de la chica se entusiasmó tanto con la contestación que consintió en que se casaran. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véanse las interesantes notas del Sr. Braga (*Ob. cit.*, t. I, p. 284); así como el cuento «O boi cardil», p. 140. Para versiones españolas muy parecidas a la nuestra: «El Pastor Verdades», (Llano, *Ob. cit.*, p. 134) «El toro barroso» (*Cuentos populares españoles*, p. 101).

VIII

CUENTOS DE ANIMALES



## 97.—EL CUENTO DEL CHIVO

Pues señor, había una vez y dos son tres, un viejito que vivía con su viejita en un *bohío* muy chiquito pero muy bonito. Y los dos viejitos se querían mucho y nunca hacían nada sin ayudarse mutuamente. Y sucedió que los viejitos habían sembrado delante del *bohío* muchas semillas y habían hecho una gran hortaliza. Y en esta hortaliza tenían lechugas, pimientos, tomates, nabos, rábanos, calabazas, maíz, yauífas y otras cuantas verduras buenas para comer y vender. Y también tenían una talita <sup>1</sup> de maíz que ya estaba con mazorcas lo más bonitas y hermosas.

Pues señor, que los viejitos estaban muy contentos y satisfechos de la ayuda que Dios les había dado, y pensaban en lo bueno que iban a comer y los chavos que iban a ganar vendiendo lo que no pudieran comerse. Y el viejito estaba encantado con las lechugas y la viejita con los rábanos y con el maíz.

Y por la mañana cuando se levantaban, el viejito se asomaba a la ventana y le decía a su viejita:

—María, mi jija, ¡mira qué hermosa están mij lechugaj! No hay náa en este sembrao como mij lechugaj.

Y el viejito se reía de gozo, y levantando su bastón le hacía cosquillas a la viejita. Pero ésta se asomaba entonces y llamando a su viejito le decía:

—¡Ay, Ramón, mi jijo! ¡Cuidao que tú están siego! Ponte epejueloj, mi jijo, pa que pueaj vel bien. ¡Lo más jelmoso que hay en toa la tala es mij máij y dimpuéj de mij máij mij rábanoj! ¡Qué colorafoj están loj rábanoj y qué veldesita están laj mataj de máij!

Y le metía al viejito un pellizco que le hacía decir que sí, que él estaba equivocado.

Y así pasaban los días; y una mañana, cuando el viejito se levantó y fué a la ventana a saludar el día, vió entre sus lechugas un bulto raro que parecía un animal. Volvió a mirar y entonces vió que aquel bulto se parecía a un chivo. Llamó a su viejita y le preguntó si ella veía lo mismo que él. Ella miró y comprendió que era un chivo.

Entonces el viejito empezó a andar a donde estaba el chivo y como era tan viejo se apoyaba en su bastón. Cuando llegó cerca del chivo, le dijo:

—Buenos días, señor Chivo. Yo venía a suplicarle que no se coma

<sup>1</sup> *talita*: terreno de poca extensión talado y dedicado al cultivo; sembrado.

mij rábanos y mij lechugas, puej nos han costao mucho trabajo. Ya usté se ha comío bastante y nojotros semos viejos y no podemos trabajar más. Se lo pío por su mae, báyase, señol Chivo, y déjenos gosal de nuestro trabajo.

Pero el chivo por toda contestación bajó la cabeza y se puso en posición de embestirle al viejo, y éste, al ver aquello, empezó a andar como si fuera un joven, y llamando a su viejita le decía:

—María, mi hija, ábreme la puerta que el Chivo me faja, <sup>1</sup> me faja si me alcanza. ¡Bendito sea Dios! ¡Tanto como jemos trabajao pa que agora benga ese diablo de Chivo a comerse tóo lo que díbamos a cosechar! ¿Qué va a ser de nojotros, María?

—Ten calma, mi hijo. Ustéej los jombres no saben jaser las cosas. Déjame dil donde el señol Chivo. Yo le desplicaré eja cuestión mejol que tú, y además como soy mujel me atenderá mejol que a ti. Nojotras las mujeres siempre sacamos mejol paffo en eja vía. Aguáidate y tú verás como a mí me ascucha lo que le voy a isir.

Y la viejita se fué donde el Chivo.

—Señol Chivo, buenos días. Benfa a isirle a usté que esa tala de máj m'ha costao mucho trabajo, y que soy una probesita vieja y que mi marfo y yo semos mu biejos y usté ej joben y...

El Chivo bajó la cabeza, se preparó para embestir y dijo:

—Mire, con pantalones o con faldas, lo mismo da. Lárguese de aquí antes de que yo la coja con mis cuernos y acabe con usté, porque si no...

—¡Ay, Ramón! ¡Por tu mae, abre la puerta ligero, que me coge el chivo! ¡Abre, mi hijo, abre, que me coge! ¡Ay, mi hijo qué animal más encibil! <sup>2</sup>

Y la pobre viejita cayó en un sillón, y temblaba como si tuviera mucho frío.

Y los dos viejitos no sabían qué hacer para desprenderse de aquel animal que había venido a abusar de ellos y a comérseles toda la hortaliza que ellos habían cuidado con tanto trabajo. ¡Y lloraba la viejita, y lloraba el viejito! Y cuando más tristes estaban, el viejito sintió una picada en la oreja y fué a rascarse; y al rascarse le cayó en la mano una cosa y vió que era una hormiguita brava. Y oyó que la hormiguita le decía:

—Si ustedes quieren que yo les libre de ese chivo que se está comiendo la hortaliza y la tala, prepárenme un saquito de azúcar y otro de harina para llevarles a mis hijitos, y yo les respondo que el chivo se irá y no volverá a molestarles.

Los viejitos dijeron que sí, que como no, que ellos le preparaban los dos saquitos, uno de azúcar y otro con harina para que se los llevara a sus hijitos; pero que les librara del chivo.

Y antes de que lo supieran, la hormiguita se tiró al suelo y anda y

<sup>1</sup> *me faja*: me embiste.

<sup>2</sup> *encibil*: incivil, mal educado.

anda y anda y anda hasta que llegó donde el chivo, y sin decirle nada, empezó a subírsele por una de las patas de adelante hasta que llegó a la frente, y le picó duro. El chivo levantó la pata para rascarse, pero ya la hormiguita estaba picándole la barriga, y el chivo levantó una de las patas de atrás para rascarse, pero la hormiguita se había pasado al otro lado y le estaba picando en el costado y le estaba picando, y el chivo no tenía bastantes patas para rascarse, y la hormiguita seguía picándole por todo el cuerpo y el chivo sufriendo sin poder rascarse; y creyendo que la tala y la hortaliza estaban llenas de hormigas, el chivo se echó en la tierra, se acostó y empezó a dar vueltas sobre el terreno para librarse así de las hormigas, pero el terreno era cuesta abajo, y el chivo empezó a rodar y a rodar y a rodar, mientras que la hormiguita volvió a su casa, a la de los viejitos, cogió sus saquitos, uno de azúcar y otro de harina para llevar a sus hijitos, y los viejitos se pusieron lo más contentos al verse libre del chivo, y siguen viviendo muy felices, y el chivo sigue dando vueltas y vueltas para librarse de las hormigas. Los dos viejitos gozando, el diablo del Chivo rodando, las hormiguitas riendo, y colorín colorao, ya mi cuento está acabado, y si no te ha gustao, échate pa'l otro lao.

#### 98. —LOS RATONES

Una vez los ratones vivían en una aldea. Algunas casas quedaban lejos de otras. Todos eran muy buenos vecinos y lo que era de uno era del otro.

Un día una ratona fué a hacer la comida y encontró que no tenía sal. Llamó a un ratoncito que fuera a casa de la *comae* ratona y le dijo que le mandara unos granitos de sal. El ratoncito se fué lo más contento, corriendo y pitando, pero en el camino se encontró con un gato que estaba acostado velándolo, y el ratoncito creyó que el gato estaba muerto y se fué a su casa y le dijo a la madre ratona:

Mamá, Nangato está muerto en el caminato.

La ratona se lo dijo a todos los ratones de la aldea y al momento todos se reunieron para ir al entierro. Prepararon una parihuela para llevar el cadáver del gato al cementerio. Llegaron al sitio donde estaba el gato; éste dejó que los ratones hicieran de él todo lo que quisieran. Los ratones cogieron el gato y lo pusieron sobre la parihuela, y marcharon hacia el cementerio con el gato. Los ratones iban rezando y decían:

—El que nos hace mal, hagámosle bien. El que nos hace mal, hagámosle bien.

Y ésta era la principal ceremonia.

Cuando llegaron al cementerio decidieron que algunos ratones debían bajar a la sepultura para acomodar mejor el cadáver. Bajaron muchos de los grandes y gordos, y cuando el gato vió el momento

oportuno, dió un salto y cayó sobre los ratones en tal forma que éstos empezaron a gritar:

—¡Mi cuchillo! ¡Mi cuchillo!

Y desde ese tiempo, cuando los ratones ven al gato acostado es cuando más miedo le tienen.

#### 99.—a. LA CUCARACHITA MARTINA

Esta era una vez y dos son tres que había una Cucarachita Martina que se encontró un chavo. Ella empezó a ver en qué lo iba a comprar, pues quería que le durara mucho, y decía:

—Si lo compro en pan, se me acaba; si lo compro en sal, se me acaba; si lo compro en habichuelas, se me acaba; y así decidió comprarlo en almidón para empolvase.

En seguida se fué a su casa, se bañó, se empolvó y se sentó en el balcón para ver los jóvenes que pasaban. Acertó a pasar por allí un buey, y al verla, le dijo:

—Cucarachita Martina, ¡qué linda estás hoy!

—¿Cómo tú haces?—le preguntó ella.

—Muuu, muuu;—respondió el buey.

—Ay, no, no; que me asustas.

Más tarde pasó un gato y ella le preguntó:

—¿Cómo tú haces?

—Miau, miau, miau;—respondió el gato.

—Ay, no, no; que me da miedo.

Y así fueron pasando uno por uno todos los habitantes de aquella ciudad, hasta que pasó por allí el Ratoncito Pérez.

—Ratoncito Pérez, ¿cómo tú haces?—le preguntó la Cucarachita.

—Chin, chin, chin;—dijo el Ratoncito.

—Ay, sí, sí; tú me gustas; me voy a casar contigo.

Un día después de casados la Cucarachita estaba cocinando. Dejó por un momento la cocina sola, cuando se presentó Ratoncito Pérez, se asoma a ver lo que ella estaba cocinando, y ¡pum! se cayó en la olla.

Cuando la Cucarachita vino, se encontró con el Ratoncito muerto, y empezó a cantar y a llorar a un mismo tiempo:

Ratoncito Pérez—se cayó en la olla.

La Cucarachita Martina—lo canta y lo llora.

Y se acabó mi cuento con ají y pimiento; y el que lo está oyendo, que me haga otro cuento. .

#### 99.—b. LA CUCARACHITA MARTÍNEZ Y EL RATONCITO PÉREZ

La Cucarachita Martínez y el Ratoncito Pérez se habían casado y vivían muy felices en su casita. Un día el Ratoncito se encontró unos granitos de maíz y le dijo a la Cucarachita que los cocinara. La Cuca-

rachita estaba muy ocupada lavando la ropa y no pudo ir a la cocina a cocinar el maíz. Entonces el Ratoncito, sin saber, se puso a menear la olla donde estaban los granos de maíz, pero no alcanzaba muy bien, y se cayó dentro de ella, de la olla.

A los gritos del pobre Ratoncito llegó la Cucarachita pero lo encontró muerto. Desde entonces la Cucarachita siempre canta lo siguiente:

El Ratoncito Pérez, cayó en la olla;  
la Cucarachita Martínez lo canta y lo llora.

### 99.—c. LA CUCARACHITA MARTINA

Una vez una cucarachita se encontró un chavo y pensó:

—¿En qué lo gastaré? Si lo compro de pan, se me acaba, si lo compro de queso o de arroz, también se me acaba.

Después de mucho cavilar dijo:

—Lo compraré de polvo.

Lo compró de polvo, y después de empolvarse hasta quedar bien blanquita, se sentó en el balcón de su casa.

Pasó por allí un perro y le dijo:—Ay, Cucarachita; ¡qué linda estás! ¿Te quieres casar conmigo?

Le dice la Cucarachita:—¿Y cómo tú haces de noche?

Entonces el perro empezó a ladrar:—¡Juau, juau, juau! Y la Cucarachita le dice:—¡Ay, no Perrito, que me asustas!

Luego pasó por allí un cabrito y le hizo la misma pregunta a la Cucarachita, pero ella también le cogió miedo y no se quiso casar.

Después pasó un gato, un caballo, un buey, etc., pero a la cucaracha no le gustaba ninguno.

Por fin pasa por allí un ratoncito y le dice a la Cucaracha:

—¡Ay, Cucarachita! Tú no sabes lo mucho que yo te quiero; ¿te quieres casar conmigo?

—¿Y cómo tú haces de noche?

El ratoncito hizo como él hacía de noche, y la Cucarachita quedó encantada de mucho que le gustó.

—Con mucho gusto me casaré contigo, Ratoncito.

Y se casaron.

La Cucarachita todos los días se empolvaba, y el Ratoncito estaba cada día más enamorado de ella.

Y colorín colorao,  
este cuento se ha acabado. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Cp. «La Hormiguita», Fernán Caballero (*Obras completas*, Madrid, t. XVII, páginas 5-8); «A Carochiña», Coelho (*Contos populares portugueses*, t. I).

## 100. — EL BAILE DE LOS ANIMALES

Vivían juntos el león y la leona en las cercanías de un bosque, y tenían por compañeros y vecinos a una turba de parejas tales como el caballo y la yegua, el burro y la burra, el gato y la gata, el buey y la vaca, el perro y la perra, el chivo y la chiva, etc.

Llegóse un día en que el león y la leona se morían de hambre.

—Hay que hacer algo—decía la señá leona al señó león;—vamos a morir de hambre siendo los más fuertes, cosa que no debe ser, pues está escrito que «el pez grande se coma al pequeño».

—Verdá es; hay que hacer algo. Se me ocurre una idea,—dijo el león después de meditar un momento.

—A nosotros, la carne que más nos gusta es la de chivo; es la más fina, más sabrosa... Ya que vamos a comer, comamos bueno; comamos como reyes. Verás, Leona, señora mía. Haremos un gran baile. Tú que tienes amistad con todos los vecinos invitarás a todas las *comaes*, y al venir las *comaes*, vendrán con ellas los *compaes*, y te aseguro que no sospecharán nada. En medio del baile echaremos mano del *compae* Chivo y su Chiva de este modo: haremos una hoguera muy grande; calentaremos agua, y en un descuido, cuando esté bailando la parejita, de un empujón mío caerán en el fuego, y ya están cogidos. Lo demás lo arreglaremos más luegoito.<sup>1</sup>

El hambre apretaba; había que andar de prisa. Salió la leona, y el león quedó haciendo los preparativos para el baile.

—¡Hola, *comae* Yegua!—dijo la Leona al tropezar en el bosque con su amiga.

—¡Hola, *comae* Leona! ¿Qué hace usted por aquí?

—Pues venía a invitar a ustedes para un baile que damos en casa. Usted y el *compae* Caballo tienen buenos palillos para tocar el bombo, y los necesitamos.

—Iremos, iremos, *comae* Leona. Hacía falta alguna diversioncita. Iremos y tocaremos.

Siguió su camino la Leona.

—*Comae* Burra, vamos esta noche a un bailecito repicado que tenemos. La *comae* Yegua y el *compae* Caballo van y piensan tocar el bombo. Usted y el *compae* Burro si quieren ir también tocan el bombardino.

—Iremos, *comae* Leona, bien temprano.

Siguió su camino la señá Leona cada vez más aprisa porque más le apretaba el hambre. Fué donde el Gato y la Gata, donde el Buey y la Vaca, y en llegando donde la *comae* Perra, le dijo:

<sup>1</sup> *más luegoito*: más tarde, después.

—*Comae*, esta noche hay el gran baile en casa. Tiene que ir y si el *compae* Perro quiere, también puede ir.

—Yo voy, —gruñó el Perro;—pero ella no irá.

—Voy, voy, voy; —ladró la *comae* Perra.

—No, no, no; —ladraba más duro el Perro.

—Me voy en seguida, —dijo la *comae* Leona; - tengo que invitar a la *comae* Chiva.

—Yo la acompañaré, dijo el *compae* Perro, —pues quiero hablar con el *compae* Chivo.

El Perro y el Chivo eran íntimos amigos y resolvieron ir los dos juntos al baile y protegerse mutuamente si fuere menester. Ya en el baile era preciso ver y oír aquel jaleo. Bailaban las parejas y la música era de la más selecta y armoniosa. Era una orquesta completa de chillidos, ladridos, aullidos, gemidos, acompañados de una melodía acordísima del rugir del León y la Leona, el relincho de la *comae* Yegua y del *compae* Caballo, alternado con el tamboreo de las patas de ambos y el sonido bombardesco sostenido por la *comae* Burra y el *compae* Burro.

Mientras el *compae* Chivo ojeaba y daba saltitos de un lado a otro; el presentimiento le trafa muy intranquilo.

En una de sus vueltas dió con la *fogorá*,<sup>1</sup> y llamando al Perro su compañero, le dijo:

—Corremos peligros, amigo; ese fuego es para usted, y para mí. Si queremos que no peligre la pelleja, mejor será que nos marchemos inmediatamente.

Dicho y hecho. Salieron como un relámpago, volviendo la cabeza a cada instante para asegurarse que no les seguían.

El *compae* León al ver que se le habían escapado, pues contaba también con el Perro, ya que no había venido la *comae* Chiva, furioso salió detrás de ellos.

Había llovido mucho, y al llegar nuestros amigos al paso del río lo encontraron tendido. El *compae* Perro se tiró al agua y cruzó. El *compae* Chivo, desesperado, no sabía qué hacer. Apuro más grande que éste no había pasado en su vida el infeliz. A un lado el León y al otro el agua; a cual de los dos más temible enemigo.

Escondióse en un *ballao*<sup>2</sup> y cubrióse todo con la paja, mas desgraciadamente se le quedó el rabo por fuera. Llegó el León furioso. El Perro, del otro lado, le hacía burla y se mofaba de él haciéndole bur-las y muecas. *Compae* León desató su cólera tirándole con lo que encontraba.

—¿A que no me tiras con aquella pajita, resalao?—dijo señalando el *ballao*.

—Con una pajita, no; con este montón;—rugió el León. Y cogiendo el montón de pajas lo tiró al Perro.

<sup>1</sup> *fogorá*: el fuego, la hoguera.

<sup>2</sup> *ballao*: montón de paja seca

Saltó el Chivo brincando y berreando de alegría.

—Gracias, gracias;—decía.

—Eso, eso era lo que yo quería.

El rabo me pelaste,  
pero me pasaste.

Y de aquí por qué los chivos no tienen rabo sino un tuquito.<sup>1</sup>

### 101.—EL LEÓN, EL PERRO Y EL GATO

Ejta era una bej quel León tenía una flejta de tooj loj animalej que tubieran cuelnoj, y se puso a regal la notisia pa que se prepararan pa un día que él nombró. El Gato y el Perro querían dil a la flejta, y como no tenían cuelnoj, puej jisieron un trato y se jueron a una tienda y cogieron una cajeta e cartón y se pusieron a jacel cuatro cuelnoj. Y el Perro se loj puso y le qearon erechitos, y el Gato se loj ponfa y se le bajaban pa bajo. Les yegó el momento de dilse y se jueron tooj y el Gato no jué. Ahora el Perro cogió el tambol y siguiieron y comensó la música a tocal.

—Dendemasdemiré, dedemajuá, majuá, majuá.

Priquitf, priquitf, tf, tf, tf, tá.

(Ejto úrtimo era el Perro en el tambor).

Sale el Gato a la banda de acá y le grita:

—*Compae* León, patiniscominués.

--Me llaman; ¿qué es lo que dice?

--Na jombre, que hay tiempo que abansemos, que nos va a cogel; -decía el perro.

Y vuelve y rompe la música.

—Dendemasdemiré, demajuá, majuá, majuá.

Priquitf, priquitf, tf, tf, tf, tá.

—*Compae* León.

—Patiniscominués.

—Ajcucha,—dise el Gato.—Que hay uno que no tiee cuelnoj.

—Paren;—dijo el León.

Y comiengan a regijtrar los animalej. Y vienen aonde el Perro y le menean loj cuelnoj y se le caen, y lo cogen, ¡fris! y lo sumban<sup>2</sup> al agua; y parte agua y parte agua, y cuando sale llega aonde mesmo ejta el Gato. Llega y se sacúe: fras, fras, fras, fras; y cuando el Gato lo vé arranca carrera y se sube a un palo de aguacatej maúroj y le tira-ba laj pepitaj al Perro. Y\*cuando el Perro vió que el Gato no se tira-ba, y él estaba flaco dice:

—No; yo me boy, porque yo no me boy a moril de jambre, y éste no se tira.

<sup>1</sup> *tuquito*: muñón.

<sup>2</sup> *sumban*: echan.

Y antonse se tira el Gato, goldo, muy goldo, y se ba pa su casa.  
Y deje antonse es que el Gato y el Perro no se yeban.

## 102.—LA GATA

Esta era una vez que había una gata que era vaguísima, vaguísima, y siempre estaba pidiendo para comer porque y que estaba enferma. Y un día coge y se va en casa de la zorra que era médica y le dice que ella iba a pedirle un remedio para sudar porque no sudaba y se encontraba muy débil. Y la zorra llegó y cogió dos liebres y las mete dentro de un saco, y le dice:

—Tenga esta botella de vino y esta carne que lleva aquí dentro de este saco. La carne va cocida. Coja por esta carretera. (A poca distancia había una palma). A donde quiera que le dé hambre, usted suelta el saco y coge un *canto* de carne y se lo come, y después coge un poco de ese vino y se lo toma, y después coge el saco y sigue andando.

Y como se trataba de carne, la gata cogió seguida y un poquito más allá de la casa se sentó y abrió el saco y le salen las dos liebres, y ella coge alante y las dos liebres detrás; y la gata llegó a la palma, y le pegó el pecho a la palma derecho arriba, y después que estaba arriba en la palma, dice:

—¡Jasú! <sup>1</sup> hasta el diablo suda.

Y se sacudió el sudor.

## 103.—COMPAE CONEJILLO

Pues esta era una vez que había un conejillo y un tigre; que el tigre se quería comer al *compae* Conejillo, pero nunca lo podía coger porque era tan chiquitito. Un día cogió el *compae* Tigre muchos muchachitos y puso una escuela en la orilla del camino por donde tenía que pasar el Conejillo, y les dijo a los muchachos que cuando vieran venir al *compae* Conejillo que se pusieran a gritar y a llorar y a decir:—Se nos murió el maestro, y hoy no tenemos quien nos dé lecciones.

Cuando el *compae* Conejillo los sienta, él tiene que llegar aquí y subir arriba porque él sabe leer. Bueno, y los muchachos comienzan a gritar cuando llegó el *compae* Conejillo.

—¿Qué pasa?

—Que el maestro se murió y no tenemos quien nos dé lecciones.

—¿Y cuando él se murió no levantó una pata?

—No, señor.

—¡Ah, no! Pues muerto que no levanta pata no es muerto.

Y se fué.

<sup>1</sup> *Jasu*: Jesús.

Y otro día lo encontró el Tigre que iba con dos docenas de sogas y le dice:

—Hoy te como.

—Cómame, cómame; para lo que vamos a pasar.

—Y ¿qué es lo que vamos a pasar?

—No, no me pregunte. Para lo que vamos a pasar, cómame.

El *compae* Conejillo tenía un periódico viejo en las manos y dice:

—Mire; en el año 93 va a hacer una tormenta de *arranca tocones*, y tan sólo aquel tocón que está allí va a quedar.

—Ay, pues amárrame a mí, que tú eres chiquito y a donde quieras te puedes alojar.

Llega *compae* Conejillo y se pone a amarrar al *compae* Tigre. Lo amarró con doce sogas y con las otras doce cogió y dobló seis y le dice:

—*Compae* Tigre, aquí va la primera *tribuná*.<sup>1</sup>

Y le estofó<sup>2</sup> seis sogas por un lado. Después le dice:

—*Compae* Tigre, ¿usté ha visto tormenta sin *birazón*?<sup>3</sup>

Y se le cambió por el otro lado con las otras seis y se las estofó encima y después lo dejó allí amarrado y se fué.

A los dos o tres días pasaron unos becerritos, unos gorditos y alante uno flaco que les dice a los otros.

—Vayan a soltar ese que está ahí amarrao si les parece.

Pero pasaron de largo.

Después viene un mono.

—Ay, Monito, suéltame.

—No, tú me comes.

—Ay, Monito, nó; yo no te como.

El mono se puso a soltarlo, y al lado del tocón había una palma de corozo; y cuando el mono lo soltó, el Tigre lo agarra, y le dice el *compae* Conejillo que estaba *trepao* en la palma:

—Eh, *compae* Tigre; así no se come el mono. Tírelo para arriba y espérelo en la boca.

Cuando lo tiró para arriba, llegó él *compae* Conejillo, ¡friá!, y le tiró una piedra. El Tigre cayó achocado<sup>4</sup> en el suelo, y el Conejillo y el Mono arrancan y se van.

Después el Tigre, como Dios le ayudó, se levantó; y un día estaba el Conejillo trabajando en un cerro y el *compae* Tigre se le mete en la casita, pero él lo vió cuando se le metió al ranchito y dice:

—Ranchito mfo, ranchito mfo. ¡Jum! Cuando mi ranchito no responde es porque hay gente.

Y dice el *compae* Tigre de adentro:

—¡Uh! ¿Quién ha visto rancho responder?

<sup>1</sup> *tribuná*: troná? por tronada?

<sup>2</sup> *estofó*: amarró con.

<sup>3</sup> *birazón*: cambio.

<sup>4</sup> *achocado*: sin sentido.

Y *engancha* por allí para abajo y se fué.

Un día estaba el *compae* Conejillo en el camino y pasaba uno con una carga de queso, y se le metió dentro de las banastas, y le sacó unas cuantas yuntas <sup>1</sup> de queso seco, y después se tiró y se apeó. Se va a la orilla de un charco que había allí y hacía una luna muy grande. Conejillo llega y se sienta encima de una piedra y se pone a comer queso.

Ve venir al *compae* Tigre y escondió los quesos, pero se quedó con un *canto* en las manos.

Dice el *compae* Tigre:

—Ay, ahora sí es verdad que te como.

—Mire, tenga y pruebe.—Y le dió el canto de queso.

—Ay, qué bueno está esto *compae* Conejillo. ¿De adónde ha sacado usted esto?

—Mire, fíjese; de ahí abajo. Ahora mismo me tiré allá abajo, me amarré una piedra en los pies, y fíjese.

—Ay, pues *compae* Conejillo, amárreme.

Y le amarró una piedra grande, y lo tiró dentro del charco. Y el *compae* Conejillo cogió sus quesos y arranca <sup>2</sup> para su casa y lo dejó allí en el agua. Allí como Dios le ayudó, salió el *compae* Tigre de dentro el charco.

Y un día está el *compae* Conejillo sancochando <sup>3</sup> unos huevos en su casita y él no tenía más que una sola puerta en su casa. Llegó el Tigre y le dice:

—Ah, hoy sí es verdad que te como.

—Sí, hombre. Córame; si yo me estoy muriendo. Tenga; ayúdeme a tirar todos mis *cascos* para abajo.

Y comenzó a tirar y a botar, y después le dice:

—Tenga, tíreme ese limatón, pero bien lejos, que nadie lo encuentre.

Llega el Tigre y coge la lima y la tiró lejos, y el *compae* Conejillo se fué *arreguindao* del limatón, y cuando lo botó allá, dice:

—¡Eh, si usted ya no me quiere!

—Mira cómo yo he botado a Conejillo, pero no te apures. Yo te como.

El Tigre estaba enamorado de la Zorra, y el *compae* Conejillo hizo una apuesta con la Zorra a que iba montado a caballo en el Tigre allá a su casa de ella. Dícele la Zorra al Tigre que tenía ganas de bailar; y el único que sabía tocar en aquel barrio era *compae* Conejillo. Bueno, y él le dijo que sí, que él hacía un baile, y dice:

—Ahora lo traigo a tocar y me lo como, porque apago las luces y entonces me lo como.

Llega el Tigre y le habla al Conejillo para un baile, y él le dijo que

<sup>1</sup> *yuntas*: pares.

<sup>2</sup> *arranca*: escapa, huye precipitadamente.

<sup>3</sup> *sancochando*: salcochando, cocliendo.

sí, que si no estaba enfermo, él iba. El sábado va a buscar el *compae* Tigre a Conejillo, y cuando éste lo vió venir llegó y se empató <sup>1</sup> la cabeza con muchas hojas y se amarró un pañuelo. Llegó el *compae* Tigre y dice:

—A buscarte vengo, Conejillo.

—Ay, yo me estoy muriendo. Tengo una fiebre terrible.

—Yo lo llevo al hombro.

Y cuando se montó, se cayó y dice:

—Ay, yo no puedo ir así. ¿Quiere que le ponga una rodilla <sup>2</sup> vieja que tengo ahí?

—Póngala.

Llegó y se montó, y ¡pup! para el suelo.

—Ay, si yo me he metao.

—Pero, *compae* Conejillo, acabe de hacer lo que tiene que hacer.

—Mire, le voy a poner unas banastitas <sup>3</sup> viejas y un aparejito viejo.

—Póngalo.

Llegó y lo ensilló bien, y después se puso él unos espuelines y le puso un freno y una buena serrreta <sup>4</sup> al Tigre, y llega y se monta y coge el cuatro <sup>5</sup> debajo del brazo y arranca. Le pegó los espuelines y un azote al Tigre y éste arranca a correr. Y pasa por la casa de la Zorra donde había muchísima gente esperando al músico, y le dice a la Zorra:—¡Adiós!

Después viró para atrás en el Tigre, y se metió debajo de la casa y cogió y lo guindó. Se subió para arriba a tocar y todo el mundo bailando, y él tocando.

Llega el Lobo y se apea, y mira debajo de la casa, y le dice el *compae* Tigre:

—Ay, mire; suélteme de caridad de Dios.

Y lo soltó, y lo desensilló, y se subieron para arriba. Y dice el Tigre:

—*Compae* Conejillo, tóqueme un vals, pero un vals bien tocao.

—Sí, sí. Pero me voy a subir allí a la esquina de la casa porque aquí hace mucho calor.

Y se subió a la *solera*, y tocando con una mano y descubriendo la casa con otra. Y entran a valsear a todo escape, y apagan las luces y el *compae* Conejillo arranca y se va. Y al otro día vino donde la Zorra a buscar la apuesta y le dice el *compae* Tigre:

—Mire usted; se puede quedar a sus lindas, que ya yo no puedo con usted.

Y desde aquel día, y desde aquel entonces no lo persiguió más.

<sup>1</sup> *se empató*: se cubrió.

<sup>2</sup> *rodilla*: cojín de hollejo, junco o lona, que se pone a las bestias debajo del aparejo para comodidad y defensa.

<sup>3</sup> *banastitas*: dim. de banastas, o sea aguaderas.

<sup>4</sup> *serrreta*: bocado.

<sup>5</sup> *cuatro*: instrumento músico popular, parecido a la guitarra pero con cuatro cuerdas solamente y más pequeño.

## 104.—EL LORO Y SU NUEVO AMO

Hace mucho tiempo vivía en Cataño <sup>1</sup> cierto trabajador que poseía un loro. Este animalito hablaba todo lo que oía excepto el nombre de su pueblo natal, pues no podía decir Cataño.

Un día vino un señor a dicho pueblo, y al ver al loro se lo salió a comprar al amo. Éste le dijo todas las cualidades del loro, y también le dijo que no podía decir el nombre del pueblo. El señor le dijo que esto no era nada porque él se lo enseñaría. Y se llevó el animal.

Al día siguiente el nuevo amo se sentó al frente del loro y le dijo:—Dí Cataño.—Y el loro callado.

—Pero, mira; tú debes aprender a decir ese nombre, porque cuando te pregunten en dónde naciste, no vas a poder contestar.

Pero el loro no decía nada. Entonces el amo se calentó tanto que le dijo:

—¿Vas a decir Cataño? Mira, te voy a meter una *patá*, te voy a meter una *bofetá*, te voy a estrangular.

Y al ver que el pobre animalito no decía nada, lo cogió por el pescuezo y le dijo: Si no me dices Cataño, te mato.—Y como el loro no pronunció palabra, le dió dos o tres vueltas y luego lo tiró. El loro fué a caer al gallinero.

Al día siguiente, cuando el amo pasaba por el gallinero, sintió ruido de gallinas y creyó que se las estaban robando. Fué a ver lo que pasaba y vió con gran espanto, una gallina muerta por aquí, otra por allá, una agonizando más allá. Siguió registrando aquel lugar, y en un rincón vió al loro que tenía una gallina cogida por el pescuezo, y que le gritaba:—Dí Cataño o te mato; dí Cataño o te estrangulo.

Y como las pobres gallinas no hablaban, las mató casi a todas; mas aprendió por fin a decir Cataño.

## 105.—EL LORO QUE COMÍA CHORIZOS

Esta era una vez y dos son tres que había un loro que le gustaban mucho los chorizos. Él esperaba a que la cocinera saliera de la cocina para ir a sacar el chorizo de la sopa. Un día la cocinera se puso a velar a ver quién era el que se comía diariamente el chorizo; se escondió detrás de una puerta y al poco rato vió que el loro se paraba frente a la cachirola <sup>2</sup> y metía la cabeza dentro de ella para sacar de allí lo que a él tanto le gustaba. Ella no le dijo nada, pero más tarde, cuando

<sup>1</sup> *Cataño*: población al sur del puerto de San Juan.

<sup>2</sup> *cachirola*: cacerola.

el caldo empezó a hervir, ella cogió al loro por las patas y le metió la cabeza dentro de la *cachirola*. El pobre loro mudó todas las plumas de la cabeza, quedándose calvo.

Cierta día vino a la casa un amigo. Ya era hora de comer y el señor fué invitado para que los acompañara a la mesa. Mientras comían, el loro empezó a dar vueltas alrededor de la mesa. Logró subirse a los hombros del invitado, y al notar su calva tan grande, le preguntó riéndose:—¿Tú también comías chorizos?

#### 106.—UN LORO CHARLATÁN

Por allá, muy lejos, en un pueblo muy chiquitito, había un hombre que tenía una tienda y un loro. Este hombre debía un dinero y le avisaron que tal día le irían a cobrar. Él estaba muy asustado porque estaba bruja.<sup>1</sup> Cuando él creyó que vendrían a cobrarle le dijo al dependiente que cuando lo vinieran a procurar dijera que él no estaba allí. El loro lo oyó y cuando vino el hombre a preguntar por el dueño de la tienda el loro le contestó:—Él dijo que le dijera que él no estaba aquí.

Entonces el hombre preguntó el sitio en donde se encontraba el amo y el loro contestó muy ligero:—Está en el cuarto.

El amo que estaba muy rabioso, salió, le metió una *patá* al loro y lo mató. Y como el amo no pudo pagar el dinero, el otro le metió unas cuantas *bofetás* y casi lo dejó como al loro.

#### 107.—UN AMO DESPREOCUPADO

Había una vez una familia que tenía muchos animales y entre ellos un loro y un gato. Este gato siempre estaba velando a los animales más chiquitos para él comérselos.

Un día llegó a la casa una visita. Y el loro se puso a oír de lejos lo que ellos hablaban. Como estaba tan distraído con la conversación, no se dió cuenta que muy cerca de él estaba el gato velándolo. Éste dió un brinco, empuñó al loro entre las patas y empezó a comérselo. El loro empezó a gritar y decía:

—¡Mi amo! ¡Que me come el gato! ¡Mi amo! ¡Que me come el gato!

Como el dueño estaba entretenido no le hizo caso, pero al oír la gritería que tenía el loro fué a ver lo que le pasaba a éste. Cuando llegó, el gato se había comido casi todo el cuerpo del loro, dejándole solamente la cabeza por fuera. El loro al ver al amo le dijo:—¿Ya pa qué?

<sup>1</sup> *bruja*: sin dinero.

## 108.—EL LOBO, LA ZORRA Y LA MIEL

Había una vez un lobo que vivía muy cerca de una zorra y eran muy buenos amigos. La zorra tenía un par de zorritos y los cuidaba muy bien. Un día paseaban ellos por el bosque y se encontraron un calabazo de miel, y como el lobo lo había visto primero, se lo llevó a su casa y le dijo a la zorra que prepararía una gran comida y que se comerían la miel como postre.

La zorra dijo que estaba bien, pero empezó inmediatamente a pensar en la forma de quedarse con la miel. Después de mucho pensar le dice al lobo una mañana:

—*Compae* Lobo, estoy invitada a un bautizo a servir de madrina y tengo que ir, pero no me atrevo a dejar los nenes solos.

—Váyase, amiga, no sea tonta. Yo le cuidaré los nenes. Y no se olvide de mí si dan dulces.

Y la zorra, después que dejó al lobo en su casa cuidándole los nenes, se metió en la casa de aquél y empezó a comer miel del calabazo.

Cuando volvió a su casa le preguntó el lobo:

—Bueno, amiga; ¿y qué nombre le pusieron al nene?

—«Empecé-la»—respondió la zorra.

—¡Ay, Jesús, qué nombre más raro!

—Sí, muy raro es; pero ¿qué vamos a hacer?

Y pasaron varios días y otra mañana se presenta la zorra en casa del lobo a decirle que estaba invitada a servir de madrina otra vez.

—¿Le parece bien que vaya, amigo?

—¡Váyase, amiga! ¡Váyase y diviértase!

Y el lobo se fué a cuidar los nenes de la raposa y la raposa se metió en la casa del lobo y se comió otro poco de miel. A la noche volvió a su casa, y el lobo le preguntó:

—¿Y qué nombre le pusieron a este nene, *compae* Zorra?

—«Mitadé-la», *compae* Lobo.

Y al cabo de algún tiempo otro bautizo y otro viaje de la zorra a la casa del lobo y otro día que pasó el lobo cuidando los zorritos.

Por la noche llegó la zorra y el lobo volvió a preguntar:

—Y a este nene, ¿qué nombre le pusieron?

—«Acabé-la».

Y así que pasaron varios días le dice la zorra al lobo:

—Bueno amigo, me parece que ya es tiempo de que tengamos esa gran comida en la que tendremos miel como postres.

—Pues ahora mismo,—dijo el lobo.

Y se dirigieron a la casa de éste y comieron varias cosas y llegó el momento de servir los postres y el lobo se encontró con que el calabazo estaba vacío.

El lobo acusaba a la zorra y la zorra acusaba al lobo, y después de una gran discusión, la zorra dijo:

—No hay que discutir más. El que come miel, miel suda cuando duerme. Acostémonos y al despertar se verá quien tiene razón.

Aceptó el lobo esta proposición y se acostaron; pero tan pronto la zorra se convenció de que el lobo estaba dormido, ella se levantó y tomó el calabazo y dejó escurrir sobre la barriga del lobo el poquito de miel que allí había quedado. Entonces se acostó y se puso a esperar a que el lobo despertara.

Cuando el lobo se despertó y vio que tenía miel en la barriga le dijo a la zorra:

—*Comae Zorra*, yo tengo miel en la barriga, pero le juro a usted que no me acuerdo de habérmela comido.

—Puede ser, puede ser—dijo la zorra;—hay muchas personas que son sonámbulos y quizás en sueños se la haya comido usted, *compae* Lobo. Quizás si usted es sonámbulo. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase «El Lobo Bobo y la Zorra Astuta» en Fernán Caballero (*Obras completas*, Madrid, t. XVII, p. 9-14).

IX

CUENTOS CÓMICOS



Esta era una vez y dos son tres que había un rey bastante testarudo que sólo quería que se hiciera todo a su gusto. Este rey tenía una hija muy hermosa, y eran muchos los príncipes que andaban enamorados de ella. Pero como el rey era tan testarudo los príncipes tenían miedo de ir a pedirle la mano de la princesa.

Sucedió que por los alrededores del palacio andaba un pastor joven que era un chico muy bueno y muy querido por todos los campesinos por las muchas obras de caridad que él hacía. Este pastor estaba también enamorado de la princesa, pero se atrevía aún menos que los príncipes a ir a pedirla sabiendo que él no era más que un simple pastor. Él cantaba muy bien y a la princesa le gustaba mucho su voz y también el mozo, pues el pastor era muy buena figura.

Pasó algún tiempo, y el rey se decidió a buscarle un marido a su hija; pero como era tan raro, dijo que el hombre que quisiera casarse con ella tendría que traerle tres cosas que él pediría. Pensó y pensó en lo que iba a pedir; y un día mandó avisar a todo el mundo que dejaría casar a la princesa con el hombre que le trajera un vaso con todas las aguas, un ramo con todas las flores, y un puñado de avellanas de ¡ay... ay... ay!

Y vinieron muchos príncipes del país y de otras tierras, pero al enterarse del deseo del rey se volvían desilusionados porque sabían que no podían encontrar las tres cosas que el rey pedía.

Y sucedió que el pastor también se enteró del deseo y de la promesa del rey, y decidió irse en busca de las tres cosas: el vaso con todas las aguas, el ramo con todas las flores y el puñado de avellanas de ¡ay... ay... ay!

Y cantando se fué anda que te anda, anda que te anda, anda que te anda, hasta que llegó a un campo donde había un bohío con luz en la sala. El pastor tocó a la puerta para pedir permiso y pasar allí la noche, pero como no salía nadie, se metió dentro y echó a andar por todos los cuartos. Y no vió a nadie, pero en eso llegó a la cocina, y allí se encontró con un bobo que miraba una olla que estaba en la candela, y se reía.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó el pastor.

—Sacando las que vienen y esperando las que han de venir;—dijo el bobo. Y era que estaba sacando los frijoles que flotaban en el agua y esperando los que tenían que subir del fondo de la olla.

—Y tú, ¿no tienes padres?

—Sí;—dijo el bobo,—pero están buscando la comida de ayer.

Y era que sus padres recogían en los campos los copos de lana que las ovejas dejaron entre las zarzas, para venderlos y pagar con el dinero que sacaran la comida del día anterior.

Y entonces pensó el pastor que este bobo le podría decir algo sobre las tres cosas que él buscaba. Y se lo dijo, y el bobo le indicó cómo podía conseguirlas.

Fuése el pastor, y después de andar y andar, llegó a la corte y mandó aviso al rey de que él tenía las tres cosas que exigía por la mano de la princesa.

Cuando la princesita lo supo, se alegró mucho, pero seguido se puso muy triste, pues sabía que su padre mataría al pastor si éste se había equivocado.

Por fin llegó el pastor al palacio del rey, y éste le preguntó:

—¿Es cierto que encontraste lo que pido?

—Sí, señor; aquí las tengo conmigo.

—Bueno; pues dame la primera.

Y el pastor le presentó un vaso de agua.

—Ese es el vaso que tiene todas las aguas, porque es agua del mar donde van a parar todas las aguas de las lluvias, de los ríos, de los arroyos, de las fuentes y de las quebradas.

—Muy bien;—dijo el rey;—has traído la primera. Vamos a ver la segunda. ¿Dónde está?

—Tómela, señor;—y el pastor le entregó un panal de miel diciéndole que ése era el ramo de todas las flores porque las abejas habían sacado la miel de todas las flores.

Muy bien, muy bien;—dijo el rey.—Pero vamos a la última.

—La he traído en este cesto, señor; sáquelas usted.

Y el rey metió la mano en el cesto, pero tan pronto llegó al fondo, empezó a gritar:

—¡Ay... ay. . ay!

Y era que en el cesto, el pastor había puesto unas cuantas cocolías<sup>1</sup> que mordieron los dedos del rey tan pronto metió allí la mano.

Y la princesa se alegró de su triunfo y se puso muy contenta. Se preparó todo para la boda, y a los pocos días se casaron y vivieron muy felices, y a mí me dieron arroz y perdices.

## 110.—ASÍ

El cura de un pueblo fué a ver a sus feligreses en el campo. Tenía que pasar un río y le rogó a un muchacho que estaba allí que lo ayudara a pasar. El muchacho no se decidió pronto a pasarlo, pero el

<sup>1</sup> *cocolías*: especie de cangrejo de mar.

cura le ofreció dinero y él le dijo que lo pasaría. Cuando estaban lejos de la orilla el muchacho dejó caer al cura al agua y salió a nado. Llegó a su casa y le dijo a su mamá que si el cura llegaba y le preguntaba como él se llamaba que le dijera que *Así*. La madre protestaba, pero él le decía:—Madre, diga como le digo, que me conviene.

Al poco rato llegó el cura ensopado. Al ver al muchacho deseó vengarse y le preguntó a la madre cuánto quería por dejar al muchacho irse con él. Preguntó cómo se llamaba y la respuesta fué: *Así*.

—¡Qué nombre raro!,—dijo el cura. Por fin, ofreció bastante dinero y *Así* se fué con el cura, que todo el trayecto iba pensando cómo se podía vengar. Se lo llevó al pueblo y pensó que podía castigarlo metiéndole miedo. Puso en el campanario unas calaveras haciendo que tocaban las campanas, y le dijo por la noche al muchacho:

—Mira, *Así*; esta noche tienes que ir a media noche y tocar las campanas.

*Así* fué y tocó las campanas y no le dió miedo ver aquellos esqueletos meciéndose en el aire. El cura vió que su método no había surtido efecto y pensó castigarlo al día siguiente. Por la mañana le dió un canasto y le dijo:

—*Así*, hoy vas y me traes cinco centavos de hay y no hay, y cinco de nada y no nada.

*Así* cogió la canasta y a todos los que le preguntaba si podían decirle en qué sitio podía encontrar lo que el cura le había encargado se echaban a reír. *Así* salió del pueblo llorando y caminando por el campo llegó a un río y se sentó a la orilla con la idea de no volver a la casa del cura. Distraídamente tiró un corcho al agua y vió que se quedaba a flote. Lo cogió lleno de alegría porque ya tenía una de las cosas del encargo. Tiró entonces una piedra y se fué al fondo. La cogió porque aquella servía de *no nada*. Ya se acercaba la noche y no encontraba el *hay no hay*. Se acostó en la yerba y al voltearse puso la mano sobre una cosa que lo hincó y se quejó: ¡Ay! Buscó lo que le había hincado y vió que era una hoja que tenía espinitas por un lado. Eso le servía para el encargo también. Al virarla vió que por el otro lado era completamente suave. Se paró loco de alegría porque ya tenía el encargo completo, y recogió unas hojas más y lo echó todo dentro de la canasta. El cura le había prometido matarlo si no le traía *el hay y no hay y nada y no nada*.

Cuando vió llegar a *Así* tan contento, pensó que había perdido otra vez, y le dijo:—Vamos a ver, *Así*; si me traes todo lo que te encargué.

*Así* le entregó la canasta, y cuando el cura metió la mano, se hincó y dijo:—¡Ay!

*Así* se la quitó de la mano y le dijo:—Usted ve que por este lado *hay*, pues por éste no *hay*.

El cura entonces le preguntó por el resto y *Así* se lo llevó al pozo y tiró el corcho.

—Mire, Padre; esto *nada*.

Tiró entonces la piedra y le dijo:—Y éste *no nada*.

El cura creyó que la única manera de vengarse sería quemándolo y lo mandó a juntar toda la lena que había por allí en el patio. Antes de acostarse le recomendó que sin falta lo llamase a las doce de la noche porque tenía que encender una hoguera. Así se supuso lo que aquello quería decir, y cuando el cura se acostó él encendió la hoguera y quemó toda la ropa que había en la casa. Se llegó a la cama del cura y después de amarrarlo, le quitó la ropa y la quemó también. Decidió huir y se fué para la casa de su madre.

El cura, después de unas cuantas horas, se pudo soltar las ligaduras, pero no podía salir porque no encontró la ropa. Se cansó de buscar, pero no encontró ni una sábana con qué cubrirse. No encontraba qué hacer y tenía mucha hambre. Se fué a casa de su vecina con idea de preguntar por el muchacho y matarlo, y cuando salió la vecina escandalizada creyendo que se había vuelto loco, el cura le preguntó:

—¿Usted no me ha visto Así?

La vecina le contestó:

—No, señor cura; yo nunca lo he visto así. Y se apresuró a cerrar la puerta.

El cura fué a otras casas y hizo la misma pregunta y todos le cerraban la puerta.

Se corrió la voz de que el cura estaba loco, y vinieron entonces los agentes y lo metieron en la cárcel. Cuando pudo convencer a la gente que no estaba loco lo dejaron salir y le buscaron ropa, pero no ha encontrado todavía a Así para vengarse. <sup>1</sup>

#### 111.—PEDRO ANIMALA Y EL CARRAO

Pedro Animala cazó un pichón de Carrao y salió para el pueblo a venderlo. Se dirigió a la primera casa que vió y se puso a mirar por el ojo de la llave porque la puerta estaba cerrada. Vió al ama de la casa poner una dulcera llena de dulce de lechosa dentro de un seibó y la oyó decir que estaba esperando a su marido, que había ido de compras, para comer. Pedro Animala tocó y la señora salió a preguntarle lo que deseaba. Él le dijo que si quería comprarle un pájaro adivino. La señora entonces quiso saber si era verdá, y Pedro Animala le dió en la cabeza al pájaro que hizo *carrao, carrao*.

La señora le preguntó lo que le decía el pájaro y él se apresuró a decirle:—Dice que usted guardó un dulce de lechosa en la despensa.

La señora quedó maravillada, y le pidió que le preguntara otra cosa. Pedro Animala le volvió a dar por la cabeza al pájaro, y éste repitió su *carrao, carrao*, y Pedro dijo que ella estaba esperando a su esposo para comer.

<sup>1</sup> Cp. Premio de Rey, Cabal, *Cuentos trad. ast.*, página 119, con los números 134 y 135.

Preguntó ella el precio del pájaro y Pedro se hizo el tonto y se lo vendió en doce reales, los que se apresuró a darle la senora.

Salió de allí muy alegre pensando la fiesta que iba a hacer con el 1.50, y creyendo mucho en su buena suerte.

La señora se cansó después de hacer que el pájaro volviera a adivinar, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

### 112.—SIÑO GOYO Y LA YEGUA

Siño Goyo tenía una yegua la que llevaba todas las semanas al pueblo para vender gallinas y huevos. La yegua tenía una matadura en el espinazo y el viejo cada vez que llegaba del pueblo le ponía ceniza para que se le curara. Llegó el día en que la yegua estaba tan flaca que Siño Goyo, después de echarle la ceniza, la echó en el cercado para que se muriera. Entre las cenizas iba una semilla de calabaza. Un día que el viejo fué a voltear vió una cosa verde con ramas y hojas andando. A él le faltó poco para desmayarse, y no se cansaba de gritar: —¡El monte andando! ¿Pero qué es eso? ¡El monte andando!

Cogió valor y se quedó para ver lo que era, y su asombro fué inmenso cuando vió que debajo de una mata inmensa de calabazas salían las patas de su yegua. Quitó algunas de las ramas que colgaban y encontró su yegua con una mata de calabazas nacida en la matadura. Las calabazas que colgaban eran tan grandes que Siño Goyo no podía con ellas.

### 113.—LA NOVIA TONTA

En una casita en el campo vivía un viejo con su hija y su mujer. La hija se iba a casar y el novio estaba almorzando con ellos la víspera del casamiento. El viejo mandó a la hija al sótano a buscar vino y cuando ésta estaba llenando el jarro vió colgado sobre su cabeza un martillo. Se sentó a llorar, y llora y llora que llora. La vieja entonces vino a ver qué le pasaba a su hija y al preguntarle por qué lloraba, le dijo la hija:—Figúrate que yo me case y tenga un hijo y venga a buscar vino y se le caiga el martillo encima.

La vieja se sentó al lado de ella y empezó a llorar también. Al ver que tardaban, el viejo fué a buscarlas, y al ellas contarle el motivo de su pena, él también se puso a llorar. El novio, viendo que no subían, fué a buscarlas, y la vieja le dijo:

—Figúrate que te casas tú con mi hija y tengan un hijo y venga a buscar vino y se le caiga el martillo en la cabeza.

El novio quedó asombrado de ver lo tontos que eran y les dijo:

—Bueno; yo me voy, y hasta que no encuentre tres personas más tontas que ustedes no me vengo a casar con su hija.

Se fué andando por el camino y no lejos de allí encontró una vieja que trataba de subir una vaca al techo de la casa para que se comiera unas yerbas que habían nacido entre las tejas. El novio se paró y le preguntó a la vieja lo que ella intentaba, y con gran asombro suyo supo que pensaba subir la vaca al techo.

—Pero, señora: ¿por qué no corta usted esas yerbas y se las pone en el suelo a la vaca?

La vieja le contestó:—No, señor; porque yo me voy a amarrar la sogá alrededor de la muñeca y la meto por la chimenea y sigo haciendo mis quehaceres; cuando la vaca se caiga yo lo sé porque me tira de la sogá. Por más que le dijo Pepe (que así se llamaba el novio) la vieja no cedió. Se retiró de aquella casa y sintió a pocos pasos los gritos de la vieja. Vió que la vaca se había caído y se apresuró a ver donde estaba la señora. La encontró *guindando* de la chimenea por la mano que tenía la sogá amarrada. Después que la soltó siguió su camino, y ya de noche se acercó a una casa. Vió que toda la familia estaba alrededor del pozo del agua con sogas y cubos. Creyó que alguien se estaba ahogando y preguntó qué pasaba. Le contestaron:—Mire, mire a la luna que se ha caído en el pozo y vamos a sacarla.

Pepe les dijo:—¡Señores, no sean tontos; no ven que la luna está en el cielo y que ésa es solamente el reflejo en el agua!

Con tanta tontería perdió la paciencia y más aun cuando vió que no podía convencerlos. La gente cogió coraje y lo hicieron proseguir su camino amenazándolo.

Llegó a una posada y pidió albergue. Lo llevaron a una habitación ocupada por otro huésped y en la que habían dos camas. Por la mañana lo despertaron unos saltos en el cuarto, y vió que su compañero había *guindado* sus pantalones de la cama y daba saltos desde sillas para caer dentro de ellos. Viendo que no caía se subía a la ventana y se tiraba muchas veces quedándose enganchado y dando trastazos contra el piso. Pepe no podía aguantar la risa, y una de las veces que el hombre se subió a su cama para tirarse, él lo agarró y le preguntó que por qué daba tantos brincos.

—Figúrese usted, —le dijo;—que todos los días me tengo que levantar por la madrugada para poder caer dentro de esos calzones. No sé para qué los hombres usan una cosa que da tanto trabajo ponérsela como ésa.

Pepe le miró la cara y vió que hablaba en serio y le dijo:

—No sea usted tonto, hombre; eso se pone así y sin trabajo alguno.

Le enseñó a ponerse los pantalones, y volvió a la casa de su novia para casarse con ella.

## 114.—JUAN BOBO Y LA PUERCA

Un día la *mae* de Juan Bobo se fué a misa y le dijo a su hijo que le cuidara a la puerca y a unos pollitos que tenía.

Mucho rato después la puerca empezó a chillar y los pollitos se querían salir del corral. Juan Bobo al ver que la puerca no se callaba, le dijo:

—Ah, lo que tú quierej ej dirte pa misa con mae, ¿veldá? Puej no te apurej que yo te boy a yeba].

Sacó todo lo mejor que tenía su mamá en el ropero, y empezó a vestir a la puerca. Le puso el mejor traje que encontró, la nueva mantilla negra, todos los collares, etc. La llevó al camino, y como la puerca no quería andar le metió un fuetazo <sup>1</sup> y así ella empistó <sup>2</sup> a correr.

Luego, como los pollos no se estaban quietos, los cogió a todos y los espetó <sup>3</sup> en una vara.

Cuando la madre llegó de misa le preguntó a su hijo por la puerca y los pollos, y le dijo:

—Juan Bobo, ¿dónde metiste la puelca?

Y él le contestó apurado:—¿Pero no te la haj ancontrao en misa? Yo la bejif y la mandé pa yá porque ejtaba yorando pol dilse contigo. Y como loj poyos se querían salir del corral, loj ejpeté en una bara y ahí loj tieej quietesitoj. Ya tú beráj como agorita se presenta pol ahí la puelca.

Por esto se llevó una paliza.

## 115.—JUAN BOBO Y LA REINA DEL VELLO DE ORO

Una vez un rey dijo que el que adivinara lo que tenía su hija se casaba con ella. Juan Bobo decidió adivinar lo que era. Una mañana bien temprano le dijo a su mamá:

—Mae, sácame loj panfalonej asulej y la camisa amariya que voy al pueblo a bendel unoj puelquitoj.

A la mañana siguiente, se levantó bien temprano, y anda y anda, anda, hasta que llegó a palacio.

—Buenoj dfaj, siño rey,—le dijo Juan Bobo.

—¡Hola! ¿qué tú haces por aquí?—le contestó el Rey.

—Mire qué lechonsitoj lindoj yebo. Yo desearía que la reina loj biera pa bel si me los quiee compral.

La reina empezó a hablar con Juan Bobo y él le dijo:

<sup>1</sup> *fuetazo*: latigazo.

<sup>2</sup> *empistó*: empezó.

<sup>3</sup> *espetó*: colgó.

— Si me enseñaj laj piejnaj, te regalo ejtoj lechonsitoj.

Y como él era bobo, la reina se levantó el traje y le enseñó las piernas. Juan Bobo le dió los lechones y se fué a su casa. Cuando llegó le dijo a su mamá:

— Mae, mañana me pagan el dinero. Bendí tooj loj lechonej.

Cuando la reina le enseñó las piernas a Juan Bobo, él le vió en la pierna izquierda un lunar que tenía un cabello de oro. Llegó el día en que se iba a decidir quién era el que sabía lo que tenía la reina. Juan Bobo estaba en último turno. Cuando llegaron a él, él dijo lo que tenía la reina en la pierna izquierda. Así fué que el bobo de Juan Bobo se casó con ella.

#### 116.—JUAN BOBO Y LAS SEÑORITAS DEL MANTO PRIETO

Juan Bobo fué al pueblo a comprar miel. Cuando venía camino de su casa muchas moscas rodearon el frasco donde la llevaba, y por más que Juan las espantaba, ellas no se iban. Entonces él les dijo que si ellas se la querían comprar, él se la vendería. Y diciendo esto, les dejó el frasco de miel en la carretera.

Cuando llegó a su casa y la mamá le pidió la miel, él le dijo:

— Pero, mae; yo se laj bendí a unaj señoritaj del manto prieto; eyas me la pagarán.

La mae de Juan Bobo se puso furiosa y lo mandó otra vez al pueblo a cobrar el dinero. Pero como no se lo pagaron, se fué y denunció a las señoritas del manto prieto.

El juez, al ver la ignorancia de su amigo, le dijo:

— Dondequiera que veas una, máatala, y ése será su mejor castigo

Así fué que Juan Bobo se fué en busca de ellas.

Un día, al ir a la iglesia, vió que una de ellas estaba parada en la corona del cura que estaba predicando. Entonces él cogió un palo y se lo sumbó<sup>1</sup> encima de la cabeza del cura, pero en vez de matar a la señorita del manto prieto, mató al cura.

Lo metieron en la cárcel, pero cuando se fué a celebrar el juicio, dijo lo que el juez le había dicho, que las matara dondequiera que las encontrara, y él la mató.

Juan Bobo, por ser bobo, fué puesto en libertad.

#### 117.—JUAN BOBO Y LAS AGUJAS

Al salir Juan Bobo para el pueblo, su mamá le encargó que le comprara unas agujas. Él iba a caballo. Llegó al pueblo y las compró, y

<sup>1</sup> *sumbó*: lo tiró; dió con él un golpe.

por no tenerlas en las manos las echó en las banastas del caballo. Cuando llegó a su casa, su mamá le preguntó por ellas, y él le dijo que las había echado en las banastas, para que no se perdieran.

La *mae* fué a buscarlas, pero no las encontró, pues se le habían perdido por el camino.

#### 118.—JUAN BOBO Y EL HERMANITO

Hace mucho tiempo la mamá de Juan Bobo salió de su casa y lo dejó cuidando a su hermanito que era muy chiquito. El muchachito parecía que tenía hambre y empezó a llorar. Al oírlo, Juan Bobo lo cargó para ver si así se callaba. Empezó a registrarlo, y al notar que su hermanito tenía la mollera blandita, dijo:

—¡Ay! Qué *mae* puelca y dejcuidá tenemoj. Ejte probe jermanito mío tiée una pojtema en la cabeza; no en barde yoraba tanto. Pero bah, cáyate, que yo te voy a cural.

Y cogió una aguja bastante larga y empezó a reventarle la mollera. Al hacer esto, el muchachito se murió y Juan creía que se había quedado dormido. Lo cargó y lo llevó a la cama.

Cuando vino su madre, le preguntó que dónde estaba el nene, y él le contestó:

—¡Ave María! Tenía una clase de pojtema en la cabeza, y yo se la rebenié. Dejde antonse ejtá dormío; el probesito no se cansaba de llorar.

Y cuando la mamá vió que él había matado a su hermano, mató a fuele, <sup>1</sup> al bruto de Juan Bobo.

#### 119.—JUAN BOBO

Había una señora que tenía un hijo bobo y un chiquito. Y un día la *mae* se va para misa. ¡Ah! y tenía una puerca. Le dice al hijo antes de irse:

—Juan Bobo, cuidame la puerca, el nene y la gallina de pollos. Mira, y le sancochas <sup>2</sup> el almuerzo a mamá; le haces un mofongo <sup>3</sup> (porque la vieja no tenía dientes) y se lo das.

Coge la vieja y se va para misa. Y como a las diez entra la puerca a chillar, porque había un sol como candela. Llega Juan Bobo, se apea abajo, coge la puerca y la viste; le pone zarcillos, zapatos, el mejor traje de la *mae*, y le dice:

<sup>1</sup> a fuele: a latigazos.

<sup>2</sup> sancochas: salcochas, cueces.

<sup>3</sup> mofongo: bolas de plátano molido.

—Muchacha, si te quíes dir pa misa, vete agora. - Suelta la puerca y ella se va.

Ahora entra <sup>1</sup> el muchachito a llorar y coge y se pone a bañarlo y le toca la cabecita y la mollerita y se la encontró blandita y dice:

—Ay, mira; si mae tiée este muchachito podrío; mía que postema tiée en la cabeza.

Coge un alfiler y le revienta la postema, como decía él, y el muchacho, claro está, se murió, se quedó dormido y lo echó en la hamaca.

Coge y se pone y le hace el *mofongo* a la abuelita, y comenzó a atacuñarla de *mofongo*, y como la vieja se ahogó, cogió una paleta y entró a empujarle para dentro hasta que la vieja se murió. Y cogen los pollos y entran a gritar, porque tenían hambre, y coge los pollos y los ensarta en una puya <sup>2</sup> y los *guinda* en la esquina de la casa, y después se sienta en la puerta en lo que viene la *mae*.

—To el mundo ejtá quieto.

Viene la *mae*.

—Juan Bobo, ¿y el nene?

—Ejtá dormío, mae; si usté tenía ese muchachito podrío.

—Podrío, ¿por qué?

—Mae, si tenía una postema en la cabeza y yo se la rebenté y se quedó dormío.

Cuando va la *mae* encuentra su hijo muerto.

—¡Ay! Juan Bobo; ¡si tú me has matao el nene!

—Adiós; ¿y se murió, mae?

—¿Y los pollos?

—Míelos, ayí ejtán cogfos porque la lechusa no se los yebase.

—¡Ay! Juan Bobo; ¡si tú me has matao los pollos!

Ello no, mae; ejtán bibos.

—¡Supóngase usté! Estaban más muertos que vivos

Y a mamá, ¿le diste el almuerzo?

—Sí señora.

- ¿Dónde ejtá eya?

—Ahí ejtá acojtá en la cama; le dió frío y yo la arropé.

Cuando va la *mae*, la encuentra muerta.

—¡Ay! Si ejte simbergüensa me ha matao a mamá!

No, señora, eya se acojtó buena.

Cuando la *mae* le toca aquí tenía tóo el *mofongo* en el *garnate*.

—¿Y la puerca, Juan Bobo?

—Adiós; ¿usté no la encontró allá en misa?

—Ya ejte simbergüenza me ha hecho otra poca bergüensa más grande.

—Eya se puso a yoral que quería dir pa misa, puej yo la besif con un traje suyo, le puse sapatos y sarsiyos y la mandé pa misa.

<sup>1</sup> *entra*: empieza.

<sup>2</sup> *puya*: púa.

Cuando al cabo de rato aparece la puerca con los guilinchos <sup>1</sup> del vestido, sin zapatos ni zarcillos.

—Ay, mae, mira la puerca; si eya paese que se fué a retosar en bes de dirse pa misa.

Coge la vieja a Juan Bobo, y le dió la gran fuetisa. <sup>2</sup>

## 120.—JUAN BOBO

Había una vez un bobo que se llamaba Juan. Un día mataron un buey y su mamá lo mandó a vender la carne. Primero le vendió a los perros, después encontró un gato y le vendió carne; luego encontró una cabra y también le vendió carne.

El perro era tuerto. El bobo llegó donde su mamá y le dijo que había vendido todita la carne.

—¿La vendistes bien *vendía*?

—Sí, mamá; la vendí y me dijeron que fuera a buscar los chavos el sábado.

Cuando llegó el sábado dijo el bobo:

—Voy a cobrar la carne;—y se fué.

Cuando empezó a buscar la gente no la encontraba, hasta que llegó a ir cerca de una casa y encontró un perro tuerto y le dijo:

—Tú eres quien me va a pagar la carne;—y como el perro no le daba el dinero, le cayó a palos.

El perro, de la carrera, se entró en una casa y se metió debajo de una cama donde estaba un hombre tuerto. El bobo se encontró con el viejo tuerto y le dijo:

—Mira, perro, viejo tuerto, tú cres quien me tiene que pagar la carne;—y el viejo le dijo:

—¿Qué carne te debo yo?

—Todita la que me cogistes el sábado, pa pagármela hoy, y me la pagas; si no te mato.

El viejo, del susto, tuvo que pagarle la carne sin él cogerla ni comérsela.

El bobo se fué lo más contento para su casa.

Cuando llegó donde la mamá, ella le dijo:

—Bueno, ¿y los chavos?

Y dijo él:—Aquí los traigo, mamá. El perro tuerto me los pagó.

Y la mamá le dijo:—Hijo, tú decías verdá. Como eras así, bobo, creía que no me habías vendido la carne.

La mamá le echó los brazos en ver que no le había *contao* mentiras. No sabe usté que el viejo tuerto pagó el fielato.

Cuento acabao,  
arroz con melao.

<sup>1</sup> *guilinchos*: restos.

<sup>2</sup> *fuetisa*: pallsa.

## 121.—JUAN BOBO

Esta era una vez que había una madre que tenía dos hijos. Resulta que había otra señora que todo el que se iba a alquilar con ella hacían un trato que si a él le daba coraje a lo que ella le hiciera, ella le sacaba una lista de pellejo, y si a ella le daba coraje a lo que él le hiciera, le sacaba él a ella una lista de pellejo y le pagaba sus chavos.

Ella tenía una perrita que la mandaba a trabajar con ellos al campo y hasta que la perra no se venía para la casa, y ya ella la tenía acostumbrada, él no se podía venir a almorzar; y cuando llegaban, allá como a las tres de la tarde que era que salía la perra a almorzar, le ponía tres *suruyos* y un huevo *sancochao*, y cuando el hombre cogía el huevo para partirlo venía la vieja y le llevaba el plato de *suruyos* para la cocina, y con el huevo sólo tenía que volverse a trabajar hasta la noche; y a la noche venía y le ponía lo mismo y vuelta a coger el hombre el huevo y ella a llevarse los *suruyos*. Hasta que por fin el hombre dijo:

—Yo así no puedo trabajar.

Y ella le decía:—¡Ah! ya a usted le da coraje por eso.

Y él le decía:—¡Cómo no me va a dar coraje, si yo no me he venido aquí a morir de hambre!

Y entonces la vieja le sacaba dos listas de pellejo y cogía y lo despachaba.

Y ahora la otra señora tenía dos hijos: uno bobo y otro sabio. Y el hijo sabio se fué a alquilar en casa de la vieja, y a los tres días volvió con las tres listas de pellejo *sacás*. Cuando Juan Bobo lo ve venir, dice:

—Mae, mira allí viene aquél con las listas de pellejo *sacás*.

Dice la vieja:—Eh, embustero, que él lo que trae es dinero.

Cuando llegó el hijo a la casa *esollao*.

—Yo no te lo dije, mae. Mañana me voy yo a alquilar en casa de la vieja.

—¡Qué te vas a ir tú a alquilar! Si a éste le sacaron tres, a tí te mondan.

—A mí no. Usted se cree que yo soy como mi hermano.

Llega Juan Bobo en casa de la vieja.

—Buenos días.

—Buenos días, Juan Bobo. ¿Tú te vienes a alquilar aquí?

—Sí, señora.

—Pero si te da coraje a lo que yo te haga te saco cuatro listas de pellejo; y si a mí me da coraje a lo que tú me hagas me sacas seis.

—Sí, señora.

—Toma,—y le dió una taza de café y un *canto* de pan. Coge Juan Bobo, ras, ras, ras, se bebió el café y cogió el pan con la mano.

Le dice la vieja:—Váyase con esa perra a trabajar.

—Sí, señora.

Cogió la perra alante y él detrás de la perra. Llegó la perra y se acostó dentro del monte, y él más adelante se acostó también. Cuando le dió hambre, le dice:

—Perra, vámonos, ¿no?

La perra como no hizo caso, él llegó y cortó un palo y le cae a vastagazos a la perra. Y engancha <sup>1</sup> la perra para la casa que no se echa ba ni manilla. <sup>2</sup> Cuando llegó a la casa le dice la vieja:

Juan Bobo, éstas no son horas de usté llegar a almorzar.

—Y ¿a usté le da coraje por eso?

—A mí, no, Juan Bobo; pero ya usté ve que éstas no son horas de venir a almorzar.

—Ah, bueno; porque a mí tampoco me da coraje.

Llega la vieja y le trae tres *suruyos* y un huevo. Llega Juan Bobo y coge los tres *suruyos* en una mano y el huevo en la otra. Viene la vieja y coge el plato vacío y se lo lleva para la cocina, y le dice:

—Todos los que vienen aquí cogen el huevo y lo parten y después se comen los *suruyos*.

—¡Ah! sí, señora; pero como en casa no me tienen acostumbrado a eso...

Cogió Juan Bobo y se fué a trabajar con la perra otra vez. Como a las cuatro de la tarde le dice a la perra:

—Perra, vámonos, ¿no?

Y como la perra no le hizo caso, cogió el palo y le entró a palos a la perra hasta que la perra coge para su casa. Cuando llegó a la casa, la vieja furiosa porque Juan Bobo se había venido para la casa.

Llegaron y le dieron a él tres *suruyos* y el huevo y los cogió en la mano. Bueno, y ya no iba más a trabajar. Se acostó a dormir; por la mañana lo llama la vieja y lo manda a talar las vacas. Y él fué y le taló todas las patas a las vacas y se las tumbó. Cuando la vieja se asoma y ve las vacas tumbadas, le dice:

—Hombre, Juan Bobo, ¿qué usté me ha hecho? ¿Me ha tumbado las vacas?

—Adiós, usté me mandó a talarlas.

—Ay, Juan Bobo; así no lo mandé yo.

—¡Ah, si usté me hubiera explicado! ¿Y a usté le da coraje por eso?

—A mí no.

—Ah, pues a mí tampoco.

—Mira, Juan Bobo; coge esos caballos y vete al río y me los lavas y le cortas las orejas.

Y se los lleva al río y le corta a todos los caballos las orejas. Cuando se los trae para la casa sin orejas sale la vieja y le dice:

—Ay, Juan Bobo; eso sí que es verdad.

<sup>1</sup> *engancha*: corre.

<sup>2</sup> *que no se echaba ni manilla*: sin detenerse, rápidamente.

—¿A usted le da coraje por eso?

—A mí no, Juan Bobo; pero esto no se puede aguantar.

—Ah, pues a mí tampoco.

—Mira, Juan Bobo; coge y vete al río, y llévate a mamá y me la bañas pero bien bañada.

Y la vieja era una vieja carrazosa. <sup>1</sup> Y coge y se lleva la rasqueta de rasquetear los caballos, y coge la vieja y entra a rasquetearla y a pasarle cepillo. Y la dejó en la carne viva. Cuando se la trajo para la casa, pelada, dice la vieja:

—Ay, Juan Bobo, eso sí es verdad que yo no te lo aguanto.

—¿Y a usted le da coraje por eso?

—Pues ¿cómo no me va a dar coraje? Mira cómo está mamá. y cómo me has puesto los animales.

—Ah, bueno; pues venga acá.

Y llegó y la tumbó, y le sacó seis listas de pellejo, y después le dice:—Págueme mis cuartos.

Y cogió la vieja y se levantó pelada de rabo a cabo, y coge y le trae los cuartos a Juan Bobo.

—Mira, y coge el camino y lárgate.

—Sí, señora. Si yo no me vine a quedar aquí; yo vine a cobrar las listas de pellejo de mi hermano.

Y se fué para su casa.

Cuando le ven venir, dice el hijo sabio a la madre:

—Mira, madre; allá viene Juan Bobo.

—Aquél viene *pelao*; si a tí te sacaron tres, a aquel le han sacado veinte.

Y cuando llegó y dice:—Toma, madre; aquí tienes mis chavos, y toma las listas de pellejo de mi hermano.

—Juan Bobo, ¿cómo tú pudistes sacarle las listas de pellejo a esa vieja?

—Ah, porque le dió coraje a lo que hacía, y a mí como no me dió ninguno...

Y entré por un callejón y salí por otro, y el que me oyó este cuento que me cuente otro. <sup>2</sup>

## 122.—JUAN BOBO

Ésta era una vez que había un muchacho a quien llamaban Juan Bobo por ser medio tonto, zángano y estúpido.

Un día su madre le mandó al pueblo a comprar tres cosas: carne, melao y unas agujas.

Aparejó la yegüita con las banastas y se fué Juan Bobo al pueblo a

<sup>1</sup> *carrazosa*: con granos en el cutis.

<sup>2</sup> Véase nuestro n.º 90.

cumplir el encargo. Compró el melao y lo echó en las banastas; la carne y las agujas fueron puestas también con el melao en las banastas.

Volvió Juan Bobo a su casa y trajo carne llena de melao, pero no trajo ni agujas ni melao. Ambas cosas se habían perdido en el camino, sobre todo el melao, que además de ser comido por un número inmenso de moscas que acompañaban a Juan Bobo, había ido destilándose constantemente por entre el tejido de las banastas.

Cuando llegó el Bobo y la madre vió lo que había hecho el muy estúpido, le pegaba y le decía:

—¡Animal! ¡Si es que eres un animal! ¿Cómo vas a derramar el melao en las banastas y quieres que llegue aquí? ¡Y las agujas! Tenían que salirse por los agujeros; no eres más que un bruto; no puede mandársete a hacer nada.

Mamá, no se apure usted —decía Juan Bobo.—El melao se lo comieron las señoritas del manto prieto, pero mañana mismo voy a denunciarlas donde el señor juez.

—Déjate de tonterías, Bobo; eres más bobo que los bobos. Si no fuera porque te necesito, ya te hubiera botado por esos mundos, porque no sirves para nada; eres, al contrario, una carga.

—Mamá, no se apure usted; mañana denunció a las señoritas del manto prieto.

—Ve ahora a pedirle la olla de tres patas a la *comae* para hacer un guiso con la carne. Pero avanza, que no puedo perder el tiempo.

Fué Juan Bobo donde la *comae* y le pidió la olla. Ésta era un caldero de esos que se usaban antes, de hierro, con tres patas y muy grande.

Cogió Juan Bobo la olla y salió con ella. Yendo por el camino que conducía a su casa, puso la olla en el suelo y le decía:

—Mira, ya yo estoy cansado de llevarte; tú tienes tres patas y puedes andar mejor que yo. Camina adelante, que yo voy detrás. Y como la olla se quedara en el mismo sitio, le decía:

—¿Qué te pasa? ¿No sabes el camino? Pues yo me voy adelante; sígueme. — Pero la olla no se movía.

—Haragana, eso es lo que tienes; que eres una haragana; te gusta que te lleve al hombro y tú no caminar. Pues está bonito eso, que tú con tres patas y yo con dos te tenga que cargar a tí. No, señor, tú tienes que caminar.

Y con un palo o garrote que llevaba le daba furioso y la empujaba con los pies.

—Anda, anda, haragana; avanza, que mamá nos está esperando.

Mas al llegar a un sitio donde el camino se dividía en dos vereditas, a la bajada del cerro, cogió Juan Bobo a la olla perezosa, y poniéndola en una de las veredas, le dijo:

—Oye, tú coges por aquí y andas lo más ligero que puedas. Yo cojo por aquella veredita y ando bien ligero. A ver quien llega primero, tú o yo.

—Bueno, ya estamos,—gritaba Juan Bobo del otro camino.—A la una, a las dos, y a las tres.

Y pies para qué te quiero iba Juan Bobo cuesta abajo que no lo cogía nadie. Fatigado llegó a su casa y seguida fué donde la mamá y le preguntó:

—Mamá, ¿ha llegado ya? ¿Llegó?

—Pero muchacho, ¿que si llegó quién?

—La olla, mamá, la olla. Nos echamos a ver quién llegaba primero.

—Juan Bobo, te mato; hoy, te mato. No seas estúpido, muchacho. Vete, vete ligero a buscarme esa olla; —gritaba la madre furiosa.

El Bobo, furioso, lleno de miedo, fué cerro arriba y se desquitó los improperios que le había dicho la madre contra la olla.

—Lo ves, haragana. No tienes consideración. Por culpa tuya me iba a pegar mamá; por poco me coge si no me vengo ligero. Ahora es que te las voy a cobrar; te debería dar vergüenza, tú con tres patas y yo con dos solamente, y sin embargo, llegué primero. Diciéndole esto, le daba de patadas.

Como la vereda estaba en una pendiente, al impulso que recibió de las patadas, rodó la olla cuesta abajo.

—¿Cómo ahora corres?—decía Juan yéndole detrás.—¿Cogiste miedo?

Llegaron por fin Juan Bobo y la olla haragana.

Al día siguiente temprano Juan Bobo hablaba con el juez.

—Señor juez,—decía,—denuncio a las señoritas del manto prieto por haberme comido el melao.

—¿Quiénes son tales señoritas?—preguntaba el juez.

—Esas, esas mismas que ve ahí,—le contestó; y le señalaba unas cuantas moscas que estaban paradas en una mesa.

—¡Ah! las señoritas del manto prieto; tú quieres decir las moscas.

—Eso mismo, eso es. Ellas me cogieron el melao. Y quiero vengarme o que me paguen.

—Juan, escucha lo que vas a hacer;—decía el juez lleno de risa.—Dondequiera que veas una de esas señoritas, con ese mismo garrote que llevas, le das en seguida y la matas. Es muy sencillo, ¿verdad?

—Muy bien, señor juez;—y en ese mismo momento ¡¡tras!!; descargó un golpetazo inmenso sobre la cabeza del desgraciado juez. Se le había parado una señorita del manto prieto sobre la calva.

Juan fué a la cárcel, pero ni aun allí le dejaron tranquilo las provocativas señoritas del manto prieto.

Cuento acabao y arroz con melao; a mi compañero que me cuente otro más salao.

## 123.—JUAN BOBO

Una vez y dos son tres, tero petato, cuando no era chocolate era café, que había una vieja que tenía un hijo que le llamaba Juan Bobo.

Un día la madre de Juan Bobo lo dejó cuidando la casa y el nene en lo que iba a misa. Y le dijo:

—Juan Bobo, boy pa misa, pero cuando bengá quieo ancontral al nene bañao, la casa lempia y too regogío, y si no te caego a paloj.

Sí, mae; báyase sin cuidao que too tará jecho.

La vieja se empaquetó y se fué para la misa. Entonces Juan Bobo empezó a limpiar la casa, y en eso oyó un terrible pillío de pollos y un alboroto en el techo de la casa. Los pollitos estaban huyendo a un *guaraguao*, y estaban piando. Juan Bobo los cogió y los ensartó en una *puya* larga y los colgó en el techo. Al pasar cerca de una gallina que tenía la mejor *echá*, la encontró fuera del nido cacareando. Juan Bobo dijo:

—¡Ah! ¿con que tú quíeej que to te ayuee? Puej, ajpérate.

Y con la misma se sentó encima de los huevos para calentarlos, haciéndolos una tortilla. La gallina empezó a picarlo y aletearle, y Juan Bobo subió las escaleras más ligero que volando. Encontró al nene llorando y fué a mecerlo y pasarle la mano por la cabeza.

—¡Ave María! ¡Esta mae no cuia al nene! ¡Mira que pojtema!

Y era la mollerita que tienen los nenes en la cabeza.

—No te apurej, mi jijo, que te la voy a reental. Y beráj que te baj a quejal máj. ¡Ave María, probe creaturita!

Y le *espetó* un alfiler, y se quedó dormido en seguida.

—Ya be, eso te molejtaba; agora beráj qué bien baj a durmil. ¡Pro-be angelito; esa mae no te cuiaba!

Oye la puerca chillando y queriendo irse para el pueblo. Juan Bobo al verla le dijo:

—¡Ah! ¿Tú también quíeej dilte pa misa? Puej ben acá.

Y sacó del baúl de la vieja una mantilla y un abanico y un traje. y se los encasquetó a la puerca, y la mandó para misa. La puerca se *esmandó* para la crebá<sup>1</sup> a *josar*, y ensució el traje.

En eso Juan Bobo vió que venía la mae y desde lejos empezó a gritar:

—Mae, to ta lempio. El nene ta dumiño. —Y al darse cuenta que la puerca no venía con la vieja, le preguntó:

—Adiój, mae, ¿y la puelca? ¿No la bijte en misa?

Al llegar la vieja y mirar para el techo vió los pollos ensartados en una *puya* y muertos. La gallina encima de los huevos rotos. En eso vió la puerca que venía sacudiéndose el lodo, y sucia con su mantilla

<sup>1</sup> *crebá*: quebrada.

y abanico. Cogió un palo que había en el batey <sup>1</sup> y le cayó a palos a Juan Bobo

— ¡Ahí, simbergüensa, animal, bruto! ¡Haj matao a loj poyitoj, y mira mi mantiya!

¡Tras, tras, tras, tras! A palo limpio con el pobre Juan Bobo.

— ¿Y el nene?

— Ave María, mae; el probe angelito se pasaba yorando polque tenía una pojtema, y agora yo se la rebenté y ta durmiíto.

— ¡Ay, Dios mío! ¡Si me jas matao al nene también!

Al ver al nene yerto y muerto, cogió el palo otra vez y ¡tras, tras, tras! a palo limpio con Juan Bobo hasta que lo dejó casi muerto.

Y se acabó mi cuento con ají y pimienta y mi companero que me cuenta otro.

#### 124.—JUAN SOLDADO

Juan Soldado era hijo de padres pobres. Habiendo muerto sus padres determinó tomar las armas, y enlistó en un regimiento. Asistió a varias batallas.

Vuelto al reino a que pertenecía, licenciaron los soldados. Como había varios Juanes en la ciudad, él mismo se dió el nombre de Juan Soldado para distinguirse de sus demás paisanos

No teniendo familiares, y aborreciendo la vida del matrimonio, de terminó dar la vuelta al mundo. Proveyó su morral de vinos y otras cosas indispensables para el viaje. No bien había andado dos días fuera de su ciudad, al caer la tarde, se halló con un viejecito que parecía andar en sus mismos caminos. Habiéndose saludado, se preguntaron de dónde eran y en qué andaban. Determinaron ir juntos a una ciudad, pues el viejo indicó a Juan que tenía la misma idea que él, de ir a esa ciudad. Allí se detuvieron varios días, siguiendo luego otro camino. Juan surtió su morral de nuevas provisiones y siguieron su viaje sin saber a dónde o para dónde iban. Como Juan tenía abundancia de provisiones, todos los días le daba de su pan al viejo.

Un día, al llegar a la cruz de un camino, el viejo le dijo a Juan: — Juan, me voy, no puedo acompañarte más. Puesto que has sido tan bueno conmigo, quiero hacerte un regalo. Pídemelo que quieras.

A lo cual Juan contestó: — Déme una mochila que todo cuanto me guste venga a ella.

Concedida la gracia, se despidieron, y cada uno siguió el camino mejor para él.

Pronto pasó Juan frente a una *pulpería* y vió varios jamones tentadores. Queriendo probar su suerte, dijo: — Jamón, tú le gustas a mí

<sup>1</sup> *batey*: plazuela que hay frente a las casas de campo.

mochila. El jamón no se pudo contener; saltó y cayó dentro de la mochila. Viendo Juan que su viejo no lo había engañado, decidió no volver más a su pueblo. Se internó en un bosque y fabricó una choza.

Pero pronto se supo que Juan vivía de la mochila, por lo cual fue acusado de pillaje. Debido a esta circunstancia, vino presto el diablo a buscarlo un día, pues ya tenía su nombre como el de un terrible ladrón. Enterado Juan de la visita de este terrible juez, cogió su mochila, y parándose frente al diablo, le dijo:

—Tú le gustas a mi mochila.

El diablo no pudo contenerse, y tuvo que entrar en la mochila. Ahora Juan amarró bien el moño de la mochila, se la echó a cuestras, y salió. Viendo esto el diablo, preguntó:

—¿A dónde me llevas, Juan?

Y él contestó: —Te llevo a dar un paseo a la ciudad.

Llegó a una herrería, llamó al herrero y le dijo:

—Busca el marrón más pesado y el mejor yunque para que le cures el dolor de cabeza a un pájaro que traigo aquí.

Arreglaron todo, y habiendo colocado la cabeza en el yunque, la dieron tamaños golpes. Viéndose el diablo en tal aprieto, le prometió a Juan no llevárselo, con tal que lo soltara. Soltólo entonces, pero en la refriega salió descaderado.

Ahora vino la muerte a buscar a Juan. Tan pronto como llegó, Juan la mandó subir. Pero ella, usando su astucia, le dijo:

—No subo, Juan; sé lo que hicistes al diablo.

Juan, que nada tenía de bobo, vió pronto el peligro en que se hallaba, y antes que la muerte hiciera uso de su garabato,<sup>1</sup> dijo:

—Tú le gustas a mi mochila

La muerte no pudo resistir, saltó y se metió dentro de la mochila. La cogió Juan a escape, ató bien la boca de la mochila, y, como pesa menos que el diablo, ligero como el pensamiento corrió hacia la herrería. Llamando al herrero, le dice:

—Te suplico que busques un punzón bien caliente, el mismo marrón de ayer, y me le des unos golpes a esta pájara, parienta del que traje ayer.

El herrero cumple la orden. Toma su marrón y le asesta tremendos golpes en la cabeza. La muerte, viéndose tratada de tal manera, jura a Juan que no se lo llevará con tal que la suelte. Éste la soltó, y dijo:

—Se fué.

Encontrándose Juan libre de tan terribles enemigos, determinó estar bien prevenido para un nuevo ataque. Compró unas tenazas de metro y medio de largo, le pidió al cura una botella de agua bendita y un *in sopo*. Como era tiempo de navidades, Juan, que era de por sí cantador, y le gustaba cantar, compró una *vigüela* y se fué a su choza.

Los mensajeros llegaron allá arriba y todos dijeron que a Juan no

<sup>1</sup> *garabato*: horqueta o vara larga que remata en dos puntas.

había quien lo trajera. Gabriel, que quería mucho a Juan, al oír esto, dijo:

—Yo lo voy a buscar.

Cuando Juan vió al arcángel, le preguntó:

¿Vienes a buscarme?

Y inmediatamente añadió:—Contigo me voy. Pero debo advertirte que tienes que dejarme llevar lo que tengo aquí.

Asintió Gabriel a su petición. Juan echó todo en su mochila, y como no se fijara en las alas del ángel, díjole:

—¿Cómo me vas a llevar? Colgando no voy.

El ángel lo tomó en los brazos y lo llevó a la mansión con él. Lo soltó en la puerta del cielo. Juan miró a todos lados, y viendo a lo lejos como una especie de lago y mucha gente que asomaba la cabeza, se dirigió allá. Cuando conoció qué gente era, tomó el *insopo* y les regó con agua bendita. Cada vez que caía una gota sobre las pailas, parecía una metralla. Como el pájaro que había venido a buscar a Juan era el portero y estaba cojo, no podía correr. Cogiólo Juan por las narices con sus largas tenazas, y a los gritos acudió Luzbel con toda su gente. Juan cogió el *insopo* en la otra mano y los abrasó; ellos, dando grandes gritos, le suplicaron que se fuera. Juan largó su presa y marchó. Pero mirando a la derecha vió un cuadro de gente muy triste, que parecía estar llorado.

Era el día de Reyes por la noche. Juan templó su *vigüela* y se dirigió al sitio. Rompió con un aguinaldo propio de su tiempo: esgarrao.<sup>1</sup> Las ánimas empezaron a bailar y a cantar, y como las ánimas viejas se enfadaban, llamaron al Señor que les quitara aquel loco de allí. Salió al momento, y mirando al frente, vió todos los santos del cielo y se dirigió al lugar. La puerta era transparente, y al entrar sufrió un cabezazo porque estaba cerrada.

San Pedro salió al momento y muy cortés le dijo:

—Juan, todavía no estás de tiempo, y tienes que *pulgar* tus maldades; vuélvete a la tierra.

Ahora son los aprietos para Juan. Al fin decide probar los méritos de su mochila. Metió los pies en ella, y se tiró. Estuvo bajando unos quinientos años, de pie, hasta que por fin cayó sobre una choza como la que había abandonado. Como se había comido todas las provisiones en el camino, en seguida salió al pueblo, donde le gustaron a su mochila las mejores conservas, vinos y dulces. Habiendo llenado bien su mochila volvió pronto a su choza, la cual quedó transformada en un gran almacén. Allí decidió terminar su vida comiendo y bebiendo tranquilamente. Y vivió por muchos y muchos años.

Ya se sentía un poco viejo; pidió la muerte, pero vino el ángel a buscarlo, y esta es la fecha que no sabemos si ha llegado o no ha llegado, pues el día que Juan se fué, se fué también la mochila y desapareció la choza.

<sup>1</sup> *esgarrao*: rápido.

Y se acabó mi cuento con ají y pimienta, y como me lo contaron, te lo cuento. <sup>1</sup>

### 125.—JUAN SOLDADO

Pues señor, era un soldado que venía de la guerra en donde había estado muchísimos años. Yendo por el camino se encontró con un pobre que le pidió una limosna. Juan Soldado sacó un pan de munición que llevaba en su mochila y le dió la mitad. Siguió su camino y más adelante volvió a encontrarse con el pobre, el que le pidió otra vez una limosna

Juan Soldado sacó el otro pedazo de pan y se lo dió, y cuando iba a marcharse el pobre le dijo que le pidiera tres dones que él se los concedería. Juan Soldado se sorprendió un poco, pero después de pensar un rato le dijo:

—Pues concédeme que cuando yo diga: ¡a mi mochila! se meta en ella la persona o la cosa que yo quiera. Concédeme también una escopeta que siempre esté cargada, y un *fute* que cuando yo diga: ¡a *fuetazo* limpio!, le pegue una paliza a quien me moleste.

—Concedidos están los tres dones. Has sido bueno conmigo y por eso te premio.

Y el pobre se despidió de Juan Soldado y cada uno siguió por un camino distinto.

Después de mucho andar se tropezó Juan Soldado con un bohío vacío y se determinó a pasar allí la noche, pero cual no sería su sorpresa cuando al ir a acostarse se le presenta el diablo y le dice:

—Me alegro encontrarte, Juan Soldado. Has de saber que me perteneces y debes venir conmigo inmediatamente.

—Sí, pues ¡a la mochila y a *fuetazo* limpio!

Y el diablo se metió en la mochila y el *fute* empezó a pegarle de una manera bárbara y tanto le pegó que el diablo le dijo a Juan Soldado que si lo soltaba nunca lo molestaría en su vida. Pero Juan Soldado que era más lija <sup>2</sup> que el diablo, abrió solamente la boca de la mochila y le dijo al diablo que sacara la cabeza para que respirara un poco. El diablo sacó la cabeza y empezó a echar maldiciones, pero apenas había empezado a hablar cuando Juan Soldado cogió la escopeta y le metió el cañón en la boca y empezó a disparar. Después que el diablo tenía los ojos en blanco y sudaba negro, Juan Soldado lo sacó de la mochila, lo puso en el suelo y le dijo:

—No se te ocurra volver a buscarme, pues cuantas veces quieras hacerlo tendrás que pasarte un rato en la mochila con el *fute*, y chuparte el *alfeñique* que te puse en la boca hace un momento.

<sup>1</sup> N.º 9, en los hermanos Grimm, ed. Calleja; Llano, *Ob. cit.*, p. 201; Fernán Caballero, *Obras completas*, t. XVI, p. 131. Véanse los números 125 y 126 que siguen.

<sup>2</sup> *lija*: listo.

No bien había dicho estas palabras Juan Soldado cuando el diablo salió disparado y no apareció más nunca.

Pasaron muchos años y Juan Soldado se murió y emprendió su caminata hacia el otro mundo. Cuando iba camino del cielo se equivocó de vereda y fué a parar a las puertas del infierno. Al llegar tocó en la puerta y dijo que le abrieran a Juan Soldado.

Tan pronto se regó la voz de que Juan Soldado había llegado, los diablos empezaron a cerrar todas las puertas con siete candados y dieron órdenes de que ninguno se atreviera a asomar siquiera la punta del rabo por ningún boquete.

Juan Soldado se cansó de esperar y empezó a caminar por la otra senda hasta que llegó a las puertas del cielo. Allí se encontró con San Pedro que se estaba riendo de ver lo que había pasado en el infierno, y después de embromarlo un rato le abrió las puertas y lo dejó pasar.

Cuando Juan Soldado lo vió se dió cuenta de que el pobre que le había pedido la limosna y le había concedido los dones era el mismo San Pedro.

#### 126.—JUAN SOLDADO

Juan Soldado había servido al rey por un gran número de años y llegó el día en que lo licenciaron. Volvía él del servicio, y caminaba muy satisfecho llevando al hombro su morral con un pan de munición dentro y algunos centavos que le habían sobrado.

Andando, andando, se encontró un día en el camino con un pobre que le dijo:

—Juan Soldado: dame una limosnita por amor de Dios.

Juan Soldado se echó el morral hacia el frente, sacó el pan de munición que llevaba en él, lo partió y le dió la mitad, y siguió su camino tranquilamente.

Más adelante se halló Juan Soldado con el mismo pobre el cual le dijo:

—Juan Soldado: dame una limosna por amor de Dios.

Juan Soldado entonces le dió la otra mitad del pan de munición. El pobre quedó tan satisfecho que le dijo a Juan Soldado:

—Has sido bueno conmigo y me has dado tu pan. Ahora tenemos que separarnos, pero pídemme algún don que te lo concederé.

—¿Pero cómo puedes concederme dones tú?

—Eso no te importa, Juan Soldado. Pide lo que quieras.

—Pues entonces pído que cuando yo diga a una persona o cosa: ¡al morral!, entre en mi morral inmediatamente.

—Concedido;—le dijo el viejo y despidióse de Juan Soldado.

Siguió Juan Soldado andando, andando, hasta que llegó a un pueblo, y al pasar por una *pulperia* vió unos cuantos quesos y unas *butifarras* y como tenía hambre se le ocurrió decir:

—Quesos y *butifarras*, ¡a mi morral!

Y en el acto se le llenó el saco de quesos y de *butifarras*.

Fué entonces a visitar al alcalde y a pedirle alojamiento. El alcalde le dijo a Juan Soldado que sólo podía alojarlo en una casa que estaba en las afueras del pueblo, pero que era una casa encantada y que de noche era casi imposible quedarse allí. El alcalde también le contó a Juan Soldado que en aquella casa había vivido un hombre muy avaro que no había querido confesarse y comulgar antes de morir por temor a lo que tenía que pagar a la iglesia y que por eso era que la gente creía que su casa estaba llena de demonios o que quizás sería él que venía a buscar su dinero.

Juan Soldado no hizo caso de ninguna de aquellas explicaciones. Él necesitaba un sitio donde vivir tranquilamente teniendo como tenía su famoso morral para cualquier apuro. Así es que se fué para la casa en cuestión y allí se preparó para pasar una buena noche.

Estaba sentado muy tranquilo comiéndose un pedazo de *butifarra* cuando sintió un ruido y oyó una voz que decía:

—¡Ay, que caigo!

Y tanto lo dijo que por fin Juan Soldado dijo:

—Cae si te da la gana.

Y cayeron las piernas de un hombre.

—¡Ay, que caigo!—volvió a repetir la voz.

—Cae si te da la gana—respondió Juan Soldado.

Y cayó el tronco del cuerpo con los brazos.

Y se oyó otra vez la voz que decía:

—¡Ay, que caigo!

—Pues acaba de caer—dijo Juan Soldado que ya empezaba a cansarse de aquella repetición.

Y cayó la cabeza y se juntaron todas las partes y formaron el cuerpo del hombre avaro que se había muerto sin confesar ni comulgar por temor a que le costaría mucho dinero.

El espectro se dirigió a Juan Soldado y le dijo:

—Si me ayudas a salvar mi alma te daré mucho dinero.

Juan Soldado, que no tenía miedo, siguió al espectro y llegaron a un sitio debajo de una escalera y se pusieron a cavar. De allí sacaron tres damasanas<sup>1</sup> llenas de monedas. Una tenía monedas de cobre, otra monedas de plata, y la última tenía monedas de oro. Entonces el espectro le dijo a Juan Soldado:

—Reparte todas las monedas de cobre entre los pobres y pídeles que rueguen por mi alma. La *damesana* de plata es para mandar decir misas por la salvación de mi alma hasta que se acabe el dinero. La que tiene las monedas de oro es para tí y puedes gastarlas como a tí te guste.

Y diciendo esto se desapareció. Juan salió al día siguiente y todo el mundo se quedó sorprendido al ver que no se había muerto del

<sup>1</sup> *damesanas*: garrafas.

susto al dormir en la casa encantada. Empezó a repartir las monedas de cobre entre todos los pobres de la población y diciéndoles que rogasen a Dios por el alma del condenado que murió sin los sacramentos.

Después se fué donde el cura y le mandó decir una misa diariamente por el descanso del alma del condenado.

Y con su dinero empezó a comprarse ropa y algunos muebles que quería ir poniendo en la casa encantada.

Llegó la noche, y Juan Soldado empezó a sentir unos ruidos muy raros. No creía que fuera el hombre avaro que volvía a hacerle algún encargo, pero por si acaso dijo en alta voz:

—Cae si te da la gana.

Y cayó, pero no el hombre avaro que le había entregado a él toda su fortuna, sino el mismo diablo que se presentó a vengarse de Juan Soldado por haberle arrebatado un alma mandando rezar tanto por la del hombre avaro.

—Aquí vengo a buscarte. Tendrás que venir conmigo por meterte en mis asuntos.

—Bueno, pero como el viaje será algo largo, déjame coger el morral para llevar algo de comer.

Y tomando el morral en sus manos, dijo:

—¡Al morral!

Y sin que el diablo pudiera evitarlo se vió caminando hacia el morral que Juan Soldado sujetaba en sus manos y se vió metiéndose en él sin saber cómo.

Entonces Juan Soldado cerró el morral y cargó con el diablo y lo llevó a la herrería del pueblo y le dijo al herrero que tuviera la bondad de darle unos cuantos golpes en el morral con el marrón más fuerte que tuviera. Y el herrero se dió gusto martillando sobre el cuerpo del diablo hasta que los gritos de éste eran de tal clase que Juan mandó parar los golpes, abrió el morral y soltó al pobre diablo.

Cuando el diablo llegó al infierno todo contrahecho y cojeando, otro de los diablos dijo que él se atrevía a traer a Juan Soldado. Salió en su busca, se le apareció en la casa y le dijo que tenía que seguirle, pero Juan que tenía preparado el morral lo metió allí como había hecho con el otro y le dió el mismo tratamiento.

Pasaron los años y Juan Soldado se dispuso a salir para el cielo, y se puso en camino sin dejar su famoso morral. Llegó a la puerta del cielo y San Pedro que quería bromas le dijo que no podía pasar pues tenía que irse para el infierno por todo lo que había robado con su morral.

Juan Soldado se marchó al infierno, pero cual no sería su sorpresa al ver que habían cerrado todo y que no había ni un agujerito por donde meterse. Se había sabido que Juan Soldado iba en aquella dirección y cerraron todas las entradas fuertemente para evitar que un hombre como Juan Soldado pudiera meterse en el infierno.

En vista de esto Juan Soldado volvió a la portería del cielo y le dijo

a San Pedro que le abriera. San Pedro le dijo que todavía no podía entrar, y entonces Juan Soldado tomó su morral y dijo:

—¡Al morral!

Y el pobre San Pedro no tuvo más remedio que meterse en el morral.

Juan Soldado abrió la puerta y se coló en el cielo y se sentó en una silla. Abrió entonces el morral, salió San Pedro pero no le dijo una palabra más a Juan Soldado.

#### 127.—EL ZAPATERO VALIENTE

Había una vez un zapatero remendón que se pasaba el día remendando zapatos. Era un hombre que tenía un carácter muy bueno y que era también medio guasón.

Un día le trajeron su merienda que consistía de una escudilla de leche y unas rebanadas de pan. Se puso a comer su merienda y como por allí había muchas moscas vinieron unas cuantas y le estaban molestando. Se le cayeron unas gotas de leche en el banco de trabajo y de seguida se pararon alrededor de ellas unas cuantas moscas. Entonces el zapatero aprovechó la oportunidad y dió un manotazo en el banco y mató siete moscas.

Así que acabó su merienda se puso a hacer un cinturón que decía:

Soy don Pedro Remendón—que mata siete de un trompón.

Y creyéndose muy valiente decidió irse a correr fortuna. Empezó a caminar y después de mucho andar llegó a una población en la que había mucha pena porque en un bosque que estaba cerca había una fiera que estaba acabando con todos los hombres que salían a matarla.

Tan pronto se enteró el rey de que había llegado allí un hombre que mataba a siete de un trompón, lo mandó buscar al palacio para preguntarle si él quería ir al bosque a matar la fiera.

—¿Es verdad que tú matas siete de un trompón?

—Sepa su majestad que es verdad.

—Entonces si tú matas a esa fiera te daré la mano de mi hija para que te cases con ella.

Lo llevaron al cuarto donde guardaban las espadas y los sables y don Pedro cogió una espada de doble filo y dijo que no quería que nadie lo acompañase. Preparó un saco con comida y unas botellas de vino y se puso en camino hasta las afueras del bosque.

Como no había encontrado ninguna fiera, viró para volver a la ciudad y no sabe usted que entonces vió al lado derecho del camino un jabalí muy grande y muy fiero que venía para encima de él. Le empezaron a temblar las patas a don Pedro, pero entonces se acordó de que podía correr y arrancó a correr en dirección del pueblo tan ligero como un galgo.

Corre que te corre y el jabalí detrás; corre que te corre y ya habían entrado en la ciudad. Don Pedro siguió su carrera hasta llegar a la puerta del palacio, y cuando entró en el zaguán pegó un salto y se trepó en la lámpara, y el jabalí que venía armando un gran ruido y dando grandes bufidos siguió corriendo para el patio, pero los soldados del rey que estaban allí dispararon todos al mismo tiempo y mataron a la fiera.

Tan pronto don Pedro se dió cuenta de que habían matado al animal se bajó de la lámpara, y con la espada en la mano echó a correr para el patio y empezó a decir:

—¡Estúpidos! ¿Qué habéis hecho? ¿Quién os dió permiso para matar a esa fiera? ¡Buena la habéis hecho!

Entonces el rey, que había oído todos los disparos, se asomó al balcón de la galería para preguntar lo que pasaba, y cuando vió a don Pedro tan furioso insultando a los soldados y queriendo herirlos con la espada, le preguntó:

—¿Qué pasa, don Pedro?

— Que estos estúpidos me han hecho una mala partida, majestad. Después de mis luchas terribles con el jabalí en el bosque he logrado traerlo hasta aquí para que viérais lo valiente que soy, y matarlo en vuestra presencia, y estos granujas me han quitado ese placer. ¡Infames!

Y con la misma empezó a dar sablazos a derecha y izquierda.

Entonces el rey habló y dijo:

—No le hace, don Pedro, que mis soldados hayan matado a la fiera. Como la trajiste hasta aquí demuestra que eres muy valiente, y por lo tanto quiero cumplir mi palabra y te casarás con mi hija.

A los pocos días se celebraron las fiestas, y don Pedro Remendón pasó a ser el general de las tropas del rey por ser un hombre que podía matar a siete de un trompón y por haber traído hasta el patio del palacio a la fiera que se había comido tantos soldados y tantos hombres que habían ido al bosque a querer matarla.

Hubieron muchas diversiones y la ciudad pasó varios días de alegría, y don Pedro y su mujer vivieron muy felices. <sup>1</sup>

## 128.—DON JUAN BOLONDRÓN

Había una vez un zapatero que trabajaba en un portal de una casa, pero que era un hombre muy desordenado y muy amigo de quedarse dormido cuando ponía las medias suelas. Un día estaba comiéndose

<sup>1</sup> Este cuento y el siguiente son variantes del que se encuentra en *Bib. trad. españolas*, t. I, p. 121, con el título de «Don Juan Bolondrón». Véase también: Martínez y Martínez, *Ob. cit.*, p. 167, «Don Juan de la Panarra»; Braga, *Ob. cit.*, t. I, p. 173, «Dom Calo»; *Contos populares portugueses*, n.º XVIII, «João Gurumete»; Panchatantra, (traducción de Alemany, Madrid, 1923, p. 298).

un pedazo de pan y las moscas que estaban allí alrededor del engrudo empezaron a molestarle cuando empezó a comer. Cansado el hombre de espantarlas se decidió a matar algunas de ellas y dió un manotazo sobre un grupo de moscas que estaban en el banco y mató de un solo golpe diez moscas.

—¡Aja!—dijo don Juan.—No sabía yo que fuera tan valiente y que tenía tanta fuerza. Bueno, pues desde hoy no soy más zapatero y me voy a correr el mundo en busca de aventuras para demostrar mi valor y mi fuerza.

Y se hizo de cuero un cinturón que decía:

Soy don Juan Bolondrón  
el que mata diez de un manotón.

Y echó a andar por esos mundos y le fué bastante bien aunque no encontraba grandes aventuras para demostrar su valor y su fuerza.

Andando, andando llega a una ciudad que tenía el palacio del rey y donde la gente estaba muy triste porque en el bosque que estaba al otro lado de las murallas había una gran serpiente de siete cabezas que se comía a todos los que iban al bosque a cazar y a todos los que salían de la ciudad con intención de matarla.

Cuando don Juan entró en esta ciudad en seguida fueron a decirle al rey que había llegado un hombre muy valiente que quizás podía matar la serpiente. El rey lo mandó buscar a su palacio y cuando Bolondrón se presentó le dijo:

—Me dicen que eres muy valiente. Si matas a esa fiera te doy a mi hija la princesa para que te cases con ella.

Don Juan se preparó para salir al bosque. Cogió en el palacio una lanza, una espada muy afilada y un rollo de sogas fuertes y se despidió del rey para irse en busca de la serpiente.

Tan pronto salió don Juan del palacio empezaron todos los compañeros del rey a reírse de aquel loco que creía hacer lo que no habían podido hacer soldados y hombres valientes.

Don Juan entró en el bosque y al cabo de un rato vió un castillo en ruinas en donde la gente decía que vivía la serpiente. Don Juan se acercó a la puerta que estaba medio abierta y colocó un lazo de modo que si alguien salía él pudiera cazarlo. Entonces se trepó en un árbol que había allí cerca y se sentó en una rama a esperar.

De pronto siente un ruido y ve que empiezan a salir unos picos que eran los cuernos de las cabezas de la serpiente, y cuando don Juan vió que estaban las siete cabezas fuera tiró de la soga y se cerró el lazo corredizo. Con la misma amarra la soga al tronco del árbol, baja con su espada y le da de sablazos a la serpiente y le corta las siete cabezas.

Cogió las siete cabezas, las enganchó en la lanza y echó a andar para el palacio con el fin de casarse con la princesa como le había prometido el rey.

Ya en el palacio casi se habían olvidado de don Juan Bolondrón, y

cual no sería la sorpresa cuando lo ven llegar con su lanza y las siete cabezas de la serpiente que había matado.

El rey tenía que cumplir su promesa pero no le agradaba nada la cara del hombre ni su modo de ser, y queriendo zafarse de la promesa que había hecho le dijo a don Juan:

—Don Juan, eres muy valiente y te felicito por haber matado a la serpiente que tanto daño nos venía haciendo. Yo te prometí la mano de mi hija pero primero que te cases quiero convencerme de que la serpiente no ha dejado *pichones*.

—Está muy bien,—dijo don Juan.

Al cabo de unos meses se presentó en el palacio y dijo que venía a ver lo que el rey había determinado pues ya había pasado algún tiempo y no se habían presentado más serpientes.

Entonces el rey vió que no podía faltar a su palabra y llamó a la princesa y le dijo que tenía que casarse con don Juan puesto que él lo había prometido y no se habían presentado en el bosque más serpientes.

La princesa le dijo a su padre que como don Juan había librado a la ciudad de aquel monstruo que debía dársele el premio que se le había ofrecido y que ella estaba dispuesta a casarse con él.

Así fué que a los pocos días se celebró el casamiento y la princesa y don Juan recibieron muchas felicitaciones y vivieron muy felices con la bendición de todas las gentes que estaban agradecidas porque él había salvado la población de aquella horrorosa serpiente que había matado a muchos.

## 129.—LAS TRES PETICIONES

Pues señor, había una vez un matrimonio que era muy pobre y que pasaban muchas necesidades. Pero este matrimonio tenía mucha resignación y se conformaban con todo lo poquísimo que tenían. Si tenían qué comer muy bien, si no tenían nada, muy bien también. Daban gracias al Señor por todos los beneficios que les concedía, y nunca, nunca se quejaban de su suerte.

Había veces que la mujer encontraba a lavar y lavaba, pero en días le entraba un ataque de ruma<sup>1</sup> y entonces tenía que dejar de lavar. El marido recogía leña en los montes y la llevaba a vender al pueblo. Así sacaban algunos chavos para ir viviendo, y estaban siempre muy contentos en su bohío.

Una tarde al oscurecer estaba la mujer preparando unos gandules en una olla para cenar cuando volviera su marido. Tocan a la puerta y ella se encuentra con un señor anciano de una barba muy blanca y muy larga que le pregunta por su marido.

<sup>1</sup> *ruma*: reuma.

—Mi marido anda por el pueblo *aonde* ha ido a vender unos *masos* de leña que recogió ayer en el bosque. Pero pase adelante y espérela, pues ya no debe tardar.

El anciano se metió en el cuarto y se sentó en un ture<sup>1</sup> y empezó a platicar con la mujer.

—Ustedes deben de ser muy pobres, ¿verdad?

—Sí, señor; muy pobres *semos*, pero Dios no nos falta nunca. Es verdad que *bemos* tenido nuestros días de apretura,<sup>2</sup> pero la fe nos ha salvado siempre. Mi marido y yo tenemos resignación.

—Pues sepa usted, señora, que eso les ha salvado, pues yo soy San Pedro que he bajado a la tierra mandado por Dios para ayudarles a ustedes. Allá hemos visto la paciencia de ustedes y la fe que tienen y el Señor me ha mandado a decirles que pueden ustedes pedir tres cosas que deseen y se les concederán inmediatamente.

La mujer oyó aquello y se alegró mucho, pues quería menear los gandules en aquel momento y no tenía más que un palito, pues eran tan pobres que no tenían ni cucharas de coco ni de higuera para comer. Así fué que inmediatamente le dijo a San Pedro:

—Ay, Señor San Pedro, déme usted un cucharón para menear mis gandules.

Y apenas lo había dicho cuando se encontró con un cucharón en la mano. Se puso lo más contenta, y ya iba a pedir otra cosa cuando se abrió la puerta y entró su marido.

Éste se quedó sorprendido al ver a aquel anciano en el ture, pero cuando iba a preguntar quién era, la mujer se adelantó y le dijo:

—Alégrate, hijo, que Dios se ha compadecido de nosotros y ha mandado a San Pedro para que le pidamos tres cosas que nos concederá de seguida. Y te digo que es verdad, porque le he pedido un cucharón y aquí lo tienes.

Y con la misma le enseñaba el cucharón que sacó de la olla.

El marido se puso furioso al ver la tontería de su mujer que había pedido una cosa tan sencilla en vez de pedir algo de más valor, y le dijo:

—Pero cuidado que eres estúpida, mujer. ¿Cómo se te ha ido a ocurrir pedir un cucharón cuando pudiste haber pedido algo mejor? ¡Tú eres una burra! ¡Ojalá y se te pegara en el trasero!

Y apenas había dicho estas palabras cuando el cucharón se fué de las manos de la mujer y se le pegó en el trasero. Y entonces fueron los apuros. La mujer lloraba y pateaba porque el cucharón había cambiado de sitio y porque le molestaba mucho. Fué a sentarse y no podía. Trataba de arrancárselo y no podía.

Entonces San Pedro les dijo que él tenía que marcharse y que de-

<sup>1</sup> *ture*: el dujo de los indios bovinicanos; silla baja, de madera o cuero, con el respaldo caído hacia atrás.

<sup>2</sup> *apretura*: escasez, privación.

seaba que le pidieran el último don pues no podía quedarse más tiempo sin volver al cielo.

El marido al ver el sufrimiento de su mujer le dijo a San Pedro que se sirviera quitarle el cucharón a su mujer del sitio donde estaba, y el Santo así lo hizo. Y desapareció de seguida.

Y los viejos se quedaron viviendo tan conformes como antes. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> También en Valencia. Véase: Martínez y Martínez, *Ob. cit.*, p. 148.

x

# APÉNDICE

CUENTOS VARIOS



## 150.—EL PRÍNCIPE Y EL GIGANTE

Esta era una vez que había una señora que tenía una hija muy bonita, y había un príncipe y un gigante que estaban enamorados de ella y se la querían llevar. Ella, pues, la tenía en un castillo, y todos los días para venir a traerle la comida, ella le había enseñado una canción que tenía la mamá que cantar, y si no la cantaban que no abriera. Ella dijo que sí. Cuando venía a traerle el almuerzo, le cantaba:

Solense mi guenguerío,  
solense mi guenguerío,  
berío, berío,  
mi conejo lan, la.

Y la muchacha le contestaba:

Solense mi guenguerío,  
solense mi guenguerío,  
berío, berío,  
mi conejo lan, la.

Por la tarde venía a traerle la comida:

Solense mi guenguerío,  
solense mi guenguerío,  
berío, berío,  
mi conejo lan, la.

Y la muchacha le contesta:

Solense mi guenguerío,  
solense mi guenguerío,  
berío, berío,  
mi conejo lan, la.

Y el gigante y el príncipe se ponían a oír las canciones. Y el gigante trataba de cantar: (Con voz ronca).

Solense mi guenguerío,  
solense mi guenguerío,  
berío, berío,  
mi conejo lan, la.

Pero no podía cantar muy bien porque tenía una voz muy ronca. Y un día se fué andando, andando, andando a una herrería para que le

afinaron la lengua. Y le afinaron la voz, pero le dijeron que no tomara agua. Él salió de la herrería cantando lo más bien, pero le dió una sed terrible y tomó agua, y volvió la voz a dañársele. Cogió y se fué otra vez para la herrería. En eso vino el príncipe y esperó que fuera hora de traer el refresco y llegó y le cantó:

Solense mi guenguerío,  
solense mi guenguerío,  
berío, berío,  
mi conejo lan, la.

Y ella le contestó de abajo:

Solense mi guenguerío,  
solense mi guenguerío,  
berío, berío,  
mi conejo lan, la.

Y se abrió el castillo y el príncipe la cogió y se la llevó; y viene la mamá a traerle el refresco y comenzó a cantarle. Nadie le respondía. Vuelve a cantar, y en vista de que nadie le contestó, miró a lo lejos al mar y vió ir la barca. Ella se puso en la orilla del mar y se puso a cantarle:

Solense mi guenguerío,  
solense mi guenguerío,  
berío, berío,  
mi conejo lan, la.

Y la muchacha le contestaba de allá.

Como no la podía alcanzar, se tiró al mar a brazo y venía un pez y le llevaba un brazo, y cantaba el pez:

Anquituntién;

y venía otro y le llevaba el otro brazo:

Anquituntién;

y venía otro y le llevaba una pierna:

Anquituntién;

y venía otro y le cogía la otra pierna:

Anquituntién;

y venía otro y le llevó el cuerpo entero:

\*Anquituntién.

Y el príncipe se casó con la muchacha. Y se acabó este cuento con ají y pimienta, y al que me lo oyó que me cuente otro.

## 131.—LO QUE CONTIENE UN PADRENUESTRO Y UN AVEMARÍA

Era un matrimonio que no había tenido hijos. Él tenía una promesa de rezar un padrenuestro y un avemaría todos los días sin faltar detrás de la casa. La mujer no sabía lo que él hacía porque él no le decía nada a la mujer. Él deseaba salir y no podía por el padrenuestro y la avemaría.

Una vez el marido quiso salir y se encontró un hombre detrás de la casa, en el sitio donde él rezaba. Él le dijo:

—Señor, ¿usted quiere cumplir por mí con una promesa que yo debo?

Él le dijo que sí. Y el marido fué donde la mujer y le dijo:

—Mujer; aquí traigo este hombre para que lo cuides como si fuese yo.

Y ella le dijo:—¿Qué es lo que tú vas a hacer?

Le dijo él:—Sabes que este hombre queda cumpliendo mi devoción. Tú cumple con él como has cumplido conmigo.

Estuvo unas tres semanas ese hombre cumpliendo con la promesa del marido.

Al cabo de este tiempo ella le dijo:

—¿Qué hace usted aquí visitando, comiendo y bebiendo de más?

Lo cogió y lo tiró abajo.

Como a los seis meses llegó el marido y encontró al hombre allí sentado, pero que no le rezaba la devoción y le preguntó porqué no rezaba. Entonces él le dijo lo que le pasó con su mujer.

Le dijo el marido:—Mujer, póngase la ropa de la criada y váyase en busca de quien le diga lo que contiene un padrenuestro y una avemaría.

Ella se fué a andar por las ciudades y *nadien* le decía. Llegó a un ranchito en donde estaba una señora que la bajaba una nuez del cielo y le dijo la anciana:

—Angel, ¿tú no sabes lo que contiene un padrenuestro y una avemaría?

Él le dijo que no. Entonces le dijo la anciana:

—Angel, vuelve donde Dios y pregúntale.

Vino el ángel donde la señora y le dió un papel. Le dijo que no lo mirara en todo el camino. Lo cogió ella dentro de sus manos sin abrir las manos para nada.

Cuando llegó, ya no conocía la casa ni la tienda, y le dijo a los dependientes que si la dejaban ir por el pesebre a descansar. Ella se quedó en el pesebre. Por la mañana en la ciudad se oyeron repicar las campanas sin *nadien atocarlas*. Se sorprendió la ciudad, y no sabían para lo que repicaban las campanas, hasta que después se acordaron que estuvo aquella señora en el pesebre.

La encontraron cubierta de muchas flores y con el puno cerrado. Venía la gente a abrirle la mano y no podían. El último que vino fué su marido. Vió el papel el marido y cayó muerto. Quedaron santos los dos.

### 132. —MERCEDES

Eran dos hermanos, Manuel y Alejandro. Se fueron al mar en un buque y estuvieron mucho tiempo en otra isla. Cuando venían se viró el buque y se iban a ahogar. Manuel le dijo a Alejandro:—Nos vamos a ahogar; y entonces le respondió Manuel:—Vamos a hacer una promesa de casarnos con la más infeliz que encontremos.

Al llegar a la ciudad, encontraron un ranchito en donde estaba un viejito con una muchacha. El viejito era zapatero, y hacían un par de zapatos para sostenerse los dos. Llegó Manuel y le dijo:—Viejito, déjenos aquí hasta mañana. Él *guindó* una hamaca en ese ranchito y se quedó hasta por la mañana. Por la mañana le dijo Manuel al viejito:—*Pae* Viejo, usted tiene una muchacha; démela para casarme con ella. Y ella le dijo:—Yo no salgo del cuarto porque estoy desnuda. Entonces él le dió la capa para que la cubrieran y saliera a conversar con él.

Después Manuel le dió una sortija y ella le dijo:—¿Será para engañarme? Él le dijo que no, que era una promesa que había hecho a la Virgen de las Mercedes.

—Yo me llamo también Mercedes;—dijo ella.

Se casaron. Después el hermano quería pelear con él porque ella era muy bonita. Ya hacía meses que vivían casados y ya tenían un chiquito. Al tener el chiquito como seis meses volvieron a buscar a don Manuel. Cuando se fué le dijo a Alejandro:—Cúsdame bien a mi esposa. Y el cuidado fué que se puso a enamorarla. Ella no lo quería y mandó a preparar un batallón para que la *guardeara* en lo que el marido venía. Ella le dijo:—Alejandro, arretírese porque mi esposo después lo matará. Alejandro le dijo:—Te voy a indisponer con mi hermano. Y ella le dijo:—Haga lo que quiera.

Manuel escribió que lo fueran a ir a buscar y Alejandro fué a alcanzarlo y le dijo:—Hermano, no sabes tú lo que tenías en casa.

Cuando Manuel llegó a la casa de su mujer le presentó su hijo y él no le hizo caso. Y volvió prontamente y se embarcó. Entonces Alejandro volvió y le decía:—Mercedes, vamos a enamorarnos que ya mi hermano no vuelve más.

Llegó Alejandro otra vez a la orilla del mar a alcanzar al hermano.

—Quédate viviendo por acá en lo que te traigo pruebas de tu mujer.

Entonces le dijo Manuel:—Pues pronto me has de traer pruebas.

Y Alejandro fué y se sentó en una piedra y llora y llora, hasta que llegó un anciano y le dijo a Alejandro:

—¿Por qué usted llora? El anciano le dijo:—Yo te voy a remediar tu mal.

Entonces le dijo Alejandro:

—¿Qué es lo que usted me va a decir?

—¿Usted me da la mitad de su capital?

Él le dijo que sí, remediándole lo que él deseaba.

—Lléname un pote de cuanta sabandija mala haya.

Y él fué con el pote de sabandijas donde Mercedes y se las regó y comenzaron a picarle a ella.

Cuando se sacudió el traje ella, se le cayó la sortija de Manuel, y el hombre la trajo y se la presentó a Alejandro. Alejandro se la pasó a Manuel y le dijo que esa era la sortija que su mujer le había regalado. Él vió que era la misma sortija y la mandó matar. Los criados no la quisieron matar y la dejaron en el monte. Alejandro le entregó el alma al enemigo porque se la presentara viva o muerta para vengarse. La Virgen la guardaba a ella y el enemigo lo acompañaba a él. Cuando él llegó donde ella estaba en una cuevita donde la Virgen la tenía ella le dijo:

—Alejandro, arretírese, que los leones lo matan. Y él salía y los leones le cayeron encima y lo pusieron muy malo.

Cuando llegó donde Manuel le dijo:—Tu mujer es viva. La está corriendo.

Alejandro cayó en agonía y en aquella ciudad no había medicina para él. La Virgen cogió una rosa y le dijo a Mercedes:—Coge esa rosa y pásasela a todos los enfermos de la ciudad y quedarán todos buenos. Están enfermos tu hijo y tu cuñado. Sana a tu hijo y a tu cuñado lo dejas para lo último para que confiese el pecado que tiene y después que lo confiese delante de todo el mundo entonces queda vivo. Tu marido volverá otra vez donde tú. Tú no lo vuelvas a querer.

Después que curó al hijo y al cuñado, vino el marido y le echó los brazos, y ella le dijo:

—No me *atoques*, que soy de la Virgen. Ya no te pertenezco.

Todos murieron y quedaron santos. Salvó al cuñado del enemigo.

### 133.—EL MARIDO DE LA BRUJA

Una vez había un hombre casado que se sorprendía al ver que todas las noches su mujer se desaparecía de la cama y estaba largo rato sin volver a ella. Él quiso averiguar lo que pasaba y se puso en guardia haciendo que dormía pero con los ojos entreabiertos y la oreja parada para oír lo que pasaba.

Llegó una noche y a eso de cerca de las doce él sintió que su mujer se escurría de la cama y que iba al ropero y volvía con un frasco y un pincel. Entonces ella se untó con el pincel el líquido que tenía en el frasco y tan pronto dieron las doce dijo:

—No creo ni en la iglesia ni en Dios ni en Santa Marfa.

Y en seguida se alzó como si tuviera alas y salió por la chimenea.

El marido al ver aquello quiso averiguar adonde iba su mujer y a la noche siguiente tan pronto se fué ella, se untó con el líquido que tenía en el frasco, repitió las mismas palabras que le había oído decir a su mujer y se escapó también por la chimenea. Salió vuela que te vuelas detrás de su mujer y al poco rato se encontró con otras cuantas brujas que también venían volando y todas fueron metiéndose por el hoyo de una chimenea de un palacio que estaba allí en el medio del campo.

Llegaron todos a una gran bodega que había en el sótano del palacio y allí estaban preparando las brujas cosas para comer y llenando botellas de los mejores vinos. Iban a tener una gran bachata.<sup>1</sup> Mientras se preparaba la cena algunas brujas cantaban y bailaban y bebían. Hablaban una lengua que él no entendía pero vió que de pronto una de las brujas preguntó que dónde estaba la sal y salió una a buscarla. Le dieron a él un plato de cena, pero al probarla se encontró que estaba desabrida pues no le habían puesto sal. En ese momento entró la bruja con el salero, y él sin saber lo que decía, gritó:

—¡Gracias a Dios que ha llegado la sal!

Al decir esto se escaparon y se desaparecieron todas las brujas que estaban allí, pero como él no sabía lo que tenía que decir para elevarse por la chimenea se encontró solo en aquella bodega y por más que trató de salir de aquel lugar no pudo hacerlo. Se acostó a dormir y por la madrugada empezó a sentir ruido de personas que andaban cerca y se despertó. De pronto sintió que iban a abrir una puerta y se metió detrás de una de las pipas de vino que había en la bodega.

Se abrió la puerta y entraron el amo y varios criados que venían con estacas en la mano como si quisieran matar a alguien. Al entrar y ver el desorden que había en la bodega, el número de botellas que había por el suelo rotas y con vino, la comida tirada por todas partes, el amo les ordenó a los criados que se pusieran a buscar a ver si encontraban el sitio por donde habían entrado o salido los ladrones. En esto se tropiezan con el pobre marido que no había podido escaparse y lo sacan de detrás de la pipa y estaba completamente desnudo y con el cuerpo pintado de color de murciélago.

Lo pusieron en el medio de la bodega y le cayeron encima y le dieron una paliza que le molieron todos los huesos, y entonces lo sacaron desnudo y todo y lo pusieron en el camino para que se fuera para su casa.

El pobre hombre estaba tan molido que se acostó a dormir en el camino, y cuando se despertó se prometió no meterse a brujo ni seguir a su esposa en sus viajes nocturnos por nada en este mundo.

<sup>1</sup> *bachata*: holgorio, diversión.

## 134.—LA CAPERUCITA ROJA

Una vez había una señora que tenía una niñita y vivían en el campo. Un día la madre decidió mandar a la niñita a llevar un regalo a su abuelita como un presente en el día de su santo. La madre llamó a la niñita y le dijo que en la canastita estaban algunos bollos de pan y una botella de vino para que los llevara a su abuelita. También le advirtió que no se parara en el camino a hablar con nadie ni a coger flores.

La niñita se marchó con la idea de cumplir lo que había prometido a su mamita, pero en el camino se encontró con un lobo que le empezó a hablar y decirle que debía coger algunas de aquellas flores tan bonitas que habían en el bosque. El lobo tanto le preguntó a la niñita que ésta le dijo donde vivía su abuelita. La niñita se puso a coger flores y mientras ella hacía esto el lobo se fue en casa de la abuela y se la comió y se metió en la cama vestido como la vieja. Cuando vino la niña, tocó a la puerta, y el lobo fingiendo la voz dijo que entrara. Entró la niña y notó que su abuelita tenía los ojos grandes, y la abuelita dijo que era para poder verla mejor. Notó la niña que la abuelita tenía las orejas grandes y la abuelita dijo que era para poder oírla mejor. Y también notó la niña que su abuelita tenía la boca grande, y cuando la niñita se lo dijo a su abuelita, ésta dijo que era para poder comérsela mejor, y se la comió.

Se hartó tanto el lobo que se acostó en la cama de la vieja para descansar un rato. Eran tan grandes los ronquidos que hacía el lobo, que un cazador que pasó lo oyó y creyó que era una persona que estaba enferma y se quejaba. Entró el cazador a la casa y vio que era el lobo. Le abrió la barriga y sacó a la vieja y después a la niñita. Entonces entre los tres le llenaron la barriga de piedras al lobo. Cuando el lobo despertó, al ver tanta gente, se tiró de la cama y cayó muerto porque las piedras le desgarraron la barriga. La abuelita y Caperucita Roja se salvaron.

## 135.—EL PECECITO

Son son, soni llorar,  
tu campo florido y el rey natural.

Había una vez un pescador y su familia que vivían a la orilla de un río. Un día entre los peces que pescó, el pescador encontró uno chiquitito de muchos colores. Era tan bonito que se lo llevó a su hijita más pequeña. La niña cogió el pescadito y lo volvió a echar en el río. Cada vez que quería verlo, hablarle o darle de comer le llamaba de este modo:

Son, son, soni llorar,  
tu campo florido, tu rey natural.

Y el pescado nadando, nadando y haciéndole gracias a su dueñecita, acudía al llamamiento. Pasaron muchos años. Queríanse mucho. Él era su mejor amigo y ella era su mejor amiga.

La niña privábase de su almuerzo para darlo al pescado, y se consumía, y el pescado crecía cada vez más. Tenía ya el tamaño de un tiburón grande.

Al ver que la pobrecita no podía desarrollar bien, que cada vez se encontraba más delicada, decidieron separarla del pez su amigo.

Entre llantos y lamentos, su padre y su madre, con pretexto de comprarle un trajecito nuevo, la obligaron a ir al pueblo donde la madrina a pasarse unos días.

Fuése el padre, tan pronto partió la niña, al río y cantó con voz ronca y fuerte:

Son, son, soni llorar,  
tu campo florido y tu rey natural.

Mas no vino el pez.

Trajo el padre a la mujer, y ésta cantó así, con voz clara:

Son, son, soni llorar,  
tu campo florido y tu rey natural.

Tampoco hizo ningún caso el pez.

Vino entonces una hermana pequeña, y con voz afinada y dulce, cantó:

Son, son, soni llorar,  
tu campo florido y tu rey natural.

Oyóse en seguida un ruido en el agua y veíase venir de lejos al inmenso pescado, ligero como una flecha y alegre como unas castañuelas.

La pequeña se puso a darle la comida, y el padre con un machete, le asestó un fuerte golpe sobre la cabeza que cayó saltando en pedazos.

Fué aquel día de fiesta para la comarca; se vendió pescado, se comió, se regaló, y todavía sobró para guardar y tendrían de sobra por varios días.

Vino la dueña y la señora del pescado, causa de tanto regocijo y dióse cuenta en seguida de lo sucedido, pero no lo creía. Fué a la orilla del río, y entre lágrimas cantó:

Son, son, soni llorar,  
tu campo florido y tu rey natural.

Mas ni un ruido, ni un leve movimiento turbó el constante correr de aquellas aguas.

Destrozado el corazón de la niña juró no separarse más de aquel

sitio. Su padre, furioso, descargó sobre el débil cuerpecito duros golpes y ni esto ni las tiernas instancias de la madre, le obligaron a volver a su casa.

Creyendo que iría así que se cansara, se fueron todos y la dejaron sola.

La niña siguió cantando cada vez con voz más débil:

Son, son, soni llorar,  
tu campo florido y tu rey natural.

Al caer de la tarde oyóse una voz tristísima que decía:

Adiós padre y adiós madre,  
y todos mis hermanitos,  
que me fueron a comer  
a mi pobre pececito.

Y cuentan los que vivían por aquel sitio, que después de muerta la niña, todavía años después, se oía como a eso de las siete y siete y media una voz delgadita que cantaba:

Son, son, soni llorar,  
tu campo florido y tu rey natural.

### 136.—LOS TRES BARQUITOS

Había una vez un padre que tenía tres hijos. Un día el mayor de ellos le dijo:

—Papá, quiero irme a correr fortuna y a ver el mundo. Dame la bendición.

El padre no quería que su hijo se marchara pero le dió la bendición y le mandó hacer un barco de oro para el viaje. Así que estuvo terminado el barco, el muchacho se fué navegando hasta que llegó a una tierra desconocida. Desembarcó y se fué a una fonda y allí puso su barquito en una sala.

Salió a dar un paseo por la ciudad y cuando pasaba por el frente del palacio del rey vió un letrado que decía:

—En este palacio está escondida la hija del rey. El que la encuentre se casará con ella.

Como el muchacho era valiente y era aventurero entró en palacio y dijo que quería hablar con el rey

Pasó al salón donde estaba su majestad y le dijo:

—Señor, soy forastero. He pasado por la calle y he leído el anuncio que está a la puerta del palacio. Si vuestra majestad me da permiso me gustaría encontrar a la princesa.

—Bien, joven, bien. Pero habéis de saber que si a los tres días no la has encontrado te quedarás aquí encerrado para el resto de tu vida.

A la mañana siguiente el joven fué al palacio y empezó a recorrer

todas habitaciones, todos los pasillos y galerías y los jardines. Hizo lo mismo al segundo y al tercer día, pero por más que anduvo y buscó, no encontró ninguna puerta secreta, ni ningún sitio en que pudiera esconderse una persona. Así fué que al terminar el tercer día lo metieron en un calabozo donde habían otros cuantos jóvenes que habían tratado de encontrar la princesa escondida.

Pasó algún tiempo, y el segundo de los hijos le pidió a su padre permiso para ir en busca del hermano mayor. Aunque el padre estaba muy triste por no saber del hijo mayor, dió al segundo su bendición y un barco de plata para que hiciera el viaje.

Salió el joven navegando y después de algún tiempo llegó a la misma tierra adonde había llegado su hermano y fué a la misma fonda. Al llegar a ella se convenció de que su hermano andaba por allí porque en el cuarto estaba el barco de oro que le había regalado su padre. Se alegró mucho por esto y se dispuso a salir en su busca.

Al pasar por el palacio vió el letrado y como su hermano fué a visitar al rey y a pedirle permiso para buscar a la princesa escondida. Pero tuvo tan mala suerte como el hermano mayor, y a los tres días fué encerrado en el mismo calabozo por no haber dado con la princesa a pesar de todos los esfuerzos que había hecho por encontrarla.

Cuando pasaron algunos meses y ninguno de los hermanos volvía, el más pequeño le dijo a su padre que él también quería irse a correr fortuna y a buscar a sus dos hermanos. No quería el padre que se marchara el más pequeño de sus hijos, pero tanto insistió éste que al fin el padre le dió su bendición y un barco de madera para que fuera a correr el mundo y a buscar a sus hermanos.

Llegó el tercer hijo a la ciudad en donde sus hermanos estaban encerrados y como ellos vió el letrado que había en el palacio y en seguida comprendió que sus dos hermanos estaban allí probablemente o habían perdido la vida por tratar de encontrar a la princesa.

Cuando más pensaba en la manera en que podía dar con la princesa se le presentó una anciana y le preguntó que si podía darle algún dinero para comer y comprarse unas ropas. El joven le contestó que daría todo lo que tenía por hallar el medio de encontrar a la princesa.

—¿Tienes mucho dinero?—le preguntó la vieja.

—Sólo poseo un barquito de oro, otro de plata y uno de madera.

—Pues bien, si me prometes ayudarme cuando encuentres a la princesa te diré cómo puedes hallarla.

Prometió el joven y entonces la vieja le dijo que se mandara a hacer una cotorra bien grande con el metal y la madera de los barcos, pero que se la hicieran hueca para que él pudiese meterse dentro. Que después que estuviera terminada, la trajera frente al palacio y que esperara dentro de ella a ver lo que pasaba.

Contentísimo se fué el joven, y sacando de la fonda los tres barcos, mandó hacer una cotorra de su tamaño y cuando estuvo terminada se la llevó al frente del palacio por la noche muy tarde, se metió en ella y se puso a esperar lo que pasaba.

Al día siguiente, cuando se levantó el rey y vio aquel pájaro tan hermoso y tan bonito cerca del palacio, dió órdenes a sus soldados para que lo trajeran al palacio. Así lo hicieron, y después que el rey lo examinó bien pensó que a su hija le gustaría verlo. Vendió a unos soldados y les dió orden de levantar el pájaro y seguirle.

Cuando el joven oyó esto se puso muy contento y empezó a mirar por unos agujeritos y a fijarse en todo y en los sitios por donde pasaban. Después de atravesar unas cuantas galerías llegaron a una habitación y vió que al retirar la cama quedaba abierta una escalera por la cual lo bajaron hasta llegar a un sótano en el que había una habitación en donde estaba la princesa con otras señoritas.

La princesa pidió que le dejaran allí el pájaro y el rey consintió y dijo que al día siguiente vendrían a buscarlo.

Cuando llegó la noche y la princesa se acostó, el joven salió de su encierro para descansar de la posición en que había estado todo el tiempo. La princesa se despertó, y al verlo iba a pedir auxilio, pero él dijo que volvería para sacarla de aquel sótano oscuro. Ella se puso muy contenta y le dijo que se fijara en una sortijita con una cruz que llevaba ella en la mano derecha.

Volvieron por el pájaro y después de admirarlo nuevamente el rey y sus amigos, lo colocaron en el mismo sitio donde lo habían encontrado. Cuando llegó la noche el joven ayudado por la vieja se llevó el pájaro a la fonda y se preparó para ir en busca de la princesa escondida.

Se presentó en palacio y el rey le dijo exactamente lo que había dicho a sus hermanos, y el joven se comprometió a quedarse en el palacio prisionero si no encontraba la princesa. Se puso a trabajar y a buscar por todas partes y no encontró nada. Cuando llegó el tercer día el rey lo llamó y le dijo que se acordara del compromiso y que él no podía darle más tiempo.

El joven empezó a buscar por varios pasillos y galerías y por fin entró en la habitación en donde estaba la entrada secreta cubierta por la cama. Buscando, buscando por todos los rincones por fin dió un empujón a la cama y apareció la entrada a la escalera que conducía a la habitación de la princesa y sus compañeras. Andando, andando llegó a la puerta, y cuando iba a abrirla el rey le dijo que allí había varias jóvenes y que si al escoger no sacaba a su hija entonces tendría pena de muerte.

Abrieron la puerta y salieron varias señoritas. El joven se fijó en todas y después de examinarlas con la vista se adelantó y tomó de la mano a la verdadera princesa porque había la sortija con la cruz.

El rey entonces le dijo al joven que había triunfado y que podía casarse con su hija.

El joven escribió a su padre y cuando éste llegó el rey perdonó a los dos hermanos, los cuales se casaron con dos de las muchachas

que habían estado encerradas con la princesa y fueron todos muy felices; y cuento acabao, colorfn colorao. <sup>1</sup>

### 137.—EL GALLO PELEÓN

Había una vez una mujer que tenía un gallo inglés muy bueno para la pelea, pero un día se antojó de comérselo. Cuando estaba ella abriendo el gallo cantó un gallo manila que estaba debajo de la casa. El gallo inglés le saltó de las manos a la mujer y mató al otro gallo.

### 138.—EN EL CEMENTERIO

Había una vez dos muchachitos que en vez de ir a la escuela les gustaba comer jobos. <sup>2</sup> Un día se escondieron en el cementerio; pero uno de ellos se acordó de un bollo de pan que su mamá tenía en la tablilla y decidió ir a buscarlo. El sepulturero, que era algo cobarde, salió en busca de alguien que lo acompañase a cerrar el cementerio y sólo encontró a un cojo. Echóse este sobre sus hombros y dirigióse a cerrar el pontón. Cuando iba llegando el muchachito creyó que el sepulturero era su compañero y le dijo:

—¿Ya lo traes?

El cojo al oír esto se tiró de los hombros y echó a correr, mientras el sepulturero asustado trataba de alcanzarle. <sup>3</sup>

### 139.—LAS DOCE PALABRAS TORNEADAS

Caminaba un pobre anciano por un camino cuando se le apareció el diablo y le dijo que le tenía que decir las doce palabras torneadas antes de las doce de la noche. Se desapareció el enemigo y el anciano se puso a llorar. En eso se le apareció un hombre que era San José y le preguntó por qué lloraba, y cuando el anciano le explicó, San José le dijo que no se apurara y que no le tuviera miedo al diablo.

A la media noche llegó el enemigo y le preguntó que si sabía ya las palabras. Como el anciano estaba dormido, San José habló por él y dijo que se las podía preguntar.

—Pues vamos a ver. De las doce palabras torneadas dime la una.

—La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las dos.

<sup>1</sup> Véase: *Bib. trad. pop. esp.*, t. 1, p. 178.

<sup>2</sup> *comer jobos*: hacer novillos.

<sup>3</sup> Cp. «¿Tráeslo?» Llano, *Ob. cit.*, p. 143.

—Las dos son las tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las tres.

—Las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las cuatro.

—Las cuatro, los cuatro evangelios. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las cinco.

—Las cinco, las cinco llagas que tenían los pies y manos y el costado del Señor nuestro Dios. Las cuatro, los cuatro evangelios. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las seis.

—Las seis, los seis candeleros que arden en Galilea. Las cinco, las cinco llagas que tenían los pies y manos y el costado del Señor nuestro Dios. Las cuatro, los cuatro evangelios. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las siete.

—Las siete, los siete coros. Las seis, los seis candeleros que arden en Galilea. Las cinco, las cinco llagas que tenían los pies y manos y el costado del Señor nuestro Dios. Las cuatro, los cuatro evangelios. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las ocho.

—Las ocho, los ocho gozos. Las siete, los siete coros. Las seis, los seis candeleros que arden en Galilea. Las cinco, las cinco llagas que tenían los pies y manos y el costado del Señor nuestro Dios. Las cuatro, los cuatro evangelios. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las nueve.

—Las nueve, los nueve meses que Jesús vivió en el vientre. Los ocho, los ocho gozos. Las siete, los siete coros. Las seis, los seis candeleros que arden en Galilea. Las cinco, las cinco llagas que tenían los pies y manos y el costado del Señor nuestro Dios. Las cuatro, los cuatro evangelios. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las diez.

—Las diez, los diez mandamientos. Las nueve, los nueve meses que Jesús vivió en el vientre. Los ocho, los ocho gozos. Las siete, los

siete coros. Las seis, los seis candeleros que arden en Galilea. Las cinco, las cinco llagas que tenían los pies y manos y el costado del Señor nuestro Dios. Las cuatro, los cuatro evangelios. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las once.

—Las once, las once mil vírgenes. Las diez los diez mandamientos. Las nueve, los nueve meses que Jesús vivió en el vientre. Las ocho, los ocho gozos. Las siete, los siete coros. Las seis, los seis candeleros que arden en Galilea. Las cinco, las cinco llagas que tenían los pies y manos y el costado del Señor nuestro Dios. Las cuatro, los cuatro evangelios. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

—De las doce palabras torneadas dime las doce.

—Las doce, los doce apóstoles. Las once, las once mil vírgenes. Las diez, los mandamientos. Las nueve, los nueve meses que Jesús vivió en el vientre. Las ocho, los ocho gozos. Las siete, los siete coros. Las seis, los seis candeleros que arden en Galilea. Las cinco, las cinco llagas que tenían los pies y manos y el costado del Señor nuestro Dios. Las cuatro, los cuatro evangelios. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés donde Jesucristo y los doce apóstoles pusieron los pies para ir a Jerusalén. La una, la Virgen pura.

Y el que ha dicho doce  
v se pasa a trece,  
reventará mil veces.

ADIVINANZAS PORTORRIQUEÑAS



# ADIVINANZAS

## I

### PRIMER GRUPO

En este primer grupo la solución está en la adivinanza como una palabra de la misma.

- 1
- a. ¿Cuál es el ave que vuela  
sin tripas ni corazón,  
que a los muertos les da alivio  
y a los vivos da sabor?
- b. ¿Cuál es el ave que vuela  
sin sangre en el corazón,  
para los vivos la dulzura  
y para los muertos el res-  
plandor?
- c. Estudiante que estudiaste  
en los libros del amor,  
¿cuál es el ave que vuela  
sin tripas ni corazón,  
que a los muertos da consuelo  
y a los vivos da sabor?  
(La abeja).
- 2
- ¿Qué ave hay más pequeña  
[en el mundo?  
(La avellana).
- 3
- a. Adivíname, buen adivinador,  
adivíname este placer;  
¿cuál es el ave que vuela  
y se queda sin comer?
- b. Buen adivinador,  
adivíname este placer:  
¿cuál es el ave que vuela  
y se queda sin comer?
- c. Estudiante que has estudiado  
gramática y filosofía,  
decídme cuál es el ave  
que vuela sin hacer sombra.
- d. Estudiante que estudiaste  
en los libros de Mahoma,  
me dirás cómo se llama  
el ave que vuela y no hace  
sombra.
- e. Tú que estudiaste  
el libro de Salomón,  
dime ¿cuál es el ave  
que no tiene sangre ni cora-  
zón?
- f. Estudiante de agricultura,  
¿cuál es el ave que no tiene  
pluma?
- g. ¿Cuál es el ave que vuela  
sin sangre en el corazón;  
para el vivo la nobleza  
y para el muerto el resplan-  
dor?

- h. ¿Cuál es el ave  
que no tiene plumas?  
capitán de artillería;  
tengo el castillo en el agua  
y mi nombre doy por ven-  
[cido.
- i. ¿Cuál es el ave que no tiene  
[sombra?
- j. ¿Cuál es el ave que no tiene  
[tripa ni corazón?
- k. ¿Cuál es el ave que sin alas  
[vuela?
- l. ¿Cuál es el ave que no vuela?  
(*El Ave María*).

4

Yo soy, al revés de todo,  
viceversa a los demás;  
coge la primer mitad  
y de cleta la contraria;  
adivina, es necesaria.  
(*La bicicleta*).

5

- a. Arón me llamo en el mundo,  
capitán de antiguo soy;  
mi casa en el agua tengo  
y mi nombre dirá quien soy.
- b. Arón me llamo en el mundo,  
capitán y activo soy;  
la casa tengo en el agua  
y mi nombre dirá quien soy.
- c. Mi cama tengo en el agua,  
capitán de antiguo soy;  
Arón me llamo en el mundo,  
adiviname quien soy.
- d. Arón me llamo en el mundo,  
capitán de antiguo soy;  
mi casa tengo en el agua  
y no te diré quien soy.
- e. Arón traigo por nombre,  
capitán altivo soy;  
mi casa en el agua tengo,  
mi nombre dirá quien soy.
- f. Arón me llamo,

- g. Arón me llamo en el mundo;  
tengo mi casa en el agua  
y no la puedo sentir.
- h. Arón tengo por nombre,  
capitán del antiguo soy;  
mi casa tengo en el agua,  
mi nombre dirá quien soy.
- i. Arón me llaman por nombre,  
jefe activo soy;  
mi casa tengo en el agua,  
mi nombre dirá quien soy.
- j. Arón me llamo en el mundo,  
capitán de antiguo soy;  
mi casa tengo en el agua,  
mi nombre dirá quien soy.  
(*El camarón*).

6

Estaba una niña  
sentada en un balcón,  
y pasa un perrito y le dice:  
jau, jau, allá va.  
(*La guayaba*).

7

Justa me llaman por doquier,  
soy alabada sin tasa;  
y a todos parezco bien;  
nadie me quiere en su casa.  
(*La Justicia*).

8

- a. En el monte ha nacido  
lo que nunca se ha sembrado,  
tiene el nombre del señor  
y no ha sido bautizado.
- b. En el monte fué nacido  
lo que nunca fué criado,

tiene el nombre del señor  
y no ha sido bautizado.

12

- c. En el monte fuí nacido,  
en el monte fuí criado;  
traje nombre del señor  
y nunca fuí bautizado.

¿Que es lo que está sobre  
[caña?  
(El tilde de la ñ).

La solución aparece como letra  
entera:

- d. En el monte fué nacido  
lo que nunca fué sembrado.  
Tiene el nombre de señor  
y nunca fué bautizado.

13

- e. En el monte fuí nacido,  
en el monte fuí criado;  
el nombre del Señor me han  
[puesto  
porque no fuí bautizado.  
(El ruiseñor).

- a. En el medio del mar estoy;  
no soy astro ni estrella,  
ni tampoco luna bella.  
Adivina lo que soy.  
No soy de Dios ni del mundo  
ni del infierno profundo;  
en medio del mar estoy.
- b. En el medio del mar estoy,  
no soy de Dios ni del mundo,  
ni del infierno profundo  
que en dondequiera estoy.

9

- a. Arón se llama mi nombre,  
sacerdote en tierra soy;  
mi casa está sobre el agua.  
Acierteme usted quien soy.

- c. En medio del mar estoy,  
no soy de Dios ni del mundo,  
y vivo en lo más profundo  
donde no se oye rumor.

- b. Arón me llamo en el mundo  
capitán y activo soy.  
Mi casa tengo en agua  
y mi nombre dice quien soy.  
(El tiburón).

- d. En el medio del mar  
hay una negrita,  
ni come ni bebe  
y siempre está gordita.

La solución está en la adivi-  
nanza como tres palabras de la  
misma:

10

¿Qué se dice con el lo,  
con el sí y con el no?  
(El tocino).

- e. En el medio del mar  
estoy llorando mi descon-  
[suelo,  
al ver que no puedo entrar  
en el reino de los cielos.

La solución aparece como par-  
te de una letra:

11

¿Qué cosa está sobre Dios?  
(El punto de la i).

- f. En el medio del mar estoy.  
no soy de Dios ni del mundo  
ni del infierno profurido,  
y en medio del mar estoy.

- g. ¿Qué hay en el medio del  
[mar?

14

- a. A orillas del agua me arrimo;  
en medio del mar me ponen;

en la agonía me hallo:  
llorando mi desconsuelo,  
al ver que no puedo entrar  
en el reino de los cielos.

- b. En el medio del mar me hallo,  
a orillas del agua me arrimo,  
llorando mi desconsuelo,  
por ver que no puedo entrar  
en el reino de los cielos.
- c. A orillas del agua me ponen,  
en medio del mar estoy.  
¿Cómo me llaman?

15

- a. Sin ser padre de Adán  
principio he sido;  
principio y fin del alma  
he sido y soy;  
y aunque en medio del mar  
yo siempre estoy,  
se oye al fin de la tierra  
mi sonido.
- b. Sin ser padre de Adán  
principio he sido;  
y soy en el medio del mar  
posada;  
y al fin de la tierra  
resuena mi sonido.
- c. Sin ser padre de Adán  
principio he sido.  
Principio y fin del alma soy.  
En medio del mar siempre he  
[vivido,  
y al fin de la tierra se oye mi  
[sonido.

16

¿Cuál será la muy mentada  
que se halla al fin de la vida,  
no haya en el mundo cabida  
ni en el cielo tiene entrada,  
que no se encuentra en los  
[meses  
y en la semana dos veces?

17

En el cielo no la hubo,  
en el mundo no se halló;  
Dios con ser Dios no la tuvo,  
y a un pastor Dios se la dió.

18

¿Qué es lo que en una semana  
se ven dos, en un mes ninguna, y  
en un año una?

*(La letra a).*

19

- a. En medio del cielo estoy  
sin ser astro ni estrella,  
sin ser sol ni luna bella;  
aciérteme usted quien soy.
- b. En el medio del cielo estoy:  
no soy astro ni estrella,  
ni tampoco luna bella.  
Dime quien soy.
- c. En el medio del cielo estoy;  
no soy astro ni estrella,  
ni tampoco luna bella.  
Adivíname lo que soy.
- d. En medio del cielo estoy;  
no soy lucero ni estrella,  
ni ninguna cosa de ella.
- e. En medio del cielo estoy,  
ni soy luna, ni soy sol;  
adivíname quien soy.
- f. En medio del cielo está,  
y si no lo digo, no lo adivi-  
[naré.  
*(La letra e).*

20

No me busques en la paja  
aunque siempre esté en el  
[trigo;  
me verás en todas fiestas,  
y siempre estoy entre amigos.  
Con los infantes y reinas

también siempre me verás;  
búscame en la mentira  
mas nunca con el querer...

(*La letra i*).

21

- a. En Lofza y en Luquillo  
me hallarás pronto al entrar,  
mas si allí no me encontraras  
búscame por Corozal.
- b. Delante lo tiene Lares,  
Corozal lo tiene atrás,  
y en medio lo tienes Ciales.  
¿Qué será?

(*La letra l*).

22

- a. Una en un minuto,  
dos en un momento,  
y ninguna en un siglo.
- b. ¿Qué ocurre dos veces en un  
momento, una vez en un mi-  
nuto y ni una vez en un siglo?
- c. ¿Qué es lo que hay dos veces  
en un momento, una vez en un  
minuto y ninguna en un siglo?

(*La letra m*).

23

¿Qué hay en el medio de  
Ponce?

(*La letra n*).

24

- a. Último soy en el cielo,  
con Dios en tercer lugar;  
me embarco siempre en navío  
y nunca estoy en el mar.
- b. En la hostia soy primera  
con Dios en tercer lugar:  
en el cielo la postrera,  
pero no existo en el mar.

25

- a. Soy la redondez del mundo,

sin mí no puede haber Dios;  
papas y curas sí,  
pero pontífices, no.

- b. Soy la redondez del mundo,  
sin mí no puede haber Dios;  
papas, cardenales, sí;  
pero pontífices, no.
- c. Soy la redondez del mundo,  
sin mí no puede haber Dios;  
habrán papas, cardenales,  
pero pontífices, no.
- d. Soy la redondez del mundo,  
sin mí no puede haber Dios;  
papas y cardenales, sí,  
pero pontífices, no.

- e. Soy redonda como el mundo,  
y sin mí no puede haber Dios.

(*La letra o*).

26

¿Qué es lo primero del prin-  
cipio?

(*La letra p*).

27

Al principio de Rincón  
muchos me suelen hallar;  
vivo en medio de París  
y me encuentro al fin del mar.

(*La letra r*).

28

En Yabucoa y en Yauco  
lo mismo que en ley y rey,  
y si me sigues buscando  
me encontrarás en Cayey.

(*La letra y*).

La solución aparece como parte  
de una palabra de la adivinanza:

29

- a. Voy vestida de remiendos,  
siendo una mujer de honor;  
miles de hombres por mí amor

- salud y vida perdieron.  
A muchos les impongo miedo;  
el jabón nunca lo ví.  
Y si me llaman lavandera  
es por abusar de mí.
- b. Voy vestida de remiendos  
siendo una mujer de honor;  
muchos hombres por mi amor  
su salud y vida perdieron.  
A nadie le impongo miedo;  
él jabón nunca lo ví,  
si me llaman lavandera  
no es por burlarse de mí.
- c. Voy vestida de remiendos  
siendo una dama de honor.  
Muchos por mi amor  
su salud y vida perdieron,  
a muchos les infundo miedo;  
el jabón nunca lo ví;  
aunque me llamen lavandera  
no es por burlarse de mí.
- d. Voy vestida de remiendos  
siendo una mujer de honor;  
muchos hombres por mi amor  
su salud y vida perdieron;  
a muchos les pongo miedo;  
y el jabón nunca lo ví,  
y si me llaman lavandera  
es por burlarse de mí.
- ẽ. De remiendos estoy vestida  
por ser mujer de importancia;  
anduve la España y Francia;  
jabón no lo conocí;  
y no sé por qué será  
que me llaman lavandera.
- f. De remiendos ando vestida  
como mujer de importancia;  
toda la España yo he andado  
y nunca jabón conocí,  
a mí me llaman lavandera  
y no es por burlarse de mí.
- g. De remiendos ando vestida  
como mujer de importancia;
- anduve en España y Francia  
y nunca jabón conocí.  
Y si me llaman lavandera  
será por burlarse de mí.
- h. De remiendos voy vestida  
siendo dama de importancia;  
y nunca jabón conocí,  
y si me llaman lavandera  
no es burlarse de mí.
- i. Voy vestida de remiendos  
aunque soy dama de impor-  
[tancia.  
Paso mi vida entre hombres  
y es con ellos mi gloria y ga-  
[nancia.  
Pasé por España y por Flan-  
[des;  
nunca el jabón conocí;  
y si me dicen lavandera  
no es por burlarse de mí.
- 30
- a. Fuí lavandera en España,  
fui lavandera en Madrid.  
Y yo vine a Puerto Rico  
y también aquí lo fui.
- b. Anduve le España y Francia  
y el jabón nunca lo ví.  
me dieron el nombre de lavan  
[dera  
y no fué por burlarse de mí.  
(La bandera)
- 31
- Estaba porque la ví,  
y porque la ví estaba  
sobre la pierna,  
y sobre la pierna estaba.  
(La taba).
- La solución aparece como una  
palabra entera de la adivinanza:
- 32
- a. Una viejita arrugadita

- entre en una trampita.  
Pasa, bobo, ¿qué será?
- b. Chiquita y arrugada.  
Pasa, bobo, ¿qué será?
- c. Una viejecita arrugada,  
con dos palitos atrás.  
Pasa, bobo, ¿qué será?
- d. Una viejita engarrunada  
pasa, voló, ¿qué será?
- e. Una viejita arrugadita  
pasa, pasa,  
y en la boca una trompita.  
¿Qué será?
- f. Una viejita arrugá,  
con una palita atrás.  
Pasa, hobo, ¿qué será?
- (La pasa).
- 33
- a. Soy blanca como la nieve,  
en el campo fui criada;  
como a los perros me llaman  
diciéndome: sal, aquí.  
El mismo rey en persona  
no puede pasar sin mí.
- b. Me dicen «sal de mi casa»,  
como si yo un perro fuera.  
No hay caballero en la ciu-  
[dad  
que en su casa no me quiera.
- c. En casa del rey Viruta  
me dijeron, «Sal de aquí».  
Siempre me están botando  
y nunca salgo de allí.
- d. Me llaman como a los perros  
diciéndome: «Sal aquí».  
El mismo rey en persona  
no puede vivir sin mí.
- (La sal).
- 34
- Ruda me llaman las gentes
- tonta y de corto saber,  
aunque en males diferentes  
muy buena yo suelo ser
- (La ruda).
- 35
- A menos de seis pulgadas de  
distancia hay dos niñas y no  
se pueden ver ni tocar.
- (La niña de los ojos)
- 36
- Veinte patos caminaban con  
una pata nada más; y todos  
veinte caminaban todos al  
mismo compás. -
- (Veinte patos y una pata).
- 37
- Veinte animales andaban;  
todos iban al compás;  
y todos veinte marchaban  
con una pata y nada más.
- (La pata).
- 38
- ¿En qué planta se detienen  
más los estudiantes de botá  
nica?
- 39
- ¿Cuál es la planta que más  
favor hace al hombre?
- 40
- ¿Cuál fué la primera planta  
que puso Adán en el paraíso?
- 41
- ¿Cuál es la planta que no da  
flor ni frutas y a veces tiene  
mal olor?
- (La planta del pie)

42

- a. Tres cazadores cazando,  
tres palomas van volando;  
cada cual mató la suya  
y dos se fueron volando.
- b. Tres cazadores iban cazando  
y tres palomas volando;  
cada cual mató la suya  
y dos se fueron volando.
- c. Tres cazadores cazando,  
tres palomas volando,  
cada cual mata la suya;  
las demás se van volando.
- d. Tres palomas en un árbol,  
tres cazadores tirando,  
cada cual mató la suya  
y dos se fueron volando.
- e. Tres palomas en un prado,  
tres cazadores cazando,  
cada cual mata la suya  
y dos se fueron volando.

(Cada cual se llama  
uno de los cazadores).

43

Un pescador pescando  
una lebrancha pescó,  
y de tres días de salada  
fresca se la comió.

44

- a. Un cazador en enero  
una paloma mató;  
y la saló para pascua  
y fresca se la comió.
- b. Un cazador en enero,  
una paloma mató,  
y la guardó para diciembre  
y fresca se la comió.
- c. Un cazador en diciembre  
a una liebre mató,  
la saló para el verano  
y fresca se la comió.

- d. Estando un pescador pes-  
[cando,  
una manchera cogió,  
de siete días de salada  
y fresca se la comió.
- e. Un pescador en cuaresma  
una lebrancha cogió;  
a los quince días de muerta  
fresquita se la comió.

(La perra que se  
llamaba Fresca).

La solución aparece como una  
palabra entera de la adivinanza y  
como parte de otra palabra:

- I. Esta parte antecede inmedia-  
tamente a la palabra entera.

45

Isabel trajo por nombre  
nacido en el mes de enero;  
he andado todas las islas  
y la de Puerto Rico primero.

(El dinero).

46

Soy moza que tengo sal,  
digna como esposa soy;  
en la caja o al mar voy;  
en la mesa fina soy;  
me hallará siempre muy fina  
pero no me lo adivina.

(La sardina).

47

Quien quiera gozar del fin  
que se tome del finado,  
no la cabeza ni el rabo.  
Y si lo viera morir,  
claro te voy a decir.  
No sé si has adivinado.

(Delfín).

- II. Esta parte sigue inmediata-  
mente a la palabra entera.

48

Sentada en este banco  
mi hermana estaba  
hace poco con un joven.  
¿Cómo se llama?

(Esteban).

49

a. Por aquel camino va  
caminando y no es gente.  
Adivínalo, prudente,  
que el nombre quedó ya atrás.

b. Por un caminito va  
caminando quien no es gente  
Adivina, prudente,  
que el nombre lo ves atrás.

(La vaca).

50

a. VÍ sentada en un sillón  
una dama;  
lee el primer renglón  
y dime cómo se llama.

b. VÍ sentada en un balcón  
una preciosa dama:  
búscala en el primer renglón  
y verás cómo se llama.

c. VÍ sentada en un balcón  
a una preciosa dama.  
A que tú no me adivinas  
ni de aquí a *pasao* mañana.

d. VÍ sentada en un balcón  
una hermosa catalana;  
léele el primer renglón  
y verás cómo se llama.

e. VÍ sentada en un balcón  
una rosa catalana;  
lee el primer renglón  
y verás cómo se llama.

f. VÍ sentada en un balcón  
una hermosísima dama;  
deletrea el primer renglón  
y verás cómo se llama.

g. VÍ sentada en un balcón  
una hermosísima dama;  
estudia el primer renglón  
y verás cómo se llama.

h. VÍ sentada en una silla  
una hermosísima dama;  
junta las cuatro letras  
y sabrás cómo se llama.

i. VÍ sentada en un balcón  
una simpática dama;  
léele el primer renglón  
y verás cómo se llama.

j. VÍ sentada en un balcón  
una preciosa dama;  
estudia el primer renglón  
y verás cómo se llama.

k. VÍ sentada en un balcón  
una señorita blanca;  
deletrea el primer renglón  
y sabrás cómo se llama.

l. En la esquina de un balcón  
vÍ sentada a una dama.  
Exclama por el segundo ren  
[glón]  
y sabrás cómo se llama.

ll. VÍ sentada en un balcón  
a una hermosísima dama.  
Lee los cuatro renglones  
y verás cómo se llama.

m. VÍ sentada en el balcón  
a una hermosa primavera.

(Vicenta).

La solución aparece como dos  
palabras enteras de la adivinanza.

l. Estas dos palabras se si-  
guen inmediatamente.

51

a. Este era mi pensamiento  
de preguntarte una cosa.  
¿Cuál es la nina que tiene  
la casa junto a la losa?

- b. Este era mi pensamiento,  
el decírtelo algún día.  
¿Cuál es la que nunca duerme  
y que siempre está tendida?

(*La estera*).

52

Estoy que te estoy diciendo  
es lo que yo te pregunto,  
y te pasas de borrico  
si no lo dices al punto.

(*El estoque*).

53

- a. Oro no es, plata no es.  
Asómate a la ventana  
y verás lo que es.
- b. Oro no es;  
plata no es.  
Abre las cortinas  
y verás lo que es.
- c. Oro no es;  
plata no es.  
El que adivine  
se come lo que es.
- d. Oro no es; plata no es.  
Abre la cortina, y sabrás lo  
[que es.
- e. Oro no es ni plata no es.  
Adivina lo que es.
- f. Oro no es;  
plata no es;  
abre la cortina  
y verás lo que es.
- g. Oro no es;  
plata no es;  
a que no lo adivinas  
de aquí a la oración
- h. Oro no es,  
plata no es,  
alza la cortina  
y verás lo que es.
- i. Oro no soy,

plata no soy;  
abre la puerta  
y verás lo que es.

(*El plátano*)

54

Hay una cosa muy clara  
que al decir «te la digo»  
es nombrarla.  
Y sin embargo te la digo  
y no lo entiendes.

(*La tela*).

55

- a. Si el enamorado  
es muy entendido  
allí va el nombre de la dama  
y el color del vestido.
- b. Si el enamorado es entendido  
aquí va el nombre de la dama  
y el color del vestido.
- c. Si el enamorado  
es bien entendido,  
sabrás el nombre  
de la dama y del vestido.
- d. Si el enamorado  
es discreto y entendido,  
aquí va el nombre  
de la dama y del vestido.
- e. Joven, el enamorado,  
si eres sabio y entendido,  
en este renglón te pongo  
el nombre de la dama y el  
[vestido
- f. Si el enamorado es joven,  
¿cómo se llama la niña  
de quien yo me enamoré?
- g. Si el enamorado  
es bien entendido,  
allí va el nombre  
de la dama y del vestido
- h. Si el enamorado  
es correspondido,

- allí te mando mi nombre  
y el de mi vestido.
- l. Galán, el enamorado,  
si eres sabido y entendido,  
en ese renglón va puesto  
mi nombre y el del vestido.
- j. Galán, el enamorado,  
si te muestras entendido,  
aquí va el nombre de la dama  
y el del color del vestido.
- k. —¿Fuiste a Avila?  
A Avila fuí y la ví.  
—¿Qué hacía?  
Que del corto estiraba  
y del largo encogía.  
¿Y qué te dijo?  
—Que si venía, no venía;  
y si no venía, acá vendría.  
¿Y qué mas te dijo?  
Que si el enamorado  
era entendido,  
ahí va el nombre  
de la dama y del vestido.  
(Elena y morado).
- 56
- a. Iba por un camino y cogí tres.
- b. Fuí arriba y cogí dos,  
fui arriba y cogí tres.
- c. Andando por un camino me  
[bajé  
y cogí tres.
- d. Andando por un camino, cogí  
[tres.  
Adivíname lo que es.
- e. Yo iba por un camino,  
encontré cuatro  
y cogí tres.
- f. Brinqué para arriba  
y cogí tres.
- g. Brinqué para arriba
- me caí y cogí tres.
- h. Brinqué para arriba y cogí  
[tres.  
Adivíname lo que es.  
(El cogitre).
- 57
- Toma sol a tu morada  
te enamora ese color  
¿entiendes el tomasol?  
y fijame una mirada;  
contesta, mujer amada,  
como quedaría esa flor.  
(El tomasol).
- ll. Las dos palabras están sepa-  
radas una de la otra.
- 58
- a. Agua pasó por aquí,  
cate de mi corazón;  
el que no me lo adivine  
es grande borricón.
- b. Agua pasó por mi puerta  
cate de mi corazón;  
a que no me la adivina  
ni de aquí a la oración.
- c. Agua pasó por aquí  
cate de mi corazón.  
¿A que no me lo adivinas  
ni de aquí a la oración?
- d. Agua que pasó por mi casa  
cate de mi corazón;  
el que me adivine esta adivi-  
[nanza  
me robará el corazón.
- e. Agua la boca a cualquiera  
café se puede tomar,  
y si usted lo va llamar  
tiene que decirle te.
- f. Del agua salió mi nombre,  
sin haber ningún rescate,  
para que ninguno acate  
que mi nombre es disparate.



c. Me llamo Ana y me dicen Fe.

67

d. Ana me llaman por nombre  
y por doble nombre Fe.  
El que no me lo adivine,  
¡qué burro es!

(*El anafe*).

65

Es arte, es torrc, es misa,  
y no se oye.

(*La Artemisa, sic*).

66

a. Soy ave pero no vuelo,  
del extranjero he llegado,  
mi corteza es dura y luego  
alimento al desmayado.  
Llana soy, me han embarca-  
[cado;  
ahora estoy en Puerto Rico;  
tanto el pobre como el rico  
todos me quieren comer:  
para que sepan quien es  
mi cutis es duro y liso.

b. No soy ave, cosa es llana,  
aunque estoy en alto suelo,  
porque ni corro ni vuelo,  
soy una simple serrana,  
hija de un hijo del suelo.

c. Ave soy, pero no vuelo;  
mi nombre es cosa muy llana.  
Soy una simple serrana  
hija de un hijo del suelo.

d. Ave soy y no lo niego  
soy muy llana de tratar.

e. Ave tengo por nombre  
soy llana de condición.  
El que no me la adivine  
le digo que es un simplón.

f. Ave tengo por nombre,  
llana por condición.  
(*La avellana*).

Sin ser un auto de fe  
móvil soy en mi carrera,  
por la larga carretera,  
de toditos me aparté;  
mis ojos cristales son  
y mi rebuznar de toro  
asusta y hasta incomoda  
al pacífico viandante;  
si no se quita de delante  
le revuelco entre el arroyo.

(*El automovil*).

68

Ba traigo por nombre,  
cenilla por condición;  
aquel que me adivina  
se me come el corazón.

(*La bacnilla*)

69

a. Ba trae por nombre,  
cin por condición;  
el que no me la adivine  
le chupa el corazón.

b. Ba traigo por nombre,  
cin por condición;  
el que me la adivinare  
se le come el corazón.

(*El bacin*).

70

a. Al romper una beata  
y al romper una caneca,  
es el nombre de mi dama  
que mi corazón penetra  
y al caer hizo triz.

b. Con la B de una beata  
y al romper de una limeta,  
tiene el nombre de mi dama  
sin que le falte una letra.  
En la posrera que digo  
voy diciendo lo que es.

c. Al caer una beata  
y al romper una caneca,

es el nombre de la dama  
que en mi corazón penetra.  
Cayó e hizo triz.

- d. Al nombrar una beata  
y al romper una caneca,  
es el nombre de una dama  
que mi corazón penetra.

(*Beatriz*).

71

- a. Es cama en que nadie se  
[acuesta,  
y seis que nadie lo baila.

- b. Es cama y no se dobla,  
y seis y no se baila.

- c. Es cama y no se duerme.  
Es seis y no se baila.  
¿Que será?

(*El camasey*).

72

Candil me dicen  
y Lero tengo por nombre.

(*El candelero*).

73

Es santo y no se adora:  
es caldo y no se bebe.

(*El cardo santo*).

74

- a. Cata, toma esta mata  
y llévasela a tu madre;  
y si ella te pregunta,  
dile que de Lina es.
- b. Toma, Cata, esta mata,  
llévasela a tu mamá.  
Dile que es de Lina.  
Junta las ocho letras  
y sabrás lo que es.
- c. Toma, Lina, Cata, dale  
a tu madre esta mata;  
que la siembre que de lino es.  
Junta estas cuatro letras. (sic)

y sabrás lo que es.

- d. Cata, toma esta mata,  
llévasela a Lina,  
y dile que se la pase a Na. (sic)

- e. Toma, Cata, esta mata.  
Si te preguntan de quien es,  
dí que de Lina es.

- f. Anda, ve a tu casa, Cata;  
encontrarás una mata;  
lino no es; le preguntarás  
a tu padre y a tu madre  
que te digan lo que es.

(*Catalina*).

75

Es cuco y no corre;  
es vano y no pesa.

(*El cucubano*).

76

- a. Chicha traigo por nombre  
y Ron por apellido.

- b. Chicha llevo por nombre,  
y por apellido Ron.

- c. Chicha me llamo  
y Ron me apellidan.

(*El chicharron*).

77

- a. Yendo por un caminito  
me encontré una dama,  
vo le pregunte su nombre  
y me dijo: Juana.

- b. Pase por una calle  
y ví una dama;  
le pregunté su nombre  
y me dijo: Juana.

(*La damajuana*).

78

- a. Es garra y no de cuero,  
y es pata y no de vaca.

b. Es garra y no de enagua,  
es pata y no de vaca.

c. Es garra pero no de tigre;  
pata, pero no de mesa.

d. Es garra y no es de león;  
es pata y no es de vaca.

e. Es garra y no es de cuero;  
es pata y no es de vaca.

(*La garrapata*).

79

a. Hico, pero no de hamaca,  
tea, pero no del monte.

b. Es hico y no de hamaca,  
es tea y no arde.

c. Es hico y no es de hamaca;  
es tea y no arde.

(*La hicoteta*)

80

a. De la mar salió mi nombre  
y tan desgraciada fui  
que para mayor desgracia  
con una garita dí.

b. De la mar salió mi nombre  
y tan desdichada fui  
que al huir de mi desgracia  
con una garita dí.

(*Margarita*).

81

El morro está en la sábana  
con el negro Francisco Coy;  
y al que me lo adivinare  
cincuenta pesos le doy.

(*El morrocoy*).

82

a. Pérez anda,  
Gil camina;  
burro serás  
si no lo adivinas.

b. Pérez anda  
Gil camina;  
tonto será  
el que no lo adivina.

(*El perejil*).

83

Por primera tengo pica,  
por segunda tengo flor;  
mi todo es un pajarito  
de lindísimo color.

(*El picaflor*).

84

a. Pi llaman los pollitos,  
miento si no es verdad,  
el que no me la adivina  
bruto animal será.

b. Pi trae por nombre,  
miento si digo verdad;  
el que no lo adivine  
es un burrito animal.

c. Pi, dicen los pollos.  
Miento si digo la verdad.

d. Si por primera vez miento,  
si no es verdad,  
el que no me la adivine  
bruto y animal será.

e. Pi, hacen los pollitos,  
y miento si no es verdad.

f. Pi, dicen los pollitos;  
miento si no es verdad;  
y si no me la adivinas  
eres perro, burro y animal.

g. Pi, pi, dicen los pollitos  
miento si lo he de decir.

h. Pi, pi, se llama a los pollos,  
miento si digo verdad.  
Y el que no me lo adivine  
un grande tonto será.

i. Pío, pío, dice el pollo;  
miento si fuera verdad.

¿A que no me lo adivinas  
ni de aquí a la madrugada?  
(*El pimiento*).

85

- a. Es puerto y no se embarcan;  
es rico y no tiene ochavos.  
b. Es puerto y no de mar;  
es rico sin capital.

(*Puerto Rico*).

86

- a. Es rey y no tiene corona;  
es mundo y no tiene gente;  
es balde y no tiene agua;  
es silla y no sienta a nadie.  
b. Es rey y no tiene corona;  
es mundo y no tiene habitan-  
[tes;  
es balde y no carga agua;  
es silla y nadie se sienta.

(*Reimundo Valdecilla*).

87

Río y no corre;  
pedra y no es dura.  
(*Río Piedras*).

88

Pensando estoy en un río  
que va detrás de una rosa;  
precisamente es la hermosa  
a quien ama el pecho mío.  
(*Rosario*).

89

En el mar está una copa,  
en la copa una bebida,  
en la bebida una rosa  
y en la rosa una María.  
(*Rosmarino*).

90

Sobre me llaman,

soy de la cama;  
y abrigo al hombre  
siendo de lana.  
(*La sobrecama*).

91

- a. Es sol y no alumbra,  
y es sal y no salada.  
b. Es sal y no sala;  
es sol y no alumbra.  
c. Es sol y no quema;  
es sal y no sazona.  
d. Es sol y no alumbra,  
es sal y no es de cocina.  
(*El solsal, sic*).

92

- a. Torón que corre,  
Gil que se va;  
el que no lo adivina  
burro será.  
b. Torón que anda,  
Gil que se va;  
si no me adivinas  
burro seras.  
c. Torón que camina,  
Gil que se va;  
el que no adivina  
tonto cstará.

(*El toronji*).

93

Tira tengo que no es de trapo,  
y un buzón que no es de car-  
[tas.  
(*El tirabuzón*).

94

Es venta y no se vende,  
es Ana y no es de gente.  
(*La ventana*).

95

Ya Uclides está preparando,  
fía lavando el negrito;  
sí yo no me precipito  
la mesa me está aguardando.

(*La yautía*).

96

Quiero comer, dame pan;  
el vestido, señora, tállame,  
me está demás, quiero qui-  
[tarme,  
y después sigo mi afán,  
y mañana, aunque sea vieja,  
te me cuelgo en las orejas;  
adivíname, galán.

(*La pantalla*).

La solución aparece como tres palabras enteras de la adivinanza.

97

Alf y su perro Can  
fueron a tomar un te  
al pueblo que dije a uste.

(*Alicante*).

98

- a. Una flor en una tina.
- b. Una flor en una tina,  
¿qué será?
- c. Una flor en una tina,  
¿qué nombre es?

(*Florentina*).

La solución es una palabra homónima; la adivinanza considera las dos significaciones de dicha palabra.

99

- a. En un punto y un instante,  
en un punto fué mi ser;

y un punto vendre a ser  
porque mi vida es andante;  
sirvo al rey, sirvo al tunante  
y al que me quiera comprar,  
y para mentar mi nombre  
me parten por la mitad.

- b. En un punto, en un instante  
en un punto fué mi ser.  
Tengo la vida que darte  
y sirvo al rey y al tunante,  
y al que me quiera ocupar,  
y para mentar mi nombre  
me parten por la mitad.
- c. De punto a punto es mi ser  
y ando por el mundo adelante;  
sirvo al rey y al mendigante  
y a todo el que me quiera usar,  
y el que me quiere nombrar,  
me parte por la mitad.
- d. Mi todo en un punto empieza,  
y en un punto ha de acabar;  
el que adivine mi nombre  
sólo dirá la mitad.
- e. Mi ser en un punto empieza  
y en un punto acabará.  
El que adivine mi nombre  
sólo dirá la mitad.
- f. Mi ser por un punto empieza  
y mi ser por un punto acaba,  
y sólo podré decir la mitad.  
¡Quién mi nombre adivinara!
- g. Mi nombre en un punto em-  
[pieza  
en un punto ha de acabar;  
y el que acertare mi nombre  
a medias se ha de quedar.
- h. Mi ser en un punto empieza.  
y en un punto ha de acabar;  
y el que acertare mi nombre  
sólo dirá la mitad.

(*La media*).

Parte o partes de la solución están caracterizados por verbos homónimos.

100

¿Que es lo que se corta sin tijera y se cose sin aguja?

*(La leche).*

101

a. ¿Que es lo que se pone en la [mesa y se corta pero no se come?

b. ¿Que es lo que se pone en la [mesa, que se corta y no se come?

*(La baraja).*

102

a. Corto sin tijeras, coso sin aguja; echo el tranco largo y ando sin ventura.

b. Corta, corta buena ventura, que corta y no deja costura.

c. En el monte nace

con mucha frescura, echa el paso largo y anda a la ventura.

d. Un galán por su camino, corriendo su desventura, cortando lo que está sano y cerrándole sin costura.

e. Niña de quince años que corre su desventura, ni se corta con tijeras ni se cose con agujas.

f. En el monte se cría con mucha frescura echa el palo largo y corre la aventura.

*(El barco).*

103

a. Yo iba por un camino y sin querer me la halle. Me puse a buscarla y como no la encuentre me la llevé.

b. En el camino me la encuentre y a casa me la llevé.

*(La espina).*

**SEGUNDO GRUPO**  
**Adivinanzas aritméticas**

- |  |   |
|--|---|
| <p style="text-align: center;">104</p> <p>a. Un pato con una pata en un<br/>[corral.<br/>¿Cuántos patos y patas hay?</p> <p>b. Un pato con una pata debajo<br/>[de un cajón.<br/>¿Cuántos patos y patas son?</p> <p>c. Un pato con una pata se<br/>[metió dentro de un cajón.<br/>¿Cuántos patos y patas son?<br/><i>(Un pato cojo .</i></p> | <p>gallinas. ¿A cómo le tocó a<br/>cada uno?<br/><i>(A seis).</i></p> <p style="text-align: center;">109</p> <p>¿A como les tocan doce libras<br/>de carne repartidas entre dos<br/>cegados?<br/><i>(A seis libras).</i></p>  |
| <p style="text-align: center;">105</p> <p>Un pato con una pata en un<br/>[corral,<br/>¿cuántos patos y picos en el<br/>[corral?<br/><i>(Un pato y un pico).</i></p>  | <p style="text-align: center;">110</p> <p>El zapatero y su hija,<br/>el sastre con su mujer,<br/>comieron de nueve huevo<br/>y les tocaron a tres.<br/><i>(La hija del zapatero era la mu-<br/>jer del sastre).</i></p>   |
| <p style="text-align: center;">106</p> <p>Cien pollos metidos en un ca<br/>[jón.<br/>¿Cuántos picos y patas son?<br/><i>(Dos picos y cuatro patas).</i></p>  | <p style="text-align: center;">111</p> <p>a. El boticario y su hija,<br/>el médico y su mujer,<br/>comieron de nueve huevos<br/>y les tocaron a tres.</p> <p>b. Un boticario y su hija,<br/>un médico y su mujer,<br/>comieron de nueve huevos<br/>y le tocaron a tres.</p> |
| <p style="text-align: center;">107</p> <p>Cien murciélagos<br/>y un gorrión,<br/>¿cuántos picos y<br/>patas son?<br/><i>(Un pico y ninguna pata).</i></p>  | <p>c. El boticario y su hija,<br/>el medico y su mujer<br/>se comieron nueve huevos<br/>todos cupieron a tres.</p>  |
| <p style="text-align: center;">108</p> <p>Dos cegatos se comieron doce</p>   | <p>d. El boticario y su hija,<br/>el médico y su mujer</p>  |

salieron a pasear,  
se llevaron pera y media  
y tocaron a media pera.

*(La hija del boticario era la mujer del médico).*

112

El secretario y su hija,  
el sabio con su mujer,  
comieron de nueve huevos  
y le tocaron a tres.

*(La hija del secretario era la mujer del sabio).*

113

Un zapatero y su hija,  
un herrero y su mujer,  
comieron de nueve huevos  
y les tocaron a tres.

*(La hija del zapatero era la mujer del herrero).*

114

Siete patos vi andar,  
andaban perfectamente,  
andaban entre la gente  
con una sola pata.

*(Iba con ellos una pata).*

115

Juntos dos en un borrico  
los dos andan a la par;  
el uno anda doce leguas  
y el otro una nada más.

*(El minuterero y el horario).*

116

- a. En un cercado había treinta  
[vacas,  
y paricron todas la misma  
[noche;

amanecieron treinta y un be-  
[cerros,  
y ninguna parió cuates.<sup>1</sup>

- b. Veinte vacas tienen veinte y un  
becerros y ninguna tiene cua-  
tes.

- c. Cien vacas parieron ciento y  
un becerros y ninguna parió  
guares.

*(Una vaca se llamaba Ninguna).*

117

Discutían dos marineros so-  
bre el dinero que tenían. Uno  
de ellos dijo:—Si tú me das  
un centavo, tendría el doble  
que tú. Eso no sería justo,  
dijo el otro.—Es mejor que  
tú me des un centavo y enton-  
ces tendríamos lo mismo.  
¿Cuánto tenía cada uno?

*(Uno tenía cinco centavos y siete el otro).*

118

- a. Estaba un gavián en un ar-  
bol y pasaron varias palomas.  
—Adiós mis cien palomas.  
Ellas le contestaron dicién-  
dole:—Nosotras, la mitad de  
nosotras, una cuarta parte de  
nosotras y usted, señor gavi-  
lán, haríamos un ciento cabal.  
¿Cuántas palomas vola-  
ban?

- b. Un cazador que estaba ca-  
zando vió volar unas palo-  
mas y les dijo:—Adiós, mis  
cien palomas. Ellas contesta-  
ron: Nosotras, la mitad de  
nosotras, la cuarta parte de  
nosotras y usted, componen

<sup>1</sup> *cuates*: gemelos.

cien. ¿Cuántas palomas volaban?

- c. Un gavilán vió pasar varias palomas y les dijo: Adiós, mis cien palomas. Y ellas le contestaron: — Nosotras no somos cien palomas; para serlo, se necesitan nosotras, otras tantas como nosotras, la mitad de nosotras, la cuarta parte de nosotras y usted, señor gavilán. ¿Cuántas palomas vió el gavilán?

- d. Un gavilán iba cazando, muchas palomas volando. —¿Cuántas son? — Las que [vamos, otras tantas de las que vamos, la mitad de las que vamos, la cuarta parte de las que [vamos y usted, señor gavilán, hacen un ciento cabal (36 palomas).

119

- a. Dos son tres si bien se advierte; [vierte; tres son cuatro, si se mira; cuatro, seis, y de esta suerte, seis son cuatro, sin mentira.
- b. Digo que cuatro son seis, y que seis con cuatro advierto, esto lo veréis tan cierto como dos y dos son seis; y si bien no lo entendéis, miradlo por varios modos, y veréis son cinco todos como dos y dos son seis. (Las letras de cada número).

120

Cuatro conejos;  
meif dos en un cajón;

¿cuántos conejos son?

(Cuatro conejos).

121

Dos madres y dos hijas  
van pa misa con tres manti-  
[llas.

(Abuela, madre y nieta).

122

- a. Tres libras de tabaco  
repartidas entre dos padres  
y dos hijos.  
¿Cómo se explica esto?

- b. Tres libras de tabaco  
divididas entre dos padres  
y dos hijos.  
¿A cómo tocan?

(A una libra; abuelo, padre y nieto).

123

En una casa había cien vigas,  
en cada viga cien gallinas,  
y en el medio un capón;  
adivíname, cuántos picos  
y cuántas patas son.

(Ninguno).

124

- a. Subí a un árbol de naranjas,  
sin naranjas.  
El árbol tenía una naranja  
y bajé con naranjas.  
(El hombre llevaba una naranja  
y el árbol tenía una naranja; el  
hombre cogió la naranja y bajó  
con dos naranjas).
- b. Un hombre subió a un palo de  
chinas. Subió sin chinas. El  
árbol no tenía chinas y bajó  
con dos chinas.  
(Una que llevaba y una en el árbol  
son las dos).

125

Un hombre que tenía 17 vacas dejó dicho en su testamento que las repartieran entre sus hijos en la siguiente forma: al mayor, la mitad; al menor la tercera parte y al segundo la sexta parte. ¿Cómo dividieron las vacas?

*(Cogieron una prestada. Entonces les dieron 9, 6 y 3).*

126

- a. En un árbol había cien pájaros. Un cazador disparó y cayó uno muerto. ¿Cuántos quedaron?

*(Ninguno; volaron 99).*

- b. En un árbol había cinco pajaritos. Un cazador de un tiro mató tres. ¿Cuántos pajaritos quedaron en el árbol?

*(Ninguno).*

127

- a. Yendo yo para las Mercedes me encontré con siete mujeres. Cada mujer llevaba un saco y en cada saco iba un gato. Entre gatos, sacos y mujeres,

¿cuántos iban para las Mercedes?  
[cedes?  
*(Uno).*

- b. Yendo para las Mercedes, me encontré con siete mujeres; esas siete mujeres llevaban siete sacos y esos sacos llevaban siete gatos.

¿Cuántos íbamos para las Mercedes?  
*(Uno).*

128

Seis cocos vendidos a centavo, ¿cuánto es?

*(Dos centavos, ? sic)*

129

¿Cuántos gatos hay en un cuarto que tiene ocho rincones; en cada rincón hay un gato, al lado de cada gato hay siete gatos y en frente de cada gato hay un gato?

*(Ocho gatos).*

130

De dos sacan uno y quedan tres.

*(Marido, mujer e hijo)*

TERCER GRUPO

Adivinanzas burlescas

131

¿Puede usted brincar más alto que una pared de docepies?

*(Sí, porque la pared no brinca nada).*

132

¿Puede una vela estar encendida estando lloviendo?

*(Sí, porque la vela está dentro de la casa).*

133

¿Podrá volar un ruiseñor del Yunque a la (ala) quebrada?

*(No puede volar con el ala quebrada).*

134

¿De qué edad (qué da) vino Dios al mundo?

*(De la uva).*

135

¿Por qué Madrid se escribe con *M* y termina con *t*?

*(Termina empieza con t).*

136

¿Por qué las gallinas ponen los huevos?

*(Porque si los tiran los rompen).*

137

a. ¿Qué es lo que mientras más

se recorta, más grande es?

*(El agujero).*

b. ¿Qué es lo que entre más se le saca más grande se pone?

*(El roto).*

c. ¿Qué cosa es y es de entender, que mientras más le quitan más grande es?

d. ¿Qué será lo que se le saca y más grande es?

*(El hoyo).*

¿Qué es, qué es, que mientras más se le pica menos se ve?

*(El pozo).*

138

a. Un saco lleno ¿de qué pesa menos?

b. ¿De qué se llenará un saco que pese menos?

c. ¿De qué se llena un saco que pese menos que vacío?

d. ¿De qué se debe llenar una botija para que pese menos?

e. Un sombrero lleno ¿de qué pesa menos?

f. Un calabozo lleno, ¿de qué pesa menos?

*(De agujeros).*

- ¿Con qué se puede llenar un saco para que pese menos?  
(*Con agujeros*).  
139
- a. ¿Qué es lo que mientras más se mira menos se ve?  
147
- b. ¿Qué cosa es que mientras más grande menos se ve?  
(*La obscuridad*).  
140
- ¿Por qué el buey se babea?  
(*Porque no puede escupir*).  
141
- ¿Por qué el gallo cierra los ojos cuando canta?  
(*Por no tenerlos abiertos*).  
142
- ¿Por qué flota la bandera?  
(*Porque el viento sopla*).  
143
- ¿Por qué el buey busca la sombra?  
(*Porque la sombra no lo busca a él*).  
144
- ¿Por qué el perro da tres vueltas al acostarse?  
(*Porque no puede acostarse a la primera*).  
145
- ¿Por qué es que el perro roe el hueso?  
(*Porque no se lo puede tragar entero*).  
146
- a. ¿Para qué usan los campesinos tirantes colorados?  
(*Para aguantarse los pantalones*).  
147
- b. ¿Para qué llevan los jíbaros tirantes colorados?  
(*Porque las más viejas siempre se quedan*).  
148
- ¿Por qué entran los perros en las iglesias?  
(*Porque las puertas están abiertas*).  
149
- ¿Por qué el puerco siempre lleva la cabeza baja?  
(*Porque se acuerda de que su madre era una puerca*).  
150
- ¿Por qué es que el pavo si se va de la casa no viene si no le van a buscar?  
(*Porque el pavo cría una araña que le pica cuando quiere comer y el pavo se cree que lo pican en la casa y se va de ella*).  
151
- a. ¿Qué es lo que sin moverse de aquí va a todas partes?  
151
- b. ¿Qué es lo que viene a la casa y no se va?  
151
- c. ¿Qué va de Madrid a Toledo sin moverse?  
(*El camino*).  
151

- 152  
¿Qué es lo que pasa por el río y no se moja?  
(*La luna*).
- 153  
¿Qué es lo que pasa por el agua y no se moja?  
(*La sombra*).
- 154  
¿Qué es lo que anda con los pies en la cabeza?  
(*El piojo*).
- 155  
¿Qué es lo que tiene la barriga detrás y el espinazo delante?  
(*La pierna*).
- 156  
a. ¿Qué es lo que está aquí y no está?  
b. ¿Qué es lo más veloz del mundo?  
(*El pensamiento*).
- 157  
¿Qué es lo que da de lo que no tiene?  
(*La piedra de amolar*).
- 158  
¿Qué es lo que tiene la cabeza para abajo y el rabo para arriba?  
(*El maíz*).
- 159  
¿Qué es lo que entra a la iglesia con la cabeza para abajo y los pies para arriba?  
(*Los clavos de los zapatos*).
- 160  
¿Cuál es el animal que pare con grito?  
(*La congria*).
- 161  
a. ¿Qué es lo que está sobre todo?  
b. ¿Qué es lo que más carga en el mundo?  
(*El nombre*).
- 162  
¿Qué es lo que siempre nos acompaña en la claridad?  
(*La sombra*).
- 163  
¿Qué es lo que cura y no es cura?  
(*El médico*).
- 164  
¿Qué es lo que anda por la mañana en cuatro pies, al mediodía en dos y a la tarde en tres?  
(*El hombre*).
- 165  
¿Qué es lo que se sube a la cama antes de subirse la persona?  
(*La sombra*).
- 166  
¿Qué es lo que no se gasta nunca?  
(*El nombre*).
- 167  
¿Qué es lo más seguro que hay?  
(*La muerte*).

- 168  
¿Qué es lo que come por la boca y echa por las costillas?  
(*El molino*).
- 169  
¿Qué es que antes de hacerla, lo es?  
(*La pez*).
- 170  
¿Qué potencia es la que carga el rabo en la boca?  
(*El río*).
- 171  
¿Qué es lo más duro de un cerdo?  
(*El grito*).
- 172  
¿Qué es más obscuro que la noche?  
(*La pobreza*).
- 173  
a. ¿Qué es lo que se oye y no se ve?  
b. ¿Qué es lo que se oye y no se puede ver?  
(*El viento*).
- 174  
¿Qué es lo que más huele en una botica?  
(*La nariz del boticario*).
- 175  
¿Qué es lo que traspasa el cristal antes de romperse?  
(*La vista*).
- 176  
¿Qué es lo que se echa en
- agua y siempre se bolla?  
(*La cebolla*).
- 177  
a. ¿Qué es lo que se pone sobre todas las cosas?  
b. ¿Qué es lo que se ponen todos?  
c. ¿Qué es lo que a todo se pone?  
(*El nombre*, v. n.º 161).
- 178  
¿Qué es lo que cuesta una peseta y se le puede estar sacando todo un año?  
(*El almanaque*).
- 179  
¿Qué es lo que largo no alcanza y corto se sobra?  
(*El brazo al comer*).
- 180  
a. ¿Qué es lo que se echa al agua y no se moja?  
b. ¿Qué es lo que pasa por el agua y que no se moja?  
c. ¿Qué es lo que se cae en el agua y no se moja?  
d. ¿Qué estará haciendo el rey en su palacio?  
e. ¿Qué es lo que hace el buey al salir el sol?  
f. ¿Qué es lo primero que hace el buey cuando sale al sol?  
g. ¿Qué es lo primero que hace uno cuando sale a la calle?  
(*La sombra*).
- 181  
¿Qué es lo que se pone en la

- mesa, se corta y no se come? 190  
*(La baraja).*  
 182 ¿Qué es lo que se hace sin pensar?  
*(Pestañear).*
- ¿Qué le dan a uno para comer y no se lo come? 191  
*(El plato).*  
 183 ¿Qué es lo que se corta y no sé por dónde parte?  
*(El agua).*
- ¿Qué es lo que se pone en la mesa para comer y no se come? 192  
*(El plato y la cuchara).*  
 184 ¿Qué es lo que se dice que no se oye?  
*(El pensamiento).*
- ¿Qué es lo que sirve para comer y no se come? 193  
*(La cuchara).*  
 185 ¿Qué es lo primero que hacemos al levantarnos de la cama?  
*(Poner los pies en el suelo).*
- ¿Qué es lo que tiene el automóvil que no le hace falta, pero sin lo cual no puede andar? 194  
*(El ruido).*  
 186 ¿Qué es lo que lleva la gallina delante?  
*(El pico).*
- ¿Qué es lo que tiene una casa que no le pesa? 195  
*(La rehendija).*  
 187 ¿Qué fué lo primero que hizo Colón cuando puso un pie en Puerto Rico?  
*(Poner el otro).*
- ¿Qué es lo que se mete en el agua y no se moja? 196  
*(La imagen).*  
 188 ¿Qué es lo que no hacen los muertos en el cementerio que estamos haciendo en este momento?  
*(Que estamos en movimiento).*
- ¿Qué es lo que hace de día chan, chan, y de noche nada? 197  
*(Las chinelas).*  
 189 ¿Qué es lo primero que hace uno cuando se va a bañar?  
*(Mojarse).*  
 ¿Qué debe hacer una muchacha bonita para que los jóvenes anden detrás de ella?  
*(Irse delante de ellos).*

- 198  
¿Qué fué lo que Dios hizo que no terminó?  
(*La higuera*).
- 199  
¿Qué es lo que nosotros tenemos que Dios no tiene?  
(*Hermanos, pecados*).
- 200  
¿Qué debemos hacer para que las chinches no nos piquen de noche?  
(*Dormir de día*).
- 201  
¿Qué hace el pan cuando lo cortan?  
(*Disminuir*).
- 202  
¿Qué es lo primero que hacemos al despertar por la mañana?  
(*Abrir los ojos*).
- 203  
¿Qué fué lo que Dios hizo que no vió, que no ha visto y que no verá?  
(*La conformidad*).
- 204  
¿Qué es aquello que mucho se mueve y no se ve?  
(*La lengua*).
- 205  
¿Qué es lo que si se habla se rompe?  
(*El silencio*).
- 206  
¿Qué animal hay que complacer mucho para que no cambie de sexo?  
(*El burro; para que no se aburra*).
- 207  
¿Qué es lo que al parir la madre se muere?  
(*El alacrán*).
- 208  
¿Qué se necesita para cerrar una puerta?  
(*Que esté abierta*).
- 209  
¿Qué es lo que mientras más se corta más largo es?  
(*La zanja*).
- 210  
¿Qué es lo que encuentra uno pasando por un camino y le quita la pelleja?  
(*La yagua*).
- 211  
¿Qué es lo que nunca puede hacer una lavandera?  
(*Sacar las manchas de la conciencia*).
- 212  
¿Qué hizo Napoleón al cumplir los veinte y un años?  
(*Entrar en los 22*).
- 213  
¿Qué hizo Muñoz Rivera al poner el primer pie en la tribuna?  
(*Poner el otro*).

- 214  
¿Qué hizo Dios más en el monte?  
(*Palos tuertos*).
- 215  
¿Qué es lo que hacemos todos con el tiempo?  
(*Envejecer*).
- 216  
¿En qué copas no se puede servir mavi?  
(*En las llenas*).
- 217  
¿En qué mes hablan menos las mujeres?  
(*En febrero*).
- 218  
¿De qué color era el caballo blanco de Napoleón?  
(*Blanco*).
- ¿En qué se parece, etc?  
I. Semejanzas positivas.
- 219  
¿Un huevo a una castaña?  
(*En que tiene cáscara*).
- 220  
¿El zancudó a la locomotora?  
(*En que zumba*).
- 221  
¿Los días a las noches?  
(*En que tienen horas*).
- 222  
¿Una vela a un soldado?  
(*En que llega a cabo*).
- 223  
¿Un cigarro a un soldado?  
(*En que asciende a cabo*).
- 224  
¿Los policías a las velas?  
(*En que se hacen cabos*).
- 225  
¿Las casas a los hombres?  
(*En que tienen frente*).
- 226  
¿Una persona a una casa?  
(*En la frente*).
- 227  
¿Un hombre a una casa?  
(*En los tirantes*).
- 228  
¿La luna a una casa?  
(*En que tiene cuartos*).
- 229  
¿El gato al cura?  
(*En que caza*) [casa].
- 230  
¿Un alfiler a una vela?  
(*En que se prende*).
- 231  
¿Cataño a un baile de jíbaros?  
(*En que empieza con punta y acaba con grandes palos*).
- 232  
¿Cataño a una muñeca?  
(*En que no tiene acueducto*).

- 233  
¿Una pluma de escribir a un  
paraguas?  
(*En que se moja*).
- 234  
¿El sol a mí?  
(*En que son notas musicales*).
- 235  
¿El sol a un huevo?  
(*En que se pone*).
- 236  
¿El cielo a un huevo?  
(*En que se estrella*).
- 237  
¿Un colegio a los ojos?  
(*En que tiene niñas*).
- 238  
¿Una tala de maíz a un tuer-  
to?  
(*En que tiene «malojo»*).
- 239  
¿Un cadaver a una flor?  
(*En que se descompone a las 24  
horas*).
- 240  
¿Un periódico a una iglesia?  
(*En que tiene columnas*).
- 241  
¿San Pedro a una mazorca  
de maíz?  
(*En que tiene barbas*).
- 242  
¿Cristo al morf-viví?  
(*En que muere y resucita*).
- 243  
¿El cigarro al cerdo?  
(*En que tiene capa y tripa*).
- 244  
¿La escuela a la cárcel?  
(*En que castigan*).
- 245  
¿El dinero a los ríos?  
(*En que corre*).
- 246  
¿Un dólar a los zapatos?  
(*En que se gasta*).
- 247  
¿El perro al hombre casado?  
(*En que le ponen esposa*).
- 248  
¿Un campo a la cárcel?  
(*En que tiene grillos*).
- 249  
¿Un reloj a una casa?  
(*En los cuartos*).
- 250  
¿Un reloj a una guitarra?  
(*En que tiene cuerda*).
- 251  
¿Un cerdo a un cura?  
(*En que tiene capa*).
- 252  
¿Un sombrero a una gallina?  
(*En que tiene alas*).
- 253  
¿La aguja a la rosa?  
(*En que se deshoja*) [desoja].

- |   |   |
|---|---|
| 254   | 265   |
| ¿La aguja a un vapor?<br>( <i>En que entra y sale</i> ).                | ¿La orquesta al río?<br>( <i>En que tiene bajo</i> ).                           |
| 255   | 266   |
| ¿Una casa al cementerio?<br>( <i>En que tiene paredes</i> ).            | ¿El fuego a la sed?<br>( <i>En que se apaga con agua</i> ).                     |
| 256   | 267   |
| ¿El Coamo al Pepita?<br>( <i>En que tiene caldera</i> ).                | ¿Una fruta a la plancha?<br>( <i>En que se pasa</i> ).                          |
| 257   | 268   |
| ¿El río a un muchacho?<br>( <i>En que crece</i> ).                      | ¿Las casas de los pobres al<br>tren?<br>( <i>En los anuncios</i> ).             |
| 258   | 269   |
| ¿Una mesa a una vaca?<br>( <i>En que tiene patas</i> ).                 | ¿Un carpintero a una nación?<br>( <i>En la escuadra</i> ).                      |
| 259   | 270   |
| ¿El zancudo al ají?<br>( <i>En que pica</i> ).                          | ¿El perro al carpintero?<br>( <i>En que mene a la cola</i> ).                   |
| 260   | 271   |
| ¿Un abogado a un río?<br>( <i>En que tiene costas</i> ).                | ¿Un zambo a mi situación?<br>( <i>En que tenemos las piernas<br/>tuertas</i> ). |
| 261   | 272   |
| ¿La noche al carbón?<br>( <i>En que es negra</i> ).                     | ¿La mujer al viento?<br>( <i>En que lleva polvo</i> ).                          |
| 262   | 273   |
| ¿El cerro a la mujer?<br>( <i>En que tiene falda</i> ).                 | ¿Un banquete a una baraja?<br>( <i>En que tiene copas</i> ).                    |
| 263   |   |
| ¿El maestro a una mujer en-<br>cinta?<br>( <i>En los nueve meses</i> ). | II. Semejanzas negativas.   |
| 264   | 274   |
| ¿El sol a la luz?<br>( <i>En que alumbra</i> ).                         | a. ¿Una ermita a un tuberculoso?  |

- b. ¿Un físico al pueblo de las Marías? 282
- c. ¿Un físico a una iglesia cerrada?  
(*En que no tiene cura*). 275
- ¿Una manzana a un tren?  
(*En que no es-pera*).  
—————  
276
- ¿Quién dá lo que no tiene?  
(*Dios*). 277
- ¿Quién tiene la lengua en el rabo?  
(*El chayote*). 278
- ¿Quién manda a llover?  
(*Los ciegos, porque siempre están diciendo: «si yo viera»*). 279
- ¿Quiénes son los que no van a las procesiones?  
(*Los campaneros*). 280
- a. ¿Cuál es el hijo que nace primero que su madre?  
b. ¿Cuál es el hijo que ve nacer al padre?  
(*El cajuil*). 281
- ¿Cuál es el animal que hace sus hijos con las patas?  
(*El pato*). 282
- a. ¿Cuál es el animal que tiene las patas en la cabeza?  
b. ¿Cuál es el animal que anda con las patas en la cabeza?  
c. ¿Cuál es el animal que anda con los pies en la cabeza?  
d. ¿Cuál es el animal que tiene el cuerpo más lejos que la cabeza?  
(*El bacalao*). 283
- a. ¿Cuál es el árbol que si nunca florece por la noche florece?  
b. ¿Cuál es el árbol que florece al ponerse el sol y se le caen las flores al salir el sol?  
(*El árbol en que duermen las gallinas*). 284
- a. ¿Cuál es el animal que se llama, por donde se amarra?  
b. ¿Cuál es el animal que se amarra por el nombre?  
(*La pata*). 285
- a. ¿Cuál es el padre de los hijos del Cebedeo?  
b. ¿Cómo se llamaba el padre de los hijos del Cebedeo?  
(*Cebedeo*). 286
- ¿Cuál es la noche más larga de todo el año?  
(*La Noche-buena*). 286

- 287
- a. ¿Cuál es el animal que pone más cerca de la cocina?
- b. ¿Cuál es el ave que pone en casa?
- c. ¿Cuál es la ranchita que con dos palitos carga una familia?  
(*La gallina*).
- 288
- ¿Cuáles fueron los primeros que vieron tierra americana?  
(*Los ojos*).
- 289
- ¿Cuál fué el hijo que vió nacer a su madre?  
(*El humo*).
- 290
- ¿Cuál es el árbol que tiene las hojas por un lado blancas y por el otro negras?  
(*Noche y día*).
- 291
- ¿Cuál es el árbol que tiene la mitad de las hojas negras y la mitad blancas?  
(*El tiempo*).
- 292
- ¿Cuál es el hombre que trabaja más alegre?  
*El barrendero, porque «barriendo» [va riendo]*.
- 293
- ¿Cuál es el hombre que más crece?  
(*El río*).
- 294
- ¿Cuál es el palo que tiene nombre y apellido?  
(*El laurel sabino*).
- 295
- ¿Cuál es la matá que tiene nombre y apellido?  
(*El morí-viví*).
- 296
- ¿Cuál es el hombre más atrevido del mundo?  
(*El viento*).
- 297
- ¿Cuál es la cosa que alumbra más que una vela?  
(*Dos velas*).
- 298
- ¿Cuál es el santo más malo?  
(*San Cudo*) [*Zancudo*].
- 299
- ¿Cuál es el mejor santo?  
(*San Cocho*) [*Salcocho*].
- 300
- ¿Cuál es el santo más chiquito del cielo?  
(*San Tito*).
- 301
- ¿Cuál es el sabor de todos los sabores?  
(*La sal*).
- 302
- a. ¿Cuál es el hijo que al morir le da vida a su madre?
- b. ¿Cuál es el hijo que quema la lengua a su madre?  
(*El pábilo de vela*).

- 303  
¿Cuál es el animal que se le cae la capa y no la puede coger?  
(*La palma*).
- 304  
¿Cuál es el palo que no tiene sombra?  
(*El palo de ron*).
- 305  
¿Cuál es el animal que no tiene huesos?  
(*La lapa*).
- 306  
¿Cuál es el animal que tiene huesos antes que la carne?  
(*El juey*).
- 307  
a. ¿Cuál es el animal que carga su casa en la espalda?  
b. ¿Cuál es el animal que al andar lleva la casa encima?  
c. ¿Cuál es el animal que se echa la casa encima para andar?  
(*El caracol o cobo*).
- 308  
¿Cuál es el mes en que menos hablan las mujeres?  
(*Febrero, v. n.º 217*).
- 309  
¿Cuál es la palabra que en todos los idiomas se pronuncia igual?  
(*No*).
- 310  
¿Cuál es el nombre de animal que tiene las cinco vocales?  
(*Murciélago*).
- 311  
¿Cuál es la parte del mundo que más riquezas tiene y que pocos son los que las poseen?  
(*El mar*).
- 312  
¿Cuál es el hijo que ve nacer a su madre?  
(*El hielo*).
- 313  
¿Cuál es el gato que no tiene ojos, pies, rabo ni orejas y tiene boca?  
(*El gato del dentista*).
- 314  
¿Cuáles son los que hacen leyes contrarias?  
(*Los bizcos*).
- 315  
¿Cuáles son las cuatro letras que hacen a una niña mujer?  
(*Edad*).
- 316  
¿Cuál es el que come con dientes ajenos?  
(*El dentista*).
- 317  
¿Cuál es el colmo de un carpintero?  
(*Que las hijas le salgan «traviesas» y los hijos «listones»*).

- 318  
¿Cuál es el colmo de un dentista?  
*(Poner una caja de dientes a la «boca del Morro».*<sup>1</sup>
- 319  
¿Cuál es el colmo de un sastre?  
*(Hacer mangas para un brazo de mar).*
- 320  
¿Cuál es el colmo de la fuerza?  
*(Doblar una esquina).*
- 321  
¿Cuál es el colmo de un barbero?  
*(Cortar el pelo a un calvo).*
- 322  
¿Cuál es el colmo de la precocidad?  
*(Nacer muerto).*
- 323  
a. ¿Cuántas plantas hay en el mundo?  
b. ¿Cuántas estrellas hay en el cielo?  
*(Sin cuenta).*
- 324  
¿Cuántas varas sube el coheite para arriba?  
*(Una sola vara).*
- 325  
¿A las cuántas vueltas se acuesta el perro?  
*(A la última).*
- 326  
a. ¿Dónde le puso el Señor la mano primero al hombre?  
b. ¿Dónde le puso Dios la mano al hombre?  
*(En la muñeca).*
- 327  
¿En dónde es donde el lechón no tiene manteca?  
*(En el chillido).*
- 328  
¿Dónde se quedó Moisés cuando apagó la luz?  
*(En la obscuridad).*
- 329  
¿Dónde se ven todas las mujeres igualmente iguales?  
*(En la obscuridad).*
- III. Semejanzas de otro animal u objeto de la misma especie.
- 330  
¿A quién se parece el burro?  
*(A otro burro).*
- 331  
¿Qué es lo que más se parece a la media luna?  
*(La otra mitad).*
- IV. Animal del otro sexo.
- 332  
¿Cuál es el animal que más se parece al oso?  
*(La osa).*

<sup>1</sup> *Boca del Morro*: el canal de entrada a la bahía de San Juan.

333

¿Cuál es el animal que más se parece al hombre?

(*La mujer*).

334

a. ¿Cuál es el animal que más se parece al gato?

b. ¿Cuál es el animal que anda como gato, caza ratones y hace todas las cosas que hacen los gatos y no es gato?

(*La gata*).

335

¿Cuál es el animal que más se parece al perro?

(*La perra*).

#### V. Miscelánea.

336

¿Cómo se coge la vela para encenderla?

(*Apagada*).

337

¿Cómo se coge la gallina para matarla?

(*Viva*).

338

¿Cómo se coge un lechón para matarlo?

(*Vivo*).

339

¿Cómo se le saca la leche a la vaca?

(*Blanca*).

340

¿Qué es lo que tiene la gata que no tienen los demás animales?

(*Gatitos*).

341

¿Cuándo entra el perro a la iglesia?

(*Cuando está abierta*).

342

¿A quién le sacan las tripas para lavarlas?

(*A la almohada*).

CUARTO GRUPO  
Adivinanzas de parentesco

I. En general.

345

343

- a. Pensando me estoy pensando,  
pensando me vuelvo loca;  
la suegra de la mujer de mi  
[hermano,  
¿qué parentesco me toca?

Tengo un tío  
que no es tío,  
hermano de mi tío.  
¿Qué será mío?

(*El padre*).

346

- b. Pensando, siempre pensando,  
pensando me vuelvo loca;  
la suegra de la mujer de mi  
[hermano.  
¿qué parentesco me toca?

- a. Vió el pastor en su ganado  
lo que no vió el rey en su rei-  
[no,  
ni el Papa en su Santidad,  
ni Dios en toda su vida. <sup>1</sup>

- c. Confusa estoy,  
maravillada me hallo.  
¿Qué vendrá a ser de mí la  
[suegra  
de la mujer de mi hermano?  
(*Mi madre*).

- b. Dios no ha visto  
lo que yo he visto.

- c. Vió el pastor en su ganado  
lo que el rey no vió en su si-  
[lla.  
ni el Papa en su Santidad,  
ni Dios en toda la vida.

(*El hermano*).

344

- a. ¿Cuál es la hermana de mi tía  
que no sea tía mía,  
siendo ella hermana de mi tía  
e hija de mis abuelos?

- II. Su semejante.

347

- b. Mi tía tiene una hermana  
que no es tía mía.

- a. ¿Qué vió un pastor en el mon-  
[te,  
que Dios con ser Dios no lo  
[pudo ver?

- c. Yo tengo una tía,  
mi tía tiene una hermana,  
y la hermana de mi tía  
no es tía mía.

(*La madre*).

- b. Vió el pastor en la montaña lo

<sup>1</sup> Véase n.º 347.

- que el rey de España no pu-  
[do ver,  
ni el Pontífice en su silla  
ni Dios con su gran poder  
tampoco lo pudo ver.
- c. Vió un pastor en la montaña  
lo que el rey no vió en Espa-  
[ña;  
en Jerusalén ni Dios,  
con ser Dios lo vió.
- d. Vió un pastor en su cabaña  
lo que el rey no vió en Espa-  
[ña;
- en Jerusalén ni Dios,  
con ser Dios lo vió.
- e. El pastor ve en su ganado  
lo que el rey no ve en su silla;  
ni el Padre Santo lo ha visto  
ni Dios lo verá en su vida.
- f. Dios con ser Dios no vefa,  
lo que el hombre pudo ver  
el rey acaso,  
y el hombre a cada paso.  
*(Su semejante).*

QUINTO GRUPO  
Clasificación alfabética

348

Sólo un jeme de tamaño  
tengo para mi recreo,  
cuanto más gusto me da  
más me lo zarangondeo;  
si le digo estáte quieto  
lo hace con tanto agrado  
que se mete en sus casillas  
y allí se queda arrugado.

349

Soy alguacil de las damas  
y ministro singular;  
ando cargado de varas  
sin prender ni castigar.

350

- a. En las manos de las damas  
casi siempre estoy metido;  
unas veces estirado  
y otras veces encogido.
- b. En los brazos de las damas  
casi siempre estoy metido  
unas veces encerrado  
y otras veces encogido.

*(El abanico).*

351

- a. ¿Cuál es el insecto que hay  
sin tripas ni corazón,  
que a los muertos da consue-  
[lo  
y a los vivos da sabor?
- b. Por el aire va volando

. sin plumas ni corazón,  
al vivo dando sustento  
y al muerto consolación.

- c. Por el cielo van volando  
sin tino ni corazón,  
al vivo le dan sustento  
y al muerto consolación.
- d. Por el aire va volando  
sin plumas ni corazón,  
al vivo le da sustento  
y al muerto consolación.

352

Soy de la misa precisa  
y tengo parte en la gloria;  
soy de la misericordia  
y nunca me ven en misa.

353

- a. Fuf por un camino,  
encontré a una perra parida,  
y por irle a quitar un hijo  
por poco me quitan la vida.
- b. Andando por un camino  
me encontré una perra parida;  
por irle a quitar un perrito  
me quiso quitar la vida.

*(La abeja).*

354

- a. En el monte está un palito,  
nadie lo quiere sembrar,  
que vale la onza media  
a cien pesos el quintal.

- b. En el monte se halla un árbol,  
nadie lo quiere sembrar,  
se vende a peso la onza  
y a cien pesos el quintal.
- hago ruido en los paraguas,  
hago correr a los niños,  
hago ruido en las corrientes,  
¿Quién soy?

*(El achiote).**(El agua).*

355

360

- a. Un hombre murió sin culpa,  
su madre nunca nació,  
y su abuela estuvo doncella  
hasta que el nieto murió.
- a. Un amigo le dió a otro  
lo que en el mundo no había;  
el amigo lo tenía  
y se lo cedió a otro.
- b. Un hombre murió sin culpa,  
su madre nunca nació;  
y la tierra estuvo virgen  
hasta que el nieto nació.
- b. Un amigo a otro pidió  
lo que en el mundo no había;  
el amigo se lo concedió,  
pero él tampoco lo tenía.
- c. Un hombre murió sin culpa,  
cuya madre no nació,  
la abuela quedó doncella  
hasta que el nieto murió.
- c. Un amigo a otro pidió  
lo que en el mundo no había;  
el amigo se lo dió,  
pero él tampoco lo tenía.

*(Adán).*

356

Que el ratón no coma queso,  
ni el gato coma ratón,  
son dos puntos diferentes.  
¿Qué causan?

*(Admiración).*

357

- a. ¿Qué cosa es más admirada,  
que nos tragamos  
y ella nos traga?
- b. ¿Qué cosa más admirada,  
que nos tragamos  
y también nos traga?

358

Hago crecer las matas y cai-  
[go  
sobre las sombrillas.

359

Debajo del cielo  
lavo los campos,

- d. El rey le pidió a su esclavo  
lo que en el mundo no había;  
el esclavo se lo dió  
pero él tampoco lo tenía.

361

En el cielo no lo hubo;  
en la tierra sí se halló.  
Dios con ser Dios no lo tuvo,  
y un hombre a Dios se lo dió.

*(El agua del bautismo).*

362

Muchos olores me daban  
que me tenían sin talento,  
pero se llegó el momento  
de que el fuego se apagara.

*(El agua florida).*

363

En Francia fui fabricada  
y en España fui vendida,  
si me prendes me prendo  
y si me sueltan soy perdida.

364

- a. Señor Juan va  
y señor Juan viene;  
y siempre señor Juan  
tieso lo tiene.

- b. Lamí y torcí  
y por debajo te lo metí.

- c. Torcí, lamí,  
y por el agujero  
te lo metí.

*(La aguja).*

365

Andan dos en un borrico,  
los dos andan a la par.  
Uno anda doce leguas;  
el otro una, no más.

*(Las agujas del reloj).*

366

Chiquito como un ratón,  
cuanto más le quitan, más  
[grandón.

*(El agujero).*

367

- a. A ver ¿qué cosita es  
que te da en la cara  
y no lo ves?
- b. Te está dando y no lo ves.

*(El aire).*

368

- a. Tengo cabeza redonda  
sin nariz, ojos ni frente,  
y mi cuerpo se compone  
tan sólo de blancos dientes.
- b. Mi cabeza es redonda  
sin nariz, ojos ni frente,  
y en mi cuerpo sólo hay  
un grupo de blancos dientes.
- c. En un monte muy lozano

hay un padre franciscano,  
tiene dientes y no come  
tiene barbas y no es hombre.

- d. Tiene dientes y no come  
tiene barbas y no es hombre.
- e. En los cerros terremotos  
que nacen los hombres llanos,  
con el a, con el andén;  
tiene cabeza y no pies;  
tiene barba y no es hombre,  
y tiene diente y no come.

- f. Sábana blanca,  
flor morada,  
junto de la casa  
de la pendejada.

- g. Chiquito como el puño  
y tiene pendejos en el culo.

*(El ajo).*

369

- a. La señora Juana  
va y viene, y siempre tiesa.
- b. Don Juan va  
y don Juan viene,  
y siempre tieso lo tiene.

- c. De noche estoy acostada  
y de día estoy parada.

- d. De día colgando  
y por la noche descansando.

*(La aldaba).*

370

- a. En Francia fui fabricado  
y en España fui vendido;  
si me prenden me prendo  
y si me sueltan soy perdido.

- b. En Francia fui fabricado.  
en Puerto Rico vendido;  
prendo hombres y mujeres  
y si me sueltan soy perdido.

- c. En España fui nacido,

en Francia fué regalado;  
si me sueltan soy perdido  
y si me prenden soy gallardo.

- d. En Francia fué fabricado,  
en España fué vendido,  
y con afán por las damas  
siempre he sido pretendido;  
si me prenden, prendo yo;  
si me sueltan soy perdido.
- e. En Francia solí nacer,  
en España fué vendido;  
soy fácil para prender  
si me sueltan soy perdido.
- f. Con *a* empieza mi nombre;  
de las damas soy querido.  
Si me prenden soy seguro  
y si me sueltan perdido.

(*El alfiler*).

## 371

- a. Verde fué mi nacimiento  
amarillo fué mi abril,  
tuve que ponerme blanco  
para poderte servir.
- b. Verde fué mi nacimiento  
amarillo fué mi abril,  
y blanco me he de quedar  
para poderte servir.
- c. Amarillo fué mi abril,  
verde fué mi madurez;  
blanco me he de poner  
para poderte servir.
- d. Verde fué mi nacimiento  
amarillo fué mi abril,  
y blanco me he de poner  
para poderte servir.
- e. Verde fué mi nacimiento  
amarillo mi abrigo  
y blanco me he de poner  
para poderte servir.

## 372

- a. Sábana blanca que está ten-  
[dida,  
el vivo la está velando  
al son de las castañetas  
las tripas le van halando.
- b. Doña Nica está tendida  
los perros la están velando  
al son de la castañeta  
las tripas le van sacando.
- c. Doña Blanca está tendida,  
los perros la están velando,  
al son de la castañeta  
las tripas le están pasando.
- d. Doña Nica está tendida,  
los perros la están velando,  
al son de las castañetas  
las tripas le están sacando.

- e. Doña Blanca está tendida,  
y cinco la están velando;  
y al son de las castañuelas  
las tripas le van sacando.
- f. Cien damas en un barranco,  
todas visten de blanco.
- g. Pelú por fuera  
y pelú por dentro.  
(*El algodón*).

## 373

- a. Me hallo en los escritorios  
y en las casas de comercio;  
todo el mundo me mira  
para ver lo que contengo;  
mi vida está limitada  
y mis días están contados  
para cuando voy a morir.
- b. Me hallo en los escritorios  
y en las casas de comercio;  
todo el mundo me mira  
para ver lo que contengo;  
mi vida está limitada  
y mis días están contados;

para cuando voy a morir  
ya lo saben de antemano.

(*El almanaque*).

374

En el monte fué nacido  
lo que nunca fué sembrado;  
tiene las patitas verdes  
y el bonete colorado.

(*La amapola*).

375

a. Verde fué mi nacimiento  
amarilla mi vejez,  
y a la hora de mi muerte  
negrecito me quedé.

b. Verde fué mi nacimiento,  
amarilla mi vejez,  
cuando me vine a morir  
sequecito me quedé.

(*El amarillo*).<sup>1</sup>

376

a. Es blanco como el carbón  
y negro como la leche,  
y dulce como el limón  
y agrio como el almíbar.

b. Es blanco como la leche,  
es prieto como el carbón;  
es dulce como el melado  
y es agrio como el limón.

c. Blanco como la leche,  
negro como el carbón,  
y agrio, agrio como el limón.

d. Cogieron a la clueca.  
la mataron, le sacaron el  
[huevo,  
se lo echaron a otra gallina,  
y sacó el pollo y lo crió.

e. Tengo un amor que me cela

y uno que me da dinero,  
y otro que me desengaña.

f. Aurora tenía una flor;  
mucho, mucho ella sabía  
olerla, y su fantasía,  
raro parece contarla;  
adivina sin trabajo  
si me lees de arriba a abajo.

g. ¿Cuál es el árbol que viste  
del color que se le antoja;  
su color amargo y triste  
y tienen virtud las hojas?

(*El amor*).

377

En Nápoles está una doncella  
que hace morir al que la ama;  
el nombre te he dicho ya  
adivina cómo se llama.

(*Ana*).

378

a. Me visten de carne muerta  
para ir a prender a un vivo;  
mi derecho ha sido tan tuerto  
que no prendo sin ser pren-  
[dido.

b. Me visten de carne muerta  
para ir a prender un vivo;  
mi derecho siempre es tuerto  
y no puedo ser prendido.

(*El anzuelo*).

379

Hay una mata en el mundo  
que nadie la quiere sembrar,  
que una libra vale un peso  
y cien pesos un quintal.

(*El añil*).

380

a. Un árbol con doce ramas

<sup>1</sup> *Amarillo*: nombre que se da al plátano cuando está bien maduro.

cada rama cuatro hijos,  
 cada hijo siete hijos,  
 cada cual tiene su nombre.  
 Adivina si eres hombre.

- b. Un árbol con doce ramas  
 cada rama tiene nidos,  
 cada nido tiene pájaros  
 y cada cual su apellido.
- c. Un árbol con doce ramas,  
 cada rama cuatro nidos,  
 cada nido siete pájaros  
 y cada cual su apellido.
- d. Un árbol tiene doce ramas;  
 en las ramas cuatro nidos,  
 cada nido siete huevos  
 y sacan un día primero.  
*(El año, meses, etc.)*

381

Yo soy un buen mozo  
 valiente y bizarro;  
 gasto doce damas  
 para mi regalo.  
 Todas van en coche  
 y gastan sus cuartos;  
 todas gastan medias  
 pero no zapatos.  
*(El año y los doce meses).*

382

En el cielo está un palo;  
 ese palo tiene doce ganchos  
 y cada uno tiene un nombre.  
*(El año).*

383

Un padre tiene doce hijos  
 y sesenta nietos  
 la mitad blancos  
 y la mitad prietos.  
*(Año, meses, semanas).*

384

Una ciudad, doce templos;  
 treinta columnas;  
 noche y día se pasean  
 un hombre y una mujer.  
*(Año, meses días, luna, sol).*

385

- a. ¿Cuál es el hijo más cruel  
 que a su madre desbarata,  
 y ella con su maña y traza  
 se lo va comiendo a él?
- b. ¿Cuál es el hijo cruel  
 que a su madre despedaza  
 y ella con mucha cachaza  
 se lo va comiendo a él?
- c. Entre dos pelados  
 un mondado.  
*(El arado).*

386

- a. Por el aire anda,  
 en el aire mora  
 y en el aire teje  
 la tejedora.
- b. En alto vive, en alto mora,  
 en alto teje la tejedora.  
*(La araña).*

387

- a. Cuando yo no tenía te daba,  
 ahora que tengo nada te doy.  
 Véte a donde otro que no tenga  
 [ga te dé,  
 que yo cuando no tenga te  
 [daré.
- b. Cuando yo no tenía te daba;  
 ahora que yo tengo no te doy.  
 Busca a otro que no tenga  
 [que te dé,  
 que cuando yo no tenga te  
 [daré.  
*(El apetito).*

388

En el monte nace,  
en el monte crece;  
cuando se deshace  
nadie lo apetece.

(El árbol).

389

Cien damas en un castillo,  
todas visten de amarillo;  
sólo el viejo picador  
viste de verde color.

(El árbol de china).<sup>1</sup>

390

Una noche muy oscura  
toda llena de embarazo  
la muerte la lleva encima  
y un hombre la lleva en bra-  
[zos.

(Arma de fuego).

391

- a. El que lo hace no lo goza,  
el que lo goza no lo ve,  
el que lo ve no lo desea  
por bonito que lo esté.
- b. El que lo hace no lo goza,  
el que lo ve no lo desea,  
el que lo goza no lo ve  
por más bonito que sea.
- c. El que lo hace no lo usa,  
el que lo goza no lo ve,  
el que lo ve no lo desea,  
por bonito que le esté.
- d. Quien lo hace no lo desea,  
a quien lleva no lo ve,  
quien lo ve no lo quiere  
por más bonito que sea.
- e. Quien lo usa no lo ve;  
quien lo ve no lo desea;

y quien lo paga  
lo paga llorando.

- f. El que lo hace no lo goza,  
y el que lo goza no lo ve;  
y el que lo ve no lo desea;  
adivíname lo que es.
- g. El que lo hace no lo goza,  
el que lo ve no lo desea;  
el que lo goza no lo ve.
- h. El que lo hizo no lo quiere;  
para quien es no lo quiere  
por más bonito que sea.
- i. ¿Qué es lo que no se ve y no  
se desea?
- j. ¿Qué es lo que se ve y no se  
desea?

(El ataúd).

392

De mi casa me echaron  
sin yo saberlo,  
y maté a un hombre  
sin yo quererlo.

(La bala).

393

- a. Cuando baja, va cantando,  
cuando sube, va llorando.
- b. Bailando, bailando, bajando;  
llorando, llorando, subiendo.

(El balde).

394

- a. Alto de sin,  
bajo de altura;  
mucho aposento  
y puerta ninguna.
- b. Alta de crín,  
larga de estatura;

<sup>1</sup> *China*: en Puerto Rico la china es la naranja española.

muchos aposentos  
y puerta ninguna.

- c. Alto de alíñ,  
bajo de altura,  
muchos aposentos  
y puertas ninguna.

(*La bambúa*).

395

- a. Yo ví un león coronado  
vestido de mil colores;  
ha causado muchas muertes  
y ha empobrecido señores.
- b. Blanco fué mi nacimiento,  
me vistieron de colores  
soy causa de muchas muertes  
y la perdición de los hombres.
- c. Blanco fué mi nacimiento  
me pintaron de colores  
causo tamañas riñas  
y empobrezco a los señores.
- d. Blanco fué mi nacimiento  
pinto y distintos colores.  
He causado muchas muertes  
y empobrecido a señores.
- e. Blanco es mi nacimiento.  
Por mí se pintan colores.  
Por mí se mata la gente  
y se atropellan señores.
- f. Blanco fué mi nacimiento  
me pintaron de colores;  
muchas muertes he causado  
y empobrecido señores.
- g. Entre las flores nací  
regalo de mil primores;  
he causado muchas muertes  
he empobrecido señores.

(*La baraja*).

396

No recuerdo si fuí niño,  
pues hombre fui al nacer.

Aunque me quiten la vida  
mil vidas he de tener.  
De los besos amorosos  
yo siempre testigo fuí,  
que por hacerlo a su novio  
muchas me han besado a mí.

(*La barba*).

397

- a. Una olla de palo,  
las piedras de agua;  
y la carne dentro habla.
- b. La olla es de palo,  
las piedras de agua;  
la carne está dentro  
y habla.
- c. Olla de palo,  
piedra de agua;  
con gente adentro  
conversa y habla.
- d. Olla puesta,  
paila de agua;  
y la gente adentro  
habla que habla.
- e. Piedra de agua,  
olla de palo;  
la carne que va dentro  
es la que habla.
- f. Me paro en lo duro  
y miro hacia lo blando,  
y vi pasar un muerto  
con cien vivos caminando.
- g. Traigo las espaldas a rastro,  
las costillas transparentes,  
y las pisadas que yo doy  
no encuentro quien me las  
[cuenta.

(*El barco*).

398

¿Quién es que va caminando,  
que no es dueño de sus pies,  
que lleva el cuerpo al revés,

y el espinazo arrastrando,  
que los pasos que va dando  
no hay nadie que se los  
[cuente?

Cuando quiere descansar  
entra los pies en su vientre.

(*Barco de remo*).

399

En el campo nace,  
verde se cría,  
en el cabildo le hacen  
la cortesía.

(*El bastón*).

400

a. Tú sentado y yo en cuclillas;  
por el agujero de en medio  
te hago cosquillas.

b. Tú en coca y yo en cuclillas;  
por el medio te hago cosqui-  
[llas.

c. Yo de rodillas  
y tú en cuclillas,  
y en la media de la hienda  
te hago cosquillas.

d. Me le monto encima  
y no es maravilla;  
por la hendedura  
le hago cosquillas.

(*El baúl*).

401

a. En el cielo no lo hubo,  
y en la tierra no se halló.  
Dios, con ser Dios no lo tuvo,  
y un hombre a Dios se lo dió.

b. En el mundo no lo hubo,  
en la tierra no se halló;  
Dios, con ser Dios no lo tuvo,  
y un hombre a Dios se lo dió.

c. En la tierra no lo hubo  
en el cielo no se halló;

Dios, con ser Dios no lo tuvo,  
y un hombre a Dios se lo dió.

d. En el mundo no lo hubo,  
ni en el cielo se halló;  
Dios, con ser Dios no lo tuvo,  
y un hombre a Dios se lo dió.

e. Lo que en el cielo no hubo  
ni en el suelo se encontró,  
Dios, con ser Dios no lo tuvo,  
y un hombre a Dios se lo dió.

(*Bautismo*, v. n.º 361).

402

a. Cien aves en un castillo  
todas visten de morado.

b. Cien damas en un cercao  
y todas visten de morao.

c. Cien damas en un terrado  
todas visten de morado.

d. Una señorita muy aseñorada,  
con chaqueta verde y falda  
[morada.

(*La berenjena*).

403

Por triste que veas el árbol  
no hagas menosprecio de él;  
mira que ha sido buen árbol  
y puede reverdecer.

(*El berro*).

404

a. En el monte fué nacido,  
lo que nunca se ha sembrado,  
un palo de caimitiro  
y bonete colorado.

b. En el monte se ha encontrado  
lo que nunca se ha sembrado;  
con el hábito negro  
y el bombito colorado.

(*El bijado*).

405

- a. Dios hizo una cueva  
y también una sogá  
que estirada no alcanza  
y doblada sobra.
- b. Hoyo hondo, larga sogá,  
echada no llega,  
doblada sobra.  
(*La boca y el brazo*).

406

- Un convento muy chiquito  
con las monjas de marfil;  
más arriba dos ventanas,  
más arriba dos espejos,  
más arriba un caminito  
por donde pasan conejos.  
(*La boca, dientes, nariz, ojos y frente*).

407

- a. Una cueva bien labrada,  
la mejor entre las cuevas,  
donde se encuentra una dama  
que por hablar está presa,  
rodeada de soldados,  
mas si alguno se malea  
le tienen por mal soldado  
y enseguida lo echan fuera.
- b. Hay una cueva bien labrada  
que la labró naturaleza.  
Tiene una dama dentro  
que por su pico está presa.  
La guardan cuatro escuadro-  
[nes.  
que marchan con ligereza.  
(*La boca, la lengua y los dientes*).

408

- Redondo como un plato  
y con esquinitas, cuatro.  
(*El bonete*).

409

- Dos torres altas,  
dos miradores,  
un tapaculos  
y cuatro andadores.  
(*El buey*).

410

- Tiene patas con que andar,  
tiene ojos con que ver,  
y boca con que comer  
y cabeza Dios le envíe.  
(*La buruquena*).

411

- a. Siempre a su amo fué fiel  
y en todo le obedeció  
y aunque nada le hiciera  
siempre le castigó.
- b. Clavado de pies y manos,  
no es ni Dios ni su semejanza.  
Adivinen qué será.  
(*El caballo*).

412

- a. Fuf al monte  
corté un varillón;  
cortarlo pude  
y rajarlo no.
- b. Fuf al monte,  
pude cortar,  
mas no pude rajar.  
(*El cabello*).

413

- a. Blanco fué mi nacimiento,  
yo de verde me vestí;  
y después de colorado  
hicieron guerra de mí.
- b. Blanco fué mi nacimiento,  
el tiempo me puso rojo;  
negro soy y no me enoja  
y en Europa me presento.

- c. Blanco fué mi nacimiento,  
y de verde me vestí;  
y después de colorado,  
¡desgraciado fué de mí!
- d. Una letra consonante,  
una virtud teologal,  
se mezclan en un instante  
y dan licor singular.  
*(El café).*  
414
- a. Cien damas en un cercado.  
Todas visten de morado. <sup>1</sup>
- b. Botón sobre botón,  
botón de filigrana;  
a que no me lo adivinas  
ni de aquí a por la mañana.  
*(El caimito).*  
415
- Un hombre mató a su her-  
[mano  
cuya madre no nació,  
y en el seno de la abuela  
al muerto se sepultó.  
*(Caín)*  
416
- a. Quien la hace no la usa,  
quien la usa no la ve,  
quien la ve no la desea  
por bonita que le esté.
- b. El que la hace, la hace can-  
[tando,  
el que la manda a hacer, llo-  
[rando.  
Y el que la usa no la ve.  
*(La caja de muerto, v. n.º 391).*  
417
- a. Larga, larga como una sogá  
y en el medio una carambola.
- b. Es larga como una sogá  
y en el medio una carambola.
- c. Sembré tabla y coseché so-  
[gas  
y en la punta carambola.
- d. Semilla traje; semilla siem-  
[bro;  
racieron sogas; subí por la  
[soga  
y cogí toronjas.
- e. Amarilla fuiste, verde des-  
[pués;  
más tarde amarilla  
y volvió a ser lo que fué.  
*(La calabaza).*  
418
- Largo, larguero,  
Martín Caballero;  
la faja encarnada  
y negro el sombrero.  
*(La caldera).*  
419
- Toditos pasan por mí  
y yo no paso por nadie;  
todos preguntan por mí;  
yo no pregunto por nadie.  
*(La calle).*  
420
- a. En el medio del mar hay un  
[árbol;  
en el árbol hay un nido;  
en el nido hay un huevo;  
en el huevo hay un pelo.  
Halo el pelo y estilla el huevo.
- b. Allá arriba en aquel cerro hay  
[un árbol;  
en el árbol hay un nido;  
en el nido hay un huevo;  
el huevo tiene dos pelitos  
que halan y suenan tñ-tan.
- c. En aquél árbol hay un nido,  
en el nido hay un huevo.

<sup>1</sup> Véase núm. 402.

- Aquel huevo tiene un pelo.  
Se hala el pelo y chilla el  
[huevo.  
(*La campana*).  
421
- Chiquito como un ratón,  
guarda la casa como un león.  
(*El candado*).  
422
- La vaca negra está acostada  
la lame la colorada.  
(*La candela y la olla*).  
423
- Alta de altura,  
delgada de cintura,  
muchos aposentos  
puerta ninguna.  
(*La caña*, v. n.º 394).  
424
- Molino sobre molino,  
sobre molino, ventana;  
sobre ventana dos fuentes,  
sobre las fuentes, montaña.  
(*La cara*).  
425
- Llevo a cuestas una casa,  
mirad qué cansado estoy.  
Va conmigo a donde voy.  
Sácame de ella el fuego  
aunque más pegado estoy.  
(*El caracol*).  
426
- a. Verde en el prado,  
negro en la plaza  
y colorado en mi casa.
- b. Negro en la plaza  
y colorao en la casa.
- c. Verde en el campo,  
negro en la plaza  
y en la casa colorao.
- d. Verde en el monte,  
negro en la calle,  
colorao en la casa.
- e. Verdes fueron mis principios,  
de luto me vestí;  
y ahora que estoy viejo  
hacen justicia de mí.  
(*El carbón*).  
427
- Envuelto en un cobertor  
que haga frío que calor.  
(*El carnero*).  
428
- a. En el monte fuf nacido,  
y en el monte fuf criado,  
con mi chaquetoncito negro  
y mi centro colorado.
- b. En el monte fuf nacido,  
y en el monte fuf criado,  
con mi chaquetoncito negro  
y mi pecho colorado.  
(*El carpintero, pájaro*).  
429
- a. Blanca como la leche  
negra como la pez;  
habla sin tener lengua,  
anda sin tener pies.
- b. Blanca como un manjar blan-  
[co,  
y negra como una teja,  
y habla con quien la entiende  
y anda y no tiene pies.
- c. Blanca como la paloma  
negrita como la te.  
Habla y no tiene lengua  
anda y no tiene pies.

- d. Blanca como la leche;  
negra como la tez (pez?)  
habla y no tiene boca,  
anda y no tiene pies.
- e. Sábana blanca, orilla negra;  
cinco toritos trabajan en ella.
- f. Anda sin pies y habla sin  
[boca.  
(*La carta*).  
430  
Cuesta arriba,  
cuesta abajo;  
y, sin embargo, no se mueve.  
(*La carretera*).  
431
- a. Entre sábanas de holanda  
y colchas de carmesí,  
tuvo la reina un infante  
del color del perejil.
- b. Entre sábanas de olán,  
un capechán carmesí,  
dió a luz la niña  
la infante de color de perejil.
- c. Sombrero sobre sombrero.  
sombrero de fino paño;  
el que me lo adivine  
le sirvo de esclavo un año.
- d. En el campo fué nacida,  
vestida entre verdes lazos.  
aquel que llora por mí  
me está partiendo en pedazos.
- e. En el monte fué criada  
metida entre verdes lazos;  
y aquél que llora por mí  
es el que me hace pedazos.
- f. Capita sobre capita,  
la capita no es de paño;  
por muy astuto que seas  
no lo aciertas en un año.
- g. Colchón sobre colchón,  
sobre colchón paño fino;  
¿a que no me lo adivinas  
en un año si no te digo?
- h. Colchón sobre colchón,  
sobre colchón paño fino;  
si no me adivinas en este año  
en el otro te lo digo.
- i. Entre colchón y colchón  
entre colchón paño fino.  
¿A que no me la adivina  
en cien años si no le digo?
- j. Fuí a la casa  
y compré una doncella.  
Vine a casa  
y lloré con ella.
- k. Sobre tapón, taponazo  
Sobre tapón, paño fino.  
A que no me lo adivinas  
ni de aquí a dos años.
- l. Telita sobre telita,  
telón sobre telón.  
¿A que no me lo adivinas  
ni de aquí a la oración?
- m. Tablita sobre tablita,  
tablita sobre tablón.
- n. Redondo como una taza  
y tiene pelos en la panza.  
(*La cebolla*).  
432  
Hay una cosa que cruda  
ni existe ni puede ser;  
pero se halla cocida  
y no se puede comer.  
(*La ceniza*).  
433
- a. ¿Qué será que no será?  
El que no adivine, bobo será?
- b. En el monte me criaron  
y en el altar me acabaron.

- c. En el monte me criaron  
y en la tumba me acabaron.  
*(La cera).*  
434
- a. Tengo una sábana que no se  
puede doblar; un queso que no  
se puede partir, y muchas co-  
sas que no se pueden partir.
- b. Mi padre, al morir, me dejó una  
herencia. Una sábana que no  
puedo doblar, un queso que  
no puedo partir y un dinero  
que no puedo contar.  
*(El cielo, la luna y las estrellas).*  
435
- a. Ojito redondo, de buen pare-  
cer que no hay carpintero que  
lo sepa hacer.
- b. Hojita redonda de buen pa-  
recer ni el buen carpintero la  
supo hacer.
- c. Hojita redonda, de buen pa-  
recer que no hay carpintero  
que la sepa hacer.  
*(El cielo).*  
436
- a. Soy un hombre con cabeza  
sin barriga y con un pie;  
ando por mar y por tierra  
y al mismo Dios aguanté.
- b. Soy moro con cabeza,  
sin barriga y con un pie;  
cruzo todos los mares  
y al mismo Dios sujeté.
- c. Soy un hombre con cabeza,  
sin brazos y un solo pie;  
ando por mar y por tierra  
y al mismo Dios sujeté.
- d. Soy un moro con cabeza  
sin barriga y con un pie;
- todo el mundo lo he andado  
y hasta Dios sujeté.
- e. Mandé un muchacho a un  
mandado y el mandado vino  
primero.
- f. Allá arriba, en aquel alto,  
tiene mi Dios una fuente;  
ni corre ni manantea  
y tiene agua para siempre.
- g. Una arca cerrada  
de buen parecer,  
no hay sastre ni albañil  
que la pueda hacer.
- h. Por la calle van vendiendo  
agua, leña y que comer;  
¿a que no me lo adivinas  
ni de aquí al amanecer?  
*(El coco).*  
437
- Sombrero sobre sombrero,  
sombrero de fino paño.  
¿A que no me lo adivinas  
en término de aquí a un año?  
*(La col).*  
438
- Un convento bien cerrado  
sin campanas y sin torres  
y muchas monjitas dentro  
preparan dulce de flores.  
*(La colmena y las abejas).*  
439
- En el balcón  
soy señora;  
en la calle  
cortesana;  
y en el monte  
labradora.  
*(La cotorra).*

- 440  
Una mulita cargada  
entra en una cuevita  
y sale sin nada.  
(*La cuchara*).
- 441  
Un león, de siete colores ves-  
[tido,  
en el vientre de su madre se  
[come  
a su padre vivo.  
(*El «cura» cuando en la misa se  
come la «hostia»*).
- 442  
a. Por el día chas, chas,  
y por la noche na.  
b. De día chas, chas,  
y de noche na.  
(*Las chanquetas*).
- 443  
Soy todo negro. Los campe-  
sinos me tienen odio porque  
robo las semillas que tanto les  
cuesta plantar. Dicen que soy  
un ladrón. ¿Quién soy?  
(*La changa*).
- 444  
Una vieja tecameneca,  
da los hijos tecamenecos,  
punto rajados  
y medio huecos.  
(*El chayote*).
- 445  
Largo, larguero,  
Martín Caballero;  
vestida de blanco  
y el sombrero negro.  
(*La chimenea*).
- 446  
Cien damas en un instante
- todas las vi nacer.  
Cien damas en un instante  
a todas vi fallecer.  
(*Las chispas*).
- 447  
a. Cien varillas en un varillal,  
ñi secas ni verdes se pueden  
[cortar.  
b. Diez varillitas en un varillar  
que ni secas ni verdes se pue-  
[den cortar.  
c. Unos larguitos,  
dos más bajitos;  
uno chiquito y flaquito  
y otro gordito, gordito.  
(*Los dedos*).
- 448  
a. Tengo una caja de huesos que  
no la doy ni por cien dólares.  
b. En aquel cerro siempre hay  
[una palizada;  
llueva o no llueva,  
siempre está mojada.  
(*Los dientes*).
- 449  
Estoy muy cerca de tí,  
estoy muy lejos también;  
sin ojos te estoy mirando;  
te miro y tú no me ves.  
(*Dios*).
- 450  
a. Una cueva honda y oscura  
toda llena de embarazo;  
un hombre la lleva en brazo  
y lleva la muerte consigo.  
b. Una cueva muy oscura  
llena de mil embarazos  
la muerte lleva consigo

y un hombre la carga en bra-  
[zos.

- c. Noche oscura y tenebrosa  
llena de mil embarazos;  
un hombre la lleva en brazos.

- d. Fuí al monte con mi negrito:  
le halé la oreja y soltó un  
[grito.

- e. Fuí al monte, pegué un grito  
y vine al monte calladito.

- f. Fuí al monte y tiré un grito;  
vine a casa e hice un guiso.

- g. Voy a aquel cerro,  
grito, grito;  
vengo a casa  
calladito.

(*La escopeta*).

451

Fuí al monte, eché un grito,  
y José negrito me contestó.

(*La escopeta y el eco*).

452

- a. Monte blanco,  
flores negras,  
un arado  
y cinco yeguas.
- b. Llanura blanca con flores ne-  
[gras  
y cinco bueyes halan de ella.
- c. Sábana blanca, semilla negra,  
dos que la miran, tres que la  
[riegan.

(*La escritura*).

453

Limpio, claro y acrisolado  
soy misterio en que estoy  
[muerta;  
en toditas mis acciones  
alma parece que tengo.

Si se ríen, yo me río;  
si lloran, hago lo mismo;  
sólo me falta el hablar  
y en lo demás estoy listo.

(*El espejo*).

454

Tengo las patas de oso  
y de vaca la cabeza.  
En mis cuernos no hay firme-  
[za

ni menos en mis rodillas,  
y lo que más maravilla  
entre brutos animales  
es que tengo bien formales  
dientes en las pantorrillas.

(*La esperanza*).

455

- a. En el cielo hay una taza  
llena de avellanas,  
que de día se recogen  
y de noche se derraman.
- b. Platillito de avellanas,  
que de día te recoges  
y de noche te derramas.
- c. En el cielo hay un platillo  
lleno de avellanas;  
que de día se recoge  
y de noche se derrama.
- d. En el cielo hay un platillo  
que está lleno de avellanas;  
por el día se recogen  
y por la noche se derraman.
- e. Platillito, platillito,  
platillito de avellanas,  
que de día se recogen,  
y de noche se derraman.
- f. Platillito, platillito,  
platillito de avellanas,  
que de día se recoge  
y de noche se derrama.
- g. Tengo un plato de avellanas.

- Por el día las recojo  
y por la noche las derramo.
- h. Siempre quietas, siempre quie-  
[tas;  
dormidas de día, de noche  
[despiertas.  
(*Las estrellas*).  
456
- Un tin-tin con dos tintales;  
un culebrón con dos alacra-  
[nes.  
(*El freno del caballo*).  
457
- a. Una señora muy enseñorada,  
toda llena de remiendos  
y sin ninguna puntada.
- b. Una señorita muy arremozada,  
[da,  
con muchos remiendos,  
sin una puntada.  
(*La gallina*).  
458
- a. Por aquí pasó un galán  
todo vestido de seda  
ni cosido con aguja  
ni cortado con tijeras.
- b. Por aquí pasó un galán  
todo vestido de seda;  
ni es cosido con aguja  
ni es cortado con tijeras.  
(*El gallo*).  
459
- a. Pasé por un camino  
y dije adiós.  
Las viejas me contestaron  
y las jóvenes no.
- b. Pasé por una casa  
y dije adiós.
- Los viejos me contestaron  
y los mozos no.  
(*El gándul*).  
460
- Chiquitita así  
y tiene nariz.  
(*La garbanza*).  
461
- Entre col y col, lechuga;  
entre lechuga una flor;  
entre la flor Monserrate  
y entre Monserrate el sol.  
(*El girasol*).  
462
- a. Cien damas en un corral  
caen par a par.
- b. Cien damas en un corral  
todas lloran a la par.  
(*Las goteras*).  
463
- a. En altos me veo  
moros veo venir,  
corona del rey traigo  
y no puedo huir.
- b. En altos me veo  
moros veo venir,  
corona del rey tengo  
mas no puedo huir.
- c. En alto estoy,  
corona del rey tengo;  
moros veo venir  
y no puedo vivir.
- d. En altos estoy,  
moros veo venir;  
corona de rey tengo  
y no puedo huir.
- e. En alto estoy,  
moros veo venir.

Coronas de rey tengo  
pero no puedo huir.

(*La granada*).

464

- a. Verde por fuera,  
blanco por dentro;  
pepita negra.  
¿Qué será?
- b. Es blanca como la leche,  
es prieta como el carbón,  
y dulce como el melao  
y agria como el limón.

(*La guanábana*).

465

- a. ¿Qué es lo que cuando joven  
tiene las costillas para afuera  
y cuando viejo para adentro?
- b. ¿Quién es el que lleva las cos-  
tillas por fuera y la carne por  
dentro?
- c. ¿Qué es lo que tiene la carne  
dentro y las costillas fuera?

(*El guano*).

466

Una señorita,  
una señorada;  
carga los remiendos  
sin una puntada.

(*La guinea*).

467

- a. Verde fué mi mocedad  
amarilla mí vejez;  
y cuando vino a morir  
negrito como la te.
- b. Verde fué mi nacimiento  
amarilla mi vejez;  
cuando me vine a morir  
negrito como una tez.

(*El guineo*).

468

Cien damas en un cercao  
todas visten de alistao.

(*Los guineos*).

469

- a. Fuf al monte, piqué, piqué;  
vine a casa y la enganché.
- b. Fuf al monte, grité, grité;  
vine a casa y me consolé.
- c. Fuf al campo, piqué, piqué;  
vine a mi casa y me arrinconé.
- d. Fuf al monte, piqué y piqué;  
y vine a casa y la enganché.

(*El hacha*).

470

Blanca Flor está tendida  
y una negra le baila encima.

(*La harina y la amasadora*).

471

- a. Tablita sobre tablita  
tablón sobre tablón;  
manita de tenque, tenque  
y con punzón.
- b. Tablita sobre tablita,  
tablón sobre tablón;  
manita de toque, toque,  
cabeza de culebrón.
- c. Tablita sobre tablita  
y sobre tablón, tablón;  
manita de tengue, tengue  
y hocico de tiburón.
- d. Tablita sobre tablita,  
tablón sobre tablón,  
patitas de teque, teque,  
cabeza de culebrón.
- e. Tablita sobre tablita  
tablita sobre tablón;

a que no me lo adivinas  
ni de aquí a la oración.

(*La hicoatea*).

472

Estudia y bien estudia  
hasta que llegue a saber  
el árbol que pare sin flores.

(*El higuillo*).

473

Una viejecita titiritaña  
subiendo por una caña.

(*La hormiga*).

474

- a. Muchas damas en un camino  
no hacen polvo ni remolino.
- b. Muchas damas por un camino,  
no hacen ni polvo ni remolino.

(*Las hormigas*).

475

Tres en el año,  
tres en el mes  
y siempre tres.

(*La hornilla*).

476

- a. Entre pared y pared  
hay una flor amarilla;  
se le puede regalar  
al mismo rey de Sevilla.
- b. Entre dos peñas blancas  
hay una flor amarilla  
y se le puede poner  
al mismo rey de Castilla.
- c. Entre dos paredes blancas  
hay una flor amarilla  
que se la puede comer  
el mismo rey de Castilla.
- d. En un llano fué nacido,  
mi padre fué un cantador;

traigo la levita blanca  
y amarillo el corazón.

- e. De tierras lejanas vengo  
y mi padre es un cantor.  
Tengo los hábitos blancos  
y amarillo el corazón.
- f. De Sierra Morena vengo  
de ver al padre prior.  
Traigo los hábitos blancos  
y amarillo el corazón.
- g. Nací de padres cantores  
pero yo no soy cantor;  
tengo el trajecito blanco  
y amarillo el corazón.
- h. Calabacita bombón,  
sin tapa ni tapón.
- i. Barrilito de pon, pon;  
no tengo tapa ni tapón.
- j. Calabacito bombón  
que no tiene tapa ni tapón.
- k. Calabacito de bombón  
que no tiene tapa ni tapón.
- l. Calabacita de bombón  
que no tiene ni tapa ni tapón.

- m. Una cajita chiquita  
blanquita como la cal;  
todos la pueden abrir,  
nadie la sabe cerrar.
- n. Una arquita hecha de cal  
que todos saben abrir  
y nadie sabe cerrar.
- ñ. Lo tiré blanco y salió ama-  
[rillo.

(*El huevo*).

477

Nació el horizonte  
sin ojos, sin patas y sin na-  
[riz.

Volvió a nacer el horizonte  
con ojos, con patas y con na-  
[riz.

(*El huevo y el pollo*).

478

- a. Alto, alto como un pino  
y no sujeta un comino.
- b. Alto, alto como un pino  
pesa menos que un comino.
- c. Aún el padre no está hecho  
y ya el hijo está en el techo.
- d. Aún no se ha hecho la madre  
y anda el hijo por la calle.

(*El humo*).

479

Una muchacha bonita  
un joven la va bailando;  
al son de la Borinqueña  
las tripas le va sacando.

(*El huso y el algodón*).

480

Dos amantes navegando  
por la nave de los vientos;  
uno iba vestido,  
el otro desnudo y contento.  
Una dama los prendió  
con un nudo,  
y a uno el vestido quitó  
y se lo puso al desnudo.

(*El huso*).

481

Entre todos los manchosos  
mi padre es quien mancha  
• [más.  
Y yo por la inversa curioso  
limpio lo sucio y lo más  
y me hago menesteroso.

(*El jabón*).

482

a. Es hereje y sin cabeza  
metido entre dos solapas,  
tiene ojos y tiene patas  
pero nunca va a la iglesia.

b. Tiene boca con que come,  
Tiene ojos con que ve,  
tiene patas con que anda  
y cabeza Dios le dé.

c. Tiene patas y ojos y ve,  
y sin cabeza Dios le dé.

d. Animal que Dios pintó  
por pintar su maravilla,  
por dentro tiene la carne  
y por fuera la costilla.

(*El juey*).

483

a. Entre medio de dos paredes  
hay una mujer;  
que llueva o no llueva  
siempre está mojada.

b. Entre peña y peña hay una  
[dama  
llueva o no llueva, siempre  
[está mojada.

c. Una señorita  
muy enseñorada,  
sin salir de casa  
siempre está mojada.

d. En el medio del cielo  
hay una dama sentada.  
No llueve y siempre está mo-  
[jada.

e. Una serpiente feroz y ligera  
que nunca sale de su madri-  
[guera.  
y metida en un rincón  
a muchos le causa su perdi-  
[ción.

- f. Entre dos peñas hay una pa- 484  
 [loma turca.  
 Ch, óyela, Ch, entiéndela;  
 [Ch, cállala. Verde en el monte,  
 negro en la plaza,  
 rojo en la casa.
- g. En el medio del mar 485  
 hay una cocofla. (*La leña*).  
 Oye, escúchala y entiéndela.
- h. Entre peña y peña 485  
 una cocofla. Entré en mi cuarto  
 Oyela (cha) escúchala (cha) encontré un muerto  
 y la verás. y me dijo sus secretos.  
 (*El libro*).
- i. Entre solapa y solapa 486  
 está una dama echada. Navegando tierras vengo.  
 Chas, chas, chas, chas, Amárrenme las gallinas  
 escúchala cómo está. que a los perros no le temo.  
 (*La lombriz de tierra*).
- j. Entre peñas y peñales 487  
 hay una flor colorada. Oyela, mírala, escúchala.
- k. Entre pared y pared 487  
 una dama colorá. a. Redonda como una taza  
 ¡Cla! Oyela. ¡Cla! Escúchala. va contigo a la plaza.  
 ¿Qué será? b. Redonda como una taza  
 va conmigo a la plaza.
- l. Oyela, cállala y entiéndela. c. Una dama compuesta y ho-  
 [nesta,  
 doce galanes le hacen la fiesta;  
 uno la coge y otro la suelta,  
 y siempre la dama compuesta  
 [y honesta.
- m. Entre dos candados rojos 488  
 y soldados de marfil d. Toda mi vida en un mes,  
 hay una roja culebra mi caudal son cuatro cuartos;  
 que es la madre del mentir. aunque me ves pobrecita  
 tengo los humos muy altos.  
 (*La luna*).
- n. Encerrada en estrecha cárcel 488  
 con soldados de marfil a. Un galán entró aquí  
 hay una vieja culebra y una dama entró con él;  
 que es la madre del mentir. no ha salido ni está aquí,  
 ni se sabe qué fué de él.
- ñ. En una cárcel oscura 488  
 con soldados de marfil b. Una dama entró aquí  
 está encerrada una culebra un galán entró con ella;  
 que es la madre del mentir.
- o. Este era mi pensamiento 488  
 de preguntarle algún día a. Un galán entró aquí  
 ¿cuál es la que no descansa y una dama entró con él;  
 estando siempre tendida? no ha salido ni está aquí,  
 ni se sabe qué fué de él.  
 (*La lengua*).

- ni se ha ido ni está aquí.  
¿Qué se ha hecho esa don-  
[cella?
- c. Una dama entró aquí;  
un galán entró con ella. •  
Ni se ha visto ni está aquí,  
¿qué seña daremos de ella?
- d. Una doncella entró aquí.  
Un galán entró con ella.  
Ni se ha ido ni está aquí.  
¿Qué será de la doncella?
- e. Chiquitita como una mota  
y llena la casa hasta la boca.
- f. Chiquitita como una mota  
y llena la casa de boca en  
[boca.
- g. Chiquitita como una mosca  
y llena la casa hasta la boca.  
(*La luz*).
- 489
- a. Chiquita como un ratón  
guarda la casa como un león.
- b. Chiquita como ratón  
guardo la casa como león.  
(*La llave*).
- 490
- a. Nací de mala prosapia  
y merezco aunque soy mujer,  
tener a mi Dios infinito  
bajo de mi gran poder.
- b. Nacida en mala prosapia  
y merezco en que soy mujer.  
Tengo mi Dios infinito  
debajo de mi poder.  
(*La llave de la iglesia*).
- 491
- De la tierra voy al cielo,  
del cielo caigo a la tierra;
- no soy Dios, y sin ser Dios  
como a Dios mismo me espe-  
[ran.  
(*La lluvia*).
- 492
- Fuí al monte, corté y corté;  
vine a casa y me pasé.  
(*El machete*).
- 493
- Galán pasó por aquí  
todo vestido de seda;  
ni cosido con aguja  
ni cortado con tijera.  
(*La mariposa*).
- 494
- Lero, lero, Martín farolero,  
copa de grana, sombrero ne-  
[gro.  
(*El martillo*).
- 495
- Tamaño como un pepino  
y barbas de capuchino.  
(*La mazorca*).
- 496
- a. Por el día como una morcilla  
y por la noche como una tri-  
[pilla.
- b. De día morcilla y de noche  
[tripilla.  
(*Las medias*).
- 497
- Andando por un camino  
me encontré con un niño sin  
[brazos;  
por comerle el corazón  
lo parí en cuatro pedazos.  
(*El melón*).

498

En el monte fui nacida  
criada de verdes ramas;  
ahora he venido aquí  
para servir a esta dama.

Mi dama dice que como man-  
[jares  
muy delicados y me atrevo  
[a jurarle  
que no como nada.

(*La mesa*).

499

Por la calle abajo vengo  
con mis patitas peladas;  
cuando canto seguidillas  
todos me dan bofetadas.

(*El mosquito*).

500

- a. En el monte de Veró  
está una hormita de dos;  
que ni moros ni cristianos  
no la ven: sólo es mi Dios.
- b. Allá vienen dos; uno se moja  
y el otro no.
- c. Por el río, van dos;  
uno se moja y otro no.

(*La mujer embarazada*).

501

¿Cuál es de los animales  
aquél que tiene en su nombre  
todas las cinco vocales?

(*El murciélago*).

502

Más bueno que Dios  
más malo que el diablo;  
lo comen los muertos  
y si lo comen los vivos, se  
[mueren.

(*Nada*).

503

En carne viva estoy.  
Carne, vida es mi comida.  
De allí me quieren sacar  
para quitarme la vida.

(*La nigua*).

504

- a. Torito negro cayó en la mar  
ni perro ni gato la pueden sa-  
[car.
- b. Torito negro cayó en el mar  
y ni perro ni gato lo pueden  
[sacar.
- c. Torito negro cayó en el mar  
ni viejos ni mozos lo pueden  
[sacar.
- d. Torito negro cayó en el mar  
torito blanco lo fué a sacar.

(*Noche y día*).

505

Tú que lo tienes, téntelo tú;  
yo te lo gasto más que tú.

(*El nombre*).

506

Allá arriba en un balcón,  
hay una arca cerrada.

(*La nuez*).

507

Dos caballitos  
en una balanza  
siempre corriendo  
y nunca se alcanzan.

(*Los ojos*).

508

Mientras más grande menos  
[se ve.

(*La obscuridad*).

509

Tengo un pálito copioso  
con mucha admiración;  
das dos cosechas al año  
una hembra y un varón

(El pajuil).

510

- a. En un alto maravilla  
hizo mi Dios una fuente.  
Ni corre ni hace correr  
y tiene agua para siempre.
- b. Largo y tieso, y lleva la carga  
al pescuezo.

(La palma).

511

- a. Se tira al agua y se rompe  
se tira en una roca y no se  
[rompe.
- b. Si lo tiro en el suelo no se  
[rompe,  
y si lo tiro en el agua se rom-  
[pe.  
(El papel).

512

- a. Iba yo por un camino  
y a mi amante le grité  
que me trajera un conejo  
con cien varillas y un pie.
- b. Subiendo por una loma  
a mi amante grité  
que me trajera un soldado  
con cien varillas y un pie.
- c. Yc a lo más alto subí  
yo a los pastores llamé,  
que me traigan el caballo  
ocho costillas y un pie.
- d. Sombrero sobre sombrero  
sombrero de fino paño.

¿A que no me lo adivinas  
en todo el año?

(El paraguas).

513

- a. Andando por un camino  
me encontré un niño sin bra-  
[zos;  
por comerle el corazón  
le hice el cuerpo pedazos.
- b. Andando por un camino  
me encontré un hombre sin  
[brazos;  
por comerle el corazón  
le hice el alma pedazos.
- c. Yo iba por un camino  
hallé una niña sin brazos;  
pa comerle el corazón  
la hice tres mil pedazos.

(La patilla).

514

- a. Por aquí pasó un galán  
todo vestido de seda;  
ni cortado con tijeras  
ni cosido con agujas.
- b. Por aquí pasó un galán  
todo vestido de seda;  
ni cosido con aguja  
ni cortado con tijera.
- c. Por aquí pasó un galán  
todo vestido de seda;  
ni es cosido con aguja  
ni cortado con tijera.

(El pavo real).

515

Chiquito y aplastado  
sube al cerro y baja el gana-  
[do.  
(El peine de sacar piojos).

516

¿Cuál es la cosa del mundo  
que no se ha podido ver:  
da tormentos, da placer;  
sube al cielo; va profundo.  
Dime lo que puede ser.

(El pensamiento).

517

Molino sobre molino  
sobre molino, ventana;  
sobre ventana, fuente  
y sobre fuente, montaña.

(La persona, v. n.º 424).

518

La iglesia es chiquitita;  
el sacristán es de palo  
y la gente menudita.

(El pimienta).

519

- a. Botón, botón de filigrana  
¿a qué no me lo adivinas  
ni de aquí a mañana?
- b. Botón sobre botón,  
botón de filigrana;  
a que no me lo adivinas  
ni de aquí a por la mañana.
- c. Qué cosa ni cosa más primo-  
[rosa,  
de un pino verde salió una  
[rosa;  
de una rosa salió un clavel.  
Adivinadme, gran caballero,  
qué cosa podrá ser.
- d. Una vieja seca y meca  
media rota y media hueca,  
tiene los hijos secos y me-  
[cos  
medio rotos y medio huecos.

- e. Huyendo vengo, moro veo ve-  
[nir,  
corona de rey tengo y no pue-  
[do huir.  
(La piña).

520

Hay un convento de monjas  
todas visten de blanco.  
Más arriba hay una plaza  
donde pasean los caballeros.

(Los piojos).

521

Verde fué mi nacimiento  
amarilla mi vejez;  
y ahora para rematar  
negrito soy en mi vejez.

(El plátano).

522

- a. Se come y no se come  
y es bueno para comer.
- b. Se tira al agua y no se rompe,  
se tira en una roca y se rom-  
[pe.  
(El plato).

523

- a. Sábana blanca, semilla negra.  
Dos que la miran y dos que la  
[riegan.
- b. Sábana blanca, semilla negra,  
dos que la miran, tres que la  
[riegan.
- c. Prado blanco, semilla negra,  
dos que la ven y cinco que la  
[riegan.
- d. Blancos son los campos  
las semillas negras;  
cinco son los bueyes  
que el arado llevan.  
(El papel, la tinta, los dedos y la  
pluma).

524

- a. Todo el mundo tengo andado,  
unos por mí lloran y otros  
[ríen;  
soy ciega, sorda y muda;  
a la polilla temo;  
córtame la cabeza a fin de que  
te hable.
- b. Sábana blanca tendida  
Mariquita negra  
le baila encima.  
*(La pluma de escribir).*

525

He salido bien compuesto  
y orgulloso sin igual;  
de la cárcel más estrecha  
que el Creador pudo inventar.  
*(Pollo-huevo).*

526

- a. Cien varillitas en un varillar  
ni secas ni verdes se pueden  
[cortar.
- b. Cien varillitas en un varillar  
que ni secas ni verdes se pue-  
[den cortar.  
*(Rayos del sol).*

527

- a. Mi padre desde España me hizo  
un guiño y yo desde aquí lo veo.
- b. Mi padre en Cuba y yo aquí;  
me hizo una guiñada y yo la  
[ví.  
*(Relámpago).*

528

- a. Soy un buen mozo.  
bonito y bizarro.  
Traigo doce damas

para mi regalo.  
Todas van en coche  
y gastan sus cuartos.  
Todas llevan medias  
pero no zapatos.

- b. Doce damas viven juntas.  
Todas tienen cuartos.  
Todas tienen medias.  
Ninguna tiene zapatos.
- c. Doce damas en un castillo;  
todas usan medias y ninguna  
[zapatos.
- d. Alto estoy, alto moro;  
todo el mundo me cree  
y nadie me adora.

*(El reloj).*

529

- a. Largo, largo como un camino,  
josa, josa, como un cochino.
- b. Cantando olvido mis penas  
mientras voy hacia la mar;  
las penas van y vuelven  
mas yo no vuelvo jamás.  
*(El río).*

530

Quemo, pero no destruyo  
sin que pueda remediarlo.  
Y pa conservar lo ajeno  
voy yo mismo consumiénd-  
[dome.  
*(El ron).*

531

- a. Con cincuenta damas  
hay cinco galanes;  
ellos piden pan  
y ellas dicen ave.
- b. Cincuenta y cinco soldados  
han venido a este lugar;  
Los cincuenta piden aves  
y los cinco piden pan.

- c. Cincuenta y cinco soldados dan a basto a un general; y de esos cincuenta y cinco cinco nada más comen pan. (El rosario).  
532  
¿Qué cosa tiene el molino precisa y no necesaria que no molerá sin ella y no le sirve de nada? (El ruido).  
533
- a. Chiquitito como un arador, sube a la mesa del gobernador. [dor.
- b. Chiquitita como un arador sube a la mesa del emperador.
- c. Chiquitito como un arador, y sube a la mesa del gobernador. [dor.
- d. Chiquitito como un arador se sube a la mesa del emperador. [rador.
- e. Chiquitita como un arador y sube a la mesa del gobernador. [nador. (La sal).  
534
- Una paloma en su palomar, todos la ven salir y ninguno la ve entrar. (La saliva).  
535
- Una niña colorada de muy grande corazón, tiene como mil hijitos pegados al corazón. (La sandía).
- 536
- a. De siete semanas que somos la primera yo nací, y siendo la más chiquita cómo podrá ser así?
- b. De siete hermanas que somos, la primera que nací, la más nueva que soy. ¿Cómo podrá ser así? (La primera semana de cuaresma).  
537
- Es chiquitín como una pulga y echa orejas como una mula. (Semilla de tabaco).  
538
- Soy bonito, tengo bonete; cuando me aprietan largo el chorrete. (El sifón).  
539
- Dicen que soy rubio y no tengo pelo; arreglo relojes y no soy relojero. (El sol).  
540
- a. Una cosa quisicosa que pasa el río y no se moja.
- b. Una señora muy enseñorada se sienta en la mesa y no come nada.
- c. Una negra muy valiente que sin comer se mantiene. Tiene cuerpo, carne no; la carne la tengo yo. (La sombra).

541

Por ser como soy ligero  
que tengo de andar encima,  
de oveja nací primero  
sólo el turco a mí me estima.

(Sombbrero).

542

A aquel alito me trepé  
y a mi pastora grité  
que me trajera un conejo  
con siete costillas y un pie.

(Sombrilla).

543

Redondo y redondo y no tiene  
[fondo.

(La sortija).

544

Chiquito como una pulga  
y las orejas como una mula.

(El tabaco).

545

- a. La comadre, la negrita  
mira qué ligera va,  
con las patitas alante  
y los ojos por detrás.
- b. Mi comadre la negrita  
tan ligerita que va;  
con las patitas p'alante  
y la barriguita p'atrás.
- c. Mi comadre la negrita  
andando va  
con las patitas p'alante  
y los ojitos p'atrás.
- d. Dosdamas marchan a compás  
con las patitas delante  
y los ojos por detrás.
- e. Mi comadre la negrita  
tan ligerita que va

con las patitas delante  
y los ojitos detrás.

- f. ¿Quién es aquélla que viene  
quién es aquélla que va  
con las patitas p'alante  
y los ojitos detrás?
- g. Dos damas en un compás  
yo ví andar diligente  
con las patas en la frente.  
Cuando pillan, hacen despo-  
[jos,  
mil veces les ví meter  
carne dentro de los ojos.
- h. Por los ojos come carne  
y por la boca lo que le den.
- i. Por los ojos come carne  
y por la boca todo lo que le  
[den.
- j. Un agujero y dos agujeros  
y dos puntas al frente.  
¿Qué será?
- k. Sábana blanca tiene ojos y no  
[ve;  
tiene patas y no anda.

(Las tijeras).

546

- a. De alto suelo bajar  
con mucho brinco y ligero;  
traigo pluma y traigo avero  
para escribir y contar.  
Con capa no puedo andar  
pero sin ella tampoco  
y para volverme loco  
la capa me han de quitar.
- b. De alto lo vi bajar  
corriendo pronto y ligero,  
tiene pluma y tiene acero,  
sabe escribir y bailar;  
y para bailar, la capa  
le han de quitar.
- c. Del alto cielo bajó  
dando un brinco muy ligero;

- tiene pluma y tiene acero.  
Con capa no puede andar,  
y sin capa tampoco,  
y para que se vuelva loco  
la capa le han de quitar.
- d. De alto vi bajar  
sabe escribir y contar,  
sin capa no puede andar  
y para volverse loco  
la capa le han de quitar.
- e. Del monte suele salir  
con salto, brinco ligero,  
tiene pluma que es de acero,  
sabe escribir y danzar,  
y para volverse loco  
la capa le han de quitar.
- f. De alto te veo venir  
con gran brinco y ligereza  
tiene capa, tiene acero  
sabe escribir y bailar  
y para que se vuelva loco  
la capa le he de quitar.
- g. Para bailar me pongo mi capa,  
para bailar me la vuelvo a  
[quitar;  
porque no puedo bailar con  
[mi capa  
y sin mi capa no puedo bailar.  
(*El trompo*).  
547
- a. Detrás de aquel cerro  
detrás de aquel otro,  
relincha la yegua  
y no se oye el potro.
- b. Allá'riba en aquel cerro  
hay una cabra amarrada;  
ni se oye ni se ve  
y escúchale cómo está.  
(*El trueno*).  
548
- a. Cuatro telosas,  
cuatro melosas,  
dos pujanantes  
y un espanta-moscas.
- b. Dos duros, duros,  
cuatro dale, dale,  
un espanta-moscas  
y cuatro manantiales.  
(*La vaca*).  
549
- a. En el campo nace  
verde se crfa,  
en el cabildo le hacen  
la cortesfa.
- b. En el monte nace  
en el monte crece  
viene a la casa  
y todo lo merece.  
(*La vara de alcalde*).  
550
- a. A una vieja larga y flaca  
la manteca le chorrea.
- b. Una vieja larga y flaca  
le chorrea la manteca.  
(*La vela*).  
551
- a. ¿Qué es, qué es  
lo que te da en la boca  
y no ló ves?
- b. Vuela sin alas,  
sopla sin boca,  
y tú ni lo puedes ver  
ni lo puedes tocar.
- c. ¿Qué cosa es.  
Silba sin boca,  
toca sin manos,  
que pega en la cara  
y tú no lo ves?  
(*El viento*).  
552
- Entre medio de dos paredes  
hay una rosa amarilla  
que ni el rey de Castilla  
la puede alcanzar.  
(*La yema*).



# ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria... ..	5
Prólogo.....	7

## I

### RIMAS INFANTILES Y CUENTOS DE NUNCA ACABAR

1.—Los cuentos del gato.....	13
2.—El Rey y las hijas.....	15
3.—El soldado.....	16
4.—Juan Gandules.....	16
5.—El cuento del pastor.....	17
6.—La banasta.....	17
7.—Saturnino.....	17
8.—El gallo pelao.....	18
9.—El viaje.....	18
10.—Bartolo.....	19
11.—El español y el inglés.....	19
12.—El padre y los hijos.....	19
13.—Los patos.....	20
14.—El pavero.....	20
15.—La vaca del Rey.....	21
16.—El real y medio.....	21
17.—La cama.....	22

## II

### HISTORIETAS ACUMULADAS

18.—La hormiguita.....	27
19.—La hormiguita.....	29
20.—La hormiguita.....	31
21.—La hormiguita.....	33

## III

## CUENTOS DE ADIVINANZAS

	Páginas
22.—a. La Princesa adivinadora.....	39
23.—b. La adivinanza.....	41
24.—c. La Princesa de las adivinanzas.....	42
25.—d. La Princesa adivinadora.....	43
26.—Variantes.....	45
27.—a. La mata de albahaca.....	45
28.—b. La albahaca.....	47
29.—c. La mata de albahaca.....	49
30.—Palito de hinojo—pandero de piojo.....	52
31.—a. La hija del preso.....	53
31.—b. La hija y el padre.....	53
31.—c. El preso y su hija.....	54
31.—Variantes.....	54
32.—a.....	55
32.—b.....	55
32.—c.....	55
32.—d.....	56
32.—e.....	56
33.....	56
34.....	56
35.....	56
36.—a.....	57
36.—b.....	57
36.—c.....	57
36.—d.....	57
36.—e.....	57
36.—f.....	57
37.—a.....	57
37.—b.....	58
38.....	58
39.....	58
40.....	58
41.....	58
42.....	59
43.....	59
44.....	59
45.....	59
46.....	59
47.....	59
48.—a.....	61
48.—b.....	61

	Páginas
49.....	61
50.—a.....	61
50.—b.....	62
50.—c.....	62
50.—d.....	62
51.....	62
52.....	62
53.....	62
54.....	62
55.—a.....	63
55.—b.....	63
56.—a.....	63
56.—b.....	63
56.—c.....	63
57.....	63
58.....	63
59.—a.....	64
59.—b.....	64
59.—c.....	64

## IV

## CUENTOS DE ENCANTAMIENTO

60.—Las tres hermanas.....	67
61.—El pájaro que habla.....	69
62.—Las tres hermanas y el Rey.....	72
63.—El Príncipe negro.....	74
64.—El Príncipe encantado.....	77
65.—La palomita.....	79
66.—Las dos brujas.....	81
67.—Las tres naranjas.....	82
68.—Las naranjas.....	84
69.—Las tres chinas.....	87
70.—El gusano.....	89
71.—La culebrita.....	90
72.—Los niños abandonados.....	93
73.—Las encantadas.....	95
74.—El Conde de Fe, Esperanza y Caridad y el Conde de Vanidad y Orgullo.....	98
75.—Los cisnes encantados.....	101
76.—El premio del difunto.....	102
77.—El cuento de los higos.....	104
78.—Los zarcillitos de perla.....	106
79.—El pescador y sus hijos.....	107

	Páginas
80.—Las tres hadas.....	109
81.—a. El criado fiel.....	111
81.—b. El criado fiel.....	114
82.—El Rey ciego y las tres hijas.....	116

## V

## CUENTOS DE MADRASTRAS

83.—Los dos hermanitos.....	121
84.—Blancanieve.....	122
85.—Sol divino.....	123
86.—Cenisosa.....	125
87.—La maldad de una madrastra.....	127

## VI

## CUENTOS DEL DIABLO

88.—La oreja del diablo.....	131
89.—La maldición.....	133

## VII

## CUENTOS HUMANOS

90.—La jurga.....	137
91.—Los tres consejos.....	139
92.—El hombre avaricioso.....	141
93.—a. María Sabida.....	143
93.—b. María Sabida.....	144
94.—La mujer golosa.....	145
95.—La tía Miseria.....	146
96.—El criado astuto.....	147

## VIII

## CUENTOS DE ANIMALES

97.—El cuento del chivo.....	151
98.—Los ratones.....	153
99.—a. La cucarachita Martina.....	154
99.—b. La cucarachita Martínez y el ratoncito Pérez.....	154
99.—c. La cucarachita Martina.....	155

	Páginas
100.—El baile de los animales.....	156
101.—El león, el perro y el gato.....	158
102.—La gata.....	159
103.—Compae conejillo.....	159
104.—El loro y su nuevo amo.....	163
105.—El loro que comía chorizos..	163
106.—Un loro charlatán..	164
107.—Un amo despreocupado.....	164
108.—El lobo, la zorra y la miel.....	165

## IX

## CUEENTOS CÓMICOS

109.—El pastor y la princesa..	169
110.—Así.....	170
111.—Pedro Animala y el Carrao.....	172
112.—Siño Goyo y la yegua.....	173
113.—La novia tonta.....	173
114.—Juan Bobo y la puerca...	175
115.—Juan Bobo y la Reina del vello de oro.....	175
116.—Juan Bobo y las señoritas del manto prieto.....	176
117.—Juan Bobo y las agujas.....	176
118.—Juan Bobo y el hermanito.....	177
119. Juan Bobo.....	177
120. Juan Bobo.....	179
121.—Juan Bobo.....	180
122.—Juan Bobo.....	182
123.—Juan Bobo.....	185
124.—Juan Soldado.....	186
125.—Juan Soldado.....	189
126.—Juan Soldado.....	190
127.—El zapatero valiente.....	193
128.—Don Juan Bolondrón.....	194
129.—Las tres peticiones.....	196

## X

## A P É N D I C E

## CUEENTOS VARIOS

130.—El príncipe y el gigante.....	201
------------------------------------	-----

	<u>Páginas</u>
131.—Lo que contiene un Padrenuestro y un Avemaría.....	203
132.—Mercedes.....	204
133.—El marido de la bruja.....	205
134.—La Caperucita roja.....	207
135.—El pececito.....	207
136.—Los tres barquitos.....	209
137.—El gallo peleón.....	212
138.—En el cementerio.....	212
139.—Las doce palabras torneadas.....	212

#### ADIVINANZAS PORTORRIQUEÑAS

Primer grupo.....	217
Segundo grupo. Adivinanzas aritméticas.....	235
Tercer grupo. Adivinanzas burlescas.....	239
Cuarto grupo. Adivinanzas de parentesco.....	253
Quinto grupo. Clasificación alfabética.....	255

## ARCHIVO DE TRADICIONES POPULARES

- I.—Blano Roza de Ampudia, H. CUENTOS ASTURIANOS. Recogidos de la tradición oral.—1925, 4.º, 316 págs. y un plano folklórico. 10 ptas.  
II.—Ramírez de Arellano, R. FLOKLORE PORTORRIQUEÑO. Cuentos y adivinanzas recogidos de la tradición oral.—1928, 4.º, 290 págs. y una lámina. 10 ptas.

### TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL

- I.—Vélez de Guevara, L. LA SERRANA DE LA VERA. Publicada por R. Menéndez Pidal y María Goyri de Menéndez Pidal.—1916, 8.º, viii-176 págs. 6 ptas.  
II.—Rojas Zorrilla, F. de CADA CUAL LO QUE LE TOCA Y LA VIÑA DE NABOT. Publicadas por Américo Castro.—1917, 8.º, 270 págs. 8 ptas.  
III.—Vélez de Guevara, L. EL REY EN SU IMAGINACIÓN. Publicada por J. Gómez Ocerin.—1920, 8.º, 158 págs. 6 ptas.  
IV.—Lope de Vega. EL CUERDO LOCO. Publicada por José F. Montesinos.—1922, 8.º, 231 págs. 8 ptas.  
V.—Lope de Vega. LA CORONA MEREcida. Publicada por José F. Montesinos.—1922, 8.º, 211 págs. 8 ptas.  
VI. Lope de Vega. EL MARQUÉS DE LAS NAVAS. Publicada por José F. Montesinos.—1925, 8.º, 215 págs. y 4 facsímiles. 8 ptas.  
VII.—Lope de Vega. EL CORDOBÉS VALEROSO, PEDRO CARBONERO. Publicada por F. Coindreau y J. F. Montesinos. (En prensa).

- 
- Mendizábal, R. MONOGRAFÍA HISTÓRICO-MORFOLÓGICA DEL VERBO LATINO.—1918, 8.º, 219 págs. 6 ptas.  
Menéndez Pidal, R. DOCUMENTOS LINGÜÍSTICOS DE ESPAÑA. I. Reino de Castilla.—1919, 4.º, x-503 págs. 20 ptas.  
Estelrich, J. L. INFLUENCIA DE LA LENGUA Y LA LITERATURA ITALIANA EN LA LENGUA Y LA LITERATURA CASTELLANA.—1913, 8.º, 128 págs. 3 ptas.  
Autos portugueses de Gil Vicente y de la Escuela Vicentina. Edición facsímil, con una introducción de Carolina Michaëlis de Vasconcellos.—1922, 4.º, 129 págs. y 448 facsímiles. 50 ptas.  
Cancionero de Romances impreso en Amberes sin año. Edición facsímil, con una introducción, por R. Menéndez Pidal.—1914, 12.º, XLVIII págs.-275 folios. 40 ptas.  
Dos romances anónimos del siglo XVI. «El sueño de Feliciano de Silva». «La muerte de Hector». Publicalos, con una introducción y con sus fuentes, H. Thomas.—1917, 8.º, 88 págs. 3 ptas.  
Pérez de Hita, G. GUERRAS CIVILES DE GRANADA. Edición de P. Blanchard-Demouge. Tomo I, 1913, CXVIII-356 págs.—Tomo II, 1915, 4.º, XLII-376 páginas. Cada tomo. 18 ptas.  
Alonso Cortés, N. CASOS CERVANTINOS QUE TOCAN A VALLADOLID.—1916, 8.º, 174 págs. 5 ptas.

### Publicaciones del Instituto-Escuela de 2.ª enseñanza

- Lecturas. Ensayos. (Selección de Alfonso Reyes).—1920, 12.º, 131 págs. 2 ptas.  
Lecturas. Teatro. Siglos XIX y XX. (Selección y notas de Pedro Henriquez Ureña.—1920, 12.º, 162 págs. 1,50 ptas.

# BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

Dirigida por Don Ramón Menéndez Pidal

- I.—Fábulas y cuentos en verso.—Selección hecha por María Goyri de Menéndez Pidal. Prólogo de D. Ramón Menéndez Pidal. Dibujos de F. Marco.—1922, 8.º, XI-210 págs., 3,50 ptas. Encuadernado, 4,50 ptas.
- IV.—Prosistas modernos. Selección hecha por Enrique Díez-Canedo. Dibujos de F. Marco.—1922, 8.º, 317 págs., 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- V.—Galdós. Selección hecha por Margarita Mayo. Dibujos de F. Marco.—1922, 8.º, 229 págs., 3,50 ptas. Encuadernado, 4,50 ptas.
- XI.—Calderón de la Barca. Selección hecha por Samuel Gili Gaya. Dibujos de F. Marco.—1923, 8.º, 325 págs., 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XII.—Ruiz de Alarcón. «Teatro». Selección hecha por José Vallejo.—1926, 8.º, 385 págs., 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XIII.—Tirso de Molina. Selección hecha por Samuel Gili Gaya. Dibujos de F. Marco.—1922, 8.º, 214 págs., 3,50 ptas. Encuadernado, 4,50 ptas.
- XIV.—Lope de Vega. Selección hecha por Américo Castro. Dibujos de F. Marco.—1923, 8.º, 306 págs., 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XV.—Teatro anterior a Lope de Vega. Selección hecha por José R. Lomba y Pedraja. Dibujos de F. Marco.—1924, 8.º, 188 págs., 3,50 ptas. Encuadernado, 4,50 ptas.
- XVI.—Historiadores de los siglos XVI y XVII. Selección hecha por Samuel Gili Gaya.—1925, 8.º, 285 págs., 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XVII.—Exploradores y conquistadores de Indias. «Relatos geográficos». Selección, notas y mapas por Juan Dantín Cereceda. Dibujos de F. Marco.—1922, 8.º, 349 págs., y 7 cartas geográficas, 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XIX.—Poetas de los siglos XVI y XVII. Selección hecha por P. Blanco Suárez. Dibujos de F. Marco.—1923, 8.º, 354 págs., 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XX.—Libros de caballerías. Selección hecha por Ramón M.ª Tenreiro. Dibujos de F. Marco.—1924, 8.º, 262 págs., 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XXI.—Cervantes. NOVELAS Y TEATRO. Selección hecha por Josefina Sela. Dibujos de F. Marco.—1922, 8.º, 287 págs., 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XXII.—Cervantes. DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Selección hecha por José R. Lomba. Dibujos de F. Marco.—1922, 8.º, 327 págs., 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XXIII.—Cuentos de los siglos XVI y XVII. Selección hecha por M. Herrero García.—1926, 8.º, 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.
- XXIV.—La Novela Picaresca. Selección hecha por F. Ruiz Morcuende. Dibujos de F. Marco.—1922, 8.º, 206 págs., 3,50 ptas. Encuadernado, 4,50 ptas.
- XXX.—Poema del Cid y otras gestas heroicas. Selección, notas y mapas por Jimena Menéndez Pidal. Dibujos de F. Marco.—1923, 8.º, 252 páginas, 4 ptas. Encuadernado, 5 ptas.

## VOLÚMENES EN PREPARACIÓN:

II. Cuentos tradicionales.—III. Cancionero musical.—VI. Piezas teatrales cortas.—VII. Teatro moderno.—VIII. Poetas modernos.—IX. Teatro romántico.—X. Escritores del siglo XVIII.—XVIII. Escritores místicos.—XXV. Romancero.—XXVI. Poesía medieval.—XXVII. Don Juan Manuel.—XXVIII. Cuentos medievales.—XXIX. Alfonso el Sabio.

---

El Catálogo completo de las publicaciones de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (Ciencias exactas, físico-químicas y naturales; Historia, Filología, Literatura y Arte; Filosofía, Moral, Derecho y Educación, 1927, 8.º, 144 págs.), se envía gratis a quien lo pida a la Secretaría de la misma, *Almagro, 26, Madrid*. También se envía cada una de las secciones por separado.